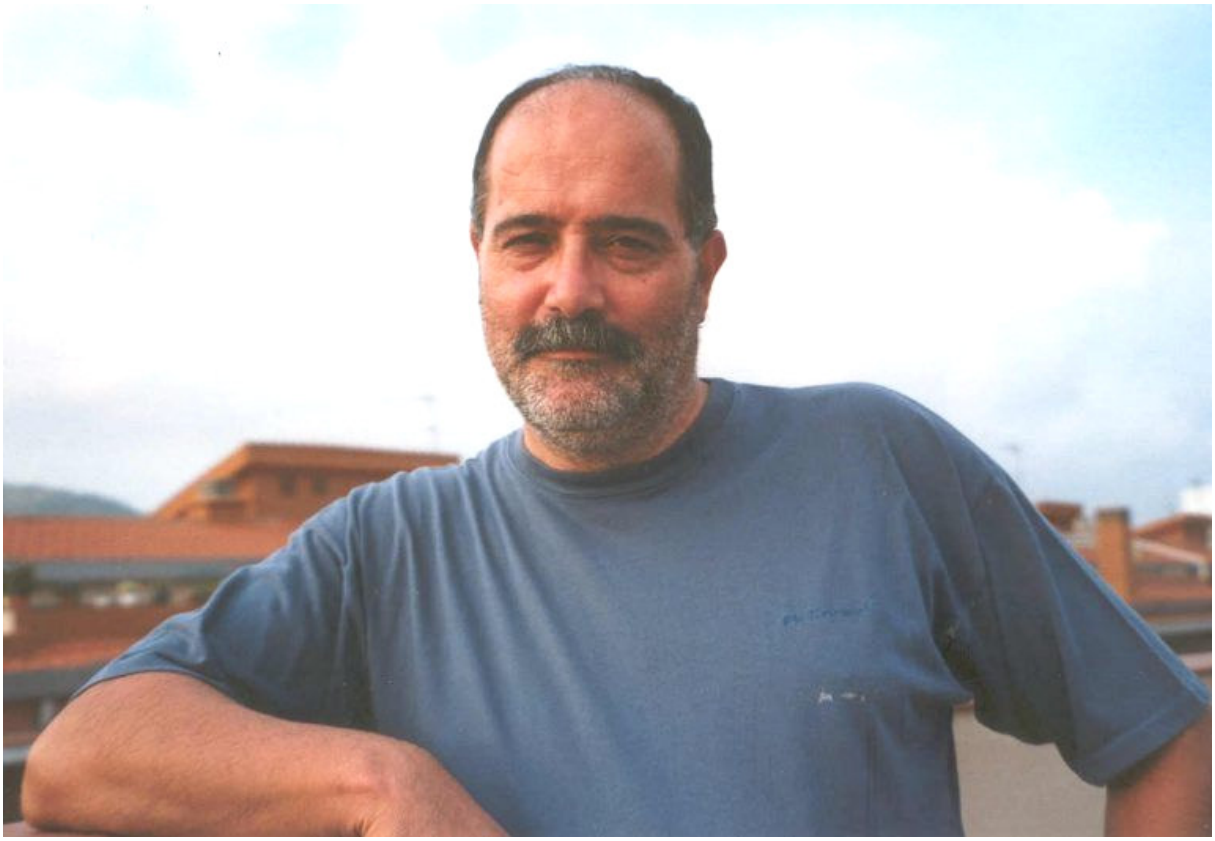
Miguel Amorós

Textos e intervenciones

Volumen 2/6



2005-2008

Miguel Amorós

Miguel Amorós (1949) es historiador, teórico crítico y militante anarquista. En 1968 se dio a conocer en la agitación universitaria valenciana, lo que le valió un juicio en el Tribunal de Orden Público y pasar algún tiempo en las cárceles franquistas, para luego exiliarse a Francia. En la década de los 70 participó en la fundación de varios colectivos: Bandera Negra, Tierra Libre, Barricada, Los Incontrolados y Trabajadores por la Autonomía Obrera y la Revolución social. En los primeros años 1980 colaboró con la revista *L'Assommoir* (denuncia de la nuclearización del mundo y apoyo a los obreros polacos) y con Guy Debord en una campaña por la liberación de los presos autónomos y libertarios.

Entre 1984 y 1992 formó parte del equipo redactor de la revista «anti-industrial» *Encyclopédie des Nuisances* junto a Jaime Semprún y Pierre Lepetit. Después, mantuvo una relación directa con las ediciones de la EdN hasta 2008. Ha pronunciado multitud de conferencias sobre cuestiones sociales, principalmente en la perspectiva antidesarrollista, en la crítica del ciudadanismo y en la defensa del territorio, la mayor parte reproducidas en la prensa libertaria o compiladas en forma de libro. Muchos escritos suyos han sido traducidos en varios idiomas y publicados en distintos países. Ha prestado su apoyo a las luchas contra el Tren de Alta Velocidad y los tendidos de Muy Alta Tensión. También tiene publicadas varias obras sobre la guerra civil revolucionaria española y otras sobre los anarquistas y el movimiento obrero asambleario durante los años 60 y 70.

En 2012 fundó con otros compañeros la editorial Les Amis de la Roue. Desde el 2013 es coeditor de Argelaga, revista antidesarrollista y libertaria.

https://argelaga.wordpress.com/2016/02/24/filosofia-en-el-tocador-miquel-amoros-argelaga/

Índice 2005-2008

2005

2005
Los revolucionarios situacionistas

Enero 2005
¿Qué fue la autonomía obrera?

Marzo 2005
La urbe totalitaria

Abril 2005
Los avatares de la cultura como mercancía

Mayo 2005
¡Alta velocidad no! ¡Capitalismo tampoco!

Octubre 2005
Sociedad tecnológica, sociedad de masas

Noviembre 2005
La cólera del suburbio

Diciembre 2005
Los cambios de la modernidad tardía

2006

Marzo 2006
Los veinte últimos años de liquidación social
Sobre la degeneración de los ideales revolucionarios ante el fin de la clase obrera en occidente

Mayo 2006

La primavera francesa explicada a los ibéricos

Julio 2006

Aviso del mal tiempo

Agosto 2006

Todo el mundo es como un no-lugar llamado Alicante

Destrucción de Alicante

Octubre 2006

El primitivismo en la sociedad tecnológica

Octubre 2006

El territorio prelitoral mediterráneo como tarjeta postal

Noviembre 2006

Anarquismo, parlamentarismo y democracia

Noviembre 2006

Génesis y auge de la autonomía obrera en España (1970-1976)

2007

Enero 2007

Alcorcón como pretexto

Marzo 2007

La barbarie a toda marcha

Marzo 2007

Leninismo, ideología fascista

Mayo 2007

A mis amigos rusos y polacos

Mayo 2007

La horda del ladrillo

Junio 2007

El aire de la ciudad

El fin de la libertad en la generalización de lo urbano

Agosto 2007

Anarquía profesional y desarme teórico

sobre insurreccionalismo

Octubre 2007

Crisis ecológica y crisis social

Noviembre 2007

El tren de los dirigentes

Diciembre 2007

Cuando el capitalismo se vuelve ecologista

2008

Enero 2008

Leer a Simone Weil

Febrero 2008

Crecimiento y decrecimiento

Primavera 2008

La nueva era del TAV

De la sociedad de enclaves a la sociedad de flujos

Marzo 2008

De la materia de las crisis sociales

Abril 2008

Entrevista de Klinamen sobre el TAV

Mayo 2008

Los archipiélagos de la falsificación

El anarquismo espectáculo y Mayo del 68

Mayo 2008

Miserias sobre el carril

A propósito de la llamada nueva era ferroviaria

Junio 2008

El día que mataron a José Pellicer

Octubre 2008

Anarquismo teórico e ideología anarquista

Noviembre 2008

Sociedad enferma

36 textos – 220 páginas – 709 500 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-2-es

2005

2005

Los revolucionarios situacionistas

Yo conocí los escritos de la Internacional Situacionista en 1972, cuando su ciclo se cerraba y el mío en la Universidad de Valencia también. El folleto *De la miseria en el medio estudiantil* era lo más radical que había leído desde la epístola de Agustín García Calvo *De los modos de integración del pronunciamiento estudiantil*. Aquello era pensamiento ligado a la acción, y esta acción tenía por objeto nada menos que abolir la Universidad, el sagrado templo del saber separado, en el marco de un proyecto revolucionario más amplio, que perseguía el fin del capitalismo y de la sociedad de clases. El estilo marxista-hegeliano confería a los análisis una solidez teórica ausente en el medio anarquista, pero lejos de refutar las finalidades y tácticas libertarias, las confirmaba. Se podía decir que superaba la oposición entre marxismo y anarquismo sin acabar en una confusa amalgama de ambos, tal como hacia por ejemplo el justamente olvidado Rubel. Intenté aplicarlo en la medida de mis posibilidades en uno de esos grupos circunstanciales, de un solo curso, al que llamaban Barricada. La crítica situacionista se me aparecía como hecha para practicarse, no para contemplarse; alejada de la praxis perdía todo su valor. Se convertía en objeto de snobs, se estetizaba, se museificaba. Le pasaba como a los cuadros colgados de la pared: cualquiera podía opinar de ellos sin que la cosa tuviese trascendencia. Ahora que la IS es objeto de sesudos estudios universitarios hechos por profesores o por aprendices de historia o sociología, comprendemos la ironía de las derrotas históricas: el destino de las revoluciones fallidas son los anaqueles universitarios donde se amontonan las tesis doctorales y los museos donde los restos de sus obras se contemplan como cuadros. Ironía por partida doble, puesto que la revuelta de Mayo del 68 tenía como aperitivo el fin de la Universidad, no digamos ya el de los museos. La sociedad del espectáculo procesa los alimentos espirituales de esta forma, a fin de digerir aquellas ideas que en otro tiempo la mantuvieron en vilo. Ideas y hechos son separados radicalmente por especialistas en la materia, para poder hacer con unas y con otros lo que venga en gana, concluyendo inevitablemente que las ideas ya no sirven y los hechos no son repetibles, pues el mundo ha cambiado y las cosas ya no son lo que eran. Yo sostengo la tesis contraria: la sociedad es todavía lo que ha sido, y aún peor, por lo que las ideas que pudieron subvertirla en el pasado siguen activas y contienen elementos más que suficientes para subvertirla de nuevo. Sólo hay que saber usarlas. La letra podrá mejorarse, pero el espíritu de la IS, su voluntad subversiva, es irrecuperable. Sus enemigos, el Capital y el Estado — Agustín G. C. decía que ambos eran lo mismo — no pueden servirse de él.

El nervio situacionista proviene de las antiguas vanguardias de posguerra (especialmente del Movimiento Letrista) que tomaron conciencia del carácter disolvente y revolucionario de la

creación artística, y que trataron de conjugar la crítica de la estética burguesa con la revuelta contra los valores de la economía de mercado. No olvidemos la parte pionera que en todo ello corresponde al Surrealismo. La revista Potlach afirmaba seriamente que los letristas «trabajamos en el establecimiento consciente y colectivo de una nueva civilización», misión que exigía «el trastorno definitivo de la estética y de todo comportamiento». Constataban éstos el fracaso del arte en la renovación cultural y política, y, negando su función positiva, propugnaban la experimentación de un arte total que sirviera para modificar las conductas y reconstruir integralmente la vida de acuerdo con los deseos creativos. La Internacional Letrista constituye pues el prólogo de la IS. El letrismo no era una escuela, sino un modo de vida, y proponía una manera peculiar de «saber vivir»: la unificación de la creación con la crítica revolucionaria. La creación era fundamental para la transformación social y suponía en primer lugar la superación del objeto y la abolición del arte. Creación quería decir creación global de la existencia, no mierda de artista, y el método letrista buscaba la reunificación del espacio social dividido por medio de un «urbanismo influencial». La transformación social sería completa con la transformación del espacio–tiempo de la vida cotidiana según las pasiones emergidas, obtenida gracias a la «desviación» de medios artísticos convencionales para la «construcción de situaciones», es decir, para la construcción deliberada de nuevos ambientes «que sean producto e instrumento de nuevos comportamientos». Las pasiones que cambiarían el mundo saldrían de la vida cotidiana activada por una construcción superior del medio, y no como decían los surrealistas, del inconsciente. El arte quedaba visto para sentencia: «las artes del futuro serán trastornos de situaciones o nada».

La Internacional Situacionista se creó en 1957 sobre la necesidad de un programa revolucionario en la cultura. Debord definió su tarea como «un trabajo colectivo organizado que tienda a un empleo unitario de todos los medios de subversión de la vida cotidiana», oponiendo al modelo capitalista «otros modos de vida deseables» (*Informe sobre la construcción de situaciones*). La finalidad era el asalto a la cultura y la instauración del comunismo, que para Asger Jorn no era más que «la obra de arte transformada en totalidad de la vida cotidiana» (*Crítica de la economía política*). La IS pretendía la supresión del arte alienado en un mundo que prohibía la creación de la propia vida, colocándolo en la perspectiva de la construcción directa de nuevos ambientes. No hay arte situacionista, «la situación es lo contrario a la obra de arte». Tampoco tiene que ver con el teatro callejero, el happening o la feria. Se trata más bien de un proyecto de agitación política, preludio de la revolución, que perseguía enfurecer a los proletarios mostrándoles el contraste entre una vida posible y la miseria presente. La idea situacionista de proletario podía expresarse así: proletario es aquél que no tiene posibilidad alguna de modificar el espacio y el tiempo sociales, sino tan sólo de consumirlo de una determinada manera definida por los dirigentes. La clase se definía en función de la expropiación de la decisión en lo relativo a la vida, y no solo al trabajo. La IS clamaba por la reinvención de la revolución social y la autorrealización del proletariado a través de la transformación integral de la vida cotidiana, o sea, a través de una auténtica revolución cultural. Nada que no se hubiera dicho en el periodo letrista. Pero

la revolución cultural no servía sin la revolución social, y, al contrario, ésta no valía sin la revolución cultural. Ambas debían ir juntas: «cuando las masas intervienen bruscamente para hacer historia descubriendo de este modo su acción como experiencia directa y como fiesta, emprenden entonces una construcción consciente y colectiva de la vida cotidiana» (Debord y Canjuers, *Preliminares por una definición de la unidad del programa revolucionario*). La reconstrucción libre de todos los momentos de la vida — la revolución — requeriría una organización nueva, que no podía ser una vanguardia cultural, y mucho menos un partido o un sindicato, mecanismos orgánicos de integración.

La Conferencia de Goteborg en agosto de 1961 constituye un punto de inflexión en la marcha de la IS: a partir de ella ésta se deshace de su lastre artístico y pasa a considerarse una organización revolucionaria. La crítica de la cultura se prolonga en crítica de la política y la revolución de la vida cotidiana se concreta como poder absoluto de los Consejos Obreros. Queda toda una teoría revolucionaria por formular de forma coherente, claro está, ligada a la práctica vital, que explique las luchas sociales de la época y vaya por delante. A ella consagrará la IS sus esfuerzos. Esa radicalización de su estrategia impedia cualquier veleidad artística, siquiera negativa, puesto que partía del abandono definitivo de la esfera de la cultura. Convencidos de la inexistencia de un área cultural autónoma desde donde emprender una acción revolucionaria, los situacionistas se plantearán llevar a cabo un intenso trabajo teórico inspirado en Hegel, Marx, Lukacs y Korsch, que rechazaba expresamente la concepción leninista, trabajo que pronto dará sus frutos como «pensamiento del derrumbe del mundo». Su terreno de aplicación pasó a ser directamente el de la lucha de clases. La profundización de temas como la alienación y el fetichismo de la mercancía, dará lugar a conceptos clave como ideología, miseria, separación, espectáculo, subjetividad radical o supervivencia, con los que su crítica y su mensaje se harán dialécticos y superarán con creces los dogmas revolucionaristas, formas cosificadas del pensamiento a través de las que se manifestaba la falsa conciencia de las clases subalternas. Entre 1962 y 1967, la IS elabora un nuevo lenguaje revolucionario, el más idóneo para comprender la época y poder transformarla. Un lenguaje coherente para desenmascarar al Poder y a sus servidores que critica la burocracia y la ideología, que habla del fin de la mercancía y del trabajo asalariado, de la descolonización de la vida cotidiana y de la abolición de las clases, del proletariado como sujeto revolucionario, de la autogestión generalizada y del poder internacional de los Consejos Obreros. Un lenguaje palanca, al que le falta un punto de apoyo para mover el viejo mundo. Y este le fue proporcionado por el escándalo de Estrasburgo, donde la contestación radical de las estructuras académicas y del sindicalismo estudiantil pilló de sorpresa al orden establecido.

En julio de 1966, la Conferencia de París dotaba a la IS de una nueva plataforma organizativa, la *Definición mínima de organización revolucionaria*. Al año siguiente los análisis situacionistas ya eran bastante conocidos por las minorías activas que pugnaban por el hundimiento de la dominación. Los situacionistas eran entonces casi los únicos que aludían al «segundo asalto del proletariado contra la sociedad de clases» como perspectiva realista

en la que inscribir su actividad. Las huelgas salvajes de los trabajadores y la descomposición acelerada de la universidad eran signos anunciadores de la insurrección que se aproximaba. La teoría se volvía cada vez más práctica. Pronto las armas de la crítica cederían el sitio a la crítica de las armas. Los escasos efectivos de la IS la impelían a buscar aliados en cualquier parte con los que poder avanzar en esa dirección. Así encontraron a los enragés, una banda constituida por irregulares — parte de los cuales eran estudiantes de Nanterre — empeñada en demoler la universidad impidiendo con originales métodos la normalidad de la vida académica. Su nombre era un homenaje a Jacques Roux, el mayor extremista de la Revolución Francesa. La ocupación del edificio administrativo de aquella universidad, el 22 de marzo de 1968, desencadenó un proceso que, de un enfrentamiento en otro con la policía, condujo a "la noche de las barricadas" del 10 de mayo. Tres días después nacía el Comité enragés – Internationale Situationniste en la sala "Jules Bonnot" de la Sorbona ocupada. Riesel, uno de los enragés, fue elegido delegado del Comité de Ocupación, desde donde llamó a la ocupación de las fábricas y a la creación de consejos obreros. La coincidencia en el tiempo de la radicalización de minorías estudiantiles desclasadas con el proceso autónomo de radicalización en las fábricas fue asombrosa. Diez millones de trabajadores se pusieron en movimiento al margen de los partidos y sindicatos que decían representarles en lo que se conoce como la mayor huelga salvaje de la historia. Los situacionistas se sumergirán de lleno en el movimiento y ocuparán el Instituto Nacional de Pedagogía, donde formarán con los enragés y simpatizantes un Consejo por el Mantenimiento de las Ocupaciones. Por unos días el Poder caminó por el filo de la navaja ante la irresolución de los trabajadores, que no se decidían a derrocarlo. A finales de mayo se produjo la contraofensiva, primero sindical, y luego, una vez lograda la desmovilización, represiva. El CMDO se disolvió el 15 de junio, agotada cualquier posibilidad de movilización.

El Poder va a renovarse rapidísimamente, mientras la crítica situacionista continúa con su labor de zapa. Dos importantes textos, el libro *Enragés y situacionistas en el movimiento de las ocupaciones* y el artículo cabecera del nº 12 de la revista *Internationale situationniste*, *El comienzo de una nueva época*, darán testimonio de la acción histórica de los situacionistas, pero tras ellos su práctica empezó a diluirse. La Conferencia de Venecia, tenida en octubre de 1972, puso de manifiesto una euforia que no se tradujo en ganancia de capacidad subversiva. Desde el exterior, un folleto aparecido en agosto de 1971 llamaba a comenzar de nuevo: «La IS tiene razón, una época ha pasado, quizás todo el siglo XX (…) Tengo la convicción de que la distancia práctica y teórica establecida en los últimos diez años entre la Primera Internacional y la Internacional Situacionista es la que queda por establecer entre la Internacional Situacionista y lo que falta por hacer» (Bartolomé Béhouir, *De la conserjería internacional de los situacionistas*). Para ese trabajo la IS salida de Mayo no estaba preparada y tras un tenso periodo de exclusiones y abandonos — la dimisión de Vaneigem fue crucial — la tendencia de Debord tomó la arriesgada decisión de poner punto final a su trayectoria. Puede que el modelo vanguardista tocara a su fin como forma orgánica de la conciencia histórica. Un nuevo modelo debía nacer desde la moderna lucha de clases, pero en los ochenta el protagonista indiscutible de la misma, la clase obrera, optó por detenerse

ante las pequeñeces logradas y la pesadilla del desempleo. La represión y la renovación capitalista hicieron el resto. A la detención del proceso revolucionario debemos el que la crítica situacionista esté hoy en boca de impostores y estetas reaccionarios, y el que la cultura oficial adopte una pose comprensiva cada vez que rememora la efemérides de Mayo. Bajo ese asfalto está su playa, no la de los rebeldes. Y la humanidad sigue sin ser feliz, puesto que ningún burócrata fue colgado de las tripas de ningún capitalista.

Miguel Amorós.
Repaso sucinto de la historia de la IS escrito a partir de las notas para las charlas de 2005 en el Ateneu Barcelonès y el Ateneu Cultural El Panical, de Alcoi.

Publicado en el libro
Los situacionistas y la anarquía,
Rosario (Argentina), Lazo Negro, 2019.

Enero 2005

¿Qué fue la autonomía obrera?

La palabra “autonomía” ha estado relacionada con la causa de la emancipación del proletariado desde hace tiempo. En el Manifiesto Comunista Marx definía al movimiento obrero como “*el movimiento autónomo de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría*”. Más tarde, pero basándose en la experiencia de 1848, en *La Capacidad Política de la Clase Obrera* (1865) Proudhon afirmaba que para que una clase actuase de manera específica había de cumplir los tres requerimientos de la autonomía: que tuviera consciencia de sí misma, que como consecuencia afirmase "su idea", es decir, que conociese “la ley de su ser” y que supiese "expresarla por la palabra y explicarla por la razón”, y que de esa idea sacase conclusiones prácticas. Tanto Marx como Proudhon habían sido testigos de la influencia de la burguesía radical en los rangos obreros y trataban de que el proletariado se separase políticamente de ella. La autonomía obrera quedó definitivamente expresada en la fórmula de la Primera Internacional : *“la emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos”*.

En la etapa posterior a la insurrección de La Commune de Paris y dentro de la doble polémica entre legalistas y clandestinos, colectivistas y comunistas, que dividía al movimiento anarquista, la cuestión de la autonomía derivaba hacia el problema de la organización. En condiciones de retroceso revolucionario y de represión creciente, la publicación anarquista de Sevilla *La Autonomía* defendía en 1883 la independencia absoluta de las Federaciones locales y su organización secreta. Los comunistas libertarios elevaban la negación de la organización de masas a la categoría de principio. Los colectivistas catalanes escribían en la *Revista Social*:

“los comunistas anárquicos no aceptan más que la organización de grupos y no tienen organizadas secciones de oficios, federaciones locales ni comarcales […]. La constitución de grupos aislados, tan completamente autónomos como sus individuos, que muchas veces no estando conformes con la opinión de la mayoría, se retiran de un grupo para constituir otro…” (n°12, 1885, Sants).

El concepto de la autonomía se desplazaba hacia la organización revolucionaria. En 1890 existía en Londres un grupo anarquista de exiliados alemanes cuyo órgano de expresión La Autonomía hacía efectivamente hincapié en la libertad individual y en la independencia de los grupos. Frente al reformismo de la política socialista y el aventurerismo de la propaganda por el hecho que caracterizó un periodo concreto del anarquismo, volvió a plantearse la cuestión de la autonomía obrera, es decir, del movimiento independiente de los trabajadores. Así surgió el sindicalismo revolucionario, teoría que propugnaba la auto-organización obrera a través de los sindicatos, libres de cualquier tutela ideológica o política. Mediante la táctica de la huelga general, los sindicatos revolucionarios aspiraban a ser órganos insurreccionales y de emancipación social. Por otro lado, las revoluciones rusa y alemana levantaron un sistema de autogobierno obrero, los consejos de obreros y soldados. Tanto los sindicatos como los consejos eran organismos unitarios de clase, solo que los primeros eran más apropiados para la defensa y los segundos para el ataque, aunque unos y otros desempeñaron ambas funciones. Los dos conocieron sus límites históricos y ambos sucumbieron a la burocratización y a la recuperación. También la cuestión de la autonomía alcanzó los modos de expropiación en el periodo revolucionario. En 1920 el marxista consejista Karl Korsch designaba la “autonomía industrial” como una forma superior de socialización que vendría a coincidir con la "colectivización" anarcosindicalista y con lo que en los años sesenta se llamo autogestión.

También el pensamiento burgués recurrió al concepto. Kant hablaba de autonomía en referencia al individuo consciente. “Autónomo" era el burgués idealizado como lo es hoy el hombre de Castoriadis. Al ciudadano responsable de una sociedad capaz de dotarse de sus propias leyes este gelatinoso ideólogo le llama “autónomo” (como los diccionarios). Además, a las palabras “autonomía” o “autónomo” se las puede encontrar en boca de un ciudadanista o de un nacionalista, pronunciadas por un universitario toninegrista o dicha por un okupa…. Definen pues realidades diferentes y responden a conceptos distintos. Los Comandos Autónomos Anticapitalistas se llamaron asi en 1976 para señalar su carácter no jerárquico y sus distancias con ETA, pero en otros ámbitos, “autónomo” es como se llama aquél que rehúye calificarse de anarquista para evitar el reduccionismo que implica esa marca, y “autónomo” es además el entusiasta de Hakim Bey o el partidario de una moda italiana de la que existen vanas y muy desiguales versiones, la peor de todas inventada por el profesor Negri en 1977 cuando era leninista creativo… La autonomía obrera tiene un significado inequívoco que se muestra durante un periodo de la historia concreto: como tal, aparece en la península a principios de los setenta en tanto que conclusión fundamental de la lucha de clases de la década anterior.

Los años preautonómicos

No es casual que cuando los obreros comenzaban a radicalizar su movimiento reivindicaran su "autonomía", es decir, la independencia frente a representaciones exteriores, bien fueran la burocracia vertical del Estado, los partidos de oposición o los grupos sindicales clandestinos. Pues para ellos de eso se trataba, de actuar en conjunto, de llevar directamente sus propios asuntos con sus propias normas, de tomar sus propias decisiones y de definir su estrategia y su táctica de lucha, en suma, de constituirse como clase revolucionana. El movimiento obrero moderno, es decir, el que apareció tras la guerra civil, arrancó en los años sesenta una vez agotado el que representaban las centrales CNT y UGT. Lo formaron mayoritariamente obreros de extracción campesina, emigrados a las ciudades y alojados en barrios periféricos de "casas baratas", bloques de patronatos y chabolas. Desde 1958, inicio del primer Plan de Desarrollo franquista, la industria y los servicios experimentaron un fuerte auge que se tradujo en una oferta generalizada de trabajo. Sobrevino la despoblación de las áreas rurales y la muerte de la agricultura tradicional, alumbrándose en los núcleos urbanos barriadas obreras de nuevo cuño. Las condiciones de explotación de la población obrera de entonces -bajos salarios, horarios prolongados, malos alojamientos, lugar de trabajo alejado, deficientes infraestructuras, analfabetismo, hábitos de servidumbre- hacían de ella una clase abandonada y marginal que, no obstante, supo abrirse camino y defender su dignidad a bocados. La protesta se coló por las iglesias y por los resquicios del Sindicato Vertical que pronto se revelaron estrechos y sin salida. En Madrid, Vizcaya, Asturias, Barcelona y otros lugares, las obreras, junto con sus representantes elegidos en el marco de la ley de jurados, comenzaron a reunirse en asambleas para tratar cuestiones laborales, estableciendo una red informal de contactos que dio pie a las originales "Comisiones Obreras". Dichas comisiones se movían dentro de la legalidad, aunque, dados sus límites, se salían frecuentemente de ella o se la saltaban si era necesario. La estructura informal de las Comisiones Obreras, su autolimitación reivindicativa y su cobertura catolicovertical, en una época intensamente represiva, fueron eficaces en los primeros momentos; a la sombra de la ley de convenios, las Comisiones llevaron a cabo importantes huelgas, creadoras de una nueva conciencia de clase. Pero en la medida en que dicha conciencia ganaba en solidez, se contemplaba la lucha obrera no simplemente contra el patrón, sino contra el capital y el Estado encarnado en la dictadura de Franco. El objetivo final de la lucha no era más que el "socialismo", o sea, la apropiación de los medios de producción por parte de los mismos trabajadores. Después de Mayo del 68 ya se habló de "autogestión". Las Comisiones Obreras habían de asumir ese objetivo y radicalizar sus métodos abriéndose a todos los trabajadores. Pronto se dio cuenta el régimen franquista del peligro y las reprimió; pronto se dieron cuenta los partidos con militantes obreros – el PCE y el FLP – de su utilidad como instrumento político y las recuperaron.

La única posibilidad de sindicalismo era la ofrecida por el régimen, por lo que el PCE y sus aliados católicos aprovecharon la ocasión construyendo un sindicato dentro de otro, el oficial. El ascenso de la influencia del PCE a partir de 1968 asentó el reformismo y conjuró la

radicalización de Comisiones. Las consecuencias habrían sido graves si la incrustación del PCE no hubiera sido relativa: por un lado la representación obrera se separaba de las asambleas y escapaba al control de la base. El protagonismo recaía en exclusiva sobre los supuestos líderes. Por otro lado el movimiento obrero se circunscribía en una práctica legalista, soslayando en lo posible el recurso a la huelga, solamente empleado como demostración de fuerza de los dirigentes. La lucha obrera perdía su carácter anticapitalista recién adquirido. Finalmente se despolitizaba la lucha al tutelar los comunistas la orientación del movimiento. Los objetivos políticos pasaban de ser los del "socialismo" a los de la democracia burguesa. La jugada estaba clara: las "Comisiones Obreras" se erigían en interlocutores únicos de la patronal en las negociaciones laborales, ninguneando a los trabajadores. Ese pretendido diálogo sindical no era más que el reflejo del diálogo político-institucional perseguido por el PCE. El reformismo estalinista no triunfó, pero provocó la división del movimiento obrero arrastrando a la fracción más moderada y proclive al aburguesamiento; sin embargo, la conciencia de clase se había desarrollado lo suficiente como para que los sectores obreros más avanzados defendieran primero dentro, y después fuera de Comisiones, tácticas más congruentes, impulsando organizaciones de base más combativas llamadas según los lugares "comisiones obreras de fábrica", "plataformas de comisiones", "comités obreros" o "grupos obreros autónomos". Por primera vez la palabra "autónomo" surgía en el area de Barcelona para subrayar la independencia de un grupo partidario de la democracia directa de los trabajadores frente a los partidos y a cualquier organización vanguardista. Además habiendo permitido los resquicios de una ley la creación de asociaciones de vecinos, la lucha se trasladó a los barrios y entró en el ámbito de la vida cotidiana. Del mismo modo, en las barriadas y los pueblos, se planteó la alternativa de permanecer en el marco institucional de las asociaciones o de organizar comites de barrio e ir a la asamblea de barrio como órgano representativo.

El momento de la autonomía

La resistencia del régimen franquista a cualquier veleidad reformista hizo que las huelgas a partir de la del sector de la construcción en Granada, en 1969, fuesen siempre salvajes y duras, imposibles de desarrollarse bajo la legalidad que querían mantener los estalinistas. Los obreros anticapitalistas entendían que lejos de amontonarse a las puertas de la CNS esperando los resultados de las gestiones de los representantes legales, lo que había que hacer era celebrar asambleas en las mismas fábricas, en el tajo o en el barrio y elegir allí a sus delegados, que no habían de ser permanentes, sino revocables en todo momento. Aunque solo fuera para resistir a la represión, un delegado debía durar el tiempo entre dos asambleas, y un comité de huelga, el tiempo de una huelga. La asamblea era soberana porque representaba a todos los trabajadores. La vieja táctica de obligar al patrón a negociar con delegados asamblearios "ilegales" extendiendo la lucha a todo el ramo productivo o convirtiendo la huelga en huelga general mediante los "piquetes", es decir la "acción directa", conquistaba cada vez más adeptos. Con la solidaridad la conciencia de clase hacía progresos, mientras que las manifestaciones verificaban ese avance cada vez más

escandaloso. Los obreros habían perdido el miedo a la represión y le hacían frente en la calle. Cada manifestación era no sólo una protesta contra la patronal sino que, al ser tenida como una alteración del orden público, era una desautorización política del Estado. Ahora, el proletariado si quería avanzar tenía que separarse de todos los que hablaban en su nombre – que con la aparición de los grupos y partidos a la izquierda del PCE eran legión – y pretendían controlarlo. Debía "auto-organizarse", o sea, "conquistar su autonomía", como se dijo en Mayo del 68 y rechazar las pretensiones dirigentes que se atribuían el PCE y las demás organizaciones leninistas. Entonces empezó a hablarse de la "autonomía proletaria", de "luchas autónomas", entendiendo por ello las luchas realizadas al margen de los partidos y sindicatos y de "grupos autónomos", grupos de trabajadores revolucionarios llevando una actividad práctica autónoma en el seno de la clase obrera con el objetivo claro de contribuir a su "toma de conciencia". Salvando las distancias históricas e ideológicas, los grupos autónomos no podían ser diferentes de aquellos grupos de "afinidad" de la antigua FAI la de antes de 1937. Solo que aquellos "sindicatos únicos" entre los que se movían ni eran posibles ni tampoco deseables.

Los primeros setenta acabaron el proceso de industrialización emprendido por los tecnócratas franquistas con el resultado no deseado de la cristalización de una nueva clase obrera cada vez más convencida de sus posibilidades históricas y más dispuestas a la lucha. El miedo al proletariado empujaba el régimen franquista al autoritarismo perpetuo contra el que conspiraban incluso los nuevos valores burgueses y religiosos. La muerte del dictador aflojó la represión justo lo suficiente como para que se desencadenase un proceso imparable de huelgas en todo el país. El reformismo sindical estalinista fue completamente desbordado. La continua celebración de asambleas con la finalidad de resolver los problemas reales de los trabajadores en la empresa, en el barrio y hasta en su casa de acuerdo con sus intereses de clase más elementales, no tenía ante sí a ningún aparato burocrático que la frenase. Los enlaces de Comisiones y los responsables comunistas no eran tolerados sino en la medida en que no incomodaban, viéndose obligados a fomentar las asambleas si querían ejercer el menor control. Las masas trabajadoras empezaban a ser conscientes del papel de sujeto principal en el desarrollo de los acontecimientos y rechazaban una reglamentación político-sindical de los problemas que concernían a su vida real. En 1976 las ideas de auto-organización, autogestión generalizada y revolución social podían revestir fácilmente una expresión de masas inmediata. Así, las vías que conducían a las mismas quedaban abiertas. La dinámica social de las asambleas empujaba a los obreros a tomar en sus manos todos los asuntos que les concernían, empezando por el de la autonomía. Numerosos consejos de fábrica se constituyeron, conectados con los barrios. Ese modo de acción autónoma que llevaba a las masas a salir del medio laboral y a pisar sembrados que hasta entonces parecían ajenos debió causar verdadero pánico en la clase dominante, puesto que ametralló a los obreros en Vitoria, liquidó la reforma continuista del franquismo, disolvió el sindicato vertical con las Comisiones adentro y legalizó a los partidos y sindicatos. El Pacto de La Moncloa de todos los partidos y sindicatos fue un pacto contra las asambleas. No nos detendremos a narrar las peripecias del movimiento asambleario, ni

en contar el número de obreros caídos : baste con afirmar que el movimiento fue derrotado en 1978 después de tres años de arduos combates. El Estatuto de los Trabajadores promulgado por el nuevo régimen "democrático" en 1980 sentenció legalmente las asambleas. Las elecciones sindicales proporcionaron un contingente de profesionales de la representación que con la ayuda de asambleístas contemporizadores secuestraron la dirección de las luchas. Eso no significa que las asambleas desapareciesen, lo que realmente desapareció fueron su independencia y su capacidad defensiva, y tal extravió fue seguido de una degradación irreversible de la conciencia de clase que ni la resistencia a la reestructuración económica de los ochenta pudo detener.

Autonomía y consejos obreros

La teoría que mejor podía servir a la autonomía obrera no era el anarco-sindicalismo sino la teoría consejista. En efecto, la formación de "sindicatos únicos" correspondía a una fase del capitalismo español completamente superada en la que predominaba la pequeña empresa y una mayoría campesina subsistía al margen. El capitalismo español estaba entonces en expansión y el sindicato era un organismo proletario eminentemente defensivo. Los que conocen la historia previa a la guerra civil saben los problemas que causó la mentalidad sindical cuando los obreros tuvieron que defenderse del terrorismo patronal en 1920-24, o cuando hubieron de resistirse a los organismos estatales corporativos que quiso implantar la Dictadura de Primo de Rivera; y también en el periodo 1931-33, cuando los obreros trataron de pasar a la ofensiva mediante insurrecciones. Organizar sindicatos en 1976, aunque fuesen "únicos", con un capitalismo desarrollado y en crisis, significaba integrar a los trabajadores en el mercado laboral a la baja. Prolongar la tarea de las Comisiones Obreras en el franquismo. El sindicalismo, si se llamaba revolucionario, no tenía otra opción que actuar dentro del capitalismo a la defensiva. La "acción directa", la "democracia directa" ya no eran posibles a la sombra de los sindicatos. Las condiciones modernas de lucha exigían otra forma de organización de acuerdo con los nuevos tiempos porque ante una ofensiva capitalista paralizada el proletariado tenía que pasar al ataque. Las asambleas, los piquetes y los comités de huelga eran los organismos unitarios adecuados. Lo que les faltaba para llegar a Consejos Obreros era una mayor y más estable coordinación y la conciencia de lo que estaban haciendo. En algún momento se consiguió: en Vitoria, en Elche, en Gavá… pero no fue suficiente. ¿En qué medida pues la teoría consejista en tanto que expresión teórica más real del movimiento obrero sirvió para que "la clase llamada a la acción" tomase conciencia de la naturaleza de su proyecto indicándole el camino? En muy poca. La teoría de los Consejos tuvo muchos más practicantes inconscientes que partidarios. Las asambleas y los comités representativos eran órganos espontáneos de lucha todavía sin conciencia plena de ser, al mismo tiempo órganos efectivos de poder obrero. Con la extensión de las huelgas las funciones de las asambleas se ampliaban y abarcaban cuestiones extra-laborales. El poder de las asambleas afectaba a todas las instituciones del Capital y el Estado, incluidos los partidos y sindicatos, que trabajaban conjuntamente para desactivarlo. Parece que los únicos en no darse cuenta de ello fueron los propios obreros. La consigna "Todo el poder a las asambleas"

o significaba “ningún poder a los partidos, a los sindicatos y al Estado”, o no significaba nada. Al no plantearse seriamente los problemas que su propio poder levantaba, la ofensiva obrera no acababa de cuajar. Los trabajadores podían con menos desgaste renunciar a su anti-sindicalismo primario y servirse de los intermediarios habituales entre Capital y Trabajo, los sindicatos. En ausencia de perspectivas revolucionarias las asambleas acaban por ser inútiles y aburridas, y los Consejos Obreros, inviables. El sistema de Consejos no funciona sino como forma de lucha de una clase obrera revolucionaria, y en 1973 la clase volvía la espalda a una segunda revolución.

Las malas autonomías

Un error estratégico descomunal que sin duda contribuyó a la derrota, fue la decisión de la mayoría de activistas autónomos de las fábricas y los barrios de participar en la reconstrucción de la CNT con la ingenua convicción de crear un aglutinante de todos los antiautontarios. Un montón de trabajo colectivo de coordinación se evaporó. La experiencia resultó fallida en muy corto espacio de tiempo pero el precio que se pagó en desmovilización fue alto. La CNT trató de sindicalizar el asambleismo obrero de diversas maneras según de qué fracción se tratara, contribuyendo a su asfixia. También puso su grano de arena en la derrota mencionada el obrerismo obtuso que se manifestó en la tendencia “por la autonomía de la clase”, partidaria de colaborar con los sindicatos y de encajonar las asambleas en el terreno sindical de las reivindicaciones parciales separadas. La última palabra de esa línea militante fue la autogestión de la miseria (trasformación de fábricas en quiebra en cooperativas, candidaturas electorales “autónomas”, representación “mixta” asamblea-sindicato, lenguaje conciliador, tolerancia con la religión, etc.). Es propio de los tiempos en que los revolucionarios tienen razón que los mayores enemigos del proletariado se presenten como partidarios de las asambleas para mejor sabotearlas. Ese fue el caso de docenas de grupúsculos y “movimientos” seudoautónomos y seudoconsejistas que aspiraban a ejercer de mediadores entre los obreros asamblearios y los sindicatos. Sin embargo, poca influencia tuvo la autonomía “a la italiana”, pues su importación como ideología leninistoide tuvo lugar al final del periodo asambleario y la intoxicación ocurrió *post festum*. En realidad, lo que se importó no fueron las prácticas del movimiento de 1977 en varias ciudades italianas bautizado como Autonomia Operaia, sino la parte más retardataria y espectacular de dicha “autonomía”, la que correspondía a la descomposición del bolchevismo milanés – Potere Operaio – especialmente las masturbaciones literarias de los que fueron señalados por la prensa como líderes, a saber, Negri, Piperno, Scalzone… En resumen, muy pocos grupos fueron consecuentes en la defensa activa de la autonomía obrera aparte de los Trabajadores por la Autonomía Proletaria (consejistas libertarios), algunos colectivos de fábrica (por ejemplo, los de FASA-Renault, los de Roca radiadores, los estibadores del puerto de Barcelona…) y los Grupos Autónomos. Detengámonos en estos últimos.

La autonomía armada

La organización “1000” o “MIL” (Movimiento Ibérico de Liberación) pionera en tantas cosas, se autodenominó en 1972 “Grupos Autónomos de Combate” (GAC). La lucha armada debutaba con la finalidad de apoyar a la clase obrera para radicalizarla, no para sustituirla. Así de “autónomos” se consideraron después los grupos que se coordinaron en 1974 para sostener y liberar a los presos del MIL – que la policía denominó OLLA – y los grupos que siguieron en 1976, quienes tras un debate en la prisión de Segovia adoptaron el nombre de “Grupos Autónomos” o GGAA (en 1979). Sin ánimo de dar lecciones a toro pasado señalaremos no obstante que el considerarse una parte del embrión del futuro “ejército de la revolución” o la “fracción armada del proletariado revolucionario” era algo, además de criticable, falso de principio. Todos los grupos, practicasen o no la lucha armada, eran grupos separados que no se representaban más que a si mismos, eso es lo que realmente quiere decir ser “autónomos”. Autonomía que, dicho sea de paso, había que poner en entredicho al existir en el MIL una especialización de tareas que dividía a sus miembros en teóricos y activistas. El proletariado se representa a si mismo como clase a través de sus propios órganos. Y nunca se arma sino cuando lo necesita, cuando se dispone a destruir el Estado. Pero entonces no se arma una fracción sino toda la clase, formando sus milicias, “el proletariado en armas”. La existencia de grupos armados, incluso al servicio de las huelgas salvajes, no aportaba nada a la autonomía de la lucha por cuanto que se trataba de gente al margen de la decisión colectiva y fuera del control de las asambleas. Eran un poder separado, y más que una ayuda un peligro si eran infiltrados por algún confidente o provocador. En la fase en que se encontraba la lucha, bastaban los piquetes. La identificación entre lucha armada y radicalización era abusiva. La práctica más radical de la lucha de clases no eran las expropiaciones o los petardos en empresas y sedes de organismos oficiales. Lo realmente radical era aquello que ayudaba al proletariado a pasar a la ofensiva: la generalización de la insubordinación contra toda jerarquía, el sabotaje de la producción y el consumo capitalistas, las huelgas salvajes, los delegados revocables, la coordinación de las luchas, su autodefensa, la creación de medios informativos específicamente obreros, el rechazo del nacionalismo y del sindicalismo, las ocupaciones de fábricas y edificios públicos, las barricadas… La aportación a la autonomía del proletariado de los grupos mencionados quedaba limitada por su posición voluntarista en la cuestión de las armas.

En el caso particular de los Grupos Autónomos consta que deseaban situarse en el interior de las masas y que perseguían su radicalización máxima, pero las condiciones de clandestinidad que imponía la lucha armada les alejaban de ellas. Eran plenamente lúcidos en cuanto a lo que podía servir a la expresión de la lucha de clases, es decir, en cuanto a la autonomía proletaria. Conocían la herencia de Mayo del 68 y condenaban toda ideología como elemento de separación, incluso la ideología de la autonomía, puesto que en los periodos ascendentes los enemigos de la autonomía son los primeros en declararse por la autonomía. Según uno de sus comunicados, la autonomía del grupo simplemente era “no sólo una práctica común basada en un mínimo de acuerdos para la acción, sino también en una teoría autónoma correspondiente a nuestra manera de vivir, de luchar y de nuestras

necesidades concretas". Se llegaron a sacar la "L" de libertarios para evitar ser etiquetados y caer en la oposición espectacular anarquismo-marxismo. También para no ser recuperados por la CNT en tanto que anarquistas, organización a la que por sindical consideraban burocrática, integradora y favorable a la existencia del trabajo asalariado y en consecuencia, del capital. No tenían vocación de permanencia como los partidos porque rechazaban el poder; todo grupo verdaderamente autónomo se organizaba para unas tareas concretas y se disolvía cuando dichas tareas finalizaban. La represión les puso abrupto fin pero su práctica resulta, tanto en sus aciertos como en sus fallos, ejemplar y por lo tanto, pedagógica.

La táctica autónoma

Entre los ambientes proletarios de los sesenta y setenta y el mundo tecnificado y globalizado media un abismo. Vivimos una realidad histórica radicalmente diferente creada sobre las ruinas de la anterior. El movimiento obrero se esfumó, por eso hablar de "autonomía", ibérica o no, no tiene sentido si con ello tratamos de adherirnos a una figura inexistente del proletariado y edificar sobre ella un programa de acción fantasmagórico, basada en una ideología hecha de pedazos de otras. En el peor de los casos significaría la resurrección del cadáver leninista y de la idea de "vanguardia", lo más opuesto a la autonomía. Tampoco se trata de distraerse en el ciberespacio, ni en el "movimiento de movimientos", exigiendo la democratización del orden establecido mediante la participación en sus instituciones de los pretendidos representantes de la sociedad civil. No hay sociedad civil, dicha "sociedad" se halla disgregada en sus componentes básicos: los individuos, y éstos no sólo están separados de los resultados y productos de su actividad, sino que están separados unos de otros. Toda la libertad que la sociedad capitalista pueda ofrecer reposa, no en la asociación entre individuos autónomos sino en su separación y desposesión más completa, de forma que un individuo descubra en otro no un apoyo a su libertad sino un competidor y un obstáculo. Esa separación la técnica digital viene a consumarla en tanto que comunicación virtual. Los individuos entonces para relacionarse dependen absolutamente de los medios técnicos, pero lo que obtienen no es un contacto real sino una relación en el éter. En el extremo los individuos adictos a los aparatos son incapaces de mantener relaciones directas con sus semejantes. Las tecnologías de la información y de la comunicación han llevado a cabo el viejo proyecto burgués de la separación total de los individuos entre si y a su vez han creado la ilusión de una autonomía individual gracias al funcionamiento en red que aquellas han hecho posible. Por una parte crean un individuo totalmente dependiente de las máquinas, y por lo tanto perfectamente controlable; por la otra, imponen las condiciones en las que se desenvuelve toda actividad social, le marcan los ritmos y exigen una adaptación permanente a los cambios. Quien ha conquistado la autonomía no es pues el individuo sino la técnica. A pesar de todo, si la autonomía individual es imposible en las condiciones productivas actuales, la lucha por la autonomía no lo es, aunque no deberá reducirse a un descuelgue del modo de sobrevivir capitalista técnicamente equipado. Negarse a trabajar, a consumir, a usar artefactos, a ir en vehículo privado, a vivir en ciudades, etc., constituye de por si un vasto programa, pero la supervivencia bajo el capitalismo impone sus reglas. La autonomía

personal no es simple autosuficiencia pagada con el aislamiento y la marginación de los que se escape con la telefonía móvil y el correo electrónico. La lucha contra dichas reglas y constricciones es hoy el abecedario de la autonomía individual y tiene ante si muchas vías, todas legítimas. El sabotaje será complementario del aprender un oficio extinguido o del practicar el trueque. Lo que define la autonomía de alguien respecto al Poder dominante, es su capacidad de defensa frente al mismo. En cuanto a la acción colectiva, hoy resultan imposibles los movimientos conscientes de masas, porque no hay conciencia de clase. Las masas son exactamente lo contrario de las clases. Sin clase obrera es absurdo hablar de "autonomía obrera", pero no lo es hablar de grupos autónomos. Las condiciones actuales no son tan desastrosas como para no permitir la organización de grupos con vistas a acciones concretas defensivas. El avance del capitalismo espectacular se efectúa siempre como agresión, a la que hay que responder donde se pueda: contra el TAV, los parques eólicos, las incineradoras, los campos de golf, los planes hidrológicos, los puertos deportivos, las autopistas, las líneas de alta tensión, las segundas residencias, las pistas de esquí, los centros comerciales, la especulación inmobiliaria, la precariedad, los productos transgénicos… Se trata de establecer líneas de resistencia desde donde reconstruir un medio refractario al capital en el que cristalice de nuevo la conciencia revolucionaria. Si el mundo no está para grandes estrategias, sí lo está en cambio para acciones de guerrilla y la fórmula organizativa más conveniente son los grupos autónomos. Esa es la autonomía que interesa.

Miquel Amorós.

Transcripción de dos ponencias presentadas el 23 de enero
y el 10 de febrero de 2005 en Barcelona.
Publicado en *Al margen* nº54.

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Marzo 2005

La urbe totalitaria

> "Nos debemos persuadir de que está en la naturaleza de lo verdadero salir cuando su tiempo llega, y manifestarse sólo cuando llega; así, no se manifiesta demasiado pronto ni encuentra un público inmaduro que le reciba." (Hegel, *La Fenomenología del Espíritu*)

Durante los años noventa se dieron plenamente una serie de cambios sociales lentamente gestados en periodos anteriores, cambios que pusieron de relieve el advenimiento de una nueva época bastante más inquietante que la precedente. El paso de una economía basada en la producción a otra asentada en los servicios, el imperio de las finanzas sobre los Estados, la desregularización de los mercados (incluido el del trabajo), la invasión de las nuevas tecnologías con la subsiguiente artificialización del entorno vital, el auge de los medios de comunicación unilateral, la mercantilización y privatización completas del vivir, el ascenso de formas de control social totalitarias… son realidades acontecidas bajo la presión de necesidades nuevas, las que impone el mundo donde reinan condiciones económicas globalizadoras. Dichas condiciones pueden reducirse a tres: *la eficacia técnica, la movilidad acelerada y el perpetuo presente*. Lo sorprendente del nuevo orden creado no es la rapidez de los cambios y la destrucción de todo lo que se resiste, incluidos modos de sentir, de pensar o de actuar, sino la ausencia de oposición significativa. Diríase que son los cambios constantes quienes han borrado la memoria a la población obrera e invalidado la experiencia, las referencias, el criterio y las demás bases de la objetividad y verdad, impidiendo que los trabajadores sacasen las conclusiones implícitas en sus derrotas. Además los cambios han pulverizado a la misma clase obrera, disolviendo cualquier relación y convirtiéndola en masa anómica. Lo cierto es que la adaptación a las exigencias de la globalización requiere acabar con los mismísimos fundamentos de la conciencia histórica, con el propio pensamiento de clase. Para que las masas sean ejecutoras involuntarias de las leyes del mercado mundial han de estar atomizadas, en continuo movimiento y sumergidas en un inacabable presente repleto de novedades dispuestas ad hoc para ser consumidas en el acto.

Tantos cambios tenían que afectar a las ciudades, que, gracias a una pérdida imparable de identidad, llevan camino de convertirse en una versión de una misma y única urbe, o mejor, en partes de una sola megalópolis tentacular, un nodo de la red financiera mundial. Según el dinamismo que presente, aquél puede ser reorganizado funcionalmente (como en Cataluña), vaciado (como en Aragón), o colmatado (como en el País Vasco). En el espacio se juega el mayor envite del poder, y el nuevo urbanismo, forjado bajo el dominio de necesidades que ya son universales, es la técnica idónea para instrumentalizar el espacio, acabando así tanto con los conflictos presentes como con la memoria de los combates antiguos. Se está creando un nuevo modo de vida uniforme, dependiente de artilugios, vigilado, frenético, dentro de un clima existencial amorfo, que los dirigentes dicen que es el del futuro. La nueva economía

obliga a nuevas costumbres, a nuevas maneras de habitar y vivir, incompatibles con la existencia de ciudades como las de antes y con habitantes como los de antes. Esa nueva concepción de la vida basada en el consumo, el movimiento y la soledad, es decir, en la ausencia total de relaciones humanas, exige una artificialización higiénica del espacio a realizar mediante una reestructuración sobre parámetros técnicos. Lo técnico va siempre por delante del ideal, a no ser que sea el ideal. Los dirigentes de cualquier ciudad hablan todos esa lengua de la innovación tecnoeconómica que no cesa: "una ciudad no puede parar", tiene que "reinventarse", "renovarse", "refundarse", "rejuvenecerse", etc., para lo que habrá de "subirse al tren de la modernidad", "impulsar el papel de las nuevas tecnologías", "desarrollar parques empresariales", "mejorar la oferta cultural y lúdica", "construir nuevos hoteles", tener una parada del AVE, levantar "nuevos edificios emblemáticos", imponer una movilidad "sostenible" y demás cantinela. Los PGOU recalificaron terrenos industriales y dieron carta blanca a la construcción de colmenas en altura. Después las modificaciones y los planes parciales han favorecido operaciones especulativas como los proyectos Forum 2004, Copa América, la Expo 2008, el IV Centenario del Quijote o las Olimpiadas 2012. Los pelotazos inmobiliarios que "mueven" la economía y financian los planes desarrollistas significan una transferencia enorme de dinero público hacia las constructoras. Por eso la adjudicación discrecional de obras públicas es un arma política, pues también sirve para financiar a los partidos y enriquecer a sus dirigentes e intermediarios (el 10% de los costes consiste en sobornos). Los proyectos especulativos "privados" son al menos tanto o más importantes. El 80% de los ingresos de los ayuntamientos están relacionados con el mercado inmobiliario, el principal mercado de capitales del país. Así, pese a que la población envejece y disminuye, el último año se construyeron y vendieron 650.000 nuevas casas, operaciones muchas de ellas relacionadas con el blanqueo de dinero. *El espectáculo de la urbanización a todo gas va siempre acompañado de la especulación y la corrupción sin trabas*.

La llamada "crisis fiscal del Estado" permitió que en la explotación de las "potencialidades" urbanas llevasen la iniciativa los constructores, los políticos locales y los arquitectos (hacer arquitectura es meterse de lleno en la política de transformación totalitaria de las ciudades). Esa unificación por la base de la clase dominante ha tenido consecuencias más graves que la corrupción y el fraude. Los dirigentes se han dado cuenta de que tras la urbanización depredadora nacía una nueva sociedad más desequilibrada que comportaba un modo de vida emocionalmente desestabilizado y un nuevo tipo de hombre, frágil, narcisista y desarraigado. La arquitectura y el urbanismo eran las herramientas de fabricación del *cocooning* de aquel nuevo tipo, liberado del trabajo de relacionarse con sus vecinos, un ciudadano dócil, automovilista y controlable. Como se trata de un proceso que todavía anda por su primer estadio y no de una situación acabada, todos los medios han de ser puestos tras ese único objetivo. La nueva sociedad no podía desarrollarse, ni en las ciudades franquistas semicompactas con centros históricos sin museificar y con barrios populares todavía en pie, ni en los pueblos rurales con su agricultura de subsistencia. Sobrevivían lazos de sociabilidad que aún permitían los fines comunes y la acción colectiva, reproduciéndose

un medio social extraño a los valores dominantes. Unas estructuras espaciales al servicio de la circulación económica eran indispensables para eliminar aquellos lazos, borrar la memoria del pasado y condensar los nuevos valores de la dominación. Estas son las conurbaciones, áreas nacidas de la fusión desordenada de varios núcleos de población formando aglomerados dependientes y jerarquizados de dimensiones notables, a los que los técnicos llaman "sistemas urbanos". Unos habitantes separados entre sí, emocionalmente desestabilizados, necesitaban una especie de inmenso autoservicio urbano, un frenesí edificado donde todo es movimiento y consumo; en fin, una urbe fagocitaria descoyuntada orgánicamente y separada de su entorno, tan indiferente al abastecimiento del agua y la energía que consume como al destino de sus basuras y desperdicios. Los residuos pueden ser fuente de beneficios, como lo es la escasez del agua y el transporte de energía (ya existe un mercado de la contaminación que opera con las emisiones de CO_2), pero sobre todo son fuente de inspiración; lo dice Frank Gehry, un arquitecto del poder que empezó construyendo shopping malls. Los ecologistas y los ciudadanistas aportaron su lenguaje; por eso los políticos, con la mejor de las intenciones, califican de "verde" y "sostenible" todo lo que tenga hierba, no provoque atascos y dé hacia el sol (si fueran grandes los llamarían "ecomonumentos"). Los arquitectos elaboraron planes de "rehabilitación" de los centros degradados basados en la descatalogación del mayor número posible de edificios y en la peatonalización de las calles, con vistas a su adaptación al turismo. Nuevas autopistas, nuevas ampliaciones portuarias y nuevas pistas de aterrizaje han de situar a la urbe en el mapa de la "nueva economía", por lo que todo el mundo dirigente trabaja a marchas forzadas. Cada año se construyen en el país veinticuatro catedrales del relax consumidor, los centros comerciales, visitados anualmente por más de 23 millones de paisanos. A veces ocurre que el ciudadano anda un poco rezagado por culpa de recuerdos del pasado, no tan lejano, y tiene dificultades en ver el confort y la belleza de las nuevas "máquinas del vivir" (o "ecopisos") y de sus emblemas monumentales. Pero son precisamente esas formas nuevas, construidas con nuevos materiales en cuya fabricación puede que no haya "intervenido mano de obra infantil", empleando nuevas técnicas que "no perjudicarán al medio ambiente", y, eso sí fundadas en la privatización absoluta, el desplazamiento constante y la videovigilancia, las que traducen las nuevas relaciones sociales. *El nuevo hábitat ciudadano es una especie de molde, o mejor, un aparato ortopédico que sirve para enderezar al nuevo hombre*. De forma que, viviendo en tal medio, el hombre artificial del presente sea el hombre sin raíces del futuro.

El paradigma del nuevo estilo de vida en los granjas de engorde que llaman ciudades es el de los altos ejecutivos que las vedettes del espectáculo exhiben en las pantallas. Nada que ver con el viejo estilo burgués, orientado a la opulencia y el disfrute exclusivo de minorías. El nuevo estilo no es para gozar sino para mostrarse. La ciudad es ahora espectáculo. Eso tiene traducción urbana, especialmente en los monumentos. Los edificios monumentales típicamente burgueses se integran en un entorno clasista, definiendo el sector dominante de la ciudad. Tanto si son viviendas, como grandes almacenes o estaciones de ferrocarril, la arquitectura burguesa trata de ordenar jerárquicamente el entramado urbano donde se

ubican. El arquitecto burgués más bien “aburguesa” el espacio, no lo anula. Sin embargo no ocurrió así con la arquitectura franquista de los sesenta, apoyada en una industria de la construcción incipiente y en una imponente especulación. Los edificios franquistas, concebidos no como partes de un conjunto sino como hecho singular (y singular negocio), dislocan el espacio urbano, son como objetos extraños incrustados en barrios ajenos, rompiendo la trama, hasta el punto que los desorganizan y desertifican. *Son monumentos a la amnesia*, no al recuerdo; a través de ellos la ciudad expulsa su autenticidad y su historia, y se vuelve transparente y vulgar. La nueva arquitectura, provista de medios mucho más poderosos, magnifica esos efectos de superficialidad y anomia urbicida. Unos cuantos edificios “de marca” y ya tenemos la identidad de la ciudad reducida a un logo y más fragmentada que con el caos automovilista. Fragmentada y llena de turistas. Heredera de la arquitectura fascista, la nueva arquitectura ensalza el poder en sí, que hoy es el de la técnica. Tener estilo particular, lo que se dice tener, no tiene. Busca disociar geométricamente el espacio, mecanizar el hábitat, estandarizar la construcción, imponer el ángulo recto, el cubo de aire. El modelo son los aeropuertos, por lo que las nuevas ciudades habrían de ordenarse en función de aquellos. Serán en el futuro una prolongación del complejo aeroportuario, cuyo principal ariete es el AVE. El realismo desencarnado del llamado “estilo internacional” ha venido a ser el más apropiado, pero quizás resulte demasiado verídico en estos momentos del proceso y los dirigentes, pecando de verbalismo arquitectónico, hayan preferido una arquitectura “de autor” para los eventos espectaculares que han marcado los inicios de ambiciosas remodelaciones urbanísticas: el Guggenheim de Bilbao, la torre Agbar de Barcelona, la estación de Las Delicias de Zaragoza, el Kursaal de Donosti, l’Auditori de Valencia… , de los cuales lo mejor que puede decirse es que cuando ardan resultarán imponentes. Los políticos y los hombres de negocios que impulsan los cambios aspiran a que las ciudades se les parezcan, o que se asemejen a sus ambiciones, por eso todavía se necesitan edificios extravagantes y sobre todo gigantescos, susceptibles por sus dimensiones de traducir la enormidad del poder y la emoción mercantil que conmueve a los promotores. Esta voluntad en hallar una expresión mayúscula del nuevo orden establecido, no deja de lado los aspectos más espectaculares que mejor pueden redundar en su beneficio, como por ejemplo el diseño. Estamos en el periodo romántico del nuevo orden y éste necesita símbolos arquitectónicos, no para que vivan dentro sus dirigentes sino para que representen los ideales de la nueva sociedad globalizada. A través de la verticalidad y del diseño los dirigentes persiguen no sólo la explotación máxima del suelo edificable o la neutralización de la calle, sino la exaltación de aquellos ideales perfilados por la técnica y las finanzas.

Las características principales que definen el nuevo orden urbano son la destrucción del campo, los cinturones de asfalto, la zonificación extrema, la suburbanización creciente, la multiplicación de espacios neutros, la verticalización, el deterioro de los individuos y la tecnovigilancia. La arquitectura del bulldozer típica del orden nuevo nace de la separación entre el lugar y la función, entre la vivienda y el trabajo, entre el abastecimiento y el ocio. Derrumbados los restos de la antigua unidad orgánica, la ciudad pierde sus contornos y el ciudadano está obligado a recorrer grandes distancias para realizar cualquier actividad,

dependiendo totalmente del coche y del teléfono móvil. La circulación es una función separada, autónoma, la más influyente en la determinación de la nueva morfología de las ciudades. Las ciudades, habitadas por gente en movimiento, se consagran al uso generalizado del automóvil. El coche, antiguo símbolo de *standing*, es ahora la prótesis principal que comunica al individuo con la ciudad. Nótese que la supuesta libertad de movimientos que debía de proporcionar al usuario, es en realidad libertad de circular por el territorio de la mercancía, libertad para cumplir las leyes dinámicas del mercado. Por decirlo de otro modo, el automovilista no puede circular *en sentido contrario*. El lugar en el escalafón social se descubre en la correspondiente jerarquización del territorio producida por la expansión ilimitada de la urbe: los trabajadores habitan los distritos exteriores y las primeras o segundas coronas; los pobres precarios o indocumentados viven en los ghettos; los dirigentes viven en el centro o en las zonas residenciales de lujo; la clase media, entre unos y otros. El espacio urbano abierto va rellenándose con zonas verdes neutrales y vacíos soleados, mientras *la calle desaparece en tanto que espacio público*. El espacio público en su conjunto se neutraliza al perder su función de lugar de encuentro y relación (lugar de libertad), y se transforma en un fondo muerto que acompaña a la aglomeración y aísla sus partes (lugar de desconexión). El espacio sólo sirve para contener una muchedumbre en movimiento dirigido, no para ir contra corriente o pararse.

Los procesos de dispersión y atomización provocados por la instalación de la lógica de las máquinas en la vida cotidiana quedan reflejados en el tratamiento que la arquitectura moderna inflige a los individuos. Estos son contemplados como una suma de constantes sicobiológicas, una especie de entes con virtudes mecánicas. La casa deja de ser el producto artesanal con que sueñan los compradores de adosados y pasa a ser un producto industrial con formas diseñadas expresamente para embutir a los inquilinos, a los que previamente se les han simplificado las necesidades: trabajar, circular, consumir, divertirse, dormir. Ha de ser completamente cerrada (tendencia a suprimir balcones, empequeñecer ventanas y blindar puertas) y equipada con artefactos, para satisfacer tanto la obsesión de seguridad del habitante atemorizado como la necesidad de autonomía que exige su intimidad enfermiza y absorbente. Los aspectos comunitarios de las viviendas han de ser mínimos de forma que nadie conozca a nadie y pueda vivir en la mayor privacidad; las funciones antaño sociales de los vecinos han de intentar convertirse en funciones técnicas a resolver individualmente o mediante el recurso a profesionales. *La casa es una celda porque la sociedad se ha vuelto prisión*. Las heridas que la sociedad de masas inflige al individuo son verdaderos indicadores de la mentira dominante. La falta de integración del individuo con el medio es realmente traumática: la pérdida de referentes comunes, el anonimato y el miedo conducen a la desestructuración social de las conductas, la insolidaridad, la neurosis securitaria y los comportamientos disfuncionales extremos, todo lo cual abre las puertas a patologías como la obesidad, la bulimia, la anorexia, las adicciones, el consumo compulsivo, la hipocondría, el estrés, las depresiones, los modernos síndromes… Toda la neurosis del hombre moderno podría resumirse sacando la media entre los síntomas del hombre encerrado y los del hombre promiscuo, fan de una estrella del rock o hincha de un equipo de fútbol. Si a ello

añadimos el deseo de ser eternamente menores de edad engendrado por el pánico a la vejez y una creciente agresividad hacia lo distinto, tenemos lo que Wilhelm Reich calificó de peste emocional, la base psicológica de masas del fascismo. Por otra parte, el cuerpo humano sufre constantes agresiones en un medio urbano insalubre donde la contaminación, el ruido y las ondas de telefonía se asocian con la alimentación industrial y el consumo de ansiolíticos para causar alergias, cardiopatías, inmunodeficiencias, diabetes o cáncer, típicas enfermedades modernas que denuncian el estado de decadencia física de una población con hábitos de vida patógenos que ni las dietas televisivas, ni los ajardinamientos, ni la recogida selectiva de basuras pueden cambiar. *La ciudad nos vuelve a todos a la vez, enfermos, neuróticos y fascistas*.

Los dirigentes democráticos han conseguido por medios técnicos lo que los regímenes totalitarios lograron por medios políticos y policiales: la masificación por el aislamiento total, la movilidad incesante y el control absoluto. La urbe contemporánea es suavemente totalitaria porque es la realización de la utopía nazi-estalinista sin gulags ni ruido de cristales rotos. Asistimos al fin de las modalidades de control social propias de la época burguesa clásica. La familia, la fábrica, y la cárcel eran los medios disciplinarios susceptibles de integrar o reintegrar a los individuos en la sociedad de clases; el Estado del "bienestar" añadiría la escuela, el sindicato y la asistencia social. En la fase superior de la dominación en la que nos encontramos el sistema disciplinario es caro y tenido por ineficaz, dado que la finalidad ya no es la inserción o la rehabilitación de la peligrosidad social, sino su neutralización y contención. Por vez primera, se parte del principio de la inasimilabilidad de sectores enteros de la población, los excluidos o autoexcluidos del mercado, fácilmente identificables como jóvenes, independentistas, inmigrantes, precarios, mendigos, toxicómanos, minorías religiosas…, sectores cuyo potencial riesgo social hay que detectar, aislar y gestionar. Ya no solamente se persigue la infracción de la ley, sino la presupuesta voluntad de infringir. De esta forma el tratamiento de la exclusión social o de la protesta que genera deja las consideraciones políticas al margen y se vuelve directamente punitivo. En último extremo, todo el mundo es un infractor en potencia. *La cuestión social se convierte así en cuestión criminal*, conversión a la que contribuyen una serie de leyes, reformas o decretos que inculcan o suspenden derechos y que introducen un estado de excepción a la carta. Por ejemplo, la creación de la figura jurídica del "sospechoso" cubrirá legalmente las listas negras, la prisión sin juicio y la expulsión arbitraria. Se termina la separación de poderes, es decir, la independencia formal entre el gobierno, el parlamento y la judicatura. Entonces se instaura una guerra civil de baja intensidad que permite la represión encubierta de la población mal integrada, o sea, "sospechosa". Los efectos sobre la ciudad son importantes puesto que la vigilancia propiamente carcelaria se extiende por todas sus calles. Primero son los bancos, centros comerciales, centros de ocio, edificios administrativos, estaciones, aeropuertos, etc., quienes ponen en marcha complejos sistemas de seguridad e identificación e instalan cámaras de videovigilancia; después, para impedir robos y sabotajes de empleados, se vigilan los lugares de trabajo; finalmente, es todo el espacio urbano el que se somete a la neurosis securitaria. Los vecinos, estimulados por los consistorios,

contribuyen delatando conductas que consideran incívicas. La ciudad se acomoda a la cárcel con cualquier pretexto: los terroristas, los asesinos en serie, los pedófilos, los delincuentes juveniles, los extranjeros indocumentados…, incluso los fumadores. Todo es poco para calmar la histeria ciudadana que los medios de comunicación han fomentado. Si la familia o el sindicato entran en crisis como herramienta disciplinaria, otros instrumentos de contención y guarda experimentan un auge sin precedentes: el sistema de enseñanza, el complejo carcelario y el *ghetto*. La escolarización extensiva y prolongada es la mejor manera de localizar y domesticar a la población juvenil. La proliferación de modalidades de encierro y de libertad "vigilada" hace lo propio con la población trasgresora. Por fin, el elevado precio de la vivienda y el *mobbing* alejan a la población indeseable de los escenarios centrales donde rige la tolerancia cero, para concentrarla en suburbios acotados abandonados a sí mismos. De todo lo precedente no resultará aventurado deducir que *el orden en las nuevas metrópolis donde nadie se puede esconder, es un orden totalitario, fascista*.

La lucha por la liberación del espacio es una lucha frontal contra su privatización y mercantilización, lucha que transcurre en condiciones, ya lo hemos dicho, fascistas. Dichas condiciones dejan en situación muy difícil a los partidarios de la expropiación y de la gestión colectiva del espacio, y en cambio favorecen a los que prefieren decorar, paliar y administrar su degradación. Sin embargo *la reconstrucción de una comunidad libre en un marco de relaciones fraternales e igualitarias depende absolutamente de la existencia de circuitos ajenos al capital y la mercancía, es decir, de un territorio que se ha de sustraer al mercado donde pueda asentarse y protegerse la población segregada*. Las anteriores luchas contra el capital han contado siempre con zonas exteriores y opacas. Ahora no. Por lo tanto, hay que crearlas, pero no contentarse con eso.

Miguel Amorós

Conferencias en el Centro Social Anarquista La Revuelta, Zaragoza, el 19 de marzo de 2005 (II Jornadas Cuestionando la Urbe) y en el Koldo Michelena, Donosti, el 21 de marzo de 2005, organizada por la Asamblea Anti TAV (Jornadas ¿Desarrollo o desastre?).

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Abril 2005

Los avatares de la cultura como mercancía

La palabra «cultura» deriva del latín *colere*, que significa cultivar, cuidar, preservar. El primero en referirse a ella en el sentido de cultivar el espíritu, mejorar las facultades intelectuales y morales, fue Cicerón. Se ha sugerido que quizás los romanos inventaran el concepto para traducir la palabra griega paideia. Según Hannah Arendt los romanos concibieron la cultura en relación con la naturaleza y la asociaron al homenaje y respeto a las obras pasadas. «Culto» comparte raíz con cultura. Todavía hoy, cuando hablamos de cultura nos vienen a la mente esas ideas de naturaleza trabajada y monumento del pasado, aun cuando la realidad hace mucho que no tiene nada que ver.

La cultura como esfera separada de la sociedad donde se ejercita la creación libremente, como actividad justificable en sí y por sí misma, es una imagen idealizada. Su autonomía tiene un momento falso. La cultura pasó por las cortes de los reyes, se alojó en los monasterios e iglesias, fue protegida por los mecenas de los palacios y los salones. Cuando éstos la abandonaron la compró el burgués. El goce de la cultura ha sido el privilegio de la clase ociosa, liberada de la obligación de trabajar. Hasta el siglo XVIII la cultura fue patrimonio de la aristocracia; después, ha formado parte del acervo de la burguesía. Los escritores y artistas han tratado de preservar su libertad manteniendo independiente el proceso de creación, viviendo ellos mismos al margen de las convenciones sociales, pero a fin de cuentas es el burgués quien paga por el resultado final, es decir, por la obra. El burgués le pone precio, tanto si le complace como si le provoca y da pasmo. Tanto si sirve para algo como si es perfectamente inútil. Para el burgués la cultura es objeto de prestigio; quien la posee asciende en la escala social. La demanda de la clase dominante determina pues la formación de un mercado de la cultura. Para el burgués la cultura es un valor como los otros, un valor de cambio, una mercancía. Incluso las obras que rechazan la condición de mercancías, cuestionan la cultura mercantilizada e imponen sus reglas son también mercancías. Su valor consiste precisamente en ser rupturistas, ya que impulsan la renovación, esencial para el mercado. La cultura en conflicto con la burguesía es la cultura burguesa del futuro.

Por haberse atrincherado aparte en tanto que producción especial del espíritu humano, por no haberse involucrado en la transformación de la sociedad, es por lo que la cultura bajo el dominio burgués ha fracasado. Las vanguardias de comienzos del siglo XX – futuristas, dadaístas, constructivistas, expresionistas, surrealistas – trataron de corregir ese error ideando y difundiendo nuevos valores subversivos, nuevos comportamientos disolventes, pero la burguesía los supo trivializar y expropiar. El secreto consistió en impedir la formación de un punto de vista general. Los mejores descubrimientos eran esterilizados al separarse de la investigación global y de la crítica total. Los mecanismos comerciales y la especialización conseguían levantar una barrera entre el creador y el movimiento obrero revolucionario, el

que le podría servir de base para acentuar todos los aspectos subversivos contenidos en su obra. Así renunció a cambiar el mundo y aceptó su trabajo como disciplina fragmentada, productora de obras degradadas e inofensivas.

Resulta significativo que cuando el pueblo llano se proletariza, desaparezca la cultura popular. El sistema capitalista somete al pueblo a la esclavitud asalariada y la burguesía culta descubre y se apropia de su folklore. La primera cultura específicamente burguesa es la cultura romántica. Como corresponde a un periodo revolucionario, es al mismo tiempo apologética y crítica; ensalza los valores burgueses y los cuestiona. Ese aspecto crítico influirá en la clase obrera. Cuando el proletariado concibe el proyecto de apropiarse de la riqueza social para ponerla al servicio de todos se percata de su aislamiento cultural y reivindica la cultura -principalmente en su vertiente romántica- como instrumento imprescindible de emancipación. Las bibliotecas, los ateneos, las escuelas racionalistas, las publicaciones formativas revelan la voluntad de los obreros por tener una cultura propia, arrebatada a la burguesía y puesta fuera del mercado en provecho de todos. Dependía de la vanguardia cultural, movimiento que hace tabla rasa con el pasado, que ese detournement obrero de la cultura burguesa no introdujese sus taras ideológicas en el medio proletario y desembocara en valores realmente nuevos y revolucionarios. Entonces hubiera podido hablarse de una auténtica cultura proletaria. No fue así. Las propias victorias obreras, especialmente las que acarreaban una disminución del tiempo de trabajo, fueron usadas en contra de los trabajadores. El ocio se volvía de alguna manera proletario y la vida cotidiana de millones de trabajadores se abría al capitalismo. La dominación dispuso de dos poderosas armas creadas por la racionalización del proceso productivo: el sistema educativo estatal y los medios de comunicación de masas, el cine, la radio y la televisión. Por un lado teníamos una cultura burocrática, destinada a trasmitir las ideas de la clase dominante, por el otro, una expansión sin precedentes del mercado cultural, determinando la aparición de una industria de la cultura. El creador y el intelectual podían escoger entre la poltrona del funcionario o el camerino del animador. «Para conferir a los trabajadores el estatuto de productores y consumidores “libres” del tiempo-mercancía, la condición previa fue la expropiación violenta de su tiempo» (Debord). El espectáculo empezó a hacerse realidad con esa desposesión llevada a cabo por la industria cultural. Por una astucia técnica de la dominación la abolición del privilegio burgués no introdujo a las masas trabajadoras en la cultura, las introdujo en el espectáculo. El ocio no las liberó sino que culminó su esclavitud.

El tiempo «libre» es tal sólo de nombre. Nadie puede emplear su tiempo libremente si no posee los instrumentos adecuados para construir su vida cotidiana. El tiempo llamado libre existe en condiciones sociales de falta de libertad. Las relaciones de producción determinan absolutamente la existencia de los individuos y el grado de libertad que han de poseer. Esta libertad se ejerce dentro del mercado. En su tiempo de ocio el individuo desea lo que la oferta le impone. A más libertad, mayor imposición, o sea, más esclavitud. El tiempo libre es ocupación constante; es pues una prolongación del tiempo de trabajo y adopta las características del trabajo: la rutina, la fatiga, el hastío, el embrutecimiento. Al individuo la

diversión le viene impuesta no ya para reparar las fuerzas gastadas en el trabajo sino emplearlas de nuevo en el consumo. «La diversión es la prolongación del trabajo en el capitalismo tardío» (Adorno).

La cultura entra en el campo del ocio y se convierte en cultura de masas. Si la sociedad burguesa clasista utilizaba los productos culturales como mercancías, la sociedad de masas los consume. Ya no sirven para perfeccionarse o para mejorar la posición social; su función es la de divertir y pasar el rato. La nueva cultura es entretenimiento y el entretenimiento es ahora la cultura. Se trata de distraer, de matar el tiempo, no de educar y menos liberar el espíritu. Divertirse es evadirse, no pensar, por consiguiente, estar de acuerdo. Así se hace soportable la miseria de la vida cotidiana. La cultura industrial y burocrática no enfrenta al individuo con la sociedad que reprime sus deseos, sino que doma el instinto, embota la iniciativa y acrecienta la pobreza intelectual. Busca estandarizar cambiando al individuo por un estereotipo, el que se corresponde con el súbdito de la dominación, a saber, el espectador. La cultura industrial convierte a todo el mundo en «público». El público por definición es pasivo, procede por identificación psicológica con el héroe televisivo, con la vedette, con el líder. Son los modelos de la falsa realización propios de una vida alienada. La imagen domina sobre cualquier otra forma de expresión. El espectador, no interviene, hace de bulto; tampoco protesta, más bien es el decorado de la protesta. Es más, si las conductas rebeldes se vuelven moda cultural es porque la protesta se ha vuelto mercancía. Sirva de ejemplo reciente la «movida» madrileña o su homóloga, la contracultura barcelonesa de los setenta. La verdadera función del espectáculo contestatario es integrar la revuelta, revelando el grado de docilidad o el nivel de idiotez de los participantes. El espectáculo extiende al máximo los momentos vulgares de la vida disfrazándolos de heroicos y únicos. En plena derrota de las ideas de igualitarias y libertarias, el espectáculo es el único que construye situaciones, aquellas en que los individuos ignoran todo lo que no divierte. Así se incuba el espectador, ser disperso a quien el régimen cotidiano de imágenes «ha privado de mundo, cortado de toda relación y vuelto incapaz de fijar la atención» (Anders).

Además de frívolos los productos de la cultura industrial son efímeros, pues la oferta ha de renovarse constantemente ya que el dominio sobre la vida cotidiana sigue las pautas de la moda, y en la moda la inconstancia es la regla. La moda siempre vive en presente. Incluso el pasado parece actual: el márketing consigue presentar a El Quijote como un libro acabado de escribir y a Goya como un pintor de la jet. El diluvio informativo que soporta el espectador está descontextualizado, privado de perspectiva histórica, dirigido a mentes preparadas para recibirlo, maleables, sin memoria y, por lo tanto, indiferentes a la historia. Los espectadores no viven más que en el instante. Sumergidos en un perpetuo presente son seres infantiles, incapaces de distinguir entre distracción banal y actividad pública. No quieren madurar, quieren pararse eternamente en la edad del pavo. Creen que la farsa lúdica es la conducta pública más apropiada, la única que surge espontáneamente de su existencia pueril. Esa valoración espectacular de la parodia juguetona hace del mundo de los niños un absoluto, donde han de ser confinados los adultos. La infantilización separa

definitivamente al público espectador de los verdaderos actores, los dirigentes. El hecho es más que perverso; difícilmente la protesta puede sobrevivir a las maniobras de los recuperadores infiltrados, pero nunca sobrevivirá a una versión cómic. La ideología ludista es la buena conciencia de las mentes infantilizadas bajo el espectáculo.

El espectáculo integrado reina donde la cultura estatal y la cultura industrial se han fusionado. Las mismas normas rigen las dos. La creciente importancia del ocio en la producción moderna ha sido una de las causas que han impulsado el proceso de terciarización económica característico de la globalización. La cultura, en tanto que objeto de consumo en tiempo ocioso, se ha desarrollado como fuerza productiva. Crea empleos, estimula el consumo, atrae visitantes. El turismo cultural es mayoritario ya que la oferta cultural es prioritaria en las ciudades. La industria cultural se ha diversificado y ahora el mercado de la cultura es global. Se exporta y se importa cultura, como se importan y se exportan pollos. Los adelantos técnicos en el transporte favorecen esa mundialización; la basura, como los medios de comunicación nos muestran, es igual para todos. En las cuatro esquinas del mundo se oye «Macarena». Los nuevos sistemas técnicos – internet, video, DVD, fibra óptica, televisión por cable, telefonía móvil – han acelerado el proceso globalizador de la cultura burocratico-industrial; también le han proporcionado un nuevo territorio: el espacio virtual. En esa nueva dimensión el espectáculo efectúa un salto cualitativo. Todas las características de la susodicha cultura, a saber, banalización, unidimensionalidad, frivolidad, superficialidad, ludismo, eclecticismo, fragmentación, etc., se hallan realizadas a niveles insuperables. La cultura del monitor culmina a la carta la colonización de la vida cotidiana proyectando en la nada virtual la realización de los deseos. La «interactividad» que permiten las nuevas tecnologías rompe en el éter electromagnético alguna de las reglas del espectáculo, como la pasividad o la unilateralidad, y gracias a eso el espectador puede comunicarse con otros y participar activamente, pero sólo en tanto que fantasma. El alter ego virtual puede ser dentro de la matriz tecnológica todo lo que quiera, especialmente todo lo que el ser real no será jamás en el espacio real, de forma que a través de ese desdoblamiento del ser, el individuo contribuye a su propia imbecilidad y, por lo tanto, a su aniquilamiento. La alienación moderna se descubre a través de los nuevos mecanismos de evasión como una modalidad de esquizofrenia.

En la actual fase histórica y en la medida en que un proyecto contra el sistema dominante es concebible, recobrar la cultura como cultura animi ciceroniana no significa dedicarse a una paciente erudición, o a una habilidosa cultura artesanal, o a una restitución militante de la memoria. Es ante todo práctica del sabotaje cultural inseparable de una crítica total de la dominación. La cultura murió hace tiempo y la sustituyó un sucedáneo burocrático e industrial. Por eso, todo aquél que hable de cultura -o de arte, o de recuperación de la memoria histórica- sin referirse a la transformación revolucionaria de la vida social tiene en la boca un cadáver. Toda actividad en ese campo ha de inscribirse en un plan unitario de subversión total; por consiguiente toda creación será fundamentalmente destructiva. No ha de rehuir el conflicto, ha de plantearlo y permanecer en él.

Miquel Amorós

Charla en el Ateneu Popular de l'Eixample, Barcelona, 28 de abril de 2005.

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Mayo 2005

¡Alta velocidad no! ¡Capitalismo tampoco!

"Es la costumbre lo que nos hace creer en los dioses"
Hécuba, *Eurípides*.

Hacer de Barcelona un punto clave del flujo internacional de mercancías y capitales trae inconvenientes a sus vecinos, no por lo inesperados menos previsibles. Barcelona no pertenece a sus habitantes sino a sus gestores, y si los vecinos han ignorado esa gran expropiación creyendo que son sus votos quienes deciden en último término y no los expertos al servicio de intereses ajenos y espurios, tanto peor para ellos: nunca podrán recuperar su ciudad. Esa pérdida conlleva el riesgo de catástrofe como se ha visto en el derrumbe de la calle del Cadí, en el Turó de la Peira, en las grietas de La Tatxonera o en el agujero del Carmelo. No es un problema local: la misma naturaleza caracteriza la marea negra del "Prestige", la ruptura de la presa de Aznalcóllar y los deslizamientos del pantano de Itoiz. Barcelona, como el resto, está en manos de incontrolados, gente que no rinde cuentas, que impone sus reglas y recoge beneficios. Una burocracia cuyos actos trascurren entre bastidores y por consiguiente, en total impunidad. Un acontecimiento ruidoso, el hundimiento de las casas de la barriada de El Carmelo el pasado enero, ha sido suficiente para echar algo de luz a la oscuridad que suele envolver la obra pública, revelando un entramado de corrupción e irresponsabilidad verdaderamente repugnante. De pronto, los involuntarios ciudadanos de esta ciudad fachada han sabido que la gran transformación de Barcelona en paraíso de la especulación y lugar privilegiado del turbocapitalismo encuentra en la seguridad de las casas un obstáculo económico del que hay que prescindir. La seguridad de los vecinos frente a la obra pública resulta demasiado cara, por eso se la tiene poco en cuenta ¡Que importan unas casas de menos si el resultado es rentable! Los intereses particulares no son nada ante "el exceso de confianza" de los que afirman obrar de acuerdo con el interés general. No faltó el conseller Nadal y sus lecciones de geología parlamentaria para concluir que "la culpa es de todos y no es de nadie", claro está que ningún burócrata ha querido saber qué pensaban al respecto los desalojados. De cualquier modo ¿cómo van a

opinar del tema los que no disponen ni dispondrán jamás de información suficiente para elaborar un punto de vista experto? Eso es lo que pensaban también los “dirigentes” de la Federación de Asociaciones de Vecinos, la FAVB, el ente que trabaja por la sumisión de los habitantes a la jerarquía municipal, pero no lo han creído así algunos vecinos de El Clot i L'Eixample, que con la imagen de los desalojos forzados han tenido más que suficiente para formarse una opinión sobre lo sucedido que supera a todo lo que puedan decir los expertos. Los mencionados vecinos han formado sendas Plataformas reivindicando la llegada del AVE a Barcelona por el litoral y no por debajo de sus casas. Las grietas de El Carmelo han penetrado en el conformismo vecinal quebrando unanimidades sumisas. Los vecinos han hecho un paralelismo entre el túnel por la calle Mallorca y el túnel de El Carmelo que provocó el socavón, han sacado conclusiones y han solicitado mediante pancartas, cacerolada, manifestaciones y entrevistas la revisión del trazado del AVE, retomando el viejo proyecto del Ayuntamiento aparcado en las pasadas negociaciones con la Generalitat y el Ministerio de Fomento. Los vecinos no quieren que el AVE pase por debajo del patio de su casa, cosa harto razonable, puesto que el proyecto alternativo pudiera ser a fin de cuentas más barato, y esa es precisamente la debilidad de su posición. No nos referimos a la moderación de su protesta, o a la justeza de sus reivindicaciones, sino a la aceptación implícita del Tren de Alta Velocidad. Los vecinos se conducen como si el mal consistiera en el túnel y no en el propio TAV y lo que éste significa realmente, de forma que no cuestionan los planes urbanísticos de los dirigentes y expertos, de los cuales el TAV es sólo un exponente, revelando una concepción de los asuntos urbanos similar a la de ellos. Así se impiden a sí mismos la formulación de un interés general auténticamente cívico opuesto al de los dirigentes y expertos, e impiden a los demás barceloneses sentirse igualmente afectados. En consecuencia, la toma de conciencia vecinal sobre el verdadero papel de los expertos, de los políticos y de la Alta Velocidad, queda ensombrecida y abortada por una crítica estrecha y una protesta autolimitada.

Cabría repetir que el TAV es un armatoste caro, inútil y perjudicial para la mayoría, despilfarrador de energía y destructor del territorio, que hay montones de alternativas más baratas y humanas o menos incómodas y peligrosas; que a tenor de lo que se sabe el AVE puede considerarse una sonora estafa, sobre todo en su tramo Madrid-Barcelona, pues de alta velocidad, nada. Todo eso está mal pero no importa: el TAV es un gran negocio políticoempresarial y justamente por eso es imprescindible. No servirá para mejorar la productividad de la economía española y sí en cambio para hipotecarla y acentuar su dependencia del petróleo, pero la economía globalizada no es ni española ni de ningún otro país. Eso no significa que los intereses nacionales hayan de ceder ante otros más generales de carácter trasnacional. No existen intereses generales llamados a defender la estabilidad del sistema. Los intereses de los consorcios multinacionales más poderosos, esos son los generales. El urbanismo, la política, el derecho y el mismo TAV derivan de ellos. El TAV no nace del deseo de líderes públicos visionarios: es realmente el producto de la decisión de un puñado de altos ejecutivos europeos. Es un gran negocio inmediato para las entidades financieras, para las constructoras, para los fabricantes de trenes y sistemas de seguridad,

para las inmobiliarias, para las empresas turísticas, para los arquitectos y para los lobbies de la energía, sean o no autóctonos; poco importa que vaya más o menos deprisa, o que tenga más o menos usuarios. Quienes han de ir a alta velocidad son los negocios. El TAV es un sistema de transporte típico de una sociedad desequilibrada, del que el "modelo Barcelona" no sería más que un detalle. Cargado de cuadros ejecutivos, viola ciudades desconyuntadas, amnésicas, expansivas, sometidas a la especulación y los automóviles; es por eso un pelotazo político para los partidos que facilitan el proceso de penetración. En versión hispánica el AVE no es más que una parte de un faraónico plan de infraestructuras nacido durante el felipismo, desarrollado por el PP y continuado por el posfelipismo, que ahora se llama PEIT (Plan Estratégico de Infraestructuras del Transporte) y antes PDI y PIT, y que pretende inundar el territorio español de vías de Alta Velocidad, autopistas, puertos y aeropuertos. Muchos intereses particulares confluyen aquí en las infraestructuras del transporte y determinan un interés dominante ultradesarrollista, pues la inversión y el desarrollo económico en el Estado español depende casi exclusivamente de la construcción de viviendas, de la obra pública y de la venta de automóviles. Frente a esa razón de Estado nada más cuenta y todo el que se oponga será tildado de insolidario, de estar contra la modernidad, de ser enemigo del bienestar y del progreso. Y en efecto, quien realmente se oponga será insolidario con el capital, enemigo del progreso de la barbarie y estará contra la esclavitud modernizada. Su tiempo no valdrá oro.

El fallo de las Plataformas que exigen el "AVE por el litoral", como el de otras oposiciones similares en Cataluña y fuera de ella, como por ejemplo, la Plataforma "No a la muralla" en los pueblos de l'Horta de Valencia, consiste en no cuestionar de partida ni el AVE en sí ni el secuestro de la decisión de la población afectada por la usurpación política, lo que equivale a aceptar la lógica del sistema capitalista tanto en política como en economía. Es un contrasentido que se puede explicar considerando la descomposición relativamente reciente, social y política, del proletariado y de la clase media urbana. Ambas clases eran influyentes cuando la supremacía de la clase dominante se veía obligada descansar sobre una base popular. En aquellas condiciones claro está que el "interés público" o la "seguridad" hubieran podido con "el progreso". La condición fundamental de ese "progreso", de esa transformación integral de la sociedad según las reglas del capital internacional, era precisamente la desaparición del proletariado como clase y el deslizamiento de la clase media hacia el desarrollismo. Con el fin del proletariado autónomo la oposición plataformil no se atreve a presentar la lucha como un conflicto social entre dos principios antagónicos. Y no se atreve porque las plataformas no perciben el conflicto como lucha social, porque no se sitúan enfrente de sus contrincantes, los representantes del orden establecido, sino que se consideran ciudadanos del mismo bando hablando un mismo lenguaje. No contemplan el enfrentamiento como choque de intereses contrapuestos, como conflicto de clase, porque no tienen conciencia de pertenecer a clase alguna. Hoy nadie habla de clases; parece que el concepto sólo se encuentre en las deyecciones de fe de leninistas casposos, como si una mano oculta quisiera ridiculizarlo agitando tales fósiles. Es como si hablar de lucha de clases significara forzosamente el retorno de los muertos

vivientes, la regresión vía internet a una ideología mezquina y autoritaria administrada por fantoches alucinados. Para la mirada ciudadanista no se trata de luchas en el verdadero sentido de la palabra sino de litigios parciales más o menos resolubles mediante el diálogo institucional. Esa sería una tarea más propia de los partidos políticos, pero estos se hallan demasiado apoltronados para ser eficaces y necesitan un complemento, el que aportan las plataformas. Herederas de la forma de pensar de la clase media en descomposición, se sientan entre dos sillas; no ven el modelo político dominante como algo impuesto y ajeno y tampoco quieren ver la conexión entre la política y los intereses económicos. Siguiendo al pie de la letra el lenguaje de la dominación tratan de encontrar una solución técnica a un problema que no es técnico ni ambiental sino social e histórico. La principal característica de las plataformas cívicas es ante todo ese oscurecimiento, más o menos ingenuo, más o menos disimulado, de la dimensión social y clasista de cualquier conflicto, hecho que solamente sirve al enemigo. Por el contrario, cualquier oposición auténtica debiera resaltar en esa dimensión, incidiendo en todo lo que le separase del contrario siquiera por mantener la distancia --la independencia-- y la capacidad de respuesta, --la autonomía-- sin las cuales la negociación no sería un momento de la lucha sino la pura capitulación. Una verdadera revuelta contra el TAV no sabría conformarse con pisar moqueta, hacer ruido y montar un espectáculo mediático. Las armas usadas determinan la naturaleza del combate.

Las nuevas condiciones del capitalismo actual, desregulación, deslocalización, terciarización, mundialización, TAVs, motorización, etc., se han desarrollado lo suficiente como para hacer de la modificación profunda del territorio social una necesidad vital. Sus consecuencias, precariedad, fragmentación territorial, daños ambientales, neurosis, contaminación, acumulación de residuos, urbanización generalizada, etc., son consecuencias del dominio de una nueva burguesía en cuya cúspide sobresalen directivos, políticos y mánagers, no propietarios. Es la clase de los gestores. La supresión de tales consecuencias no resultará más que de la supresión de dicha clase y esa supresión será histórica, o dicho de otro modo, será producto del movimiento histórico de una clase que todavía está por reconstruirse y a cuya reconstrucción contribuyen los movimientos combativos que no contemporizan con la dominación.

Miquel Amorós.

Charla conjunta con la Asamblea Contra el TAV del País Vasco en la Euskal Etxea de Barcelona, el 17 de mayo de 2005 y en el C.S.A. Can Vies, barriada de Sants, el 19 de mayo.

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Octubre 2005

Sociedad tecnológica, sociedad de masas

"Sin automóviles, sin aviones y sin altavoces
no habríamos podido apoderarnos de Alemania"
Adolf Hitler

La pérdida de la conciencia de clase tras la derrota del último asalto proletario contra la sociedad capitalista obliga a trasponer la conocida tesis de Marx y decir que ya no se trata tanto de transformar el mundo sino de interpretarlo. Hoy más que nunca, para cambiar el mundo hay que comprenderlo. Repudiamos el activismo satisfecho de sí mismo, pero no negamos la práctica ni propugnamos una especulación complaciente, sino que, por el contrario, afirmamos la actividad teórica como la parte más importante de la práctica en el momento histórico en el que nos encontramos. Por basarse el proyecto de la dominación en la ininteligibilidad del mundo para que voluntariamente sea confiado a sus dirigentes, el proyecto de la liberación ha de ser exactamente el opuesto: volver al mundo comprensible de modo que sus habitantes puedan apropiarse de él sin necesidad de intermediarios. Para eso los hechos no son suficientes; hacen falta sobre todo palabras.

La victoria de la dominación capitalista entrañó dos cambios fundamentales: el predominio de la tecnología y la aparición de las masas. Por tecnología no entendemos un conjunto de máquinas o de conocimientos prácticos que podamos usar o no, sino un determinado grado de desarrollo histórico de la técnica, la técnica asociada a la ciencia. Alcanzado ese punto, la tecnología es un medio, un entorno, un ambiente que engloba todas las actividades sociales del que nadie puede salir. En definitiva, la tecnología es un sistema total y universal.

Con el término de masas, concepto forjado por la Escuela de Frankfurt, nos referimos a la población surgida de la disolución de las clases. Se origina cuando las clases pierden su medio propio, su estilo, sus valores y su mundo debido al impacto de la técnica. Ambos cambios no han sido fruto de la fatalidad; son un producto histórico, dado en los años noventa después de dos décadas de crisis y revueltas.

Los inventos militares de la Segunda Guerra Mundial revolucionaron el transporte y las comunicaciones cuando pasaron al dominio civil. Si la tecnología hizo posible la industria, y por consiguiente, el proletariado, en un posterior momento de desarrollo acabó con ambos. Los automóviles, los aviones, los teléfonos, los electrodomésticos, la televisión etc., fueron innovaciones que alteraron profundamente los medios de producción y la vida cotidiana, dinamitando las clases. Durante los años sesenta sectores enteros de la clase obrera habían alcanzado un nivel de vida impensable en épocas anteriores y los Estados acapararon amplios servicios sociales, de modo que, con la colaboración de los sindicatos, fue posible un largo periodo de paz social. El Estado "del Bienestar" convirtió la justicia, la salud, la enseñanza, las comunicaciones, los transportes y el ocio en poderosas maquinarias

burocráticas. “La organización científica del Trabajo” se impuso en las fábricas y el consumo se multiplicó en los hogares obreros. La clase obrera se deslizaba hacia el reformismo y la vida privada, desagregándose. Pero los escollos que para la integración obrera en el sistema significaron las primeras medidas de modernización fueron la causa de que en el seno del proletariado se produjesen resistencias y rechazos, sobre todo entre los jóvenes, y de que aflorara una conciencia más profunda del papel de las máquinas y del trabajo, fruto de la cual fueron las revueltas del periodo comprendido entre 1968 y 1982. La subida de los precios del petróleo a principios de los setenta acompañó a la crisis que paralizó la industria y arrojó al paro a millones de personas. La reacción de la clase obrera fue reconducida y aniquilada. Sus luchas pusieron en marcha formas de organización nuevas (comités, asambleas, coordinadoras, piquetes) que no llegaron a consolidarse plasmando un proyecto revolucionario. El capitalismo financiero quedó vencedor absoluto. Las cuestiones que afloraron al lado del conflicto laboral, los derechos de la mujer, de los homosexuales o de los niños, la defensa de la naturaleza, la protesta de los presos, la lucha contra la discriminación racial, etc., dejaron de considerarse aspectos concretos de la cuestión social y se convirtieron en plataformas de ideologías particulares compatibles con el sistema. Las finanzas se encargaron de la recuperación económica de los ochenta sobre nuevas bases: la reconversión industrial, la precarización del empleo, la privatización de los servicios estatales y la terciarización de la economía. Las economías nacionales se disolvieron en una economía mundializada gracias a los ordenadores y a internet. La tecnología se convirtió en el factor determinante de la sociedad capitalista porque la fuente del valor ya no era el trabajo humano sino la invención y la innovación técnicas. La técnica era la fuerza productiva principal.

A partir de ese momento, la economía dependía absolutamente del progreso técnico. La tecnología se institucionalizó y devino autónoma, capaz de autoengendrarse. Las instituciones sociales empezaron a legitimarse actuando de otra manera, de manera técnica. Al ser excluidos los obreros del proceso productivo por la automatización, al no constituir ya una comunidad de productores, la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción quedó técnicamente suprimida. Las relaciones sociales bajo el capitalismo global eran las más favorables para el desarrollo de las fuerzas productivas. La contradicción residía por una parte, en la producción misma, esencialmente destructora del medio y de la vida, imposible de servir para fines liberadores, y por otra, en la fuerza productiva técnica, la propia tecnología, cuyo desarrollo autónomo engendraba catástrofes.

La tecnología acentuó la división internacional del trabajo, “deslocalizando”, es decir, enviando a la periferia del sistema a la lucha de clases, para que se amalgamase con arcaísmos ideológicos de todo tipo, nacionalismos, indigenismos, cuestiones raciales o religiosas, tradiciones precapitalistas, etc. Si las complicaciones generadas por dicha división pusieran en peligro los intereses dominantes, entonces éstos recurrirían a la solución militar, la solución técnica por excelencia. La guerra es la continuación de la política –y de la economía– por medios técnicos. Entre la economía, la política y la guerra, las diferencias son

de grado. Ya no es que el poder se volviese técnico sino que la tecnología se volvía poder; definía y justificaba los nuevos intereses dominantes. Las nuevas relaciones sociales y con ellas la explotación, la falta de libertad, el sufrimiento, la guerra, etc., eran presentadas como un hecho técnicamente necesario en una sociedad racionalizada.

A partir de entonces se utilizaría una fraseología técnica para formular cualquier cuestión porque bajo la tecnología convertida en dominio todos los problemas son técnicos. Por consiguiente, la nutrición, la salud, la libertad, el bienestar, la cultura o el deseo, serán susceptibles de tratamiento técnico y deberán reconciliarse con la técnica para ser viables.

La nueva sociedad, cualquiera que sea la apariencia política con que se muestre, es una sociedad totalitaria, fascista. El totalitarismo no es sino la exageración lógica del estado tecnológico de la sociedad moderna. Este totalitarismo de nuevo cuño es el producto de un definitivo salto adelante de la tecnificación. El sistema tecnológico se superpone a la sociedad de clases y la absorbe. Toda la sociedad se convierte entonces en un campo de pruebas donde se experimentan toda clase de novedades. Sobreviene la anomia social, es decir, la descomposición de las clases en masas. El totalitarismo moderno reposa en esa transformación. Totalitario es el régimen que se apoya en la movilización masiva de elementos atomizados y aislados, el régimen cuya supervivencia depende de su capacidad de mantener todo en movimiento. Las masas han sido fabricadas con la destrucción de toda sociabilidad, de toda forma de poder de base, de cualquier institución o expresión horizontal, de la menor solidaridad de grupo, etc., mediante el confinamiento en la vida privada, el movimiento incesante, la descarga emocional y el control. El cambio, la moda, la novedad, el reciclaje, el vehículo, la carrera hacia la oficina, el hipermercado, el estadio, las urnas... son el alma del fascismo contemporáneo. El movimiento perenne consigue que las masas sean maleables y se las oriente en la dirección deseada. Y ocurre que la tecnología que todo lo modifica y lo reinventa, obliga a constantes readaptaciones; en pocas palabras, exige movimiento. La tecnología proporciona a la opresión el dinamismo que necesita. Todo ello ha sido menos la obra de taimados dirigentes la de la lógica impersonal del sistema tecnológico que coloniza la vida cotidiana y facilita la penetración del espectáculo, de modo que los obreros dejan de ser un mundo aparte y sus comportamientos sociales se vuelven idénticos a los de sus dominadores; aunque las jerarquías se mantengan, no sólo los gustos, sino las enfermedades típicas de los ejecutivos, son ahora gustos y enfermedades de los trabajadores. Hay diferencias de categoría, pero no de estilo.

El urbanismo es un medio eficaz de dispersión y reclusión, es decir, de masificación. Las masas viven en conurbaciones, no en ciudades. El espacio se redistribuye según criterios verticales: los dirigentes tienden a ocupar los centros y la población se traslada al extrarradio, pero el bienestar ha quedado definido para todos como una privatización bien equipada.

Cada época produce la gente que necesita; la nuestra no ha dejado de producir, a uno u otro lado, hombres fascinados por la técnica, criados en su ambiente, con la forma de pensar condicionada por el medio artificial y urbano en el que viven. La policía es sólo un

complemento, pues gracias al sentimiento generalizado de impotencia que genera la soledad, el control ha sido interiorizado por la mayoría. Ni la experiencia ni los argumentos afectarán a las masas o modificarán su conducta; el movimiento trabajo-consumo-evasión suprime el tiempo verdaderamente libre y destruye tanto la facultad de tener una experiencia como la capacidad de raciocinio. Las masas viven presas del presente, no tienen memoria porque no tienen pasado ni futuro. No se apropian entonces de una verdadera ideología fascista, simplemente son incapaces de distinguir entre realidad o ficción, verdad o engaño, presente o pasado. Se han emancipado de la experiencia y del recuerdo.

Contrariamente a las clases, las masas son indiferentes, no tienen vida pública ni opinión política y, por lo tanto, no pueden formular intereses comunes ni unirse tras un mismo objetivo. Bajo cualquier apariencia política que se presente la dominación, el individuo-masa es sólo una pieza del mecanismo social sin un lugar concreto en el mundo, inútil, superfluo, sustituible. Ese sentimiento de inutilidad, vacío y desarraigo mora en las masas y las hace mucho más explotables. Para las masas no hay un dentro y un fuera del trabajo. Todos los momentos de la vida de las masas son objeto de explotación y en eso también se diferencian de las clases.

El totalitarismo puede adoptar maneras democráticas y permitir un cierto juego político. Pero al tecnificarse la manera de gobernar y de hacer política se borran las tradicionales diferencias entre democracia y dictadura. La técnica no es neutral, pero neutraliza cualquier actividad social, como por ejemplo el gobierno o la protesta. No busca participación, sino productividad, rendimiento, eficacia, número. Por un lado, cosa de los profesionales, los expertos, los técnicos; por el otro, pura trivialidad y entretenimiento. Todos los partidos, todos los bandos, son técnicamente uno mismo. No significa el fin de las ideologías, sino el triunfo de una ideología, la del progreso, la del espectáculo, la de la técnica. La sociedad tecnológica es una sociedad sin sujeto y querer fabricar uno ensalzando el espectáculo de masas significa militar por el fascismo dominante. Las masas son el objeto del nuevo totalitarismo; la “multitud”, la “ciudadanía”, la “clase obrera” o el “género humano” son meros trasuntos apologéticos suyos. Las formas de la falsa conciencia alternativa, las ideologías contestatarias, pueden ser obra voluntaria de servidores de la dominación, pero a menudo son simple expresión de esa incapacidad de saber distinguir entre realidad y ficción propia de las masas.

Las ideologías no son la condensación de un pensamiento incompleto o de una crítica mal elaborada, sino un rompecabezas de tópicos diversos originarios de ideologías anteriores. El individuo-masa no encontrará contradicción alguna entre su conservadurismo cotidiano y su “utopía” particular. Tampoco le supondrá mayor problema pasar de una a otra o amalgamar dos o tres. Las ideologías son mecanismos psíquicos de adaptación. Ya no reflejan las aspiraciones de segmentos concretos de población, o sea, de clases o de fragmentos de clases, sino la variadísima floración de aberraciones mentales que la esquizofrenia de las masas puede producir. En consecuencia, la falsa protesta puede volverse sin problemas más y más espectacular, más y más juego de rol, medio de evasión.

A pesar de las apariencias, no existen diferencias de fondo en las modas ideológicas. Todas ignoran el tiempo y por consiguiente la Historia, por lo que todas creen posible la marcha hacia atrás. Por ejemplo, los "alterglobalizadores" defienden las condiciones políticas y económicas del periodo preglobalizador, aquél en el que el poder económico se legitimaba a través de los pactos sociales, manteniendo el sistema tecnológico actual y el deplorable estado de las masas. Si lo primero les ha llevado a convertirse en peones de la política tradicional, lo segundo les ha puesto en la trinchera del capitalismo duro, así, sin querer o queriendo, cuanto más se han acercado a la realidad, más circense se ha vuelto su actuación y más vacío ha quedado su programa. Otros rebeldes de pacotilla han defendido retornos más improbables con resultados similares. Aunque vivan sólo en presente, o quizá por eso, tienen pánico del presente. Lo característico de todos es su forma de protegerse de la realidad, la creencia en una Edad de Oro. Este sector insatisfecho de las masas dolientes piensa que cualquier tiempo pasado fue mejor. Para los ciudadanistas, es la época del Estado nacional, el periodo de la democracia burguesa templada en la burocracia, a la que llegarán cabalgando en adelantos tecnológicos. Los tecnófilos de la fe obrerista la sitúan en la Rusia de 1918, en la España del 36, o en Mayo del 68, lugar que alcanzarán cuando el "proletariado" se apodere de los actuales medios de producción. La minoría tecnófoba, que al menos ya no cree en la autogestión de la tecnología, apunta más lejos, al Renacimiento, a la Edad Media rural (menosprecio de Corte, alabanza de aldea) o al Paleolítico (arriba la caza y la recolección, abajo la agricultura) como lugar donde moraba la virtud. Como nostálgicos del pasado, para ellos pudo haber Historia, pero después de la correspondiente Edad de Oro ya no la hay. El presente es sólo una desviación que hay que corregir aplicando la fórmula mágica contenida en el dogma. Ignoran pues la distancia histórica con el pasado y se limitan a esperar la repetición de las condiciones que en su momento lo hicieron posible. No quieren enfrentarse a la realidad, sino simplemente adorar la imagen ideal de una realidad extinguida, cuya imposible restauración les sirve de consuelo moral y de coartada para la inactividad. Contrariamente a lo que se cree, la ideología no es la religión secular del ghetto, pues ser negrista, o guerrillero virtual, o primitivista, no significa introducirse en un medio confinado exterior al sistema, sino algo mucho más sencillo, escoger una forma particular de falta de estilo entre el abanico que ofrece el espectáculo de la dominación. Si algo distingue al nuevo totalitarismo es que resultan mucho mejores ciudadanos los que se hacen notar, los correctamente creativos, que los conformistas de toda la vida.

Los sistemas tecnológicos son frágiles; existe un punto en el progreso técnico más allá del cual comienza el descontrol y ese punto ha sido sobrepasado. Literalmente, muchos subsistemas ya no funcionan; han acabado teniendo efectos contrarios al fin para el que se crearon: el aparato de la justicia aumenta el delito, el de la salud, los enfermos, el de la enseñanza, los ignorantes. La producción de alimentos incrementa el hambre en el mundo; la de automóviles, las muertes por accidente; la de "bienestar", los suicidios... La sociedad tecnológica ha llegado a un grado tal de desarrollo que cuanto más avanza, mayores son los efectos imprevisibles que produce y mayor es el carácter irremediable de los mismos.

Ni los expertos ni los gestores saben adónde van. El progreso acarrea más concentración de personas y más complejidad organizativa, aumentando la probabilidad de errores y fallos y ampliando la repercusión de los accidentes. El efecto correctivo es menor puesto que cada vez depende de mayor número de factores, y tanto más lento cuanto más veloz sea el funcionamiento del sistema. Pequeñas meteduras de pata pueden entrañar formidables consecuencias; un solo despiste puede bloquear un sector completo. Es más, una sola persona puede colapsar zonas enteras con relativa facilidad, mientras que para contrarrestar su equivocación o sabotaje, si se puede, hay que disponer de miles. Estamos continuamente padeciendo la eficacia destructiva de tales disfunciones. Las consecuencias son irreversibles: la tecnificación acaba pues en la catástrofe. La solución técnica de la catástrofe se basa en el control generalizado. Así, aprendiendo a convivir con ella la transformamos en condición social normal, pero el proceso no se detiene ahí. Nuevas catástrofes se superponen a las antiguas, mientras el control social tiende hacia lo absoluto. En condiciones totalitarias la catástrofe no provoca ninguna crisis social sino que se convierte en un motivo de legitimación añadido: la tecnología nos salvará de los males ocasionados por la tecnología. No hay posibilidad de marcha atrás. Además, en tanto que principal impulso al desarrollo, la catástrofe se convierte en puntal de la técnica, de la economía y de la política, de modo que deja de ser fatalidad para convertirse en necesidad.

Toda la actividad social gira entonces en torno a la dialéctica de la destrucción y la reconstrucción. La política entonces queda redefinida como la gestión de la supervivencia de las masas en condiciones catastróficas, cosa que origina una expansión de toda clase de mecanismos controladores. Los controles sociales son de dos clases: los que persiguen la adaptación a los medios extremos y los que buscan la contención de la conducta antisocial. Los primeros son suaves pues la dominación necesita asociados de base que cooperen con los dirigentes; constituyen el abrevadero del voluntariado pro-sistema tipo ecologismo, ONGs y asociacionismo ciudadano. Un partido de vencidos que se colocan al lado de los vencedores. Los segundos son duros, asunto de la policía. Buscan detectar la excepción, porque en un momento en que la dominación técnica ha destruido los mecanismos tradicionales de control como la familia, el sistema de enseñanza o el sindicalismo, la excepción resulta peligrosa. El control policial será siempre el sector mejor organizado y equipado de cualquier fascismo.

Llegados a ese punto en el que la vulnerabilidad del sistema ha disparado los mecanismos de control, la función social del Estado se vuelve una pesada carga para los dirigentes. Entonces se desprende de su tarea asistencial para consagrarse mejor al control social tecnificado; el Estado técnico perfecto es un Estado policía. Enemigo puede ser cualquiera, en el límite toda la población es potencialmente enemiga. En un régimen totalitario toda la población está bajo sospecha y, por consiguiente, vigilada en todos sus movimientos.

Sin sujeto histórico es imposible la unidad entre teoría y práctica, entre realidad y razón. Los hechos no despiertan conciencia sino a lo sumo resignación, negándose como territorio de la práctica, pero nunca del todo. Si bien es verdad que no existe una clase revolucionaria,

puesto que lo que hay son sólo masas, no es menos cierto que aún sobreviven minorías en su seno que no se declaran vencidas y que creen en la posibilidad de una práctica revolucionaria. Los mismos combates sociales, que aunque escasos ocurren, son la prueba palmaria de que nada está definitivamente perdido. El fascismo domina en el centro geográfico, pero no al cien por cien. La normalización de la catástrofe todavía no es automática. Es una pobre base, pero esa es la única base práctica. En el medio totalitario no son posibles los movimientos extensos conscientes ni las grandes organizaciones contestatarias como en los países periféricos, pero a pequeña escala son perfectamente plausibles la solidaridad y la resistencia, la información y el debate, la teoría y la práctica. De forma que dentro del totalitarismo moderno es factible una microsociedad de disidentes en la clandestinidad, fuera del barullo mediático. Podrá apoyarse en las grandes luchas periféricas pero sin dejarse mistificar por ellas. Tiene paradójicamente una función conservadora, pues ha de rescatar de "la conmoción ininterrumpida de todas las situaciones sociales" el sueño emancipatorio y libertario de las luchas habidas y guardarlo para cuando los hombres se vean "finalmente obligados a contemplar sin ilusiones su posición frente a la vida, sus relaciones mutuas" (*Manifiesto Comunista*). Ha de ser a los ojos del poder opaca, y, por lo tanto, fuera de la ley, irrecuperable, criminal; solamente así podrá dar luz a las grietas del sistema que continuamente se autodestruye y facilitar su ensanche en el momento propicio. Nada es objetivamente seguro; la Historia no promete nada. La resistencia podrá devenir sujeto o un detalle pintoresco de la desolación, todo dependerá de cómo juegue sus cartas.

Miguel Amorós.
Charla en la Escuela Popular de La Prosperidad, 29 de octubre de 2005; encuentro del Libro Anarquista, III Edición, Madrid.

Reproducido en la revista *Al margen*, portavoz del ateneo libertario del mismo nombre, nº 57, primavera 2006, Valencia.

Noviembre 2005

La cólera del suburbio

«¿Hasta cuándo v a a durar la situación?
¿Cuándo v ais a rev entarlo todo?
Vosotros queríais la guerra de los mundos
y aquí la tenéis.
¿A qué esperamos para prender fuego?»

Grupo de hip-hop NIQUE TA MÈRE,
«Paris sous les bombes», 1995

Al despuntar la década de los ochenta, cuando tuvieron lugar las revueltas urbanas de Brixton (Londres), Toxteh (Liverpool) y Les Minguettes (Lyon), se apoderó de los medios radicales la sensación de estar viviendo un postrer relanzamiento de la ofensiva proletaria contra la sociedad de clases, en pleno proceso de transición hacia formas más perfeccionadas de explotación y adiestramiento. Los obreros polacos socavaban con eficacia el dominio burocrático y acababan de darse en el viejo continente luchas que apuntaban directamente a la raíz del problema como el movimiento asambleario español, la autonomía obrera en Italia, las manifestaciones incendiarias del norte de Francia o los enfrentamientos entre la policía y los mineros ingleses. En cinco o seis años el Estado había dado pruebas irrefutables tanto de su incompetencia, al no controlar el funcionamiento del sistema capitalista, como de su impotencia, al no poder garantizar el orden en las fábricas y en los suburbios. La impotencia de los sindicatos en imponer el orden quedaría retratada en una inscripción pintada en los muros de Valenciennes durante las revueltas de 1979: «Las fábricas al fuego, los burócratas en medio». La acción directa hacía progresos. La liquidación de importantes sectores industriales caducos y el confinamiento de los parados en guetos periféricos, amenazaba con provocar una crisis mayor que la que trataba de paliar. El proletariado salía de su pasividad suicida y no se resignaba a conducirse como el ganado camino del matadero. Reinaba tal rencor en sus filas que la menor chispa provocaba estallidos de violencia, por desgracia, locales y aislados. Los radicales apostaban por que una extensión suficiente de la cólera obrera bloquease los mecanismos de la represión y permitiese la comunicación directa entre los parias de la tierra, sin dirigentes de por medio. «Cuando los obreros hablan, el Estado se disuelve». Las revueltas del suburbio venían a confirmar esa transformación del desespero cotidiano en furor de vivir. Los habitantes de los extrarradios (la clase obrera empobrecida) no aceptaban el destino al que les condenaba la explotación capitalista y rechazaban violentamente tanto el trabajo como la mala vida que suponía. La violencia colectiva de los suburbios mostraba al conjunto de proletarios el camino para salir de la dinámica de producción-consumo. No podían conformarse con suplicar un derecho al trabajo y a la vivienda presentando como deseable lo que para muchos ya era insoportable, pero para satisfacer la voluntad de vivir plenamente tenían que enfrentarse al sistema de frente, procediendo con método. La gasolina y los palos tenían que hacer sitio a la discusión crítica, al rechazo de toda mediación, a la asociación anti-jerárquica. Sabemos en qué paró todo aquello. Mediante una mezcla de represión, drogas y sindicalismo las victorias no se aprovecharon, muchas ocasiones se dejaron pasar, se dieron pasos en la mala dirección, hubo estancamiento, etc., y las consecuencias de tales errores y fracasos hoy las pagamos. Los que estuvieron en aquellos frentes de batalla volvieron más pobres en cuanto a experiencia comunicable. Se encontraron indefensos en medio de un paisaje que en pocos años se volvió irreconocible. El cierre de las industrias condenó a la precariedad a un gran número de trabajadores. De pronto se encontraron sin trabajo y sin recursos. Pero la nueva miseria fue mucho más que material: la vida se digitalizaba por momentos y la sumisión al menor de los imperativos económicos o tecnológicos era la norma. La pobreza de la experiencia, tanto privada como pública, era su principal resultado,

el que definía un nuevo estado de barbarie. Y o he llamado a la sociedad donde reina ese estado sociedad de masas.

La ruptura entre dos épocas fue brutal y absoluta ¿Quién se atrevería en esas condiciones a hablar a la juventud rebelde apoyándose en la experiencia de la época de las clases? La comunidad obrera se desintegró y las nuevas oligarquías dominaron en una sociedad de masas de forma muy diferente a como lo hacía la burguesía con el proletariado. No empleaban a los parados como «ejército de reserva» para presionar sobre los salarios, sino como amenaza a la «seguridad», es decir, como enemigo público, para lograr la sumisión absoluta de la población integrada en el mercado. Los desempleados ya no constituían un elemento del mercado sino que quedaban excluidos en permanencia y condenados a la degradación material y moral, precisamente porque no se quería explotar su miseria, sino la imagen de su miseria. Cuanto peor fuera ésta, mejor. El espectáculo se encargó de criminalizarla, identificando primero suburbio con violencia, y después, ambos con inmigración e integrismo. Para la dominación espectacular quedaba claro que el suburbio era el laboratorio donde ensayar la gestión social del futuro. Allí se experimentaron en vivo políticas que se aplicarían después en todos los ámbitos de la sociedad, cuando toda ella se convirtió en suburbio. Los R. G. (servicios de información franceses) ya crearon en 1991, a raíz de las revueltas de Vaulx-en-Velin (Lyon) y Sartrouville (París), una sección de «ciudades y suburbios» llamada al principio de «violencias urbanas». Con las dificultades que conlleva la gestión de una sociedad disgregada y asediada por todo tipo de catástrofes reales, la amenaza del «suburbio» llegó a convertirse en la principal fuente de legitimidad de la dominación. Y mientras que las ciudades se vaciaban para albergar sólo a los turistas y las elites, y las urbes se desparramaban por el campo transformándolo todo en suburbio, el espectáculo contribuía a desencadenar y propagar su «violencia».

La revuelta que empezó en Clichy-sous-Bois (París) el 27 de octubre de 2005 fue un experimento de ese estilo, originado por una campaña promocional del ministro del Interior Sarkozy de cara a las elecciones presidenciales. Éste, tras la visita a una comisaría de policía, se refirió a los jóvenes de las «cités» como «chusma de la que había que deshacerse». El significado era claro: el Estado declaraba la guerra a su población más desposeída con la finalidad habitual: consumir excedentes humanos. La muerte de dos chicos perseguidos por la policía, achicharrados dentro del transformador en el que se escondieron, no fue el detonante, sino el tratamiento mediático de la noticia. La policía ha avanzado la cifra de cien incendios diarios como normal para el país y los primeros días ardieron bastantes menos coches, pero el hecho fue magnificado. Martillear acto seguido con las bravatas fascistas de Sarkozy no tenía sentido sino como provocación: se jugaba con fuego porque se quería fuego. De nada valía aparentar sorpresa. Un quinceañero de la Cité des Quatre Tours en Blancmesnil explicaba que «Cuando eres tratado como basura, el odio va creciendo en ti, día a día… Por eso, mierda, no debería sorprenderles que reaccionemos de esa manera». Los medios causaron y estimularon los incidentes. «Nos gusta vernos en la televisión, nos hace sentirnos orgullosos», dirá un incendiario. Y el fuego es la mejor manera de aparecer en los

telediarios. De hecho se estableció una competencia entre jóvenes mediatizada por la tele: «cuando vemos qué hacen los del barrio vecino, lo queremos superar». «Hemos comprendido que es la forma de que nos presten atención», dirán otros, y añadirán: «Con tres noches de disturbios hemos logrado cosas; salimos en televisión y van a dar pasta a los barrios». La ira de los jóvenes a fin de cuentas servía para algo, encontrando material inflamable en doscientas ciudades más, incluso en zonas rurales, y proporcionando al planeta la gratificante imagen de un país en llamas. No se puede reprochar a los protagonistas que no se tomasen en serio el guión. Quien falló a fin de cuentas fue el Gobierno, que no logró criminalizarlos. Ni delincuentes organizados, ni extranjeros, ni siquiera todos de origen magrebí o subsahariano. Simplemente jóvenes menospreciados, franceses, sin presente ni futuro en el sistema, perseguidos por los mismos que les marginaron. Ni los traficantes ni los integristas religiosos tuvieron nada que ver. Es más, en los barrios donde las mafias o los islamistas ejercían algún control, no hubo incendios. Hubo que dar marcha atrás y dejar de soplar las ascuas. El mismísimo presidente de la República, desautorizando al Gobierno, señaló «el veneno de la discriminación» como responsable de los disturbios. Tal como proclamaba la «tolerancia cero» de Sarkozy, el Gobierno quería dirigir el pánico de los franceses domesticados hacia las zonas deprimidas, no desde luego para acabar con la marginación, sino para meter en prisión a los jóvenes que sobrevivían en ellas, en la línea del Estado penal. Sin embargo el espectáculo salió al revés. El orden fue alterado escandalosamente durante más de tres semanas por un puñado de adolescentes ¿Qué hubiera pasado si todos los habitantes de los suburbios hubieran participado en la revuelta? Uno de los Estados «más poderosos del mundo» quedó en ridículo y la desintegración social se hizo visible junto con sus causas: la exclusión, el racismo, el urbanismo penitenciario, el control policial. El Gobierno tuvo que recurrir al toque de queda basándose en una ley de la época de la guerra de Argelia, ley que ni siquiera se aplicó en Mayo del 68. El ministro portavoz Copé reprochó a la prensa extranjera haber difundido la verdad, a saber, la imagen de una guerra civil en Francia, y advertía que «ningún país está a salvo de situaciones como esa, lo hemos visto en el pasado y, desgraciadamente, lo podremos ver en el futuro». La prolongación del estado de urgencia tres meses contribuiría a disipar las dudas sobre esa especie de guerra civil con un saldo de 3.000 detenidos y 600 encarcelados, muchos de ellos condenados en juicios rápidos, sin garantías, a penas de hasta cuatro años de prisión firme. Por un lado, el Gobierno se daba un plazo para «afirmar la autoridad del Estado» manteniendo sobre el terreno a 20.000 agentes, mientras que por el otro, decidía la necesidad de una fase asistencial previa a la implantación de un Estado policía. Se habla claramente del «servicio civil voluntario», el «trabajo social», la religión y el «tejido asociativo» como medios de control. El fracaso policial ha llevado a reconocer la necesidad de mediadores para restar cohesión a la revuelta y desactivar sus mecanismos. Si no los encuentran seguirán el consejo del inmundo Jean Daniel: «crear elites artificialmente».

El verdadero crimen de la revuelta ha sido haber revelado el penoso estado actual de la sociedad francesa, sus pánicos, su conformismo aterrado. Por su parte los jóvenes

incendiarios no han dado muchas pistas sobre lo que quieren, pero en cambio han indicado exactamente lo que no quieren. No quieren el suburbio; ni el de otros ni el suyo. Por eso lo destruyen. No aprecian a los coches, ni a los periodistas, ni a los bomberos, ni a los macdonalds, ni a las comisarías, ni a los centros comerciales que ni se molestan en saquear; tampoco desean escuelas, ni bibliotecas, ni gimnasios, ni centros de asistencia ¿qué quieren entonces? Cuando balbucean algo parecido a una consigna, como por ejemplo, la dimisión de Sarkozy, un trabajo digno, justicia, etc., repiten las trivialidades que han aprendido de los educadores de barrio. Ni siquiera las letras de los raps lo aclaran. Son tópicas. Odio a la policía, respeto, ropa de marca y poco más. No se puede decir que sea un lenguaje. Viven al día confundiendo realidad y ficción, como todos los jóvenes: «durante el día dormimos, vemos a las amigas, jugamos con la Play… y por la tarde, a disfrutar; a las nueve nos vamos a hacer la guerra a la policía ¡estamos en Matrix!» Pero por astucia de la Historia, esta vez la ficción no ayuda a escapar de la realidad sino a encararla con alegría. Los videojuegos terminan en hogueras. La falta de experiencia obliga a comenzar desde el principio, sin inspirarse en nada real, haciendo tabla rasa con todo. Por eso apenas saben explicar sus actos. No siguen consignas, ni están organizados, ni lanzan proclamas. No reivindican, no proponen, no dialogan. Sólo queman. Con los incendios indican que la única solución pasa por la destrucción de todo el entorno opresivo. Así pues, permaneciendo enteramente negativos, impiden que la revuelta sirva a los recuperadores. También la condenan a no ser más que eso, negación, violencia. Y violencia no es necesariamente radicalismo. Hoy la destrucción y la subversión no caminan juntas. Por lo pronto la violencia es la única manera que tienen de expresarse los que no cuentan y no tienen nada que perder: «sólo sabemos hablar con fuego», «no tenemos elección»; es un modo de sentirse bien: «Hostias, yo respiro cuando incendio», e incluso una manera de pasar el rato los que se sienten atrapados en esos no-lugares: «no tenemos nada que hacer en todo el día». Sin embargo, también la violencia, y ese es su punto débil, es una manera de conseguir algo positivo, a saber, que se les reconozca y que se les atienda, que les visiten políticos ¿Para qué? Para el «restablecimiento de los valores cívicos y republicanos entre las clases menos favorecidas», para el retorno al redil.

La cólera nihilista del suburbio es reflejo del nihilismo del sistema dominante. Los jóvenes airados han devuelto al remitente su irresponsabilidad y su inconsciencia iluminando de golpe la terrible verdad de una época cruel y absurda: su miseria inapelable; todos los franceses la han visto y se han cagado de miedo. Pues la única pasión realmente francesa que subsiste en el país vecino es eso, el miedo; también es la única en otros países modernos, pero en Francia alcanza niveles verdaderamente patológicos. El tirón de popularidad de Sarkozy, el político histérico que habla «con las mismas palabras que usan los franceses», lo confirmaría si hiciera falta. Francia transita, como los demás países del entorno, hacia el totalitarismo. Por eso, la cólera del suburbio es la cólera de la Razón, pero no sabe que lo es. Walter Benjamín recuerda que «La tradición de los oprimidos nos enseña que la regla es el “estado de excepción” en el que vivimos. Hemos de llegar a un concepto de la historia que le corresponda. Tendremos entonces en mientes como cometido nuestro,

provocar el verdadero estado de excepción; con lo cual mejorará nuestra posición en la lucha contra el fascismo» (*Tesis de filosofía de la historia*). La cólera ha hecho su trabajo, pero ¿ha llegado a su concepto? Los incendiarios parten de cero, solos, sin ayuda de nadie, ni en el terreno de la solidaridad ni en el de las ideas. Sin duda han adquirido alguna ventaja sobre el totalitarismo francés, pero tendrán que dejar tras de sí mucho más que rescoldos humeantes si quieren conformar ese proyecto perfectamente caracterizado en la expresión rapera «Nique la France !» (¡Fóllate a Francia!). Un desahogo que bien pensado cada rebelde debería practicar en su país respectivo.

Miguel Amorós, noviembre 2005.

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Diciembre 2005

Los cambios de la modernidad tardía

Las victorias del capitalismo en las últimas tres décadas han supuesto cambios tan drásticos que las fórmulas clásicas del anarquismo y del marxismo, siquiera en su versión situacionista, no son suficientes per se para aclarar la naturaleza del mundo donde nos encontramos. La posición marginal de las minorías rebeldes y la ignorancia de la distancia existente entre los años sesenta y el dos mil dificultan enormemente una lectura correcta del presente a la luz de tales teorías. A menudo se produce una apreciación optimista del momento a la que acompaña una identificación ilusoria con los movimientos contemporáneos de protesta. Dichas minorías tienden a considerarse el brazo local de los parados felices, de los piqueteros, de los *aarch*, o ahora, de los jóvenes incendiarios de las cités, sin detenerse a pensar que nada de todo eso puede entenderse si no se comprende primero el sometimiento complaciente y casi total de la población occidental a las condiciones extremas marcadas por el poder. Los rebeldes de hoy han de saber que, si han heredado algo, han sido sobre todo las derrotas.

No existe una línea continua que, pasando por la revolución rusa y la española, camine sin rupturas desde la Comuna de París hasta Mayo del 68 y la época del Black Bloc. La historia no es un continuum como pretende el poder dominante o como afirman los epígonos de teorías pretéritas, sino una sucesión de imprevisibles catástrofes cuyo horizonte es el presente. El presente es la clave de las ruinas del pasado. Éste se revela verdaderamente despertando en él. En la cima del presente se halla la perspectiva adecuada. Desde ella

trataremos de establecer la última fractura histórica subrayando las diferencias sustanciales que separan la sociedad actual de la sociedad de clases. Para mejor orientarnos repasaremos las definiciones más características. Marx y Weber calificaron a la sociedad de "industrial" apuntando a las industrias como la principal fuente de riqueza social. El término se sigue empleando en la actualidad a pesar de que industrias hay cada vez menos. Algún sociólogo intentó remendar el problema hablando de sociedad "post industrial" de la misma manera que después del 68 los apologistas de la dominación hablaron de "post modernidad", pero quienes continúan usando el adjetivo de "industrial" responden que la desaparición de las fábricas no afecta al concepto puesto que lo realmente industrial es el modo de vida de los individuos. "Sociedad de consumo", término popular en los años sesenta, hace hincapié en la actividad que ha desplazado en importancia a la producción y que ha determinado la esclavitud consentida de la mayoría de los asalariados. "Sociedad del espectáculo", definición desarrollada por Guy Debord, alude a las relaciones sociales mediatizadas no por cosas, sino por imágenes. El espectáculo es la forma moderna del olvido del ser, de la alienación. Jacques Ellul prefiere "Sociedad tecnológica" porque la tecnología es la fuerza que impulsa los cambios y provoca las catástrofes. La tecnología no es un conjunto de destrezas, herramientas y máquinas, sino un sistema compuesto por los resultados técnicos de la ciencia aplicada que conforma una segunda naturaleza. En ese sentido otros han usado el término más neutral de "Sociedad del conocimiento", con evidentes razones oscurantistas. Finalmente, la "Sociedad de masas" hace referencia al producto de la disolución de las "clases peligrosas", el estado disgregado de la población asalariada, que es el fundamento más sólido de la dominación. Ortega y Gasset es el primer pensador burgués que aplaudió su advenimiento y en "La Rebelión de las Masas" estrenó el procedimiento de presentar los trazos más regresivos de un fenómeno social como los más avanzados. Cada término resultará el más adecuado según el contexto en el que se emplee, porque todos definen la misma cosa.

En la sociedad de clases predominaba la economía sobre todo lo demás y el intercambio de bienes era considerado como la actividad social por excelencia. La fuerza productiva principal era el trabajo, por lo que el movimiento obrero constituía un factor necesario en la transformación social. En la sociedad de masas domina la tecnología y las actividades sociales determinantes son la circulación y el consumo. La fuerza productiva principal en una producción automatizada son las máquinas, por lo que en los saberes científicos y técnicos reside el potencial transformador. El movimiento obrero, o no existe, o es irrelevante. La llamada "I+D" es el elemento estratégico fundamental del poder.

Las clases eran mundos aparte; constituían comunidades soldadas por la solidaridad, la voluntad colectiva y la conciencia, con sus propias reglas no escritas, sus tradiciones, sus medios de expresión y sus mecanismos de comunicación. En ellas cada individuo era un ser único y, por lo tanto, insustituible. La sociedad de clases nació de la disolución de la sociedad feudal mediante la integración del trabajo al mercado. La clase explotadora era la burguesía; la clase explotada, el proletariado. Éste, espoleado por el hambre y la conciencia de su

misión, era el sujeto de la historia. La vida burguesa se escindía en vida pública y privada; la vida de los trabajadores no era ninguna de las dos cosas. Su carácter social permitía que los deseos de los oprimidos confluyesen en proyectos emancipatorios. Las masas pertenecen a un mundo unificado por el espectáculo, constituyendo agregados informes, sin lazos, sin raíces, sin experiencia y sin medios propios. Los individuos que las componen están aislados, no cuentan por sí mismos sino por el número, por lo que todos son intercambiables. La sociedad de masas nació de la disolución de la sociedad de clases por medio de la integración de la vida cotidiana en el mercado y la expansión acelerada del tráfico. La clase dominante es la oligarquía dirigente, un conglomerado jerarquizado y móvil de políticos ejecutivos y expertos; el resto son masas dirigidas. Debido al incremento enorme de la productividad por el sistema tecnológico, parte de ellas son sencillamente excluidas. Las masas, amenazadas por el aburrimiento, la soledad y la exclusión, son un producto histórico, pero no un sujeto. No tienen más que vida privada; sus deseos son objetivo económico y en consecuencia son manipulados y explotados.

El proletariado fue capaz de formular un programa positivo de cambio social; su ideal era la igualdad y sus medios, la apropiación revolucionaria de los medios de producción, o sea, la autogestión del proceso productivo. Para combatir sus aspiraciones los mercados nacionales hubieron de ser tutelados por el Estado que, por otra parte, se hizo cargo de los servicios sociales. La democracia fue la forma política habitual de la explotación económica, la cual descansaba sobre un pacto social; las formas dictatoriales y totalitarias se consideraban pasajeras y excepcionales, en cambio, son las más apropiadas en una sociedad de masas. Las masas cuando se manifiestan, lo hacen de forma inconsciente, impulsadas por la rabia o el pánico, siguiendo una consigna cualquiera fijada desde el exterior; cuando no permanecen negativas lo más parecido al ideal que tienen es la seguridad. No son capaces de adoptar un programa a no ser que les venga desde fuera, porque el espectáculo ha secuestrado los medios para elaborarlo. No pueden discutir libremente ni formarse una opinión. De todas formas, la autogestión de la aberrante producción actual, de las aglomeraciones urbanas, de las centrales nucleares, de la manipulación genética, de los complejos lúdicos o comerciales, etc., es indeseable. La globalización acabó con los mercados nacionales y el Estado “del bienestar” está privatizando sus servicios. Aunque en la sociedad de masas se mantengan las apariencias democráticas, lo normal es el estado de excepción, la suspensión progresiva y silenciosa de las libertades formales y del derecho. El individuo es en realidad el “sospechoso”. En esencia, es una sociedad totalitaria.

Los obreros tenían en común su pobreza y la falta de decisión sobre sus vidas. Eso lo tenían claro. Su lucha nacía del desigual reparto de la riqueza social y del acaparamiento de la decisión por la burguesía. La experiencia de dicha lucha era acumulativa y se traducía en conciencia de clase. Los mecanismos de control social empleados fueron el sistema de enseñanza, el reformismo político-sindical y el estalinismo. Las masas, más explotadas, moralmente más pobres y con menos poder de decisión, conscientemente no tienen nada en común a no ser el miedo, bien administrado por la casta dirigente. Sus movimientos

nacen de la sensación de peligro que causa el reparto desigual de los riesgos. Ulrich Beck habla en ese sentido de la “Sociedad del riesgo”. Nacidos del desarrollo exponencial de las fuerzas productivas, los riesgos son el fruto envenenado del progreso tecnológico. Las masas son incapaces de acumular experiencia, por lo que frente a los riesgos y las amenazas parten siempre de cero, pero al mantenerse puramente negativas impiden la acción neutralizadora de los dirigentes. Esto hace que los mediadores como el voluntariado cooperante, la asistencia social y el ciudadanismo no basten como medios de control social, porque aunque sean admitidos como espectáculo de la representación la propia naturaleza refractaria de las masas los rechaza. Simplemente, las masas son incapaces de mantenerse unidas mucho tiempo detrás de alguien o de algo. Al perder la capacidad de razonar han perdido la capacidad de ser manipuladas por el discurso. Eso no quiere decir, tal como la proliferación de religiones demuestra, que no puedan ser manipuladas de otra forma, por ejemplo, a través del deseo, del sentimiento o del miedo, y que no puedan ser controladas mediante la tecnovigilancia y un suplemento de cárcel. El Estado “mínimo” de la globalización es el Estado penal.

La fragilidad de la dominación en la sociedad de clases provenía de fuera, de la existencia de una clase ajena a la burguesía destinada por su situación en el proceso productivo a subvertir su orden. El enemigo a combatir y domesticar era el proletariado. La fragilidad de la dominación en la sociedad de masas proviene de sí misma, de la liberación de fuerzas destructivas que es incapaz de controlar. Ella es su propio enemigo; los enemigos que gracias al espectáculo consigue airear – los terroristas, los delincuentes, el fracaso escolar, los inmigrantes, la “naturaleza”, etc. – son ficticios. El modo de vida que impone con su corte de suicidios, accidentes de tráfico, síndromes atípicos, modernas pandemias, cáncer, enfermedades cardiovasculares, toxiinfecciones alimentarias, iatrogenias, etc., es el verdadero responsable de millones de muertes. Por absurda lógica, la sociedad de masas para combatir los males que ella misma provoca declara la guerra a otros. El establecimiento de zonas de defensa opacas en su interior por parte de los supervivientes rebeldes es una necesidad perentoria, puesto que para la dominación espectacular éstos constituyen una reserva “antisistema” de “enemigos”. Han de formar una especie de sociedad dentro de otra, en la que rijan los viejos valores de la amistad, la solidaridad y la libertad. En ella ha de quedar a resguardo la experiencia y la memoria, manteniendo una conciencia histórica subterránea que deberá salir a la luz cuando el nihilismo de las masas la llame. Hacia dentro los resistentes han de cultivar los valores comunitarios pero hacia fuera deben mantenerse totalmente negativos. Para cambiar la sociedad de masas hay que destruirla primero. La destrucción empieza por la interrupción del movimiento de la economía globalizada. La estrategia revolucionaria ha de debutar antes que en una huelga general, en un bloqueo de la circulación. Los primeros objetivos a ocupar no han de ser los lugares de trabajo sino las autopistas, los trenes y los puertos.

Miguel Amorós

Charla en la carpa de Can Fabra, el 2 de diciembre de 2005,
durante las Fiestas Alternativas de Sant Andreu del Palomar (Barcelona).

2006

Marzo 2006

Los veinte últimos años de liquidación social

Sobre la degeneración de los ideales revolucionarios
ante el fin de la clase obrera en occidente

"La época actual es de aquellas en las que todo lo
que normalmente parece constituir una razón
para vivir se desvanece, en las que se debe
cuestionar todo de nuevo, so pena de hundirse
en el desconcierto o en la inconsciencia."
Simone Weil

El 19 de julio de 1936 el proletariado español respondió al golpe de estado franquista desencadenando una revolución social. El 23 de febrero de 1981 tuvo lugar un golpe de estado ante la indiferencia más absoluta de los proletarios, quienes apenas movieron el dial de la radio o el mando del televisor. El contraste de actitudes obedece al hecho de que el proletariado era en el 36 el principal factor político social, mientras que en el 81 no contaba ni siquiera como factor auxiliar de intereses ajenos. Si el golpe del 36 iba en contra suya, el del 81 fue un ajuste de cuentas entre diferentes facciones del poder. Ni en los análisis más alarmistas la conflictividad obrera fue tomada en consideración por la sencilla razón de que era mínima. Los golpistas pasaron del proletariado porque no era más que una figura secundaria de la oratoria política, algo históricamente agotado.

Durante los años de la "transición económica" hacia las nuevas condiciones del capitalismo mundial –los 80– la clase obrera fue fragmentándose y resistiendo a escala local a su "reconversión" en clase subalterna, hasta el advenimiento de la huelga mediática del 14 de diciembre de 1988, que fue la señal de su liquidación como clase. En adelante nunca volvería a manifestarse de forma independiente, autónoma. El movimiento antinuclear y el movimiento vecinal habían acabado un lustro antes. Durante ese periodo se consumó la ruptura entre los obreros adultos, mejor situados en las fábricas, y los obreros jóvenes, peones y precarios, que impulsaron las primeras asambleas de parados. Esa fractura condujo a la crítica radical del trabajo asalariado, deteriorado en extremo, o lo que viene a ser igual,

al rechazo del trabajo como actividad humana. Fue una auténtica ruptura, pues hasta entonces la conducta de los trabajadores se fundamentaba en una cierta ética del trabajo. Más o menos por ese tiempo se desarrolló fuera del mundo laboral un medio juvenil preocupado por la okupación, la represión, la contrainformación, el ecologismo, el antimilitarismo, el feminismo, etc., al que la movilización estudiantil de 1986-87 dio un fuerte impulso. Tras el sometimiento definitivo de los trabajadores a las nuevas condiciones económicas y políticas del capital, el centro de gravedad social se desplazó de las fábricas a los espacios de relación juveniles. En ese medio y en plena decadencia de las ideologías obreristas la cuestión social perdía su carácter unitario y se desagregaba, replanteándose sus pedazos como problemáticas particulares. Los jóvenes rebeldes ni tenían detrás una tradición de luchas sociales, ni podían atenerse a una ideología concreta, marxista o anarquista, y más allá de un vago antiautoritarismo no sabían qué hacer con el fardo de experiencias que la clase obrera les había librado gratuitamente; eran herederos involuntarios de tareas históricas imposibles de asumir dado la escasa profundidad de su crítica, la inestabilidad de sus efectivos y la estrechez de su medio. Todos los esfuerzos por coordinar actividades, fomentar debates y conectar con luchas urbanas tropezaron con los mismos problemas: la dispersión, la ausencia de pensamiento, el compromiso relativo, la falta de referencias, el enclaustramiento… Al no resolverse, conforme desaparecían las luchas reales el medio juvenil se estancaba y en él campaban a sus anchas la indefinición, la pose, los tópicos contestatarios y la moda alternativa. Se revelaba como un medio de transición para una vida adulta integrada, como el instituto, la FP o la universidad. La palabra revolución dejó de tener un significado preciso. Los intentos habidos entre 1989 y 1998 por superar ese impasse teórico fueron puramente organizativos, formalistas, a base de "campañismo" y encuentros, por lo que a la larga resultaron un fracaso. Así terminó lo que se conoció como "área de la autonomía."

A fin de recomponer una visión crítica unitaria del mundo y dotar de contenido al proyecto revolucionario se tenía que haber llevado a cabo una reflexión profunda sobre los logros y los fracasos de las luchas precedentes, por no mencionar los sorprendentes cambios que experimentaba el capitalismo, pero antes incluso de analizar todo eso, había que haber efectuado una crítica despiadada al propio medio, a sus inconsecuencias, a su frivolidad y a su falta de coraje intelectual, con el fin de depurarlo tanto de adherencias sentimentales burguesas como de lugares comunes y prácticas militantes. No se hizo, o no se hizo lo suficiente y el medio se degradó, amalgamándose con el izquierdismo posmoderno y el patriotismo periférico, quienes trataban de reconstruir a toda prisa un nuevo espacio social "ciudadano", el terreno de las plataformas cívicas y de las asociaciones de vecinos, abandonado por los partidos y sindicatos al incrustarse en el aparato de la dominación. Las movilizaciones contra la Guerra del Golfo y por el No a la OTAN, las campañas por el 0'7%, por la renta básica o por los zapatistas, fueron las primeras martingalas de ese intento de acercamiento a la política institucional que en 1997 cristalizó en el "ciudadanismo". Se alumbraron nuevas "plataformas", se liberaron "espacios", se constituyeron "colectivos" y "redes" y se celebraron "fórums" que redescubrieron los encantos del sindicalismo

minoritario, del nacionalismo, de las ONGs, de las subvenciones y de las instituciones estatales. Las nuevas tecnologías proporcionaron la estructura mínima para garantizar las apariencias de movimiento. De la escala local se pasó sin transición a la escala internacional. El gueto juvenil se vio de pronto sumergido en la ludopatía de los conciertos, raves, marchas, acampadas de verano, etc., para ir a morir a los movimientos contra cumbre y contra la guerra, verdaderos estados generales de la confusión y la recuperación, que, después de Génova, se convirtieron en la quinta rueda del carro electoral de la socialdemocracia. Internet había creado en las masas juveniles la ilusión de una comunidad mundial provista de un proyecto de cambio social, mientras que el turismo antiglobalización fomentaba la quimera de un movimiento anticapitalista. Pero lo que las telecomunicaciones facilitaron fue un espacio virtual, y por consiguiente irreal, donde verter la frustración y la miseria espiritual de miles de personas, de forma que la abundante base social sobre la que erigir una causa quedase atrapada en las redes de la inexistencia. Y mientras se generalizaba el espectáculo de un movimiento, las líneas de comunicación directa subsistentes quedaban irremisiblemente dañadas, como demuestra la desaparición de revistas, el cierre de locales, librerías o editoriales, la decadencia de las asambleas, la degeneración del lenguaje, la evaporación del compromiso social, etc.

La tecnología como sistema global, como medio que abarca toda la actividad social, ha tenido un efecto más marcado en los jóvenes, el sector de la población más permeable a los artilugios. Los jóvenes, a partir de 1995, son hijos de las nuevas tecnologías más que de sus padres. Aquellas son su segunda naturaleza en la que tan a gusto se encuentran que para ellos no las ven como la causa de su miseria moral sino como la base de su libertad. Piensan como viven; ahora bien, como la manera de vivir es impuesta, la manera de pensar no es libre: es el capitalismo quien pone el ordenador encima de la mesa y quien aparca el coche frente a casa. En tanto que consumidores recién estrenados se han convertido en la vanguardia del espectáculo. Por primera vez y gracias a las tecnologías de la comunicación irrumpen como masas, aportando al espectáculo de la acción los rasgos psicológicos de la adolescencia, a saber, el culto del presente, el rechazo del esfuerzo y de la experiencia, el narcisismo, la búsqueda de la satisfacción inmediata, la confusión entre el ámbito privado y la vida pública, entre lo serio y lo lúdico, etc. Lejos de sentir como suya la lucha contra la opresión social tecnológicamente equipada, lo que realmente sienten es una inmensa necesidad de entretenimiento. Profundamente despolitizados, salen masivamente a la calle a divertirse luciendo su pañuelo palestino, escenificando su falsa generosidad y proclamando su compromiso volátil. En la sociedad del espectáculo la protesta es una forma de ocio y el pathos trágico de la lucha de clases ha de retroceder ante la comicidad, el desenfado y la fiesta, formas genuinas del espíritu neocontestatario que ha hallado en las cacerolas, en el maquillaje y en los silbatos sus mejores medios de expresión y en el software, los blogs y los teléfonos móviles sus mejores armas.

La tecnología no es neutra, es inseparable de la opresión, no sirve para otra cosa. Todo progreso tecnológico bajo el capitalismo es un progreso de la opresión, pero nadie parece

entenderlo. Al contrario, por las pantallas de los ordenadores surgen pensadores apologéticos y vendedores al pormenor del nuevo capitalismo tecnológico dispuestos a caminar por las sendas trilladas y a discurrir por los cauces inocuos de la falsa conciencia. Ideologías de la sumisión a los imperativos de los nuevos dirigentes de la economía mundial como el negrismo, el castoriadismo, el ecologismo, o los productos de las marcas IPES y ATTAC, circulan para derribar conquistas intelectuales básicas, para echar por la borda todo el bagaje teórico de las luchas, y en general, para extirpar la memoria histórica. Como coartada ideológica se ha buscado un proletariado de sustitución en los seres inermes y amorfos calificados de multitud, movimientos sociales, ciudadanía, sociedad civil o simplemente "la gente". El nuevo sujeto histórico es pura ficción puesto que el verdadero fue liquidado por el capitalismo, pero su imagen ficticia es necesaria porque el espectáculo del combate social necesita un fantasma; su legitimidad no puede apoyarse en una clase real sino en una de prestado. Una clase imaginaria era apostada en el terreno del espectáculo, puesto que ni ella es clase, ni su lucha es lucha.

Al optar por la protesta encarrilada y falaz, los nuevos ideólogos apostaban realmente por PRISA y la socialdemocracia (y lo sabían). No querían enfrentarse a nada; no aspiraban a cambiar el mundo sino a participar en su gestión. Con ellos otra gestión capitalista era posible. Los foros sociales y las concentraciones anticumbre eran los puentes de diálogo con el poder. Su lenguaje confluía en un panegírico del orden: con las fórmulas verbales adecuadas el plomo de la nimiedad – votar, enviar mensajes, navegar por la red, amontonarse – se transmutaba en el oro de la lucidez histórica y el heroísmo. Tal disparatado discurso cubría una indecente actitud colaboradora, por eso en la medida que definían una política "desde abajo a la izquierda" ésta era la política de siempre. En realidad nos decían que una vía más asistencial hacia el totalitarismo era posible, para lo cual otra burocracia era necesaria, una que mediara entre la clase dominante y las masas. Sin embargo, sentarse sobre las masas es como sentarse sobre un dedo. No son ni pueden ser un sujeto político dispuesto a seguir al primer flautista de Hamelin que se presente. Las masas no quieren hacer política, quieren ser objeto de la política; no quieren cambiar la sociedad, en todo caso quieren que alguien se ocupe de ellas. Para eso son masas y obedecen al poder sin necesidad de guías especializados.

Los efectos de la gobalización capitalista – la transformación de las clases en masas, la invasión de la vida cotidiana por artefactos o la juvenilización de la protesta – habían hecho del mundo real algo ininteligible. Tanto los rebeldes como los resignados fueron arrojados a espacios intelectuales inexplorados y extraños, donde las ideas de antes no funcionaban. El hundimiento de las viejas ideologías, provocaba molestas sensaciones de incertidumbre y de impotencia, inspirando hostilidad y rechazo. La eternidad de la lucha de clases era un tabú intocable para la ortodoxia continuista; la existencia de una clase portadora de los ideales manumisores estaba fuera de cualquier duda, puesto que si se prescindía del concepto el edificio teórico por él sostenido se desmoronaba. Pero como los hechos eran tozudos, la clase obrera como clase capaz de aprehender la totalidad de los fenómenos sociales y por lo

tanto capaz de organizar la sociedad de acuerdo con sus deseos, iba evaporándose, convirtiéndose en un lugar común de la verborrea obrerista, en un dogma de consolación. La agitación social que se mantuvo en esas posiciones se desconectó de la realidad, degradándose y quedándose al margen, dando pie a tertulias inocentes o a sectas fundamentalistas. La alternativa a la fe, a falta de una verdadera crítica del periodo final de la lucha de clases, a falta de una crítica de la recuperación posmoderna, a falta del restablecimiento de una perspectiva histórica de los combates sociales, tenía que ser otra fe. Así los nuevos remedios del sectarismo, habrían de ser forzosamente sectarios. Hubo intentos verdaderamente cómicos de restaurar la ideología leninista, voluntaristas anclajes en el anarcosindicalismo y sospechosas reposiciones del situacionismo y del naturismo, ahora llamado primitivismo. Por una astucia de la dominación, la memoria del pasado lejano servía para ocultar el pasado cercano y mistificar el presente. Para los ortodoxos y para los innovadores no había más tarea que introducir los pedazos de realidad en sus perreras ideológicas, de forma a conseguir convicciones reconfortantes y tranquilizadoras, una huida hacia atrás que se resolvía en dos alternativas igualmente delirantes: la posmodernidad "plural" y tecnófila de la ideología nueva, y la fosilización contemplativa de la ideología vieja.

Frente a las ideologías paralizantes o conformistas, los rebeldes sinceros reaccionaron dando un salto hacia delante en el activismo. Se declaraban partidarios del enfrentamiento inmediato con el sistema y por lo general se despreocupaban de las contradicciones que oscurecían e impedían la reformulación de la cuestión social, planteando la supremacía de la acción práctica sobre la reflexión y reduciendo ésta a una actividad subalterna. Desconectados de las aspiraciones radicales del pasado, no sabían lo que querían, pero sabían muy bien lo que no querían. No querían el capitalismo y desconfiaban de las ideologías que servían a los burócratas. Sin pretenderlo, con su nihilismo la crítica social quedaba disminuida a propaganda, simplificada en análisis, fórmulas y consignas del estilo de las "tesis insurreccionalistas". Caían en un pragmatismo de otro tipo que comportaba un empobrecimiento de la crítica y por consiguiente, de la propia acción. El menosprecio del pensamiento es el de la estrategia. La acción solía privilegiar uno de sus momentos, el choque, y se olvidaba de los demás. Aparecía como respuesta inmediata independiente del lugar, del tiempo y de la oportunidad; puntual, minoritaria y violenta. La acción devenía de este modo un fin en sí misma, más necesitada de técnica que de ideales. Y ésta no trataba de delimitar campos para lograr un terreno donde los oprimidos ejercitasen la libertad, sino que pretendía ser un acto ejemplar susceptible de despertar admiración y tener imitadores. El grado de destrucción conseguido determinaba la calidad, pues el fetichismo de la acción inducía a la mistificación de la violencia y asimilaba ésta al radicalismo, confundiendo con frecuencia dominación con represión y sobrevalorando el papel de la policía. El estado de ánimo activista nacía tras una ruptura generacional profunda que había impedido la comunicación de experiencias revolucionarias pasadas y cercanas; así pues, los jóvenes antiautoritarios partían de cero y sus errores eran fruto de la cobardía y la traición de otros. Igual que hemos criticado los puntos débiles de su proceder, reconocemos su generosidad y su valentía, su disposición a correr riesgos, que como una ventolera de aire fresco barrió de

la escena social el apoltronamiento ideológico. Finalmente, por el duro camino que iniciaron muchos encontraron las ideas que necesitaban. Merecen nuestro respeto, especialmente aquellos que sucumbieron a la represión. Sus presos son nuestros presos.

En los medios activistas, a la falsa oposición entre teoría y práctica correspondía la contraposición entre organización de masas y agrupación informal. Hasta entonces la organización siempre había significado fuerza; no negaba la informalidad sino que la complementaba: la sociabilidad de clase, los entramados de ayuda mutua y solidaridad, el compañerismo, la entrega… proporcionaban a la organización solidez a la vez que la impedían degenerar en burocracia. Evidentemente las estructuras informales son hoy la única forma posible de organización porque las bases informales que constituían los cimientos de formas más coordinadas han sido destruidas por el enemigo, y, sobre todo, porque el medio juvenil radicalizado es tremendamente informal, es decir, muy poco consecuente. La enorme dificultad que existe para que los individuos entablen relaciones transparentes y se comprometan con la causa de la libertad obliga a ser muy flexible en cuestiones organizativas, pero eso no es un logro, sino una condición impuesta por el deterioro de las personas y de las luchas. Es una táctica debida a la falta de compromiso duradero y a las cotas bajas de responsabilidad. Los niveles de organización están subordinados al desarrollo de la conciencia de clase y esta depende de los combates sociales. La estructura informal domina cuando no hay clase manifiesta, las fuerzas son débiles y dispersas y el grado de autodisciplina es mínimo. La organización es por consiguiente un proceso que está en función de la generalización y la radicalización de las luchas, ambas cosas necesarias para la aparición de proyectos revolucionarios de envergadura. Por otro lado, la informalidad no es una vacuna contra la burocracia; la burocracia puede muy bien funcionar informalmente. Tampoco es un remedio contra la infiltración; los provocadores saben manejarse tanto por esos medios como por los otros. Son otros factores los que cuentan: la experiencia, la calidad humana, la astucia… Lo que desde luego no se puede hacer informalmente es pasar a la ofensiva, pero por desgracia, estamos lejos de poder permitirnos algo parecido a eso.

A lo largo de los últimos veinte años, el espacio juvenil no ha podido sustituir al desaparecido medio obrero, degradándose a su vez por culpa del espectáculo. Por eso los ateneos y los centros sociales ni siquiera han llegado a lo que fueron en otro tiempo los locales sindicales para los explotados. A pesar de los esfuerzos no han logrado convertirse en centros de formación y difusión de ideas, lo que deja entre sus asiduos un aire de frustración que no puede disimularse. Lo más probable es que en ellos aprendan Linux o cocina vegana antes que historia social o prácticas de resistencia al capitalismo. No son del agrado del orden establecido, pero si recordamos la frecuencia con que antaño se clausuraban los sindicatos, escandaliza ver hasta qué punto son tolerados, es decir, hasta qué punto son inofensivos. Existen excepciones muy honorables con un alto grado de compromiso social, pero incluso ellas han tenido que hacer concesiones al juvenilismo y contemporizar bien con las camisetas, bien con el punk quinceañero, con las “performances” o con la informática.

Como los viejos centros recreativos o las asociaciones de vecinos, han quedado absorbidos por la dinámica de supervivencia en ambiente hostil. La logística del saber vivir y la pedagogía de la revuelta son funciones que se les han escapado; desde un punto de vista subversivo, nadie sale de ellos peor de lo que ha entrado, y eso debiera preocupar a sus impulsores. La solución pasaría por un replanteamiento crítico de su actividad que no debiera tener otro objetivo que el de mantener un nivel elevado de conciencia social en condiciones que sabemos son extremadamente desfavorables. Habría que sacar el mejor partido de la experiencia histórica, reanudando la tradición de los oprimidos e inspirándose en ellos. No hacer concesiones a las modas, no someterse a los estereotipos, no caer en el buen rollo; en una palabra, ir derechos a la raíz de las cosas. Pero sólo van derechos los que saben reconocer dicha raíz y tal conocimiento no está adscrito a ninguna etapa particular de la vida. Tan cierto como que hay jóvenes más inmundos que los viejos y viejos que no tienen edad.

Miguel Amorós

Charlas en la librería Sahiri de Valencia, el 11 de marzo de 2006,
y en el centro social Atreu! De La Coruña, el 10 de abril,
con motivo de la presentación del libro *Golpes y Contragolpes*.

Mayo 2006

La primavera francesa explicada a los ibéricos

Cuando durante los últimos quince o veinte años hemos visto trasladar fábricas a países lejanos, privatizarse empresas públicas, abaratarse y multiplicarse los despidos, avanzar la precariedad, mantenerse el paro, y, en general, agravarse las condiciones de trabajo sin que los obreros hayan hecho gran cosa por evitarlo, es lícito preguntarse ¿por qué no se rebelan? ¿Por qué van en contra de sus intereses de clase? La respuesta es obvia: porque la clase obrera fue derrotada y vendida por un frente común formado por el Estado, la patronal, los partidos y sus supuestos representantes sindicales. Los sectores con empleo asegurado y los funcionarios dieron la espalda a los sectores más débiles y se aburguesaron. La clase obrera se fragmentó y disolvió, perdiendo su capacidad de reacción y su poder autoorganizativo, quedando, mediante pactos sociales, sometida a políticas reguladoras del empleo.

Los trabajadores hace mucho que dejaron de existir como clase, es decir, que son incapaces de formular intereses generales y de movilizarse tras ellos. No constituyen un sujeto activo. No existe entre ellos el sentimiento de unidad o de fraternidad, ni la conciencia de pertenecer a una comunidad de explotados. Están desunidos, desarmados frente a sus empleadores y sin perspectiva común de lucha; difícilmente pueden ir a la huelga pero aun

así los conflictos laborales particulares no conducen al planteamiento de la cuestión social, la del fin de la opresión, la de la emancipación obrera. El capitalismo ha evolucionado hasta volver esta situación irreversible. Ha deslocalizado no sólo la industria, sino la misma clase obrera, volviendo conservadores a buena parte de los trabajadores autóctonos. Para conservar el empleo, éstos han debido ocupar los huecos que les deja la automatización de tareas, han debido rivalizar con la mano de obra china o india, y han debido renunciar a derechos adquiridos y permitir una mayor explotación de su fuerza de trabajo. Las reformas laborales persiguen esa adecuación del trabajo a las exigencias de la modernización capitalista. De los lugares de trabajo se ha suprimido todo lo que podría facilitar una comunicación directa, empezando por las asambleas y la solidaridad, en cambio, los mecanismos de control se han desarrollado. Por eso no pueden ser los espacios privilegiados del combate social. Eso no impide que la lucha contra la explotación exista, pero en otra parte.

La lucha social ha podido manifestarse, aunque poco y a menudo disimulada con espectáculos, en los barrios y en la calle. No reside en el viejo antagonismo entre burguesía y proletariado, si por proletariado se entiende la parte retrógrada y burocratizada de los asalariados representada por los sindicatos y si por burguesía aludimos a los propietarios de los medios de producción. El verdadero proletariado lo forman ahora una masa indiferenciada de jóvenes desarraigados, inmigrantes con o sin papeles, estudiantes desfavorecidos, obreros precarios, parados sin seguro, excluidos, y en general, los nuevos parias sociales, producto del nuevo capitalismo globalizador. No es una clase en el sentido clásico de la palabra, pero puede llegar a serlo. En frente no tiene a simples patronos, sino a toda una nueva clase, no propietaria sino gestora, compuesta por quienes toman realmente las decisiones: los altos ejecutivos y expertos empresariales, financieros, administrativos y políticos. Representa el poder de la economía basada en la circulación y los servicios, donde la propiedad privada va siendo reemplazada por sistemas más sofisticados como el *leasing* [1]. Al igual que la burocracia del capitalismo de Estado, disimula su existencia en la medida que su fuerza se incrementa: su poder es el poder de un mundo al revés, en el que toda la vida social es mentira. Como dos polos opuestos, masas y dirigentes, caminan los unos contra los otros. La correlación de fuerzas favorece a la nueva burguesía, que además dispone de un arsenal represivo ingente, pero los oprimidos pueden equilibrar fuerzas si toman la calle y así desbaratar sus planes. Eso es lo que acaba de pasar en Francia.

La protesta contra el CPE

[1] Del inglés *lease*, *leasing*: arrendamiento financiero. Consiste en aquel contrato de alquiler de bienes donde el arrendador (entidad financiera) adquiere un bien para arrendar a un segundo (el cliente) su uso y disfrute, durante un plazo de tiempo determinado contractualmente. El arrendatariocliente a cambio está obligado a pagar una cantidad periódica constante o variable. Una vez finalizado el contrato, el arrendatario tiene tres opciones; ejercer la opción de compra del bien por el valor residual, no ejercer la opción de compra y por tanto devolver el bien o prorrogar el contrato de arrendamiento, con el pago de cantidades periódicas menores. Durante toda la vida del contrato, la entidad financiera mantiene la titularidad sobre el bien objeto del contrato, aunque el arrendatario corre con los gastos de los deterioros y/o posible pérdida del bien arrendado (N. de la E.).

Para comprender la revuelta de marzo contra el Contrato del Primer Empleo ("contrat première embauche" de ahora en adelante abreviado CPE) hay que prestar atención a las condiciones especiales francesas, principalmente a dos, el estatismo y la sensación juvenil de abandono por parte de la sociedad. El estado del bienestar francés fue fruto de un pacto social duradero e implicó nacionalizaciones difíciles de privatizar, dados los intereses creados y dada también la cultura estatista de los dirigentes, muchos de ellos alumnos de la Escuela Nacional de Administración. La mismísima desregulación del mercado del trabajo ha debido realizarse a través del Estado, antes que por un diálogo entre sindicatos y patronales. En España las únicas medidas de bienestar fueron introducidas bajo el franquismo, por lo que fueron fáciles de derogar. Los propios sindicatos se constituyeron directamente contra las asambleas de trabajadores y las huelgas salvajes, representando al Estado y la patronal desde el primer momento. Siempre fueron organismos subalternos, sin poder real. Su implantación permitió la reestructuración del capitalismo y eliminó trabas laborales para su modernización. Eso aclara por qué los contratos temporales son de los más numerosos de Europa, y por qué la precarización alcanza a casi la totalidad de la juventud trabajadora.

Sin embargo en Francia los sindicatos eran primitivamente organizaciones defensivas de los trabajadores y su transformación en elementos de orden les permitió ocupar parcelas de poder que todavía disfrutan, lo que explicaría el menor grado de precariedad francés. En España, el paro y el precio prohibitivo de la vivienda han bloqueado la proletarización de parte de la juventud, que permanece con sus padres en un estado de adolescencia prolongado, hedonista e indiferente. En cambio, en Francia, la descomposición de la familia lleva más largo trecho y la presión de la vivienda es algo menor, cosa que ha facilitado la proletarización juvenil masiva y la creación enormes de bolsas de marginación en los suburbios. La universidad española mayoritariamente tiene alumnos de clase media, y aunque mucho menos que antes, el diploma marca la diferencia. En Francia, el acceso a la Universidad es más popular, muchos estudiantes trabajan para pagarse los estudios, cosa rara en España, y la desvalorización de los diplomas está más agudizada. Aunque los universitarios crean en la sociedad francesa, ésta no contempla en ellos a sus futuros cuadros, sino a simples asalariados, provocando una vaga conciencia reivindicativa inexistente en la península. Son diferencias de grado dentro de una tendencia general uniformadora, pero que justificaría por qué en España la juventud estudiante se divierte en "botellones" y en Francia lleva a cabo huelgas generales. Dicho esto, los trazos de ambas se asemejan: el gusto por convertir las manifestaciones en circos, el pacifismo descorazonador y el amor por los artefactos tecnológicos son los mismos a un lado y al otro de los Pirineos.

El movimiento de marzo de 2006 es una consecuencia de la revuelta de los suburbios de noviembre pasado. El gobierno Villepin rechazó medidas asistenciales y decidió favorecer la "empleabilidad" de los jóvenes segregados extendiendo el empleo basura. El resultado había sido una proyecto de ley que por ironía se llamaba "de igualdad de oportunidades", gracias a la cual se rebajaba la edad de trabajar a los catorce años. Dicha ley incluía el CPE, que permitía el despido sin motivo para los menores de 26 años en los dos primeros años. Así las

cosas, los estudiantes celebraron el 5 de febrero una jornada de protesta contra el CPE. La agitación se fue desarrollando por cauces ciudadanistas que no cuestionaban ni el sistema de enseñanza ni el capitalismo, sino solamente la precariedad, a pesar de que algunos tratasen de ir más lejos lanzando el eslogan "Ni CPE, ni CDI", en referencia a los contratos indefinidos ("contrat à durée indeterminée"). Las asambleas se generalizaron en la mayoría de las universidades, dando juego a una incipiente burocracia que trataba de controlar el movimiento abanderando un ludismo y un pacifismo embrutecedores, y sobre todo poniéndolo a remolque de una espectral clase obrera representada por una burocracia infame. La jornada del 7 de marzo, convocada conjuntamente con los sindicatos, sacó a la calle a un millón de personas y desencadenó un rosario de protestas y ocupaciones en los días siguientes. No obstante, la ley de igualdad de oportunidades fue votada en el Parlamento por todos los partidos, tal como hicieron con la derogación de la ley que establecía la jornada de 35 horas y con el Contrato para el Nuevo Empleo ("embauche"), que autorizaba el despido sin causa ni límite de edad para las empresas pequeñas. Aquí en España jamás se implantó dicha jornada y el despido "por causas objetivas", es decir, el despido libre va a imponerse mediante la última Reforma Laboral [2] pacta da sin que pase absolutamente nada. Los estudiantes de institutos se sumaron al movimiento, que el día 16 sacó a la calle a medio millón de jóvenes. Los límites de la protesta empezaban a ser cuestionados cuando los sindicatos llamaron a una jornada de movilización el 18, aniversario de la Comuna de París. Para los llamados folloneros ("casseurs") había que reivindicar la herencia colérica de los suburbios y no rehuir a la fuerza pública, respondiendo a sus provocaciones con alborotos y destrozos. A la contra, la burocracia estudiantil y sindical organizarían servicios de orden para aislarles y echarlos de las manifestaciones. Los sindicalistas llevarían su trabajo represivo hasta retener algunos y librarlos a la policía. Pero el mayor peligro de los manifestantes era su pacifismo patológico que les volvía impotentes no sólo ante la policía sino ante la burocracia generada alrededor de la Coordinadora Nacional, verdadero antro político de sindicalistas y grupúsculos, UNEF, "Tous ensemble" (trotsquistas), SUD étudiants, FSE, etc., que insistían en vincular el movimiento con las burocracias sindicales. Por otra parte, un grupo radical ocupaba la Escuela de Estudios Superiores ("École des Hautes Études en Sciences Sociales") y lanzaba un manifiesto planteando "la precariedad de la supervivencia humana global" y la falacia del pleno empleo subyacente en la mayoría de consignas contra el movimiento anti-CPE. Tales iniciativas podían ser mucho más eficaces desde dentro del movimiento porque servirían para

[2] Aprobada por el gobierno del PSOE en mayo de 2006. Anunciada como la reforma laboral que atacaría de lleno la precariedad y lograría aumentar el empleo de calidad y la estabilidad laboral, ha abaratado la mano de obra, eliminado las trabas al despido, reducido los subsidios sociales por desempleo y la cuantía de las pensiones. Además ha propiciado una generalización de los contratos temporales y de la subcontratación, y ha asegurado, mediante la legislación, una mayor cuota de explotación de la fuerza de trabajo. En definitiva, se ha precarizado aún más el empleo. Esta reforma incide en la línea de las anteriores: la de 1984, que abrió la brecha de los contratos temporales, el pacto social del 92, que redujo las prestaciones por desempleo, la de 1994, aprobada por el gobierno de Felipe González, que introdujo las ETTs, la contrarreforma laboral del gobierno de Aznar de 1997 que abarató y facilitó el despido de los trabajadores, y la de 2001 que, además de flexibilizar el mercado laboral, supuso un ataque feroz al subsidio agrario (N. de la E.).

radicalizarlo; en cambio, permaneciendo al lado y afuera, perdían utilidad y podían ser recuperadas por ideólogos profesionales y generales sin tropa que las podían convertir en un teatro del extremismo desarmado estilo Jussieu [3].

La jornada del 23 desencadenó el pánico entre los dirigentes. De nuevo medio millón de jóvenes se movilizaron sin que los sindicatos atendieran las peticiones de la Coordinadora Nacional, que esperaba de ellos una declaración de huelga general. Los jóvenes extendieron la táctica del bloqueo de las universidades a las carreteras y vías férreas, amenazando un aspecto fundamental del turbocapitalismo, la circulación motorizada de personas. En París, en Tours, en Marsella, en Lyon, Burdeos, Rennes, Toulouse, etc., las mismas manifestaciones se negaban a disolverse prolongándose en altercados, incendios de coches y saqueos de centros comerciales. En París intervinieron bandas de suburbios que atacaron a los estudiantes, facilitando el trabajo de la policía y sembrando la confusión. La conexión con la "banlieue" [4] era por lo pronto un imposible. Los estudiantes carecían del nihilismo depredador de los adolescentes de la periferia. Según las reglas de la selva, para tratar con ellos primero habrían de haberles parado los pies e infundirles respeto. A esas alturas había centenares de detenidos. Las direcciones sindicales intentaron acabar con el movimiento proponiendo a Villepin la retirada del CPE, pero ante la estupidez de éste, no tuvieron más remedio que ponerse al frente, tal como la Coordinadora Nacional les suplicaba. El día 28 convocaron a una jornada de movilizaciones, evitando cuidadosamente llamar a la huelga general. Cerca de tres millones de personas pararon y se manifestaron. Un patético presidente de la República salió por televisión anunciando la reforma de la ley y su no aplicación durante un año, lo que no satisfizo a nadie. Los sindicatos convocaron otra jornada de huelgas para el 4 de abril, con idénticos resultados a la anterior. El 6 los estudiantes realizaron bloqueos por todo el país. La ley estaba herida de muerte. Cuatro días después era retirada.

El movimiento ha terminado en una de esas victorias inservibles que tanto alivian a los gestores de la dominación. Otras leyes vendrán a "favorecer la disponibilidad y la adaptabilidad de los jóvenes a las empresas". El principal fallo, a mi entender, ha sido plegarse a los designios de los sindicatos creyendo relacionarse con una etérea "clase obrera", sin detenerse a pensar que no han sido precisamente obreros los que se han levantado contra la precariedad. Como de costumbre, los sindicatos han sabido terminar con un movimiento que podía desbordarse para dedicarse a esperar el relevo del desgastado equipo que gobierna. En las elecciones de 2007 será la hora de la inmunda candidata "de la izquierda" Segolène Royal. Quienes realmente han intentado mantener contactos directos con los parados, precarios y jóvenes de las "cités", o quienes han intentado llevar adelante una crítica al trabajo y al sistema dominante han sido combatidos por todas partes y silenciados por los medios, que han tratado siempre de reducir el movimiento al rechazo del

[3] Asamblea, nacida en Francia en 1998, del mal llamado "movimiento de parados y precarios". Toma el nombre de la Universidad de Jussieu, puesto que las asambleas generales se realizaban en uno de sus anfiteatro (N. del E.).
[4] En francés en el original, periferia (N. del E.).

cpe. Los que se salieron de los cauces establecidos en “manifestaciones de recorrido intuitivo” han quedado aislados aunque no acallados. Además, algunos aspectos marcan un relativo progreso en relación con otros movimientos precedentes: la descomposición palmaria de la “clase” política, una cierta reflexión sobre la violencia defensiva y el rechazo absoluto de los medios informativos (incluso la Coordinadora Nacional les echaba de sus sesiones al grito de “¡medios, abríos!”). Los estudiantes han comprendido al menos que la fuerza del movimiento radicaba en sí mismo y no en la desinformación de los medios, que suelen actuar al unísono con la lepra sindical y desenchufar cuando ésta se retira.

El movimiento no ha podido proteger a los futuros precarios contra nuevas leyes semejantes a la retirada, ni ha tratado de derogar el conjunto de las ya existentes. La fuerza laboral continúa domesticada mientras los gobiernos siguen con sus proyectos implacables de aniquilación de cualquier derecho que entorpezca al mercado; la próxima vez será “desde la izquierda”. Si la cólera de los oprimidos no lo remedia. Como dice un tolosano, los jaleos han de ser como los tiempos, o sea, duros.

Miquel Amorós, mayo de 2006.

Publicado en el libro ***Registro de Catástrofes***, Anagal, 2007.

Junio 2006

Aviso del mal tiempo

La intención que subyace en mis escritos destinados al debate ha sido señalar los cambios y trasformaciones sociales significativos ocurridos en los últimos veinticinco años, a fin de propiciar el planteamiento de una acción coherente contra la opresión, es decir, el desarrollo de un pensamiento estratégico. Desde hace más o menos veinte años se viene haciendo historia universal a lo bruto, y aún así no nos enteramos.

Nos faltan conceptos con los que captar lo sucedido. Las viejas ideologías han agotado sus posibilidades como herramienta de interpretación y de orientación. Ocurre como con todas las cosas sometidas al envejecimiento y la contaminación: pierden solidez y seriedad y lo ambiguo pasa a ocupar en ellas el lugar de lo auténtico. Las nuevas son sin embargo un pálido simulacro de las anteriores: ecologismo, ciudadanismo, negrismo, insurreccionalismo… reflejando la degradación extrema de la protesta y de las ideas que la acompañan.

La separación existente entre los individuos y el resultado de su trabajo no ha dejado de crecer, y mediante el desarrollo tecnológico ha pasado de ser el signo de la esclavitud material a ser el de la catástrofe esclavizadora. Pues la característica principal de esta sociedad es su inmersión en la tecnología. Todas las demás son consecuencia de ello: la

mundialización económica, la mercantilización de la vida en todos sus aspectos, el control social absoluto, la expansión del transporte y de las comunicaciones, la ruina de las ciudades, la destrucción del territorio, la aparición de las masas, el totalitarismo político.

La clase dirigente sufre los cambios y evoluciona hacia una casta ejecutiva vertical, casi invisible y de extrema movilidad. El resto de las clases se disuelve en un conglomerado amorfo, sin identidad ni conciencia de sí, las masas. Las masas no constituyen un sujeto histórico, son simplemente el vertedero de todas las clases. Actúan conforme a impulsos o a directrices emanadas del exterior. Los movimientos de masas pueden llegar incluso a forjar órganos de democracia directa como asambleas y coordinadoras, pero no sabe utilizarlas como corresponde; a menudo sirven para fines contrarios. No son capaces de captar el carácter absoluto de la contradicción entre su desposesión y el acaparamiento de la decisión por los dirigentes. En esas condiciones los conflictos que ese antagonismo reprimido no cesa de provocar transcurren en el terreno mismo de la dominación, sin llegar a cuestionarla, aunque se apoyen en mecanismos asamblearios.

El crecimiento incontrolable y el peligro constante de desintegración no permiten un reparto serio de tareas e impiden cristalizar un idea común. Así, la dominación se impone como el menor de los males, la única salida posible, y las luchas han de componer con los que deciden, o con quienes los representan. No obstante, la disolución de las clases y la atomización paralela de los individuos es un proceso que nunca acaba del todo. Tras el reflujo inevitable de los movimientos de masas puede que sobrevivan colectivos y que estos se involucren en problemas más cercanos. A pequeña escala un conflicto puede generar conciencia social y la conciencia forjar lazos comunitarios.

La lucha puede escapar al aislamiento federándose con otras luchas locales y manteniendo un estado de ánimo adecuado donde cristalice la cuestión social. Dichas luchas surgen lejos de las fábricas pero dentro de la fábrica global en que se ha convertido la sociedad; son por consiguiente necesariamente antidesarrollistas: contra las centrales nucleares, contra los alimentos y cultivos transgénicos, contra el Tren de Alta Velocidad, los parques eólicos, las incineradoras, las líneas de alta tensión, las autopistas, los trasvases y pantanos, las urbanizaciones, los puertos deportivos y los campos de golf, etc.; en resumen, contra toda la maquinaria de guerra del totalitarismo dominante.

He denunciado los seudo movimientos que buscan la integración en el sistema dominante, me he asombrado de la imbecilidad narcisista que caracteriza a los militantes e ideólogos y he criticado el activismo sin ideas que consume todas sus energías en enfrentamientos epidérmicos. No vivimos bajo un régimen democrático burgués sino bajo un régimen totalitario con apariencias democráticas. En un disimulado estado de excepción. Esa distinción es fundamental para encarar el problema de la acción. Quienes aceptan las instituciones no practican un reformismo cualquiera, trabajan directamente para la dominación. Nada desde dentro, todo desde fuera. Pero tampoco basta con un rechazo institucional por violento que sea. La posición negativa camina en círculo. La conciencia no puede ser soslayada.

Decía Guicciardini en una de sus máximas que “la ignorancia, no teniendo ni fines ni reglas ni medida, procede furiosamente y da palos de ciego”. No basta con lo que no se quiere; hay que saber qué se quiere. Si se quiere construir una línea de resistencia contra el capitalismo la crítica social unitaria es tan necesaria como la inteligencia del momento. La ignorancia es contrarrevolucionaria. Los nuevos procedimientos de la opresión como por ejemplo la exclusión, la motorización, la adicción al consumo, la suburbanización, etc., se han desenvuelto con pocos problemas gracias a los sindicatos, a las asociaciones cívicas, a las ONGs, a los partidos, a las plataformas, a los expertos, es decir, a los intermediarios. La supresión completa de ellos será la mejor garantía de éxito, aún en caso de derrota. Por otra parte, la nueva sociedad a construir no puede nacer de la apropiación del sistema productivo sino de su desmantelamiento. Eso significa desurbanización, artesanía, campesinado, lentitud, deriva, vida en común, fin de la política y de cualquier especialización, liberación del deseo…

Cambio radical en la forma de relacionarse con la naturaleza, cambio pues en la forma de vivir. Economía del potlach [5]; don en lugar de intercambio. Municipalización del suelo; autogestión territorial. Nueva sociedad a la medida del hombre, basada en relaciones directas, sin mediaciones, sin Mercado, sin Estado.

Miguel Amorós.
Presentación del libro “Golpes y Contragolpes”
en la II Mostra del Llibre Anarquista de Barcelona,
en el Ateneo Libertario del Besós, 14 de junio de 2006.

Publicado en el libro ***Registro de Catástrofes***, Anagal, 2007.

Julio 2006

Todo el mundo es como un no-lugar llamado Alicante

En junio de 2015 un equipo de socialistas, ciudadanistas y posestalinistas tomó posesión del gobierno municipal de Alicante. En su plan de gobierno insistía en la participación de la ciudadanía, en el compromiso con los desempleados y las personas “en riesgo de exclusión”, en la erradicación de las conductas indignas en la gestión, en el derecho universal a la

[5] El potlach está sacado del idioma chinook de los indios del Pacífico canadiense y de Alaska. Literalmente significa “alimentar o consumir”. Es una forma de intercambio colectiva –nunca individual– de dones entre clanes o familias, en un clima de rivalidad y competición, que deben recibirlos obligatoriamente. Marcel Mauss, que popularizó esa peculiar relación en su “Ensayo sobre el don”, la define como “prestaciones totales de tipo agonístico”. Bataille se inspiró en ese artículo para elaborar su alternativa al intercambio que, a diferencia de la economía capitalista –basada en la producción, la acumulación y el consumo–, se asienta en la donación, el derroche y el obsequio. En los años cincuenta, la revista de la Internacional Letrista (embrión de la Internacional Situacionista) se titulaba “Potlach” (Nota compuesta por Cecilia de Jerez y Miguel Amorós).

vivienda, en la lucha contra el cambio climático, en la defensa del valenciano, y por fin, en promocionar un nuevo modelo de ciudad, democrático, igualitario, solidario y sostenible. En resumen, salvas electorales. En general, las medidas tomadas al respecto no han sido más eficaces ni más atrevidas que las tomadas con similar intención por los equipos anteriores y ni siquiera la corrupción ha dejado de asomar, aunque no en las proporciones pasadas. Al mismo tiempo, se pretende ampliar el vertedero local, ofrecer más suelo industrial y promocionar el turismo de congresos y eventos. Muy coherente con la sostenibilidad energética y ambiental a la que se aspira. Los intereses que realmente mueven la conurbación alicantina siguen siendo los mismos y el margen de autonomía del que dispone la administración local para hacer política propia es mínimo. Dichos intereses giran fundamentalmente en torno al comercio, al turismo y la construcción, por eso la tasa de paro supera el 20% (el 50% en la Zona Norte), los salarios son bajos, la mayoría de empleos, temporales, y la pobreza afecta a más del 40% de la población activa. Como destino de "sol y playa" es la provincia que más crece del Estado, y es la tercera, sólo detrás de Madrid y Barcelona, en transacciones inmobiliarias. Igualmente es la tercera en matriculaciones de vehículos, cuya venta no para de crecer desde 2013. En Alicante hay casi más coches que personas. Nuevos centros comerciales se instalaron (Mercadona, Aldi, Consum), los viejos se renuevan (Puerta de Alicante), y otros como Ikea son solicitados con primor: la alimentación y el mobiliario industrial es un hecho tan generalizado como la motorización. El precio medio de la vivienda ha vuelto a subir desde hace tres años y ahora ronda los 1.500 euros por metro cuadrado, a distancia de las grandes capitales, pero en manos de la banca existen miles de pisos vacíos y el consistorio, pese a prometer hacerlo, no se atreve a presionarla para destinar esos pisos a alquiler social. Un aparte merece el asunto del idioma. Siendo optimistas, se puede afirmar que una cuarta parte de la población alicantina es valenciano-parlante, pero muy pocos escriben en lengua vernácula. No parece que su uso se extienda, y en cambio, las actitudes neutras y hostiles al valenciano han aumentado, incluso entre los funcionarios municipales. Pronto no será más que una reliquia cultural, al menos en la conurbación. Tampoco es que los alicantinos se maten por leer en castellano. El analfabetismo literario es llamativo, y eso que la conurbación cuenta con universidad. El modelo alicantino tampoco funciona con las relaciones de pareja: es la segunda provincia española en casos de violencia de género (más de 9.000 denuncias en un año) y de disolución matrimonial (3 demandas de divorcio por cada mil habitantes). A pesar del clima benigno, la sociabilidad mediterránea, las fiestas y la imponente industria del ocio, la gente en Alicante no es más feliz que en cualquier otra parte. Tampoco es más autoritaria, ni está más infantilizada o más amacarrada, pero sí se halla más desarraigada y el grado de descomposición de la personalidad es preocupante. De sus figuras políticas se podría decir lo de Chesterton, que el no tener ideales no les hace menos cretinos. Es una ciudad en régimen capitalista avanzado, pero en cuestiones de atención psiquiátrica es tercermundista. Hay más de 70.000 enfermos mentales en el área metropolitana a los que habría que añadir varios miles más si contamos las socioadicciones que necesitan tratamiento; nada del otro mundo, pero lo escandaloso del caso es la ausencia casi total de medios para tratar las

patologías, hospitalizar a los enfermos, hacerles seguimiento, reinsertarlos y dignificarlos. Es el peor sitio para deprimirse. Tampoco hay, ni se tiene intención de crearlos, lugares verdaderamente públicos, es decir, lugares de encuentro, de discusión, de diálogo permanente con los habitantes. Vale, la Muntanyeta cumple con alguno de estos requisitos, que se usa muy de vez en cuando. Así pues, el modelo de ciudad no ha cambiado un ápice con el nuevo consistorio: es cada vez más difuso, gris, destejido, gentrificado, jerarquizado, clasista,… Sin embargo, es la ciudad perfecta para ir de compras, de playa y de copichuelas. La ciudad de Alicante es insolidaria con los excluidos, incómoda para el vecindario, no está en absoluto "libre de desahucios", fomenta conductas frikis, fulanistas y sociópatas; es insostenible ecológicamente, desequilibradora del territorio (doce millones de viajeros aterrizan en El Altet todos los años), contaminadora del medio (el vertedero de Fontcalent no recicla materiales ni incinera los residuos orgánicos). Por último, dado que la participación del ciudadano en su gobierno se reduce a votar cada cuatro años –casi el 40% de ellos se abstiene-, es cualquier cosa menos democrática. Y lo seguirá siendo gobierne quien gobierne mientras no finalice la servidumbre voluntaria de los gobernados. En pro de ese cambio podría resultar positiva la lectura del texto que sigue, teniendo en cuenta que fue escrito en 2006.

Miquel Amorós, 14 de enero de 2017.

Destrucción de Alicante

Durante los últimos quince años la península ha padecido un proceso brutal de urbanización que no parece tener fin, cuyo origen hay que buscarlo en los cambios inducidos por la mundialización capitalista. En efecto, los países que no han podido basar su crecimiento económico en la innovación tecnológica, en la disponibilidad de fuentes de energía barata o en el precio mínimo de la mano de obra, han tenido que explotar extensivamente la única cosa que podían, el territorio.

El urbanismo salvaje ha sido la herramienta con que los dirigentes han convertido la destrucción del territorio en acumulación de capital. Las ciudades, ya descoyuntadas y difícilmente habitables, han contagiado la deshumanización al campo y a la naturaleza, sometiendo completamente el territorio al exclusivo y trivializante designio de la mercancía.

El mapa de los estados está diseñado cada vez más por las empresas constructoras. Eso es particularmente cierto en el caso español, donde la construcción es el principal motor económico. En 2005 el crédito a la construcción superó al industrial, cuando hace solamente ocho años era tres veces inferior. La superficie edificada ha aumentado de un 40% entre 1987 y 2005, mucho más que la población en el mismo periodo. En los últimos cinco años se han construido 2.630.000 viviendas, 800.000 sólo en 2005: existe una casa por cada dos habitantes. España construye más que cualquier otro país europeo. Posee el mayor parque inmobiliario de Europa, lo que no significa que sea el Estado con la vivienda más asequible; más bien lo contrario, el endeudamiento por este motivo bate récords y las familias dedican el 41% de su renta anual disponible a la financiación del piso. Buena parte de la población no

es dueña del cubículo donde vive y el acceso a la vivienda es imposible para los jóvenes y demás asalariados con empleo precario.

La construcción de viviendas protegidas es ridículamente baja, y aun así, no están al alcance de cualquier bolsillo. En cambio, dos millones de casas permanecen vacías todo el año y el doble son usadas temporalmente como segunda o tercera residencia. La casa es hoy en día inversión, simple capital, objeto del mercado global inmobiliario. En 2003 entre 800.000 y 1.700.000 familias estaban interesadas en adquirir casa en la península, y es que España es el principal mercado europeo de segunda residencia.

La mitad de las viviendas vendidas en el pasado reciente estaban en el litoral mediterráneo; entre 1995 y 2005 su precio casi se triplicó. La costa es el lugar donde más se construye y la llamada administrativamente Comunidad Valenciana es el caso más paradigmático del poder "constructor". En total, el suelo urbanizado creció un 52% en la última década, bastante más que en el resto del país, mientras que el tejido urbano solamente lo hizo un 11%, lo que señala una urbanización difusa, destejida, echa a costa de terrenos robados a la agricultura, a los montes o a los humedales.

En muchas poblaciones las nuevas urbanizaciones superan en número de casas al conjunto urbano y prácticamente todas las ciudades han entrado en una dinámica similar. El peso relativo de la "Comunidad" en el conjunto del Estado español ha aumentado en términos de stocks de capital, empleos y demografía, fundamentándose principalmente en la actividad turística y constructora, y todo indica que el futuro descansará sobre las mismas bases.

En los quince meses últimos el Consell de la Generalitat ha dado el visto bueno a mil Programas de Actuación Integrada (PAI), fruto del sólido acuerdo existente entre constructores y corporaciones locales. No en vano la construcción genera en los municipios el 42% de los ingresos. Al ser la construcción casi la única fuente de financiación y de revitalización económica (y la primera causa de la corrupción política), los municipios han aprobado planes para los próximos años que implican la construcción de 700.000 viviendas, con las diversas infraestructuras que las acompañan, carreteras, líneas de alta tensión, incineradoras, centros comerciales, parques de ocio, puertos deportivos, campos de golf, etc. De llevarse a cabo la población pasaría en diez años de 6 a 15 millones de personas y el impacto ambiental sería mucho más banalizador y destructivo que todo lo realizado hasta ahora. La falta absoluta de agua no parece desanimar a los promotores, puesto que confían obtenerla con la supresión de huertas y regadíos.

Dentro de dicha "Comunidad" la provincia de Alicante es la porción de territorio donde mejor observar el proceso de domesticación paisajística y social promovido por el nuevo desarrollismo a ultranza de una clase dominante encabezada por constructores y sostenida por la indiferencia o el consentimiento de una mayoría de la población, despolitizada, amansada y sin carácter.

Cada ciudad emprende dentro de unas pautas uniformes su particular camino hacia la masificación y la dispersión, de acuerdo con el interés estrecho de sus dirigentes y hasta con

los tópicos folklóricos al uso; es curioso cómo “Paquito el Chocolatero”, el “Misteri” o “Les Fogueres” han elaborado una falsa identidad que aún perdura, contribuyendo a la amnesia local y legitimando ideológicamente la política bárbara de los jerarcas, los primeros en disfrazarse de “moro” o de “foguerer”. Las seudo tradiciones son un arma contra la memoria, y por lo tanto, un factor ideológico de desarraigo. Cuando los individuos más se adentran en ellas, más se alejan de su historia verdadera y más indiferentes resultan a su entorno real.

Alicante es el enclave desde donde parten decisiones de consecuencias territoriales más crueles; de las diez primeras empresas de la provincia, seis tienen su sede allí (cuatro son de la construcción). Además, ese no lugar ofrece al observador todas las taras de esa especie asilvestramiento urbano que se apodera de la costa y la transforma en un continuum de ciudades basura, a destacar con notable en degradación Pego, Dénia, Benidorm, Altea, Teulada, Calp, Santa Pola, Torrevella, Almoradí, Guardamar, etc. Así pues, nos vamos a centrar en la historia de la conurbación alicantina.

Llamamos Alicante -Alacant en el idioma de sus anteriores habitantes— a la aglomeración urbana comprendida entre la autopista A-7 y el mar, limitada al norte por el pueblo de El Campello y al sur por Santa Pola. Dicho apelotonamiento de edificios conserva una trama residual que recuerda vagamente a la ciudad que llevó ese nombre, pero el elemento ordenador elemental no son las avenidas o las plazas, sino los ejes viarios rápidos que conectan a los habitantes con sus siete centros comerciales, sus cuatro o cinco campos de golf y sus diversas zonas de ocio, vigilados por los nuevos edificios emblemáticos, las imponentes moles de veinte o treinta pisos de altura.

Se calcula un centro por cada setenta mil consumidores potenciales. Alicante está estructurado en torno a la ronda y a las carreteras de Murcia, Elx, Ibi, Alcoi y Valencia, segmentándose en función siete centros comerciales, que sin contar los de la playa de San Juan son: el Corte Inglés, el Boulevard Plaza (en la estación de ferrocarril), el Gran Vía (en el norte de la ciudad), el Puerta de Alicante (en el Polígono de Babel), el Panoramis (en el puerto), el parque Vistahermosa (al este) y el Playa Mar 2/Alcampo, en La Goteta, justo encima del que fue “Campo de los Almendros”, donde en abril de 1939 se hacinaron sin que ninguna placa lo recuerde veinte mil presos republicanos. La conurbación Alacant-Mutxamel- Sant Vicent- Sant Joan- Campello cuenta en la actualidad con unos 430.000 habitantes, los que sumados a la conurbación cercana de Elda-Elx-Santa Pola daría un área metropolitana de más de 700.000, todavía insuficiente para pesar en la red de poder de la globalización, que exige empaquetamientos de millón y medio de personas para las economías terciarias viables.

En efecto, su peso en la decisión regional todavía es poco. Solamente ubica 25 de las primeras quinientas empresas valencianas, lo que significa que su clase dirigente no pinta casi nada. En realidad no es siquiera una clase, no se trata verdaderamente una elite; son sólo de un puñado de empresarios depredadores, funcionarios mediocres y políticos

arribistas que no parecen albergar otro proyecto que el de convertir la conurbación en una periferia dormitorio de Madrid gracias al AVE que no acaba de llegar.

No son responsables más que de seguir la dirección fijada desde hace tiempo, aquella que convertía a las ciudades en supermercados donde solamente se oía el discurso de la mercancía. Sus antecesores rediseñaron Alicante e impusieron a sus moradores un uso determinado del tiempo y del espacio, organizando su existencia en el aislamiento y la desposesión, a la que ellos han añadido el consumismo. Pues la ambientación urbana actual no permite otro uso social de lo que impropiamente llamamos ciudad que el trabajo embrutecedor, el consumo desaforado, el ocio industrial y la movilidad motorizada. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cuáles fueron los polvos que trajeron este lodo? Remontémonos al pasado franquista alicantino para observar después la evolución de la ciudad durante la transición del desarrollismo nacional al presente de la globalización.

En tiempos de la República el Alicante obrero constituía un área compacta muy concreta: la comprendida por el casco antiguo y las barriadas de San Antón, Las Carolinas, el Pla y el Raval Roig. De allí salieron la columna “España Libre” y el batallón “Alicante Rojo” para defender Madrid, y , sobre todo, de allí salió Maroto con sus centurias proletarias a liberar Granada. El grado de sindicación era alto; Alicante constituía la federación local de sindicatos únicos más numerosa de la “regional levantina” después de la de Valencia, y por delante de otras con tradición como las de Alcoy y Elda. Todo acabó aquel fatídico 1 de abril de 1939, cuando todo Alicante se transformó en cárcel.

Maroto, que había representado a los trabajadores alicantinos en el Congreso de Zaragoza, al final de la guerra civil fue preso en una de las casas del Pla del Bon Repós. Poco a poco el orden franquista reinó en la ciudad y a la burguesía republicana sucedió una clase compuesta por oligarcas católicos y funcionarios fascistas encargada de disipar los humos del viejo proletariado vencido e impedir la amalgama con el nuevo. Alicante mantuvo un crecimiento sostenido durante los años cuarenta y cincuenta, lo que determinó una constante llegada de campesinos del sudeste en busca de la subsistencia que no hallaban en sus pueblos. Quienes dirigían la ciudad dieron luz verde a una serie de proyectos caracterizados por una ausencia total de ordenación y planeamiento, destinados más que a la acogida, al confinamiento de población obrera.

Los nuevos bloques de minúsculos y deprimentes pisos hechos con material pésimo, eran levantados sin conexión unos con otros, lejos de la ciudad, ajenos a la trama urbana, sin servicios de transporte ni de recogida de basuras, a menudo sin alcantarillado y casi sin agua (Alicante tuvo serios problemas de escasez en la década de los cincuenta).

Así nacieron para albergar la miseria y disimularla más de veinte “entidades singulares de población”, como Ciudad de Asís, núcleo de San Gabriel, grupo José Antonio en Benalúa, Los Ángeles, San Agustín, las mil viviendas del patronato Francisco Franco, grupo La Paz, Tómbola, Divina Pastora y Rabasa. Mención especial merece La Cooperativa de Casas Baratas que construyó en 1960 la “Ciudad Jardín”, denominación harto impropia, pues no

tenía nada que ver con las ideas de Ebenezer Howard, aquel gran soñador anarquista, sino con las prosaicas realizaciones republicanas de vivienda social. Las ínfimas condiciones de entonces impedían a los trabajadores el menor ahorro y, por lo tanto, el pago de las cuotas de cualquier cooperativa, por lo que Ciudad Jardín devino un islote periférico de la incipiente clase media.

A finales de los cincuenta, las autoridades franquistas, presionadas por un intenso movimiento migratorio, continuaron con la tónica constructiva precedente. Aunque en 1958 fue aprobado un Plan General de Ordenación Urbana, el primero con ese nombre, las ordenanzas municipales de edificación por las que se desarrollaban las normas del plan no lo fueron hasta 1967, momento en que éste era revisado para asegurar la continuidad de la anarquía urbanizadora que había gobernado hasta entonces. Alicante era un coto privado de los constructores y tan escandaloso resultó su proceder que en 1964 provocó un contencioso con el Colegio de Arquitectos de Valencia; la corrupción se institucionalizó, pero hubo que esperar a 1969 para que alguien de dentro denunciara el primer caso conocido, la entrega de 750.000 pts a un concejal.

Con el embalse del Taibilla cubriendo el crónico déficit de agua se siguieron aprobando proyectos particulares de urbanizaciones y nuevos barrios de aluvión se superpusieron a los anteriores, como Juan XXIII, Virgen del Remedio y colonia Requena, consolidando un gueto exterior al norte de la ciudad. Al este, se construyeron viviendas sociales en el Fondo de Reones (el “Barrio Obrero”) y en La Sangueta. Los obreros con empleo estable podían quedarse en el Altozano, en las sucesivas extensiones de El Pla, o en alguno de los barrios reformados.

Durante los 60 Alicante pasó de tener 120 a 190.000 habitantes y de 34 a 79.000 viviendas, aunque las construidas fueron muchas más que lo que podría deducirse de restar ambas cantidades puesto que la destrucción del viejo caserío fue considerable. A los desmanes constructores se añadió la verticalidad, con el beneplácito de las autoridades franquistas. En 1960 se remodeló la rambla Méndez Núñez con edificios altos presididos por la Torre Provincial de catorce pisos, y al año siguiente fue levantado el horrible hotel Gran Sol, falo prismático de cien metros de altura, que marcó la pauta para el Alicante desarrollista. La mole de Los Representantes, a la que la gente del Pla llamó en seguida “la colmena”, fue la culminación. Alicante se pobló de rascacielos, hasta el punto de superar a Valencia en número. En 1980 solamente en el casco urbano habían seis edificios de más de 20 plantas y más de cien de doce, a los que había que añadir otros tantos en las playas. El frenesí constructor fue estimulado mucho más que por la continua llegada de emigrantes, por la demanda de las clases medias forjadas bajo el desarrollismo, que abandonaban el centro y se instalaban preferentemente al oeste de la ciudad cada vez más desfigurada, originando la aparición de impersonales barrios como Florida, Portazgo, San Blas, Polígono de San Blas, Polígono de Babel, etc, y forzando el uso del coche para sus desplazamientos. La emigración interior no quedó limitada allí. También se dirigió hacia el este (Vistahermosa, Nou Alacant) y hacia las playas, en primer lugar, a la de San Juan. Por otra parte, viejos barrios obreros

céntricos fueron objeto de la codicia de los especuladores, que se aprestaron a destruirlos para en su lugar colocar enormes edificios de mal gusto, símbolos del poder de la nueva burguesía alicantina.

Así fueron transformados parte de Benalúa, el Raval Roig, Santa Cruz o el Pla. Y de igual manera un "edificio singular" como el hotel Meliá levantó una barrera entre la playa de El Postiguet y el puerto. Otra mole singularmente aberrante hizo lo propio entre la Explanada y el Portal de Elche. El Alicante modernizado ya no era una ciudad pegada al puerto y contenida por la estación de ferrocarril, el castillo de San Fernando y el monte Benacantil. Ponía fin a su estructura radial para ser un aglomerado paralelo al mar dividido en tres pedazos: uno, atravesado por las carreteras de Santa Pola y Elx, con salida hacia Murcia o Madrid, era la zona de las naves industriales y de los almacenes; otro, estaba constituido por la ciudad propiamente dicha y su periferia; el tercero era la zona de las playas. Alicante fue en sus inicios una ciudad diseñada por una burguesía liberal ligada al campo y al comercio portuario, apenas molestada por los carruajes.

El crecimiento salvaje que padeció durante el franquismo rompió no sólo el equilibrio interno entre los barrios, sino el que mantenía con su entorno rural. Lo peor fueron los coches. La administración desarrollista trató de adaptarla a la circulación de vehículos estructurándola alrededor de un eje viario principal, la avenida de Alfonso X el Sabio y un centro distribuidor, la plaza de los Luceros, pero la motorización de las clases medias hizo imposible cualquier solución racional a la cuestión del tráfico, y la continua expansión urbana no hizo más que empeorar las cosas. A partir de 1967 el automóvil vino a ser, junto con la verticalización y los suburbios, el tercer factor de destrucción de la ciudad, la herramienta más eficaz de la barbarie urbanística.

En la década de los 70 todavía la población aumentó en 60.000 personas. La edificación en los nuevos barrios prosiguió amparada en planes parciales. La finca Adoc, engendro vertical a orillas del mar, inauguró la desfiguración de la Albufereta, mientras en la playa de San Juan seguían construyéndose sin ton ni son enormes bloques de apartamentos. A diferencia de Benidorm, donde la verticalidad obedecía inicialmente a un plan de preservación de la costa, aquí era puro negocio, aunque simbolizaba de alguna forma el totalitarismo de la nueva sociedad, toda vez que los símbolos de una verdadera vida política y social habían sido borrados. En Alicante, el edificio Riscal alcanzaba las treinta plantas. La ciudad fragmentada devenía un espacio socialmente neutro, sin referencias, y por consiguiente sin memoria, incluso sin lengua: el valenciano era testimonial. Se había vuelto un lugar descohesionado y vulgar, escenario de negocios rápidos, idóneo para un modo de vida masificado, privatizado y consumista. Oficialmente la conurbación alicantina nació en 1973 con la creación de la Mancomunidad entre Alicante y los municipios cercanos, lo que significaba que el tráfico, la destrucción del paisaje, la desaparición de la huerta y la generación incontable de basura no eran problemas específicamente alicantinos. Toda la costa de la provincia se contagió de la misma enfermedad, particularmente en el sur, donde el agua del trasvase Tajo-Segura permitió la construcción de innumerables urbanizaciones. Cualquier aventurero podía

montar una inmobiliaria en una de las ciudades costeras y enriquecerse en poco tiempo. En diez años las pequeñas promotoras y constructoras se habían convertido en poderosas compañías aliadas a los bancos, con gran influencia en la administración local. Los constructores eran la punta de lanza de la nueva burguesía. Al proletariado combativo de los años republicanos había sucedido otro mucho más numeroso y también mucho más dócil.

Sin tradición y sin pasado, había llegado a Alicante sin penetrar realmente en ella, quedándose aislado en los enclaves periféricos, verdaderos depósitos de mano de obra sin cualificar. No tenía medios para producir su propia identidad colectiva en las barriadas, y por lo tanto, no podían constituir una comunidad de intereses, es decir, establecer vínculos de clase. Tampoco podía ejercer como clase en los lugares de trabajo. En Alicante apenas habían industrias, relacionándose la mayoría de empleos con los servicios, la construcción y la administración. Una economía terciaria no necesita especiales infraestructuras ni capacitación particular como la industrial; los trabajos no requieren el menor aprendizaje: se trata de peones de almacén, peones de obra, camareros, dependientes de comercio, empleados, mozos de limpieza, pinches, domésticos, etc. La dimensión de las empresas del sector terciario no suele ser grande, por lo que los trabajadores se hallan dispersos y aislados compitiendo entre sí, muchos con contratos temporales, otros trabajando en la economía sumergida. A la precariedad podíamos añadir el desarraigo; miles de obreros llegaban -y todavía lo hacen-justo para trabajar el verano y después irse, y la mitad al menos de los que se quedaban eran recién llegados, nacidos en otra parte. En tales circunstancias, el aporte proletario exterior sólo sirvió para acelerar la descomposición de la clase obrera autóctona. A pesar de que la masa asalariada constituía mas de las cuatro quintas partes de la población, nunca adquirirá la clase obrera en Alicante el protagonismo logrado en otras ciudades próximas como Elx, Alcoi o Elda.

El cambio político no alteró el panorama económico. La administración socialista no trató de librarse de la herencia franquista sino que se limitó a racionalizar el desarrollismo, a pulir su brutalidad, preparándolo para posteriores desafíos. Gracias a que la población se estabilizó en los ochenta, pudieron efectuarse zurcidos en los barrios y mejoras en sus infraestructuras, así como completarse la ronda de circunvalación (la Gran Vía) y confeccionarse un nuevo PGOU que aportó gran cantidad de suelo urbanizable a la voracidad de los promotores.

A partir de 1986 las nuevas clases medias de la ciudad iniciaron un éxodo desde sus tradicionales barrios céntricos hacia la periferia este (El Garbinet, Vistahermosa) y las playas, relanzando la demanda de pisos, aparcamientos y vías de acceso. Eso significó el fin de parajes relativamente preservados como el Cabo de las Huertas o La Condomina. El precio de las viviendas se elevó enormemente y animó la construcción, otra vez motor de la economía local. Por otra parte, la apertura de El Corte Inglés arrastró toda la actividad comercial a la avenida Maisonnave, provocando la muerte del Centro —el histórico arrabal de San Francisco— que hasta entonces desempeñaba esa función, y que comenzó a degradarse en espera de su museificación. La nueva centralidad fue provisional pues en la

década siguiente su peso se repartiría entre las demás “centralidades” emergentes. La vocación turística de Alicante que los socialistas reafirmaron no dejaba de ser un tópico, puesto que si bien El Altet ha llegado a ser el cuarto aeropuerto peninsular en volumen de viajeros durante el verano, no por ello aquél era el destino elegido por los cinco millones de turistas de sol y playa depositados en tierra. Los turistas nunca se quedaban. Alicante desde los sesenta era un lugar de paso incluso para quienes trabajaban allí.

En realidad la principal actividad de la conurbación era la construcción de segundas residencias, en primer lugar para los mismísimos alicantinos, después, para los madrileños. El gobierno socialista del país se encontró con una contradicción irresoluble. Su base electoral, la clase media, había contribuido lo suyo a la destrucción de la ciudad y no iba a apoyar políticas no desarrollistas, por lo que lejos de oponerse a fuerzas contra las que poco podía, trató de aliarse con ellas derribando el último obstáculo al mercado nacional de suelo, a saber, el pequeño propietario. La ley del Suelo de 1990 puso serias trabas al derecho de propiedad y proporcionó a los gobiernos autonómicos el instrumento más eficaz para suprimir las protestas contra los abusos urbanizadores. Efectivamente, la Generalitat valenciana, en manos de los socialistas, promulgó en 1994 una Ley de Regulación de la Actividad Urbanística que entregó a los intereses constructores los ayuntamientos. Mediante la figura del “agente urbanizador”, alter ego de los promotores inmobiliarios, los pequeños propietarios de terrenos o casas serían expropiados sin apelación y obligados a pagar los gastos de urbanización de su antigua propiedad, con tal de que el consistorio aprobara un Plan de Actuación Integral presentado por dicho agente. Los excesos fueron proporcionales a los intereses económicos en juego, o sea, numerosísimos, y caracterizaron el periodo siguiente.

Cuando el Partido Popular se hizo cargo de la Generalitat valenciana quienes realmente subieron al poder fueron los constructores. Con la crisis industrial golpeando las tres provincias y la agricultura en proceso de extinción, la clase dominante continuaba apostando por el ladrillo; en el caso de Alicante, no afectado por la deslocalización, se trataba de “la millor terreta del món” para especular. La clave de la especulación no residía en la resistencia de los propietarios a los promotores, sino en el régimen de valoración del suelo. La simple recalificación de terrenos multiplicaba automáticamente por 25 su precio, por lo que el negocio inmobiliario empezaba con la compra a precio irrisorio de suelo rústico, industrial, para equipamientos, ocio, zona verde, etc., y su transformación en urbanizable.

La conversión posterior en suelo urbano seguía multiplicando elevando tanto los costes que habían de compensarse con la verticalidad. La Reforma de 1998 de la Ley del Suelo y Valoraciones hecha por el PP ofreció la posibilidad de convertir en urbanizable cualquier parcela de territorio, con lo que liberó suelo para el mercado en un momento en que la vivienda se convertía en simple inversión. En cierta forma institucionalizó la especulación. Al bajar los tipos de interés y caer la Bolsa, la constante subida de precios hizo muy rentable la compra de pisos (entre 1996 y 2005 el coste de una vivienda en la costa se triplicó). La prueba es que en 2001 el 16% de las casas en la provincia estaban vacías; tan sólo en

Alicante había 22.000. Lo primero que hizo la administración “popular” fue autorizar las obras paralizadas por una serie de ilegalidades, a destacar el edificio Alicante, verdadero mastodonte arquitectónico situado en la zona comercial, y elevar la altura permitida de los futuros edificios a quince plantas. Las normas fijadas por el PGOU anterior se volvían trabas para los constructores, que presionaron para la confección de un nuevo PGOU más permisivo.

Éste comenzó a confeccionarse en el 2000 y en 2002 fue publicado un avance. El boom inmobiliario fue prolongado por un fuerte desarrollo del crédito y por la llegada de capitales extranjeros, fruto de la internacionalización del mercado hipotecario y del mercado de segundas residencias. Ahora el negocio inmobiliario pasa por atraer a la clase dirigente europea, adaptando la oferta al modo de vida confinado de los ejecutivos en vías de jubilación: buenas comunicaciones, videovigilancia, piscinas, garajes, campos de golf y puertos deportivos. La política de las conurbaciones costeras se rige directamente por el negocio de la construcción. Tanto el parloteo sobre crecimiento “sostenible” como la nueva normativa (la Ley Urbanística Valenciana y la Ley de Ordenación del Territorio) no hacen más que anunciar que en lo sucesivo el abuso será disimulado y regulado. El segundo sector en influencia es el de la distribución (en Alicante el 44% de las empresas son comercios, y la mitad de la superficie dedicada al comercio corresponde a centros e hipermercados). Los centros comerciales no son lugares de aprovisionamiento sino verdaderos instrumentos urbanizadores. Son los actuales referentes urbanos, los auténticos puntos de orientación; definen los nuevos distritos funcionales de la conurbación y tienden a concentrar en ellos toda la actividad comercial, cultural o de ocio. Difícilmente hallaremos una librería o un cine en Alicante —y eso que uno de los proyectos temáticos de la corporación es una “ciudad del cine”— fuera de uno de esos centros. En ellos la vida cotidiana de las gentes se vuelve susceptible de tratamiento industrial.

La globalización económica, ocurrida entre 1995 y 2005, ha producido cambios de alcance mayor que los precedentes en cuanto al trabajo, al modo de vida y al tipo de sociedad. En el periodo globalizador el alicantino medio simplifica radicalmente su modo de vida. Recluido en su piso, sólo sale de él para ir en coche a los espacios privilegiados de encuentro con la mercancía, los centros lúdicos y comerciales. De ahí la demanda incesante de parkings.

Alicante forma parte del mercado mundial y quien mejor podía ilustrarlo es la población emigrante que llega de países empobrecidos por el capitalismo para desempeñar los trabajos más volátiles y se hospeda en los huecos de los barrios degradados que abandonan los trabajadores con mejores perspectivas, como por ejemplo Virgen del Remedio, Virgen del Carmen, Juan XXIII, San Antón o San Gabriel. En Alicante ya hay unos treinta mil, y a ellos corresponde el último incremento de la población. No se trata de una subclase, de un nuevo lumpen. Son trabajadores arrancados por la mundialización capitalista de sus pueblos y ciudades y lanzados al mercado del trabajo internacionalizado en las peores condiciones posibles. Son la avanzada de un movimiento similar al que llevó a las ciudades a millones de campesinos entre 1940 y 1980, y los efectos que producirán en las zonas avanzadas del

capitalismo serán considerables. La cuestión social no podrá plantearse de nuevo sin contar con ellos.

La lógica capitalista empuja la conurbación alicantina a continuar creciendo indefinidamente, destruyendo más territorio y concentrando más población. Las 15.000 viviendas inútiles del Plan Rabasa serían el ejemplo más inmediato, pero no el peor, pues la oferta de suelo no para de crecer al descomponerse las economías pequeño industriales de los municipios del interior y convertirse éstos en satélites de la economía depredadora del litoral.

Evidentemente si que quiere defender el territorio de la avalancha de planes que pugnan por realizarse habrá que detener el proceso urbanizador enfrentándose a los poderosos intereses inmobiliarios. Hará falta un movimiento de masas con un programa de lucha bien claro, que separe los bandos. Para empezar habría que desechar todas las reivindicaciones que impliquen desarrollismo, como por ejemplo las que propugnan los socialistas en la oposición, las plataformas de la izquierda “verde” o los ecologistas: compra estatal de terrenos y edificios, turismo verde, construcción de vivienda de renta “baja”, valoración del suelo rústico, etc. Otras pueden servir para preparar la reapropiación colectiva del espacio si se sitúan en la perspectiva de la desurbanización y la ruralización: moratoria de proyectos, gravamen de casas no habitadas, agricultura biológica, huertos urbanos, rehabilitación de casas… a las que añadiríamos la ocupación, el rechazo del transporte privado, el boicot a las grandes superficies, la intervención del precio de la vivienda y el bloqueo de las cuentas de las empresas constructoras. Para hacer habitable Alicante habrá que desandar el largo proceso urbanizador que hemos descrito y demoler las dos terceras partes de sus edificaciones. La lucha social será fundamentalmente antidesarrollista y desurbanizadora, o no será.

No obstante, ni la supresión del mercado de la vivienda, ni la reconstrucción del campo serían suficientes sin la compañía de un estilo de vida ajeno al consumismo, sin la abolición del trabajo asalariado, sin la recuperación de saberes perdidos o de costumbres desusadas, sin los intercambios comunitarios, sin el establecimiento de formas de convivencia humanas, libres e igualitarias partiendo de lo local, y sin los demás aspectos de la autogestión territorial generalizada.

Miquel Amorós.

Escrito a partir de la charla en el Ateneo Libertario L’Escletxa de Alicante,
el 6 de julio de 2006. Publicado como folleto.

Octubre 2006

El primitivismo en la sociedad tecnológica

"Soy tan libre como el primer hombre que la naturaleza fabricara
Antes de que las infames leyes de la servidumbre comenzaran
Cuando bravío por los bosques el noble salvaje corría."
John Dreyden, *La Conquista de Granada*, siglo XVII.

A medida que el capitalismo ha entrado en la fase de globalización, la sociedad entera ha quedado sumergida en un sistema tecnológico que la aprisiona y condiciona. La sociedad tecnológica es la más jerarquizada a la vez que la más opresora. El poder, la autoridad y la riqueza se han concentrado en grupos cada vez más reducidos, mientras la opresión se ramifica y extiende penetrando en todos los ámbitos de la vida cotidiana, con tanta más facilidad cuanto mayor ha sido el grado de tecnificación alcanzado. La tecnología seduce a sus víctimas con una promesa de libertad que envuelve y encierra a quienes sucumben ante ella. Los individuos sobreviven desarraigados y domesticados en un espacio redefinido por la tecnología, en una tecnosfera, llevando un modo de vida dominado por el consumo, el trabajo, la masificación, el aislamiento y la movilidad. Un mundo cada vez más artificial e inhabitable amanece sembrado de instalaciones nucleares, transgénicos, centros comerciales, autopistas, vertederos y zonas residenciales, configurando un espacio donde se desarrollan a sus anchas el control social, el urbanismo depredador y la degradación ambiental, y donde la pérdida de la autonomía colectiva y el desmoronamiento moral y psíquico de los individuos tienen carta blanca para progresar indefinidamente.

La resistencia al proyecto tecnocapitalista de esclavización total ha podido manifestarse en la protesta contra el desarrollismo, en la contestación antinuclear, en la defensa del territorio y en las luchas contra la precariedad, pero se halla lejos todavía de unificar sus propuestas antisistema y formular un proyecto radical. Mientras tanto, ha de conjurar un peligro interno, el de la recuperación por parte de la política, el asociacionismo venal, el ecologismo neutro o los seudo movimientos ciudadanistas, quienes tratan de reducirla a mera coreografía de la cogestión de la catástrofe, puro soporte electoral de equipos empeñados en sostener que otra forma de capitalismo es posible.

Otro peligro no menos importante lo constituyen la falsa conciencia y la deriva ideológica. La crítica antidesarrollista no ha hecho más que emerger. Es en gran parte espontánea y le falta todavía camino para llegar a una conciencia unitaria del mundo. En esa tesitura los vacíos teóricos pueden ser mal rellenados por ideologías que tratan de explicar el mundo desde una determinación particular, desde un concepto limitado y más o menos abstracto, como puede ser para el primitivismo la naturaleza o el estado salvaje, mediante simplificaciones sui generis basadas en descubrimientos sociológicos, etnográficos y antropológicos.

Una de esas ideologías es *el primitivismo*. Nació en los años noventa del pasado siglo en Estados Unidos, fruto de la confluencia de los restos de contracultura, el ecologismo "profundo" y el anarquismo individualista y naturista, y se dio a conocer en Seattle. El primitivismo no constituye un sistema acabado, mejor lo contrario, pues existen tantos primitivismos como grupos que rechazan la vida civilizada y reivindican un ingreso en la naturaleza, cualquiera que ésta sea, por lo que intentaremos criticarlo a través de las ideas que más se repiten en todos.

El primitivismo ha recorrido dos etapas; en la primera, apareció como una crítica insuficiente y fragmentaria de la sociedad moderna, que sin embargo contiene parte de verdad y clarifica al menos de manera parcial la perspectiva que han abierto las luchas antidesarrollistas. Con el recurso a lo primitivo, buscaba superar la contradicción entre el opresor sistema capitalista y la noble aspiración a la libertad de los seres humanos.

Constituía pues un avance. En su segunda etapa, la actual, cuando trata de consolidarse como ideología y rechaza la idea de revolución, cae en un fatalismo paralizante que incita más al excursionismo que a la revuelta, al taller de cocina más que a la barricada, convirtiéndose, lejos del Black Bloc, en un obstáculo para la comprensión de las luchas y en una coartada para la inacción. Entonces coincide con los tópicos sobre la naturaleza con que la burguesía clásica se imaginaba conjurar los males de su propia civilización. En resumen, que las robinsonadas primitivistas han degenerado en una forma de evasión urbana sugerida por la visión idílico-burguesa del campo.

Los primitivistas no buscan las raíces de la opresión moderna en la aparición histórica del capitalismo, ni tampoco en la idea de "progreso" que prefiguró el núcleo de la ideología burguesa, sino en el nacimiento de lo que llaman "civilización", que la mayoría sitúan hace diez mil años, en el paso del modo de vida cazador y recolector al de ganadero y agricultor. La civilización es una idea opuesta a la de la "naturaleza", el imperio de la felicidad, la abundancia, el juego y la libertad, que hacen coincidir con la sociedad paleolítica, de preferencia la época mustersiense, la del hombre de Neandertal.

Algunos, adscritos a la alimentación vegana, tampoco aceptan la caza y alucinan con una época donde la vida modélica era la de los rumiantes. Son partidarios de la permacultura, especie de agricultura "sostenible", y de las ecoaldeas. La "sociedad libre de productores libres", o "la anarquía", como hubieran dicho todavía hace setenta años, no es para el primitivista una sociedad por venir, sino algo que extrae su poesía del pasado, una sociedad que ya existió en los confines de la prehistoria, cuando a lo sumo un millón de personas poblaban la Tierra con una esperanza de vida inferior a los treinta años. La vida libre quedaba identificada al nomadismo, a los clanes pacíficos, al reino de los instintos y de las pasiones, al estadio "salvaje", es decir, no domesticado por la "civilización", fuente ella de todos los males, de la autoridad, del patriarcado, de la propiedad, de la guerra, de la esclavitud, de la tecnología, de la ciudad, de las clases, de la ciencia, etc. Esa idea del hombre primitivo no es en absoluto moderna y se parece como dos gotas de agua a la del "homo sylvaticus" de los bosques documentado por primera vez en códices europeos del siglo XII

sobre la base de antiguas tradiciones grecolatinas y judeocristianas. En la Edad Media la teología había cavado un abismo tan profundo entre el hombre y la naturaleza como el que la artificialización capitalista cava en la actualidad, por lo que no es de extrañar que los estereotipos sean semejantes. El mito se prolongará en la Ilustración y el Romanticismo en la figura del "buen salvaje", elaborada con modelos americanos o australes, y llegará a contaminar los rigurosos análisis de pensadores como Marx y Engels, quienes también creyeron en una Edad de Oro comunista primitiva. En todo momento, el primitivo ha sido el trasunto opuesto del personaje típico de una época concreta; del aldeano medieval con la vida regulada por la religión, del burgués ilustrado que buscaba la Razón en el código de la naturaleza, del revolucionario que aspiraba a una sociedad libre, fraterna y sin aristócratas, o del romántico frustrado por la fealdad de la industria capitalista, como ahora lo es del hombre-masa de la mundialización.

Podíamos dedicarnos a discutir, recurriendo a las mismas fuentes, la supuesta libertad primitiva, pues las costumbres de matar al prójimo, de apropiarse territorios y de destruir el entorno, también está presente en estadios salvajes bien antiguos. Si nos fijamos en la familia matrifocal, no la sabríamos distinguir de la que ahora se llama monoparental, que no es precisamente un factor de libertad. Por otra parte, las sociedades agrarias no fueron necesariamente sociedades clasistas, ni el periodo neolítico coincidió absolutamente con una "revolución agrícola" que dio lugar a la jerarquía, la urbe y la "civilización". Pero los estudios históricos o antropológicos no son el fuerte de la ideología primitivista, que sólo recurre a ellos para forjar su discurso y darle unidad, no para acercarse a la verdad. Dado que el hombre, y la sociedad, se define por el modo de apropiarse de la naturaleza, es absurdo imaginarse una época donde ello no fuera así, y la conducta humana fuera idéntica a la de los animales. La malvada "civilización" de los primitivistas no es más que un momento de la historia. Desde los albores de la humanidad y lo largo de su despliegue histórico, la criatura humana nunca ha encontrado la libertad y la felicidad en estado puro.

Pero ni sus periodos iniciales, ni sus finales, por mucho que nos cueste creerlo, han sido épocas de simple barbarie. La opresión han forzado el concepto de libertad. Toda huella de barbarie lo ha sido también de cultura. Los saberes artesanales, el pensamiento filosófico y ético, la literatura, el arte, la medicina, el conocimiento científico, el derecho, el psicoanálisis, etc., han proporcionado suficientes materiales para desarrollar la conciencia social igualitaria y orientar la conducta hacia la libertad y la realización del deseo. La Historia no ha sido un error, la desviación de una edad feliz. Al remontarse a épocas pretéritas como si quisiera escapar de ella, el primitivista asimila el proceso de humanización del mundo al de la domesticación y artificialización del hombre. Tal reducción condena la libertad a mera particularidad de un sueño utópico, imposible de alcanzar como imposible es el retorno al estado salvaje, cuando en realidad la libertad no es sino el premio de la lucha victoriosa contra la barbarie, y, por lo tanto, contra aquella domesticación y aquella artificialización. Usando un símil forestal, la libertad no es pues la consecuencia de la vida en los bosques,

sino el fruto de la lucha contra la desforestación. La libertad no es un estado natural perdido sino un hecho social reformulado en cada momento histórico.

La negación de la lucha de clases, de sus formas organizativas, de su trabajo solidario, de sus objetivos revolucionarios, tiene consecuencias a la hora de la acción. El primitivista tiende a ignorar las luchas de los oprimidos, como ignora igualmente la Historia, pues según él no han perseguido otra cosa que el poder. Como no aspira a cambiar la sociedad sino a salir de ella, no se siente implicado en sus conflictos. No vamos a ridiculizar sus intentos de asilvestramiento puesto que sabe que es imposible un retorno semejante al paraíso y solamente se refiere a éste como inspiración. Pero esa inspiración no le acerca a la realidad, no le desvela las potencialidades anticapitalistas -y antitecnológicas-del conflicto, sino que le mantiene a la expectativa, esperando hedonísticamente que una catástrofe coloque a la humanidad desengañada en la senda aborigen y al pensamiento racional en el camino del instinto, la magia y la santería.

Lejos de entretenernos en buscar las causas de la opresión en el lenguaje simbólico o en la domesticación del caballo, debemos centrarnos en las causas más cercanas: la lógica del beneficio y de la productividad, el interés material como principio motor de la sociedad, el mercado como mecanismo regulador, la razón instrumental; nos estamos refiriendo al sistema capitalista, concretamente, a su fase globalizadora. Por supuesto que existen causas más lejanas, anteriores al capitalismo: la división del trabajo, el Estado, la Megamáquina, las jerarquías, la religión, la propiedad, las clases, la guerra… La crítica antidesarrollista, heredera histórica del pensamiento surgido de la lucha de clases, no ha de descuidarlas, so pena de no servir sino a la reproducción de la opresión bajo otras formas, pero sabe que estas causas han alcanzado su máximo nivel bajo el capitalismo y que son presentes moldeadas por el cincel capitalista. Eso es verdad incluso para la fe religiosa, transformada en fetichismo de la tecnociencia. El capitalismo es el dueño del mundo y por lo tanto cualquier lucha real es y será una lucha anticapitalista. Las metas a corto plazo que han de fijarse, por parciales que sean, no tienen cabida en el capitalismo. Hacer retroceder la producción al nivel de hace veinte años, disminuir el consumo de carne y de lácteos, desestabular a los animales, limitar drásticamente el uso de combustibles fósiles, prohibir el vehículo privado, bloquear las cuentas de las inmobiliarias y de las constructoras, reconstruir los territorios contaminados, hormigonados y asfaltados, restaurar los bienes comunales, volver a los huertos urbanos, municipalizar, desurbanizar, desmantelar las industrias y las centrales energéticas, reciclar, relocalizar, reutilizar… Son medidas prácticas que pueden servir para la confección de un programa mínimo antidesarrollista. Los defensores del progreso tecnológico lo tildarán de extravagante, pero mucho más extravagantes son los planes ultradesarrollistas con los que la codicia de sus promotores no para de obsequiarnos.

Miquel Amorós.

Conferencia en el centro social La Mistelera, Denia (Alicante), 13 de octubre de 2006.

Octubre 2006

El territorio prelitoral mediterráneo como tarjeta postal

La ordenación del territorio peninsular según el interés del capital ha roto el equilibrio entre territorio interior y periferia costera, quedando la población concentrada en el litoral, la capital del país y las capitales regionales, mientras el resto del territorio continúa con su despoblamiento. El 60% de la población habita en municipios costeros pero de cumplirse los planes aprobados en los consistorios afectados subirá diez puntos en los próximos diez años.

Desde 1900 a 2001 han desaparecido 1200 municipios que albergaron en su día cerca de dos millones de habitantes. La población se incrementó en 22 millones durante el mismo periodo, de los cuales el 40% vive en siete conurbaciones que no representan más que el 1% del territorio. El paso de una economía productora de bienes a otra de servicios ocurrida durante la globalización no hace sino acelerar el proceso: merced a una urbanización desbocada la costa queda completamente destruida, mientras que el interior cercano muda en una reserva de suelo donde continuar la actividad inmobiliaria. Dada la escasa presencia de las ciudades mediterráneas en las finanzas internacionales, el declive de la industria y el ocaso de la agricultura, la construcción aparece como el único motor de la economía, y el urbanismo salvaje, como la única herramienta para acumular rápidamente capital. Los permisos de construcción son la principal fuente de financiación de los ayuntamientos y más del 70% de la recaudación tributaria de los gobiernos regionales tienen que ver con la compraventa de vivienda nueva o de segunda mano (transmisiones patrimoniales, actos jurídicos documentales, etc.).

La economía terciaria es despilfarradora de espacio; acarrea una explotación extensiva del territorio, el cual queda sometido a fuertes presiones especulativas, fruto de los incesantes movimientos al alza del mercado del suelo y de la vivienda, estimulado en primer lugar por la demanda local de segundas residencias. Todo ello favorecido por leyes permisivas, complicidad política y corrupción administrativa. Fin de la distinción entre campo y ciudad. El espacio del capital deja de ser exclusivamente el territorio urbano, o lo que viene a ser lo mismo, todo territorio exterior a las metrópolis es potencialmente metropolitano. La estructura territorial de pueblos y ciudades de dimensión mediana rodeados por huertas y comunicados en red, queda radicalmente cambiada. La mejora de los accesos viarios desde la misma orilla del mar y la conversión por la retaguardia de la N-340 en autovía, al favorecer el transporte, facilita el trueque de la actividad productiva en comercial y logística --es decir, la terciarización--, de forma que el territorio prelitoral se vuelve satélite de la alargadísima conurbación costera, ya "vertebrada" por la autopista A7. Una vez saturado el litoral, la presión de los promotores se traslada a la segunda y tercera línea de la costa, al otro lado de la autopista. Los pueblos y ciudades hasta cincuenta o sesenta kilómetros tierra adentro entran en el mercado inmobiliario con fuerza, y el suelo, transformado en paisaje, ofrece posibilidades de grandes plusvalías si lo permite una recalificación que permita la

construcción de segundas residencias e instalaciones turísticas. O aunque no lo permita; el trabajo sucio que prepara el terreno es llevado a cabo por pequeñas constructoras e inmobiliarias locales, que edifican en suelo no urbanizable, en parcelas agrarias o en espacios protegidos. La inmensa demanda de agua de las urbanizaciones y los campos de golf, siempre escasa en la zona, obliga a la construcción de embalses y trasvases aberrantes, con la consiguiente desecación de los acuíferos, los humedales y las fuentes, elimina los ríos. La demanda de energía hace que en las lomas peladas las eólicas sustituyan a las carrascas y que las líneas de alta tensión surquen el terreno y amenacen la salud de sus habitantes, como los desperdicios que se acumulan y contaminan las capas freáticas de los suelos. Se generan siete kilos diarios de residuos por habitante. Los bosques padecen sobredosis de incendios, mientras que los caminos son borrados por las carreteras que de paso subrayan a picotazos el paisaje calizo de las montañas, mordidas por las canteras.

En el mar y en la montaña se oye el mismo discurso de la mercancía. La identidad territorial, aquello que volvía únicos los lugares, ya no existe. Por todas partes donde han construido los vándalos el espacio se ha banalizado, se ha vuelto vulgar e igual a cualquier otro, ha sido proletarizado. Sin embargo, la singularidad local no dependía tanto del espacio como de sus gentes, de su modo de vivir, de sus costumbres, de sus tradiciones. Por eso la conservación del lugar como paisaje termina en cierto modo de clavar el puñal a lo propio, pues nada distingue ya a un aldeano de un urbanita, ni a uno de ellos de su vecino de al lado; hablan la misma lengua con el mismo acento, conducen los mismos coches hacia lugares idénticos, comen la misma comida industrial, ven los mismos programas de televisión, y en definitiva, tienen la misma mentalidad e igual idea mercantilizada del tiempo y de la existencia. De hecho, gracias a la motorización generalizada nadie es cien por cien de ninguna parte; los habitantes de los pueblos suelen trabajar en las ciudades y viceversa, de forma que el asfalto que los comunica deviene un hábitat común, pues todos pasan en él una parte significativa de su tiempo. Finalmente, los movimientos migratorios completan el panorama del desarraigo. Cada vez son más los residentes de origen europeo de mediana edad que se instalan para gozar de un clima benigno, y, en el otro extremo, cada vez abundan más los trabajadores foráneos que expulsados de sus países por la miseria, buscan su subsistencia lejos.

El mercado del suelo es un mercado global, que escapa al control no ya de los propietarios, sino al de los especuladores locales. Las decisiones que determinan los cambios que experimenta el territorio no dependen de sus habitantes, sino del humor de ejecutivos que probablemente nunca lo han hollado y que no tienen en cuenta más que la rentabilidad de las cédulas hipotecarias o las variaciones del euribor. El territorio ha de poseer una nueva identidad de mercado con la que competir con otros. Por desgracia, los dirigentes de los pueblos y ciudades pequeñas, aunque no sean corruptos, hacen la cama a las inmobiliarias al esforzarse en promocionar una imagen de marca que atraiga a los visitantes, y, por supuesto, que acerque a los inversores, con lo que el proceso de destrucción prosigue inexorablemente. La manzana de la salvación que las finanzas exteriores ofrecen a las

poblaciones después de haberlas arruinado, es un fruto ponzoñoso, pero los pueblos medio muertos y las ciudades en quiebra no tienen otra opción: o ponen su territorio a rendir, o languidecen en la decadencia. Es el momento en el que intervienen las clases medias que han surgido durante el tránsito a la economía de servicios, gracias a plataformas cívicas que reivindican una "nueva cultura del territorio". Dicha cultura consiste en la reinversión de una parte de los beneficios de la destrucción en el propio territorio, de forma a seguir rentabilizándolo. La acumulación de capital se prolonga en la reconstrucción territorial de acuerdo con tópicos ecologistas salpicados de folklore local. No se preserva así la identidad para sus habitantes sino la imagen para los negocios. No se impide la catástrofe ambiental y social, sino que se cogestiona con el objetivo de no perjudicar los nuevos intereses locales económicos y políticos. Los numerosos "Salvem" no salvan entonces al territorio del mercado, lo salvan para el mercado.

La resistencia a la destrucción y a la reconstrucción folklórico-mercantil del territorio ha de basarse en estrategias que paralicen el mercado del suelo desde un modo de vida no consumista ni motorizado. Una forma de vivir autónoma necesita ser autosuficiente al menos en cuanto a las necesidades elementales, pero sobre todo ha de ser comunitaria. Implica por un lado la relocalización de las actividades tradicionales abandonadas, como la agricultura biológica, los talleres artesanos y la pequeña industria cooperativa. Por otro lado, la propiedad comunal y el derecho consuetudinario. O sea, por un lado, el autoabastecimiento, el trueque y, en definitiva, la recolocación del territorio fuera de la geografía del capital. Por el otro, la creación de lugares de encuentro y discusión, la revitalización de la cultura y la vida pública. La forma espacial de la libertad es la autogestión territorial mediante asambleas comunales. La asamblea municipal, elemento fundamental de la democracia directa, ha de detentar el poder por encima de cualquier otro órgano. Son las únicas instituciones donde un interés general puede formularse en una sociedad descentralizada. Cuidado con las coordinadoras, los consejos económicos o los comités de ciudadanos, porque en la medida que escapan al control asambleario introducen al Estado o al Mercado por la puerta falsa. Pero también la asamblea en sí puede llevar al mismo resultado; si la conciencia social es baja y el amor a la libertad nulo. Solamente las asambleas pueden constituir los municipios como comunidad de intereses y a través de ellas gestionar libremente el territorio, pero todo dependerá del apasionamiento de los individuos que las compongan. Los organismos de la libertad están hechos de hombres libres.

Miguel Amorós.

Charla en el centro social de l'Estació, Albaida (Valencia), 14 de octubre de 2006.

https://www.lahaine.org/est_espanol.php/el_territorio_prelitoral_mediterraneo_co

Noviembre 2006

Anarquismo, parlamentarismo y democracia

Cuando durante la Revolución Francesa se trató de instituir la democracia como poder del "pueblo" o de la nación – entendido como el poder del "tercer estado" –, surgieron inmediatamente graves problemas entre la mayoría de dicho "pueblo" y el Gobierno nombrado por sus "representantes" electos.

La democracia popular basada en clubes, secciones y asambleas entraba en contradicción con la democracia parlamentaria jacobina. El Gobierno, la Convención, las instituciones nacionales, las leyes y el sufragio, no garantizaban la libertad y la igualdad más que a las clases poseedoras. Un sector radical de los "descamisados" de París (el pueblo parisino), los "Enragés", en el manifiesto que presentó en la cámara de diputados al día siguiente de haberse votado la Constitución, el 25 de junio de 1793, afirmaría que:

"La libertad no es más que un fantasma vano cuando una clase de gente puede matar de hambre a la otra impunemente. La igualdad no es más que un fantasma vano cuando el rico, gracias al monopolio, dispone del derecho a la vida y a la muerte sobre sus semejantes."

El experimento constitucional y parlamentario fracasaría debido a la fuerte oposición entre los intereses de las clases poseedoras y los de las clases populares. El "pueblo" no era más que una entelequia. En el parlamento no se manifestaba ninguna "voluntad popular" sino los intereses de la clase dominante. No podía haber libertad real sin igualdad económica y la fuente de tal desigualdad radicaba en la propiedad. "¿Qué es la propiedad? La propiedad es el robo", respondería Proudhon. Y seguía: "la libertad es igualdad, porque la libertad no existe sino en el estado social". La cuestión de la propiedad dividió a los demócratas revolucionarios y alcanzó su mayor amplitud cuando entró en escena el proletariado y los "demócratas sociales" – Marx, Proudhon y Bakunin se llamaron así –identificaron sus intereses con los de todos los oprimidos. La tan traída voluntad popular no sería otra cosa que el interés "de la inmensa mayoría", a saber, los obreros. La "democracia social" equivaldría a un régimen cuyo protagonista principal sería la clase obrera. Para unos ese régimen sería comunista. El joven Marx creía que "el comunismo era la solución al enigma de la historia". Proudhon, en cambio, rechazaba las formulaciones autoritarias de los primeros comunistas y se inclinaba por "la organización de las fuerzas económicas bajo la ley suprema del contrato", o sea, por la propiedad cooperativa o colectiva de los medios de producción de "las asociaciones obreras organizadas democráticamente" y libremente federadas. A menudo se le ha tenido poco en cuenta y le han colocado al lado de los "utópicos", cuando no le han tachado de representante del "socialismo burgués", tal como le calificara injustamente Marx en el Manifiesto. Sin embargo, Proudhon fue el primero que formuló una crítica social específicamente proletaria y a él corresponde la crítica política del sistema parlamentario burgués más incisiva, la que dio impulso al ideario obrero anarquista.

Para Proudhon la autoridad, llámese Gobierno o Estado, existente por encima de la "voluntad popular", representaba el mismo despotismo de los reyes pues "lo que hace a la realeza no es el rey, no es la herencia; es el cúmulo de los poderes; es la concentración jerárquica de todas las facultades políticas y sociales en una sola e indivisible función, que es el gobierno, esté representado por un príncipe hereditario, o bien por uno o varios mandatarios amovibles y elegidos". el fallo del sistema representativo estaba en la delegación de poderes, causa de la separación entre gobernantes y gobernados:

"Hoy mismo tenemos ejemplos vivos de que la democracia más perfecta no asegura la libertad. Y no es eso todo: el pueblo rey no puede ejercer la soberanía por sí mismo; está obligado a delegarla en los encargados del poder. Que estos funcionarios sean cinco, diez, cien, mil, ¿Qué importa el número ni el nombre? Siempre será el gobierno del hombre, el imperio de la voluntad y del favoritismo."

Si ningún individuo reconociera más autoridad que él mismo, si el "pueblo" entero quisiera realmente gobernar, no habría gobernados. La imposiblidad de plasmarse la voluntad del pueblo en una autoridad delegada, exterior a él, es lo que forzaba a Proudhon a declararse anarquista, partidario de la abolición de cualquier forma de autoridad y llamar "anarquía" al régimen de los hombres libres e iguales: "anarquía, ausencia de amo, de soberano, tal es la forma de gobierno a la que cada día nos acercamos". La voluntad popular solamente podía manifestarse sin mediaciones, de modo directo. El Gobierno del pueblo era una falacia; si había gobierno no había pueblo, y viceversa, si realmente un pueblo llegaba a constituirse, ejerciendo el poder directamente, sin mediaciones, el gobierno no existiría. Anarquía era el gobierno de todos, y por lo tanto, el de nadie:

"La fórmula revolucionaria no puede ser ni legislación directa, ni gobierno directo, ni gobierno simplificado; la fórmula es nada de gobierno."

Bakunin aportó bien poco al análisis proudhoniano. Partiendo de la premisa de que el gobierno tenía opción de ser verdaderamente popular y representativo sólo si estaba controlado por el pueblo, como dicho control era ficticio y en ningún país ha existido nunca, concluía que la libertad bajo tal régimen era irreal:

"Todo el sistema del gobierno representativo es un inmenso fraude que se apoya en esta ficción: que los cuerpos legislativos y ejecutivo, elegidos en sufragio universal por el pueblo, deben o hasta pueden representar la voluntad del pueblo."

Esos poderes promovían únicamente los poderes de la burguesía. El sufragio universal, dadas la desigualdad y la opresión en que se encontraba el pueblo trabajador, era una burla; votando, cada uno elegía a su patrón. Debido a su miseria, a su falta de formación, a la poca disponibilidad de tiempo, a la ausencia de información, a la inexistencia de espacios de discusión, etc., el pueblo no podía formular una opinión general y, por consiguiente no podía utilizar el sufragio universal "para la conquista de la igualdad económica. Siempre será de forma necesaria un instrumento hostil al pueblo, que de hecho apoya la dictadura de facto de la burguesía". Malatesta llegó a decir que "el derecho electoral es el derecho de renuncia

a los propios derechos". El mismo razonamiento circular hay en Bakunin y Malatesta que en Proudhon: el gobierno no podía ser representativo porque la voluntad popular no podía formularse a través de él; si lo hiciera, sería representativo, pero ya no sería gobierno. La identidad entre gobernantes y gobernados, esencia verdadera de la democracia, no podía realizarse mediante un gobierno parlamentario sino mediante su abolición. Las ideas proudhonianas de autonomía obrera inspiraron a los internacionalistas durante la Comuna de París (1871). Tanto Bakunin como el mismo Marx vieron en la Comuna la democracia proletaria y la negación del Estado.

En España, país poco afectado por la revolución industrial, y por lo tanto, con un proletariado poco desarrollado, las ideas igualitarias y "socialistas" (contrarias a la propiedad privada) fueron filtradas por los movimientos radicales de la burguesía. La palabra "demócrata", en sus inicios, designaba en lo político algo parecido a anarquista. En el *Diccionario de los Políticos* (1855), del monárquico Juan Rico y Amat, se decía que "el demócrata puro es enemigo acérrimo de todo lo que se roce con el gobierno"; el demócrata confíaba en la insurrección como método para alcanzar su objetivo, la igualdad política:

"Si pertenece a la medianía, nunca usa el don; siempre se nombra fulano de tal a secas: tiene gusto en tutear y dar la mano a los de la clase baja, y en los pronunciamientos, llama ciudadanos a los hombres y ciudadanas a las mugeres."

Una fracción de los demócratas, los republicanos federales, trataron de conciliar el problema de la mediación entre pueblo y Estado recurriendo a la descentralización administrativa.

En palabras de Pi y Margall, traductor de Proudhon:

"En la actual organización, el Estado lo administra todo; en la federación, el Estado, la Provincia y el Municipio son tres entidades igualmente autónomas, enlazadas por pactos sinalagmáticos y concretos. Tiene cada una determinada su esfera de acción por la misma índole que los intereses que representa y pueden todos moverse libremente sin que se entrechoquen."

La República Federal, gobierno del pueblo soberano, no sería más que la suma federada de esos pactos. Pero para constituirse el pueblo primero tenía que romperse el Estado monárquico, de forma que sus fragmentos autónomos decidieran libremente confederarse. El partido federal, al propugnar la desmembración del Estado, se situaba contra todos los demás partidos, pero mantenía distancias con el proletariado. Creía en la armonía de las clases, respetaba la propiedad y era enemigo las huelgas y demás manifestaciones de la lucha social, por lo que apenas surgida la Asociación Internacional de Trabajadores en España perdió el apoyo de los militantes obreros. Su oportunidad histórica se esfumó con el fracaso de la Primera República, la de 1873; no obstante, la idea del municipio como célula de la sociedad libre caló tan hondo como el pensamiento de Bakunin, transmitido a los trabajadores españoles por los internacionalistas.

La distancia entre Las Cortes españolas y la realidad social fue tan enorme durante el siglo XIX que las masas populares, normalmente ajenas a la política, recibieron las ideas

anarquistas con agrado. El sistema político de la Restauración basado en la alternancia de dos partidos monárquicos artificiales no hizo sino contribuir a la identificación entre política, corrupción y caciquismo. No obstante, un sector del movimiento obrero, el partido socialista, aceptó las reglas del juego y ejerció de oposición junto con las minorías republicanas, mientras al margen se desarrollaba un potente sindicalismo revolucionario. Entre 1916 y 1923 la CNT fue capaz de desarrollar una democracia obrera ajena completamente a la política y cimentada por la solidaridad de clase, a base de asambleas sindicales, plenos, conferencias y congresos, lo que alarmó tanto a las clases poseedoras que éstas procedieron a sustituir su democracia caciquil por la dictadura militar del general Primo de Rivera. La clandestinidad arruinó las posibilidades del sindicalismo revolucionario y arrastró a sus dirigentes al terreno de las conspiraciones políticas y del posibilismo. La CNT entró en ella dividida entre moderados y revolucionarios, para no aspirar más que carne de cañón en una coalición de partidos y personalidades opuestas a la dictadura y a la monarquía, que abandonadas por sus aliados, cayeron sin estrépito. La Segunda República no trató bien a los trabajadores. La posición respecto a la República y a su sistema parlamentario escindió a los anarcosindicalistas entre partidarios de una línea insurreccional y partidarios de la permanencia dentro de la legalidad republicana. Para los segundos, el abstencionismo, las alianzas políticas o incluso la participación institucional eran cuestiones tácticas, no principios. Mientras tanto, el avance del proletariado había escindido a la burguesía en dos mitades enfrentadas: una, reformista, representada por los partidos republicanos, y otra, militarista y clerical, representada por el partido radical y las derechas. Cuando la alianza derechista subió al poder – gracias a unas elecciones en las que las mujeres votaban por primera vez – hubo de enfrentarse a dos tentativas de insurrección, que terminaron llenando las cárceles de obreros. Los anarquistas tuvieron que plantearse nuevamente las relaciones con sus enemigos de ayer, la burguesía republicana, para apartar del poder a otros mucho peores, la burguesía filofascista. Entonces renunciaron a su tradicional abstencionismo, y, aunque no llamaron a votar en febrero de 1936, tampoco llamaron a abstenerse. Entre los anarquistas se imponía una tendencia revolucionaria que consideraba la participación electoral como una táctica destinada a contrarrestar al "fascismo". Durruti lo expresó claramente con la siguiente consigna:

"Estamos ante la revolución o la guerra civil. El obrero que vote y se quede tranquilamente en su casa, será un contrarrevolucionario. El obrero que no vote y se quede también en su casa, será otro contrarrevolucionario."

La cuestión principal no era el temido triunfo de las derechas, sino el fracaso electoral que las empujaría al golpe de estado. Para Durruti, el triunfo electoral de los socialistas y republicanos permitía ganar tiempo, pero solamente un movimiento revolucionario podía detenerlas de verdad: "O fascismo, o Revolución Social", tal era su conclusión. Como tanto la sublevación militar como la revolución social triunfaron a medias y se desencadenó una guerra civil quedando el proletariado aislado internacionalmente, el "antifascismo" dejó de ser una táctica antiburguesa para devenir colaboracionismo de clases. El Estado, el

Gobierno, la Nación, las instituciones democráticas, las leyes, los partidos, la burguesía misma, fueron valorados de diferente manera a como habitualmente lo habían sido. El anarquismo salió profundamente alterado de la guerra civil y nunca se ha repuesto desde entonces.

El sistema parlamentario volvió a España en 1977 como prolongación de la dictadura franquista. La voluntad popular sólo podía formularse en torno a la democracia proletaria de las asambleas. Ãsnicamente el proletariado constituido políticamente como clase en coordinadoras o consejos obreros podía encarnar el interés de la inmensa mayoría. Pero quien realmente se constituyó como nación, como "pueblo", fue la burguesía franquista. Lejos de disolver las instituciones fascistas pactó la desactivación del movimiento obrero a cambio de un espacio político para la oposición. El exilio pudo regresar sin compensaciones, siquiera morales: la oposición había firmado también un pacto de silencio: el olvido del genocidio de la posguerra civil y de los años de persecuciones y sufrimientos. El franquismo amnistiado legalizó a los partidos y sindicatos y convocó elecciones, desembarazándose de cadáveres como Las Cortes, la CNS o el Movimiento Nacional, pero guardó íntegro su aparato, que se convirtió en el aparato de la nueva "democracia". La policía, la Justicia, la Monarquía, la guardia civil, el Ejército, las diputaciones, los gobiernos civiles y militares, las capitanías, la diplomacia, la administración, los servicios secretos…; todo, absolutamente todo, permaneció intocable. Ni las elecciones ni el proceso constituyente nacido de ellas afectaron a la burocracia estatal o a la burguesía. Un partido nacido del franquismo, la UCD, capitaneó el proceso de "transición" – o pactó la "reforma" –, en suma, el devenir democrático de la dictadura, auxiliado por la oposición: ese fue el "contrato social" de la democracia española. El advenimiento de la "democracia" – las elecciones municipales, las dos cámaras, el sindicalismo de concertación, los Pactos de la Moncloa, la constitución, los estatutos de autonomía – fue una siniestra comedia que tuvo como precio la liquidación de la democracia socialista esbozada por los trabajadores. Se representó cuando el sistema parlamentario en el mundo no subsistía más que como caricatura. El parlamentarismo español tuvo todas las miserias de los demás y ninguna de sus glorias. Todos los partidos eran partidos del orden burgués. Votar significó en su primer momento enfermar voluntariamente de amnesia y colaborar en la farsa, legitimarla, ensuciarse con la sangre de los muertos que hasta el final acompañaron al franquismo. El anarquismo necesitaba una revisión a fondo de su experiencia si quería jugar un papel en aquellas fechas cruciales. Al no hacerlo, no pudo renovar su crítica, ni concretar una táctica, y no influyó en los acontecimientos. Acabó sin enterarse de nada, convertido en una ideología autista y contemplativa, apoyada en un relato sin contradicciones de un pasado histórico mutilado. Los efectos fueron paralizadores.

La transformación de la clase obrera en masa desclasada acabó con la posibilidad de que ella misma pudiera alzarse como representante del interés general y encarnar la voluntad popular en las formas de la democracia directa que había conseguido poner en pie en las fábricas y en los barrios. El reino indiscutible del capital transformó en poco tiempo la

sociedad gracias a un desarrollo acelerado de la tecnología. Las características propias de las masas, como la atomización, la movilidad frenética, el consumismo y el confinamiento en la vida privada, se acentuaron en la sociedad tecnológica, eliminando los restos de sociabilidad y potenciando el control social totalitario. Al ganar preponderancia el mercado mundial sobre los Estados, los parlamentos perdieron el escaso poder que conservaban. Ni siquiera servían para formular el interés específico de la clase dominante; este se formaba directamente en las instituciones mundiales del mercado capitalista. La mayoría parlamentaria de tal o cual partido podía introducir cambios en el espectáculo político pero en absoluto esos cambios afectaban al poder real. Los aspectos técnicos del parlamentarismo – la campaña, el recuento de papeletas, los debates televisivos, las votaciones en las cámaras, las mociones, las comisiones, etc. – habían sido conservados, pero lo que progresaba era el monólogo de la dominación, la tecnovigilancia, la erosión del derecho, la criminalización de la disidencia y la población carcelaria. En ese momento se cerraba un ciclo: los partidos dejaban de representar opciones distintas del mismo orden para no representar más que intereses particulares y de particulares, lo que bastaría para explicar la extensión del fenómeno de la corrupción política. Por su parte, el sistema parlamentario dejaba de diferenciarse de la dictadura fascista. Fascismo todo lo suave que se quiera, fascismo tecnológico, pero fascismo. En la etapa globalizadora las libertades aparentes poco a poco se ahogan en un estado de excepción y el Estado tecno-democrático se dirije hacia el Estado penal. La política del año 2000 es la del "panóptico" de Bentham o la del “Big brother”, el Gran Hermano del que hablaba Orwell. En estas circunstancias la abstención es mero reflejo de la dignidad de los oprimidos. Las razones tácticas del tipo “para que no gane la derecha” no retrasan la marcha del totalitarismo, o como siempre se ha dicho, del “fascismo”, sino que contribuyen a ella. Tal como estamos ahora, cuando dicen “ciudadano” hay que entender “fascista”, pues quien cree en las instituciones, confía en el nuevo totalitarismo. La ciudadanía satisfecha es la base del fascismo moderno. No hay derecha ni izquierda porque no hay política. Los asuntos del poder se dirimen en otra parte, son extraparlamentarios. La lucha social también ha de serlo.

Aquellos núcleos de discusión que sobreviven o se organizan tienen sobre sus espaldas la misión de reconstruir retazos de vida pública y de democracia directa dentro de una sociedad masificada que no sean efímeros experimentos. Y a partir de ellos forjar opiniones, discutir, informar, instruir, en fin, enlazar con la memoria olvidada y las tradiciones perdidas de lucha. Es el bagaje con el que se habrán de enfrentar a la clase dominante y a su totalitarismo tecnófilo. Han de saber interpretar las cuestiones tecnológicas como problemas políticos y sociales de la mayor magnitud, pues luchan contra un régimen totalitario fascista con ropaje liberal y en los sistemas de esa clase las verdaderas cuestiones salen a escena como si fueran problemas técnicos. “La tecnología es el futuro”, dicen los siervos. El anarquismo, si sabe escapar a las trampas de la ideología, será el instrumento teórico más adecuado para forjar una crítica radical de la sociedad, porque es el único ideario que ha insistido en la democracia directa como fórmula emancipatoria. Mientras que las teorías comunistas han puesto en acento en la igualdad como condición necesaria de la

libertad humana, sin que la travesía por fases autoritarias las afectara, en cambio, el anarquismo ha proclamado que sin libertad no puede haber igualdad, y por consiguiente, el camino de la emancipación ha de estar fecundado por ella.

Miquel Amorós, 9 noviembre de 2006.

https://www.lahaine.org/est_espanol.php/anarquismo_parlamentarismo_y_democracia

Noviembre 2006

Génesis y auge de la autonomía obrera en España (1970-1976)

"AUTONOMIA: Independencia en las decisiones. La autonomía del movimiento obrero con respecto a los partidos políticos, al gobierno o a cualquier otra clase dirigente es indispensable para garantizar la fuerza de la lucha obrera, para evitar que pueda ser frenada mediante un control excesivamente rígido."

Diccionario del Militante Obrero, Nuestra Clase, septiembre de 1970.

1970 fue un año crucial para la lucha de clases en España. Tras una década de desarrollismo industrial, una nueva clase obrera se consolidaba y reemprendía la lucha con nuevos bríos. Los obreros eran ocho millones, el 65% de la población activa. Si bien se vivía una situación de pleno empleo y se disfrutaba de un cierto consumismo, los salarios eran bajos y el coste de la vida aumentaba religiosamente. La presión de la carestía, la congelación de los salarios decretada por el Gobierno y los hábitos de lucha adquiridos en la década precedente se sumaron para lanzar a los trabajadores al combate. Durante ese año las huelgas triplicaron en número las de 1969, desafiando al aparato represivo de la dictadura. Los obreros de las grandes empresas, situadas básicamente en Barcelona, Madrid, la margen izquierda del Nervión y la cuenca minera asturiana, cedían protagonismo al joven proletariado -al que se incorporaban mujeres- nacido en los cinturones de las dos capitales y en los polos industriales del franquismo; en el Goiherri (Guipúzcoa), Valladolid, Pamplona, Vitoria, Sevilla, Zaragoza, etc. Sorprendía la solidaridad activa que podía organizarse en torno a una huelga hasta el punto de alborotar la provincia entera, como por ejemplo, la de Orbegozo, fábrica siderúrgica de Zumárraga (Guipúzcoa), al despuntar el año. Existe algún consenso en señalar la heroica huelga de Laminación de Bandas en Frío de Echévarri, entre enero y mayo de 1967, como la primera huelga radical, o la huelga de Blansol, fábrica de un centenar de trabajadores de Palau de Plegamans (Barcelona), habida entre noviembre y diciembre de 1968, como la primera huelga conducida mediante asambleas. En efecto, el Gobierno tuvo que declarar el estado de excepción en Vizcaya para quebrar el muro de solidaridad que protegía a los huelguistas de Bandas, y en cuanto a los obreros de Blansol, aunque cercados

por la guardia civil, fueron reuniéndose a la hora del bocadillo o en un pinar cercano a la salida del trabajo para tomar decisiones, formar piquetes e incluso perseguir a esquiroles y organizar sabotajes. Pero la primera huelga específicamente asamblearia, es decir, completamente al margen del sindicato vertical, donde los trabajadores impusieron a la dirección un comité de doce miembros elegidos en asamblea, fue la de Authi, en el polígono Landaben (Pamplona), en marzo de 1970. Esa táctica traducía un mayor grado de determinación entre los obreros que empezó a tener consecuencias entre los reformistas. Las mismas Comisiones Obreras recurrían a las asambleas en los locales del vertical para discutir los convenios y decidir huelgas, aunque lo normal eran las concentraciones a las puertas en apoyo de los negociadores. Ese fue el caso de la huelga de la construcción de Granada. Gran parte de los excedentes de población agrícola que afluían a las ciudades se convertían en obreros de la construcción, única manera para muchos de colocarse en el mercado de trabajo. Las condiciones en los tajos eran tan deplorables que la conciencia de clase surgía espontáneamente, sin necesidad de ningún apostolado, empujando a la acción. El mes de julio, en Granada, al disolver una manifestación originada en el vertical la policía mató a tres obreros, las primeras bajas que tuvo del proletariado en su segundo asalto a la sociedad de clases. La represión dio un salto cualitativo (hasta entonces el régimen había considerado más peligrosos a los estudiantes; sus servicios secretos no husmeaban en ambientes obreros). El hecho conmocionó a todo el país y agudizó la polémica sobre el uso de las instituciones sindicales franquistas.

Globalmente, la clase obrera adquiría madurez suficiente para cuestionar la necesidad de una vanguardia dirigente y las tácticas legalistas típicas del periodo anterior. La experiencia común en la fábrica había elevado el nivel de conciencia y planteaba problemas como la autoorganización, los objetivos finales y las tácticas de lucha. El reformismo que había dominado en el movimiento obrero era fuertemente cuestionado. Muchos trabajadores rechazaban de plano tanto la tutela de partidos y organizaciones, como los métodos de lucha basados en el seguidismo de la negociación. No querían saber nada de la Organización Sindical franquista; además, la misma defensa contra la represión de la policía aconsejaba a los militantes el diluir los liderazgos en las asambleas y actuar mediante comités clandestinos.

Tampoco les convenía reducir la lucha a la negociación del convenio, tal como quería el sector estalinista de Comisiones. A finales de los 60 aparecieron en el País Vasco los Comités de Fábrica o de Empresa y, en el cinturón de Barcelona, algo más tarde, las Plataformas de Comisiones o las Comisiones Obreras Independientes, experiencias organizativas efímeras que impulsaron la participación y la gestión colectiva de los conflictos. La huelga de Harry Walker, fábrica de la barriada de Sant Andreu de Barcelona, ocurrida entre diciembre de 1970 y febrero de 1971, dicen que fue la primera gran huelga asamblearia de Cataluña. Sin embargo, hubo huelgas anteriores iniciadas por un grupo de obreros autónomos donde el papel de las asambleas coordinadas por un comité resultó decisivo; por ejemplo, en la Maquinista, enero-marzo de 1970, y en Macosa en diciembre de ese mismo año, ambas en

Barcelona. La influencia del Mayo 68 en Francia no se dejó sentir inmediatamente en los medios obreros, en parte porque su radicalismo irritaba a los partidos y grupos políticos, cuyo vanguardismo quedaba en entredicho, pero a partir de 1970 las ideas de autogestión, autoorganización, consejos obreros, ocupación, asamblea soberana, etc., se convirtieron en moneda corriente y originaron el nacimiento de grupos de circunstancias como los GOA, el MIL y el MCL (en Barcelona), "Barricada" (en Valencia), la llamada "Acracia" (en Madrid), las CRAS (en Asturias), los grupos en torno a la editorial ZYX y otros muchos. El anarcosindicalismo y el comunismo consejista dejaron de ser ideologías arrinconadas para convertirse en tema de estudio y arsenal de vivencias e ideales. El interés por la historia del movimiento obrero y la guerra civil conectaba a la nueva clase obrera con su pasado revolucionario.

El primero de diciembre de 1970 el Gobierno hizo público el juicio sumarísimo a 16 miembros de ETA, con peticiones de pena de muerte. El Consejo de Guerra de Burgos desencadenó una oleada de protestas que arreciaron tras saberse la sentencia y morir un manifestante en Éibar. Diversos comités se formaron para llevar la lucha adelante, celebrándose asambleas en las iglesias y los montes. El 14 de diciembre el Gobierno proclamó el estado de excepción en Guipúzcoa para controlar la situación; luego lo extendió a todo el país hasta junio. La lucha social y política forzaba al régimen a endurecerse, suprimiendo las pocas garantías ciudadanas que ofrecía y volviendo a la ley marcial, pero tuvo que ceder y retirar las condenas a muerte el 31 de diciembre. En contrapartida, la represión, amparada por la suspensión de garantías jurídicas, no hizo sino incrementarse, mientras la nueva ley sindical de febrero reducía aún más la representación obrera en el vertical. Sin embargo la clase trabajadora no se amilanaba. Las elecciones sindicales del 17 de mayo de 1971 fueron profusamente boicoteadas salvo por el PCE y la USO; la mitad de los trabajadores implicados se abstuvieron de votar. Las Comisiones Obreras habían dejado de ser un movimiento y ya no eran sino una agrupación de obreros estalinistas o simpatizantes con ellos, pero gozaban de cierto prestigio entre los obreros menos conscientes, y, debido a ello, ejercían una indudable aunque decreciente influencia. En las grandes fábricas de Barcelona o el País Vasco la abstención fue más alta, y mucho más si se tienen en cuenta los votos nulos (los obreros votaban por cientos a vedettes mediáticas como Raphael, el Cordobés o Cassius Clay). Sólo se reconocían en sus representantes directos elegidos en asambleas. Precisamente el no reconocimiento de éstos fue la causa de la huelga de Potasas de Navarra o la de Eaton Ibérica (cuyos obreros enviaron una delegación a la asamblea de Harry Walker), destinadas a repercutir en la zona de Pamplona. Un caso similar fue la huelga de las obreras de Bianchi en Rentería. Esa radicalización fue manifestándose en Vizcaya, Guipúzcoa, Asturias y sobre todo Barcelona (huelgas de la Maquinista, Miniwatt, Roca, Ramo del Agua), con huelgas "salvajes" que con frecuencia se acompañaban de manifestaciones violentas. Dado el margen nulo de la protesta, las huelgas se convertían en un problema de orden público desde el primer momento, y la menor reivindicación, en una cuestión política. Las víctimas de la policía despertaban una indignación enorme que dividía la sociedad en dos partes: a un lado, los obreros; al otro, el régimen y los empresarios. En septiembre fue

muerto un obrero en Madrid durante la huelga de la construcción. Al mes siguiente, durante la huelga de SEAT en Zona Franca (Barcelona) fue encarcelada la comisión negociadora compuesta mayoritariamente por enlaces y jurados, es decir, por representantes legales. Los trabajadores ocuparon la factoría y en el desalojo fue asesinado un obrero y heridos varios más. Con la muerte del albañil madrileño aún reciente y los muertos de Granada en la memoria, el hecho tuvo una repercusión enorme. Las huelgas en solidaridad y las protestas fueron numerosas. Cada obrero caído estrechaba más los rangos proletarios.

El año 1972 fue animado por los núcleos habitualmente más activos, los que habían boicoteado las elecciones a enlaces: el cinturón industrial de Barcelona, las grandes empresas de Vizcaya (General Eléctrica Española, Babcock & Wilcox, la Naval, Euskalduna, Endesa, etc.), las de Guipúzcoa, los empleados de Madrid… El panorama se amplió con la entrada en el frente social de los obreros de provincias sin tradición de lucha. El 26 de enero de 1972 se declaró en huelga la factoría Michelín de Vitoria. Durante un mes los trabajadores celebraron asambleas diarias, organizaron piquetes y convocaron manifestaciones; en varias, se enfrentaron a la fuerza pública, dejando un saldo de heridos. La huelga hizo historia entre los obreros alaveses y originó los llamados Grupos de Acción Obrera. Enlazó con la huelga general de los trabajadores de El Ferrol, también llevada mediante asambleas diarias y manifestaciones. El 10 de marzo fueron muertos dos obreros y heridos más de veinte (uno de ellos murió en los días siguientes). La solidaridad llegó de toda la península y el primero de Mayo fue muy concurrido. Los obreros constituían un sector social muy cohesionado y activo, con fuertes sentimientos de dignidad, es decir, formaban una clase. Su peso en la lucha social era apabullante. Todo cálculo político pasaba por ellos. Cada huelga significaba mucho más que un conflicto laboral; sin pretenderlo revestían un carácter de lucha por la libertad, la caída del régimen, la abolición de las desigualdades económicas, la expropiación de los capitalistas, la autogestión de la producción, etc. La voluntad de participación de los trabajadores en sus propias luchas no podía expresarse sino mediante asambleas y delegados elegidos en ellas; la fábrica se quedaba pequeña una vez iniciado el conflicto, por lo que tomaban la calle y la defendían de los esbirros represores. La represión no servía más que para despertar la solidaridad y extender la lucha. A menudo las sanciones, los despidos, las detenciones y las multas prolongaban las huelgas o las originaban. Grupos sociales hasta entonces dormidos, como los empleados bancarios, los celadores de hospital, los enfermeros, los carteros, los administrativos y maestros, se movilizaban y celebraban asambleas. El prestigio del proletariado era tal que con gusto usaban el calificativo de trabajadores de Banca, Sanidad, Administración o Enseñanza. El cuestionamiento del ejército correspondió a los primeros objetores de conciencia que, juntamente con los desertores, introdujeron gérmenes de subversión en uno de los pilares fundamentales del franquismo. Las huelgas generales respondían al bloqueo de un conflicto particular con una olvidada táctica libertaria, la acción directa, es decir, la extensión de la huelga a las demás industrias de la comarca o de la provincia. En la huelga general de Vigo del 11 de septiembre, que duró quince días, se plantearon cuestiones que rompían con los esquemas reformistas. En este caso el motivo inicial fueron los despedidos de la empresa

Citroën. Los obreros amplificaron el conflicto a través de piquetes que como novedad impulsaban asambleas en las fábricas donde entraban para informar.

La tónica de 1973 fue similar a la del año anterior. La conciencia de clase no hacía más que desarrollarse en un constante clima de lucha. Un detalle como la negativa a realizar horas extraordinarias y prolongar la jornada significaba mucho más que una reivindicación: los obreros preferían tener tiempo libre a tener dinero. El reformismo pasaba por sus peores días. Los izquierdistas disputaban al PCE la dirección de CCOO, desbancándoles en algunos lugares como el País Vasco y Navarra, y en el lado opuesto, los partidarios de la autoorganización obrera eran cada vez más numerosos. Comités obreros, grupos de trabajadores autónomos, células anarcosindicalistas, etc., iban surgiendo de las cenizas de organizaciones anteriores y de las huelgas, aportando su esfuerzo en pro de la radicalización de la lucha. Mientras tanto, el PCE, aprovechando la publicidad que otorgaba la represión de sus cuadros, trabajaba en la confección de líderes. La instrucción del Proceso 1001 le vino como anillo al dedo para transformar una docena de mediocres reformistas en mártires del proletariado, tan útiles para el "partido" en prisión como para después, cuando tocó frenar al movimiento obrero. A finales de marzo los obreros de las empresas constructoras de la Central Térmica del Besós habían iniciado una huelga reivindicativa. La empresa respondió sancionándolos a todos y cerrando la obra. Cuando el 3 de abril los obreros quisieron ocupar su lugar de trabajo se encontraron con la policía. El resultado fue un muerto y un herido grave. La respuesta fue inmediata: los paros parciales de protesta se extendieron por toda el área de Barcelona; el 6 de abril hubo huelga general en las localidades de Sardanyola y Ripollet y más tarde, en todo el Valles. El clima de agitación se extendió a Navarra que fue pródiga en huelgas. Una de ellas, la de Motor Ibérica, causada por ignorar la empresa una sentencia de magistratura favorable a sus trabajadores, originó la consabida serie de sucesos en cadena que acabó el mes de julio en una huelga general de Pamplona y otras ciudades navarras (Tafalla, Estella, Alsásua…). En la otra punta de la Península y al mismo tiempo, los obreros de Intelhorce ocupaban la catedral de Málaga.

El fenómeno del "otoño caliente" se dio por entonces, aunque el primero en llamarse así fue el del año siguiente. En efecto, después de las vacaciones estrenaron sus asambleas los obreros de FASA Renault de Valladolid y Sevilla, y continuaron las huelgas en Barcelona y su cinturón. En la comarca del Baix Llobregat los de Comisiones habían conseguido llevar las luchas por vericuetos legalistas gracias a la tolerancia y colaboración de burócratas del régimen, aunque no habían podido impedir el desarrollo de las asambleas, ni siquiera con la práctica frecuente de autonombrar comités compuestos por verticalistas y pretendidos "líderes". En las fábricas del Valles, aunque el peso desmovilizador de Comisiones era importante, las asambleas y los comités de huelga elegidos en ellas cada vez eran más frecuentes. Había tendencias minoritarias y "anticapitalistas" que las defendían. En el País Vasco, el otro foco de la agitación obrera, se respiraba como nunca antes una atmósfera de solidaridad y fervor combativo; las asambleas eran diarias en Pasajes, Beasain, Tolosa, Andoain, Irún, Sestao o Eibar, capitales momentáneas del proletariado.

Los burócratas del vertical habían tratado de mitigar la conflictividad regulando los derechos sindicales en la empresa mediante un decreto y elaborando una nueva ley de convenios que entró en vigor en diciembre. Según la ley, en caso de desacuerdo se recurría a una "decisión arbitral obligatoria"; sin embargo, la huelga seguía estando prohibida, por lo que no era de esperar que los obreros prestaran mucha atención al articulado. Sin embargo, a los patronos les pareció excesiva. En la ley veían concesiones intolerables que mermaban su poder en la empresa y acusaban a los responsables franquistas de compensar con derechos laborales la falta de libertades políticas. Bastantes empresarios habían tenido que saltarse las normas y negociar directamente con Comisiones para evitar una huelga. Eran partidarios de concertar con interlocutores profesionalizados los convenios por ramo, en lugar de hacerlo por empresa. Así, al relacionarse con sindicalistas disciplinados se ahorrarían tratar con comités asamblearios, que demasiadas veces les habían obligado a pactar subidas salariales superiores a las fijadas. El franquismo ya no podía garantizar la estabilidad laboral que en cambio les ofrecía el sindicalismo semivertical propugnado por CCOO. Por primera vez, una parte significativa de la burguesía estaba dispuesta a intercambiar concesiones políticas por orden laboral, cosa que acentuaría aún más la línea de colaboración de clases del PCE y de Comisiones.

El atentado contra Carrero sirvió a la mayoría inmovilista del régimen para aparcar el 1001 y condenar a muerte a Puig Antich, miembro del MIL que, ignorado por la oposición, fue ejecutado el 2 de marzo de 1974, pero no detuvo ni un ápice la progresión radical del proletariado. En 1974 se triplicó el número de huelgas, muchas de ellas de solidaridad. Sucedían muchas más huelgas en España que en el resto de Europa, donde eran legales. Los obreros mostraban una combatividad elevada y actuaban sin contemplaciones con los enlaces, los esquiroles, los mandos o los chivatos. Ser conservador en determinados ambientes tenía un precio alto. En febrero despertó en Valencia el movimiento obrero con la huelga de la Unión Naval de Levante. Desde hacía un par de años, en Valencia, las detenciones de militantes y los pactos extra sindicales entre patronos y obreros llevados a través de bufetes laboralistas habían retrasado la aparición de las asambleas. Particular atención merecieron las huelgas de Elsa y Solvay, en el Baix, en julio, por señalar un antes y un después en la lucha social de Barcelona. En la comarca del Bajo Llobregat (Hospitalet, Cornellá, Martorell, Sant Boi, Sant Just, Sant Feliu, Gavá, El Prat, Molins…) estaban las fábricas más grandes de Cataluña, pero también era la zona de mayor implantación de Comisiones. El Baix era sinónimo de reformismo, paraíso de burócratas usurpadores y maniobreros, cubil de estalinistas. Pero el margen de maniobra que tenían no era demasiado amplio y por eso la solidaridad con los despedidos de Elsa desembocó en una huelga general asamblearia. El PSUC, rama catalana del PCE, tenía que demostrar ante los empresarios su capacidad de control y la "vocación de legalidad" de Comisiones. Los estalinistas buscaban apoyos en la patronal para liberalizar el régimen; a cambio, desde las coordinadoras autodesignadas se boicoteaban las huelgas generales. Pero no solamente trataban de integrar a empresarios; de esa época son las afirmaciones de que los obreros respetaban la labor de las fuerzas del orden, o que la policía armada o la guardia civil "también eran

obreros". Con un discurso tan desconcertante, su trabajo desmovilizador no siempre era fácil. El entusiasmo combativo desbordaba el marco legal, ridiculizando la mediación vertical. Los representantes legales, enlaces y jurados, eran obligados a dimitir, o dimitían voluntariamente, haciendo que las asambleas fueran necesarias al menos para elegir nuevos delegados. En la SEAT, uno de sus feudos hasta la huelga fallida del 73, se organizaron elecciones en asambleas de taller, a iniciativa de los obreros del taller n° 5, los más combativos. En el Baix, tuvieron que aceptar a los delegados asambleístas, pero crearon, de acuerdo con las autoridades, al menos a nivel provincial, un organismo de mediación asentado en la CNS, la "intersindical". Verticalistas e izquierdistas de Comisiones colaboraron en ella, gente sospechosa pero incapaz de parar lo que se avecinaba: la huelga general del Baix.

En el País Vasco los estalinistas de Comisiones crearon una coordinadora fantasma, la CONE, que no consiguió adhesiones fuera de las grandes empresas. El PCE actuaba siempre así, montando jefaturas sin preocuparse por la base que pudieran tener. Por el contrario, los Comités Obreros de Álava promovieron en Vitoria una Coordinadora Obrera ampliamente representativa que quedó constituida en octubre. Era el primer organismo de ese tipo que defendía "todo el poder de negociación para la asamblea" y que solamente admitía delegados elegidos y revocables pero sin más atribuciones que "el mandato imperativo de la asamblea". Estaban representadas todas las tendencias del movimiento obrero menos las Comisiones estalinistas. En Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra, a pesar de la presencia cada vez mayor de grupos autónomos y "abertzales" (como los "Komiteak" desgajados del Frente Obrero de ETA, o los grupos que formarían después el sindicato LAB, o las Comisiones de Trabajadores Anticapitalistas), los partidos izquierdistas (MC, ORT, LCR, OIC) ejercían un relativo peso en el movimiento obrero. Fruto de la confluencia de todos fue la huelga general del 11 de diciembre de 1974, estrictamente social y política. Aunque solamente aspiraban a suplantar al PCE en la "vanguardia", los izquierdistas (maoístas y trotsquistas de todos los colores) favorecían las tendencias asamblearias del proletariado para desbordar la "dirección" comunista y ponerse en su lugar. La creación de la Coordinadora de Euskadi de Comisiones Obreras CECO en abril de 1975 obedeció a esa táctica de sustitución. Pronto se volvieron tan nefastos como quienes pretendían sustituir y regresaron al redil para combatir conjuntamente el asambleísmo.

La represión no dejó de aumentar; 1974 dejó un saldo de 5000 despidos y 25.000 suspensiones de empleo y sueldo. El Tribunal de Orden Público abrió unos dos mil procesos que afectaron a 5000 personas, pero en 1975 el mundo laboral ardía; la mitad de los convenios se firmaron sin acuerdo (en 1972 fueron sólo el 6'5%). El número de conflictos obreros reconocido por las autoridades franquistas fue de 3156, mil más que el año anterior, que afectaron a 650.000 trabajadores. Nada más comenzar el año un conflicto en Potasas de Navarra devino huelga general de una semana en toda Pamplona. Al mismo tiempo tuvo lugar la huelga general del Metal en Zaragoza, que relanzó el movimiento obrero de aquella ciudad en dos direcciones, una reformista (la de la Comisión Obrera Interramas, y otra

asamblearia, la de las Comisiones Obreras Autónomas). Entre diciembre y enero, debido al *lock-out* patronal, los obreros de SEAT de Barcelona celebrarán sus asambleas en la plaza de Cataluña, manifestándose todos los días. La dirección, aliada a Comisiones, jamás admitió la representatividad del comité asambleario elegido para la negociación del convenio. La colusión de Comisiones Obreras con la dirección fue tan evidente que en lo sucesivo parte de la contratación se efectuó a través de ellas; con todo los trabajadores exigieron y en muchos casos obtuvieron la dimisión de los enlaces sindicales. La huelga acabó con más de quinientos despedidos, pero CCOO jamás recuperó el control de la fábrica. A caballo entre enero y febrero los actores protagonizaron una pintoresca huelga en Madrid al elegir una comisión al margen de los cauces oficiales para negociar su convenio. La consiguiente celebración de asambleas acabó con detenciones y éstas provocaron la huelga. El 3 y el 4 de febrero hubo una huelga general en Asturias y una larga huelga en la vieja factoría de Duro-Felguera (Gijón), superada por la de Firestone (Basauri) en abril, que duró tres meses. En ella entró en acción la tendencia "anticapitalista". La agitación obrera en Barcelona era constante, pero a diferencia del País Vasco, los obreros asambleístas eran minoritarios. Una huelga asamblearia como la de Tabauto en Hospitalet, en el feudo estalinista del Baix, fue aislada y miserablemente vendida, como la de SEAT. Agotados los obreros al cabo de cinco meses de lucha en solitario, desde el vertical se acordó con el empresario la vuelta al trabajo en junio aceptando docenas de despidos y expedientes. Los estalinistas aconsejaban "no provocar" a la policía con consignas y ocupaciones y menos aún plantarle cara, cuando no invitaban a los obreros a no manifestarse e irse de excursión. No hicieron éstos mucho caso pues en abril el gobierno proclamó el estado de excepción en Vizcaya y Guipúzcoa y el 1° de Mayo al reprimir una manifestación la policía mató a un obrero en Vigo. Hubo una huelga general en Ondarribia el 11 de junio.

Poco a poco la revolución "de los claveles" en Portugal iba influyendo en el proletariado español. Los obreros portugueses aprovechaban el vacío de poder provocado por un golpe militar para avanzar posiciones; a diario se recibían noticias de huelgas, ocupaciones y movimientos de soldados. Lamentablemente la revolución se desinfló a finales de 1975 y dejó de ser un estímulo. Los españoles no lo tenían tan fácil como los portugueses, porque el vacío de poder en las fábricas era llenado por Comisiones y los izquierdistas, que sustituían en muchas ocasiones a la burocracia vertical. La burguesía industrial perdía confianza en los sindicatos del régimen y en la magistratura laboral; los obreros tenían tras de sí a abogados laboralistas independientes y los fallos de los jueces eran cada vez más favorables a la parte trabajadora, por lo que ésta, sintiéndose fuerte, rompía las negociaciones del convenio al menor regateo. La práctica de las cajas de resistencia empezaba a extenderse. Para colmo, el gobierno había promulgado el 22 de mayo un decreto de regulación de huelga con gran disgusto de la patronal y de los ministros aperturistas. Por primera vez el franquismo reconocía el derecho a la huelga, aunque con bastantes restricciones. Además, prohibía expresamente las huelgas de solidaridad y las que rebasasen el marco de una empresa. Y también por primera vez ponía límites al cierre patronal. Prohibía la contratación de esquiroles y la rescisión indiscriminada del contrato. La oposición, fundamentalmente el PCE

y el PSOE, se mostró indiferente al decreto; había montado sus organismos de negociación política de cara a conformar una oposición burguesa al régimen, la Junta y la Plataforma, y no paraba de ofrecerse a los patronos liberales y a los ex franquistas. A ello se debe que desde 1974 Comisiones se opusiera a cualquier acción que molestase seriamente al empresariado. Su objetivo era constituirse en el único interlocutor válido mostrando moderación a la hora de recurrir a la huelga e incrustándose en el sindicato vertical. Las elecciones sindicales de junio brindaron la ocasión de tomarlo por asalto legal y Comisiones lanzó a sus militantes, encuadrados en unas "Candidaturas Unitarias y Democráticas", al copo de los cargos. Si en las elecciones de 1971 se trataba de destruir la CNS desde dentro, tal como dijo el comunicado de una espectral Coordinadora General de Comisiones Obreras, ahora era cuestión de hacerse los amos. El asunto de las elecciones dividió a la clase obrera en dos bloques; uno conservador, poco combativo, dispuesto a obedecer a las seudo-coordinadoras y a los viejos bonzos que ejercían de "líderes", y otro radical, partidario de desarrollar el control de la base y de extender las luchas mediante asambleas y huelgas generales. En agosto y septiembre hubo movilizaciones porque cuatro Consejos de Guerra pidieron penas de muerte para presos de ETA y del FRAP. El Gobierno confirmó cinco sentencias y el 27 de septiembre de 1974 fueron ejecutados Txiki, Otaegui y tres maoístas. El 29 hubo huelga general en el País Vasco. Las protestas continuaron en octubre, mientras numerosas asambleas de fábrica discutían los nuevos convenios y nombraban delegados. El tercer otoño caliente vasco puso en pie varias coordinadoras ajenas a la línea vertical de Comisiones que prepararon la oleada de huelgas de diciembre.

Franco murió el 20 de noviembre y fue proclamada la Monarquía, cuyo primer gobierno estuvo presidido por el sucesor de Carrero, Arias Navarro. Cercano a la extrema derecha, se le mantenía en el puesto para contrarrestar la labor supuestamente reformadora del ejecutivo. Un indulto restringido permitió salir a los encartados del 1001 y completó el proyecto estalinista de creación de un contingente de "líderes" de Comisiones. La situación de revuelta en las fábricas había forzado un acercamiento entre el empresariado, los verticalistas, los franquistas reformadores y la oposición, pero no se concretaba en nada tangible. A la permanente crisis política se sumaba la crisis económica. No era el fin del "modelo económico de desarrollo franquista", puesto que ese modelo estuvo en vigencia durante la llamada "transición" y aún después. La crisis era consecuencia de los aumentos del precio del petróleo habidos en 1973. En España, con una economía dependiente de los combustibles, empezó a sufrirse en 1974. El Estado creyó que la crisis sería pasajera y subvencionó los precios del carburante, con lo que vació sus cajas. El déficit de la balanza de pagos aumentó, la expansión industrial tocó su fin y el capital extranjero dejó de fluir. Debido a la competencia de otros países que también habían desarrollado su industria, en algunos sectores productivos (siderurgia, construcción naval, textil) había superproducción. Las huelgas impedían una política de ajuste, puesto que a menudo se obtenían acuerdos que superaban los máximos fijados por el gobierno, y los capitalistas reaccionaban ante las pérdidas con subidas de precios -la inflación ese año fue del 20%-, con el paro, que empezaba a notarse, y con la evasión de capitales. Algunas empresas se declararon en crisis.

El Gobierno Arias quiso entonces fijar topes a los obreros por la brava, promulgando en diciembre un decreto de congelación salarial que desencadenó el mayor movimiento huelguístico de la historia.

A finales de 1975 había tenido lugar una extensión cualitativa de la conciencia de clase cuyos efectos se notaron enseguida. A lo largo de 1976 se produjeron más de 40.000 huelgas que afectaron a cerca de tres millones de trabajadores. Hubo provincias como Barcelona donde la mitad del censo laboral estuvo en uno u otro momento en huelga. Lo definitivo fue que las formas de lucha puestas en práctica se apoyaban en un sistema asambleario generalizado, hasta el punto que los numerosos enemigos de las asambleas tuvieron que recurrir a ellas para liquidarlas. Todo empezó en Madrid, cuando los empresarios se ampararon en el decreto de congelación para evitar negociar los convenios, lo que de inmediato se tradujo en huelga. Primero pararon las fábricas de la carretera de Toledo, sobre todo las que preparaban el convenio del metal. El centro del movimiento estuvo en Intelsa, en Getafe, cuyas victoriosas asambleas de sección, general, y de delegados supieron ampliar su radio de influencia mediante un uso inteligente de los piquetes. Los huelguistas tenían enfrente no sólo a los dueños de las empresas, sino al aparato vertical auxiliado por Comisiones para quienes todo el poder de decisión debía pertenecer a los enlaces y jurados verticalistas y a los comités de huelga autoelegidos en la CNS. En enero de 1976 las huelgas se generalizaron en todo el cinturón industrial de Madrid, a lo largo de los pueblos atravesados por las carreteras nacionales: Getafe, Villaverde, Leganés, Pinto, Fuenlabrada, Móstoles, Coslada, Parla, Torrejón, San Fernando, Alcalá de Henares, Vallecas, Alcobendas, San Sebastián de los Reyes, etc. En total participaron 800.000 trabajadores y el incremento de salarios conseguido se acercó al 40%, considerablemente mermado por una devaluación de la peseta. En unas fábricas la abstención en las pasadas elecciones sindicales favorecía la aparición de comisiones gestoras y comités de huelga elegidos directamente por las asambleas; en otras, la propia dinámica de la lucha desbordaba las estructuras verticales e imponía la democracia directa. La inmensa mayoría de delegados no pertenecían a ningún partido ni sindical. El movimiento penetró en Madrid capital con la huelga del Metro, a la que siguieron las de la construcción, banca, Telefónica, Correos, seguros, enseñanza, Renfe, etc., hasta llegar a la huelga general sin haberla convocado. Metro y Correos fueron militarizados. Los planes del PCE no buscaban desgastar al sistema sino forzar una negociación política con el régimen, por lo que trataban de que prevaledera el criterio de la negociación sobre el de la movilización. El control del proletariado era su gran baza, y a decir verdad, la única. Secundados por los partidos izquierdistas y por sus aliados de “dentro” en la burocracia verticalista, los estalinistas intentaban convertir la organización sindical del régimen en el aparato de encuadramiento de toda la clase obrera, pero el desarrollo de la democracia obrera asamblearia dinamitaba el marco vertical y arruinaba sus planes. Así no tuvieron escrúpulos en disolver el Comité Intersindical de Huelga, formado tras el paro del Metro, cuando éste decidió ampliarse con delegados nombrados en asambleas. Tampoco los tuvieron en liquidar la huelga de la construcción cuando todavía quedaban despedidos y detenidos. En general, intentaban que el movimiento de huelgas no condujera a la

formación de órganos de poder específicamente obreros, que no se transformara en movimiento socializador revolucionario, y lo presentaba como un "movimiento por las libertades". El movimiento obrero tenía que despojarse de su contenido de clase y adoptar un lenguaje burgués como el del PCE, Comisiones y el PSOE. Los socialistas, recientemente organizados y abundantemente financiados por la socialdemocracia alemana, habían propuesto sustituir la representación directa de los trabajadores por comités sindicales compuestos por UGT, USO y CCOO.

Ajeno a lo que se fraguaba en Madrid, el 11 de noviembre de 1975 ocurría un conflicto en la fábrica Laforsa del Baix Llobregat. Un obrero fue despedido por levantar la voz a un jefe y sus compañeros pararon en solidaridad con él, lo que a su vez fue el motivo de nuevos despidos. Los obreros fueron de fábrica en fábrica explicando el caso hasta que decidieron encerrarse en una iglesia. Varias empresas celebraron asambleas para tratar la cuestión y el 13 de enero se concentró en las inmediaciones de la parroquia una multitud de obreros. La policía intervino con violencia y atropelló a un trabajador, dejándolo malherido. En respuesta varias empresas se declararon en huelga, hubo más despidos y como resultado final la clase obrera del Baix proclamó la huelga general, la tercera en su historia. Los militantes de Comisiones se veían ante un grave problema. No deseaban la huelga pero no podían rehuirla. Se emplearon a fondo en las asambleas comarcales para que las manifestaciones fueran las mínimas y sin piquetes de autodefensa. Dos direcciones actuaban paralelas: las asambleas y la Intersindical. Ésta última nombró una Comisión Obrera Negociadora con el objetivo de entrevistarse con el gobernador civil, un "demócrata" de última hora, y con una comisión de la patronal del Baix. Las marchas de los trabajadores resultaron fallidas. Ni siquiera confluyeron y, sin defensa, fueron fácilmente dispersadas. Los estalinistas ya habían conseguido lo que querían, las entrevistas. La huelga sobraba y por eso la desconvocaron unilateralmente el 28, dejando en el aire despidos y reivindicaciones. Los obreros quedaron perplejos y vapuleados, pagando el precio de confiar en tan abyectos "líderes" y en tan poco recomendables compañeros de viaje, pero el movimiento huelguístico no se detuvo, sino que pasó al otro lado de Barcelona. La represión brutal de una manifestación de maestros, padres y niños en Sabadell originó una huelga general en el Valles, continuada por la de Bultaco, químicas, enseñanza y construcción, que alcanzaron a poblaciones como Vic, Tarrasa y Badalona. El recurso a los delegados de obra, de sección o de zona ilustraba la quiebra de las "candidaturas unitarias y democráticas", aunque la candidez de los obreros respecto a los estalinistas favorecía sus maniobras. Ninguna corriente autónoma radical llegó a cuajar para así aportar un poco de claridad estratégica a la clase obrera, y eso a pesar de la existencia de numerosos grupos autónomos y del clima favorable a la autoorganización. La confusión no pudo despejarse en beneficio de la autonomía obrera.

Entre enero y febrero de 1976 se produjeron huelgas asamblearias por toda la península, mayoritariamente en la construcción: en Tarragona, Valencia, Córdoba, Sevilla, Cádiz, Vigo, Cartagena, Badajoz, Asturias, Navarra… El conflicto de Astano (El Ferrol) durará todo el año. El 24 de febrero durante las movilizaciones por el convenio del calzado la policía mató a un

joven obrero en Elda (Alicante). En Valladolid la huelga arrancó en la construcción el 22 de enero. Los obreros reunidos en asamblea general, nombraron una Comisión Representativa y pidieron la dimisión de los enlaces. Varias fábricas aprovecharon la ocasión para plantear sus propias reivindicaciones y elegir sus Comisiones Representativas. El 3 de febrero se reunió una asamblea de delegados formada por las Comisiones Representativas y por miembros de la asamblea de parados. La patronal utilizó una artimaña para vencer: aceptó sin discutir las subidas salariales pedidas para forzar una vuelta al trabajo y dejar aislados a los obreros combativos, la mayoría despedidos. Así el éxito económico de la huelga significó el debilitamiento del movimiento obrero en un momento crucial.

En Vizcaya el movimiento de huelgas comenzó en diciembre de 1975, en dos contratas que trabajaban para la central nuclear de Lemóniz. El paro se extendió a otras contratas y de éstas a las grandes fábricas de la ría del Nervión, encabezadas por Altos Hornos de Vizcaya. Dos formas de lucha se pusieron de manifiesto; por un lado, la de las contratas, a través de comités de huelga elegidos en asamblea, que se unificaron en uno solo. Por el otro, en las grandes fábricas, donde la influencia de las dos corrientes de Comisiones o UGT era importante, mediante el recurso a los enlaces y al vertical. En ellas no existieron comités de huelga, ni asambleas, ni plataforma reivindicativa común, es más, toda tentativa de un organismo coordinador, de un “comité central de huelga”, fue abortada. En Álava fue diferente. La empresa Forjas Alavesas se declaró en huelga el 9 de enero del 76 y fue seguida por otras diez empresas del metal. Como en Valladolid, los obreros celebraron asambleas para elegir sus Comisiones Representativas y pidieron la dimisión de los enlaces y jurados. Después unificaron las peticiones, similares a las de los demás huelguistas del país: superación de los topes salariales, negociación con los verdaderos representantes asamblearios y rechazo de los despidos y detenciones. El último punto era el más importante, por cuanto que una victoria del momento podía acarrear una segura derrota en el futuro si no se tenían en cuenta los represaliados, es decir, si se quebraba la solidaridad, punto fuerte y a la vez débil del proletariado. La Coordinadora Obrera de Vitoria se convirtió en Coordinadora de Comisiones Representativas, un auténtico consejo obrero. La lucha transcurrió entre constantes asambleas hasta que, ante la negativa de los patronos a reconocer las comisiones representativas, los obreros salieron a la calle. Unas empresas terminaron reconociendo a los delegados obreros mientras que otras les denunciaban a la policía. A mediados de febrero hubo una huelga general que logró la libertad de los detenidos. Otra convocatoria a favor de los despedidos tuvo menos éxito y entonces las asambleas decidieron una tercera huelga general para el 3 de marzo. El día amaneció con toda la ciudad parada. Cuando los obreros se encaminaban a la Iglesia de San Francisco, del barrio de Zarramaga, la policía intervino con extrema dureza, aporreando a la multitud y lanzando gases. Al final recibió la orden de tirar a matar con el resultado de cuatro muertos y más de cien heridos de bala, uno de los cuales moriría en los días siguientes. Mientras el estupor se apoderaba de toda la clase obrera la policía retomaba el control de Vitoria. El día 8 se declaró la huelga general en el País Vasco y Navarra. En otra zona donde se habían desarrollado comisiones representativas, Basauri, la policía mató a un obrero. El Gobierno,

con el ministro Fraga a la cabeza, dispuesto a acabar con el "soviet" de Vitoria y con la "anarquía" en las fábricas, prohibió expresamente todo tipo de reunión y procedió a detener a los obreros más destacados en las asambleas. Los servicios de inteligencia del Estado y del Ejército estaban convencidos de que faltaban horas para una insurrección proletaria. Con todo Euskadi paralizado y en extrema tensión, era el momento de llamar a la huelga general en toda España, pero los obreros vitorianos, cansados y desorientados por la represión, prefirieron volver al trabajo a partir del 14 de marzo, dejando a sus mejores compañeros en la cárcel, acusados de sedición, y por lo tanto, en manos de la justicia militar.

Los estalinistas captaron la situación prerrevolucionaria mejor que los propios obreros y se entregaron en cuerpo y alma a desactivarla. El primer paso fue la unificación de los organismos políticos unitarios del PCE, PSOE y la Democracia Cristiana, la Junta y la Plataforma, en una Coordinación Democrática, a la que se añadieron los partidos izquierdistas. Paralelamente, renunciaron a transformar las estructuras corporativas fascistas y en abril crearon la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS), tal como había propuesto la UGT en febrero, destinada a combatir sin cuartel la democracia asamblearia. Por su parte, el Gobierno había quedado convencido de que la ausencia de protagonismo de las centrales ilegales y de los partidos de la oposición era todavía peor, pero las presiones del Ejército, que empezaron tras los hechos de Vitoria, impidieron tan necesaria convergencia. La oposición respondió el 29 de marzo con un manifiesto que rechazaba la reforma política gubernamental. Sin embargo, la inteligencia entre el gobierno Arias y la oposición no se podía negar; el 8 de abril fue promulgada la Ley de Relaciones Laborales que otorgaba la semana de 44 horas, el descanso del sábado por la tarde y 25 días de vacaciones al año, algo que las luchas ya habían conseguido en muchos convenios. La ley ignoraba "el derecho a la asamblea" reclamado por miles de huelguistas. Las concesiones eran las mínimas que podían realizarse dadas las circunstancias pero el punto referente a la prohibición del despido, responsable de tantas huelgas de solidaridad, levantó las iras de los empresarios, que se veían privados del arma más eficaz contra las huelgas, que a pesar de Vitoria, continuaban. Para reconquistar la calle el Gobierno tuvo que declarar de nuevo el estado de excepción, lo que no pareció importar demasiado a la oposición. A primeros de mayo Fraga, ministro de la Gobernación, se reunió con Felipe González, secretario del PSOE, y el Gobierno aprobó la propuesta Martín Villa de reforma sindical según los principios de la OIT, lo que abría una ventana al sindicalismo "libre". La tolerancia del régimen con la COS era descarada, pues mientras los obreros asamblearios eran tildados de provocadores por sus militantes y perseguidos por la policía, ese mismo mes la "clandestina" UGT celebraba un congreso de reconstrucción a plena luz del día, autorizado por Fraga, el mismo que había ordenado disparar contra los trabajadores de Vitoria. En los meses venideros los manifestantes detenidos que no poseyeran carnet sindical serían retenidos de preferencia. A su vez, unas ramas de Comisiones Obreras controladas por partidos izquierdistas iban entrando en la disciplina estalinista (en junio se unificaron CONE y CECO; poco antes se habían sometido a la Comisión Obrera Nacional de Cataluña los "Sectores" de BR), mientras otras salían: el 11 de julio, durante la asamblea general de Comisiones Obreras en Barcelona,

al afirmarse como definitiva la voluntad de formar un sindicato aparte en lugar de fusionar las cúpulas de CCOO, UGT y USO, se separó la tendencia que formaría en los meses sucesivos los Sindicatos Unitarios.

La situación política no contentaba a nadie. El movimiento de diciembre-marzo, rechazando que los platos rotos de la economía recayeran sobre los trabajadores y levantando la democracia directa de las asambleas, había desbordado a la dictadura y a la oposición conjuntamente, reuniéndolas en el mismo lado de la barricada. Ni el franquismo residual podía permitirse el lujo de una oposición, ni la oposición, permitirse el lujo de luchar contra la reforma franquista. Carrillo, secretario del PCE, habló ya de una "ruptura pactada". La oposición, y en especial el PCE, había comprendido que el poder no lo iba a obtener del reconocimiento de las masas obreras, sino del reconocimiento como interlocutor del aparato franquista. El ambiente internacional era favorable, los Estados Unidos se mantenían neutrales. En ese momento la oposición se convirtió en partido del orden. Era necesaria para rellenar los vacíos de poder producidos en las fábricas y la calle. Sin embargo, el viejo régimen se encontraba en un estado de descomposición política tal que era incapaz de dar un paso más en la dirección que fuere. El 1° de junio Arias Navarro dimitió y los reformadores fallidos fueron apartados. Le sustituyó el último jefe del Movimiento, Adolfo Suárez, sin especial pedigrí reformista. Quienes le escogieron -se dijo en su momento que contaba con el apoyo de los financieros- le encargaron la misión de crear "un nuevo marco democrático" para parar las huelgas y escapar a la bancarrota económica. Suárez formó gobierno con otro reformista en la reserva, Osorio, y con sus amigos los católicos de la ACNP. Sin prejuicios aparentes, empezó por donde no se habían atrevido los reformadores precedentes: por el diálogo con la oposición. Mantuvo una serie de contactos con los socialistas, con los nacionalistas catalanes y, a través de intermediarios, con los comunistas. El 30 de julio fue concedida una amnistía que no liberó a todos los presos ni garantizó la vuelta de los exilados, pero que permitió a la oposición, incluidos los dirigentes, mostrarse en público. Los presos comunes, excluidos de todo, se amotinaron. En agosto su ministro de Relaciones Sindicales habló con dirigentes de la UGT, de la USO y de CCOO. A todos les prometió la libertad sindical, la amnistía laboral y el traspaso del patrimonio de la CNS. La descomposición del vertical se aceleraba y sus burócratas útiles se repartían entre la UGT, la USO y Comisiones. Las conversaciones continuaron en septiembre y consiguió que la oposición se comprometiese a frenar en lo posible las huelgas y protestas. La legalización de los partidos fue cosa hecha, aunque las reticencias militares aconsejaron retrasar la del PCE, cosa que los estalinistas aceptaron. La animosidad del ejército fue el gran argumento disuasorio de los franquistas reformadores.

En los cuarteles se respiraba cierto malestar entre la tropa, pero la agitación fue insuficiente, aunque las jerarquías vieron conspiraciones en todas partes y extremaron la vigilancia. Suárez contó con la inapreciable ayuda de Carrillo, que, mediante la mediación del abogado José Mario Armero, le brindó sinceramente el apoyo de su partido en la contención de los salarios y en la desmovilización. No era una ayuda baladí, pues para el otoño se temía una

repetición del movimiento de huelgas de principios de año. La práctica habitual consistía en permitir el funcionamiento de asambleas mientras que se copaba la comisión negociadora, así, todo el sistema democrático obrero de toma de decisiones se podía suprimir de golpe desde una comisión que no rendía cuentas ante nadie. Eso pasó en la huelga de la construcción de León habida en septiembre, que se extendió a La Coruña y Burgos. En otros conflictos más experimentados los sindicalistas eran expulsados de las fábricas por saboteadores y entonces la policía se empleaba a fondo. El endurecimiento de la represión contra los obreros fue una característica destacada del arranque del gobierno Suárez, represión selectiva, dirigida claramente contra las asambleas y cuidando dejar al margen a los sindicalistas. El 9 de septiembre paró la cuenca minera asturiana. El 12 entró la huelga en los pequeños talleres del metal de Sabadell. Esta vez los obreros, que en su inmensa mayoría no pertenecían a ningún sindicato, se enfrentaron al cierre patronal y a los despidos, a la prohibición de las asambleas y a la oposición franca de CCOO a los piquetes y a la huelga general. Además, la COS mantuvo alejadas del conflicto a las grandes empresas del metal (SEAT, Pegaso, Hispano-Olivetti…). Torpedeados por los "líderes" de Comisiones que dominaban en la comisión deliberadora, los obreros del pequeño metal celebraron diariamente una asamblea multitudinaria en la iglesia de Can Oriac, hasta que la violencia inaudita de la policía bajó los ánimos de los huelguistas. Tras intentar dos jornadas de acción, la huelga se consumió el 12 de octubre y fue una derrota para los asamblearios que tendría consecuencias. En la calle quedaron 450 despedidos. El 21 de septiembre la policía mató en Santa Cruz de Tenerife a un estudiante a la puerta de su casa, lo que desencadenó una huelga general y una violenta manifestación el día del entierro. El 22 de septiembre se inicia la tercera huelga de Correos en Madrid, que una semana después alcanzaba 34 provincias y se extendía a Telégrafos. A raíz de la muerte de un estudiante el 1 de octubre también en Madrid se produjo una jornada de lucha con más de doscientos mil huelguistas. El 8 de octubre la policía abatía a un joven en Fuenterrabía y en respuesta se declaraba huelga general en Vizcaya, que el 13 abarcó toda Euskadi. Siendo las asambleas la base de la lucha, las autoridades las prohibían mientras que la COS combatía sus decisiones. El organismo unitario que dirigía la lucha, la Coordinadora de Fábricas de Vizcaya, distaba mucho de ser el portavoz de las asambleas; más bien era un terreno de lucha entre los partidos izquierdistas, el PCE y la COS. Los primeros trataban de recuperarla para recomponer una sindical propia, toda vez que la unificación de CCOO había fracasado, mientras que los segundos trataban simplemente de disolverla. En medio de todos, algunos delegados asamblearios que se veían impotentes para imponer en las alturas la dinámica de la base y convertir la Coordinadora de Fábricas en una verdadera Coordinadora de representantes, o sea, en un Consejo Obrero. Con todo, llegaron a coordinarse unas cien fábricas. Fue el punto álgido del consejismo; todo lo que vino después, fue peor.

El PCE consideraba que los obreros provocaban al Gobierno con sus huelgas y obstaculizaban el diálogo con él, pero no podía permanecer totalmente ajeno a ellas si no quería perder toda su influencia, que era lo único que podía negociar. No pudo evitar que la Coordinadora convocase una huelga general en Euskadi el 27 de septiembre por una amnistía completa y

en recuerdo de las ejecuciones de Txiki y los otros cuatro. En revancha el Gobierno suspendió el artículo referente a los despidos de la pasada ley de abril y dio satisfacción a los empresarios. Entre octubre y noviembre tuvo lugar la huelga de la construcción de Vizcaya, conducida por un verdadero sistema de asambleas. Como la COS no la pudo liquidar, el Gobierno prohibió cualquier tipo de reunión de forma que consiguió aislar a la Comisión Gestora, incapaz de rendir cuentas ante una asamblea general imposible de celebrar. Esta división del trabajo represivo entre la COS y el gobierno Suárez funcionó bien y pudo impedir la aparición de conflictos con efecto en cascada. Por ejemplo, la huelga de la EMT de Madrid fue a la vez reventada por las centrales y militarizada por el Gobierno. La entente funcionaba; el 7 de octubre la Coordinación Democrática o "Platajunta", que en agosto dejó clara su voluntad de tratar con el Gobierno una "ruptura negociada", segregó a los partidos izquierdistas y formó una Comisión de Negociación para pactar la reforma gubernamental. La oposición creyó necesario dar un golpe de timón por la paz laboral, cosa que seguía siendo su "especialidad". Había síntomas alarmantes de que las energías de los obreros podían confluir hacia un movimiento huelguístico asambleario. Así es que, con el fin de impedirlo consumiendo los esfuerzos en un solo día, la COS convocó una jornada de lucha el 12 de noviembre "contra las medidas económicas del Gobierno". La convocatoria fue irregularmente seguida (dos millones y medio de trabajadores participaron en ella), con lo que Suárez pudo felicitarse de que la fuerza de la oposición fuese relativa, y la oposición, alegrarse de tener disciplinada más masa trabajadora de la prevista. Ni que decir tiene que las medidas económicas del Gobierno, mero pretexto, siguieron su curso. Los obreros radicales no tomaron la iniciativa, ni para ir en contra, ni para ir más allá. A esas alturas no habían desarrollado ninguna coordinación estable y estaban lejos de la elaboración de una alternativa revolucionaria que recogiese la experiencia asamblearia y la transformase en fuerza práctica. Convenientemente aleccionadas, el 18 de noviembre las Cortes de Franco aprobaron la "ley para la Reforma Política" presentada por el Gobierno. Mientras, difunta la Coordinación Democrática, se cocinaba la inserción de la oposición. El referéndum sobre la ley fue un gran triunfo para Suárez; tres meses después las centrales sindicales fueron legalizadas y se anunciaron elecciones generales. Con el movimiento obrero en retroceso, la COS, el frente sindical contra las asambleas, había cumplido su misión y no tardó en disolverse.

La jornada del 12 rompió el espinazo del movimiento asambleario, facilitando la reforma pactada entre oposición y gobierno. La oposición renunciaba a las huelgas como arma política, pero utilizaba las que no podía detener como arma contra la autonomía obrera. La acción disolvente de la represión, los despidos y las maniobras político-sindicales lograron desorientar a los trabajadores. Éstos, no acabando de ver claro, se aferraban a lo seguro, a las reivindicaciones materiales y al empleo, y rehuían la disyuntiva de acabar con el capitalismo o contribuir a modernizarlo. Los intereses inmediatos, materiales, se separaban de los intereses de clase, lo que favoreció el desarrollo del sindicalismo, forzó el descuido de la autodefensa e ignoró a los cuarteles. En esos momentos la descomposición del Ejército por indisciplina de la tropa era fundamental, pero era una tarea que hubiera requerido el

dominio obrero de la calle. Volvieron los obreros al trabajo, que no era lo malo, y se encerraron en sus casas, en su vida privada, que sí lo era; el desánimo cundió entre los comités obreros y grupos autónomos, que trataron de impulsar partidos en pro de la autonomía, se deshicieron o entraron en sindicatos (muchos participaron en la reconstrucción de la CNT); las asambleas disminuyeron en cantidad y las coordinadoras languidecieron. Todavía la autonomía obrera tuvo algún gran momento con la huelga de Roca, la creación del Consejo de Fábrica en SEAT, el Movimiento Asambleario del calzado en Elche o la toma de Cádiz por las movilizaciones de la Coordinadora de Trabajadores, pero ninguna corriente de envergadura que bregara por ella llegó a formarse. Cierto que el movimiento no se paró de pronto, pero perdió capacidad de autoorganización y entró en declive. Los colectivos obreros que habían preservado el mecanismo asambleario quedaron aislados, a la defensiva. Las asambleas de soldados nunca llegaron a plantearse y las opciones revolucionarias, supeditadas al desarrollo independiente del proletariado y a la desagregación del aparato militar, fueron perdiendo posibilidades de realización, siquiera parcial, hasta esfumarse en los cuatro o cinco años siguientes.

Miquel Amorós.
Presentation at a "Conference on Anti-capitalist Memory",
at the Ateneo of El Cabanyal, Valencia, November 25, 2006.
Published by Klinamen in *La Memoria anticapitalista*, 2008;
by Brulot in *Desde abajo y desde afuera*, 2008;
and by Éditions Le Soufflet in *Le Pari de l'autonomie*, 2018.

2007

Enero 2007

Alcorcón como pretexto

Los relativos incidentes de Alcorcón revelan una realidad que los medios (que habrían de ser llamados más propiamente de incomunicación) han tratado siempre de disimular: que mientras las elites consumidoras recuperan el centro de las antiguas ciudades, la desigualdad social se ha desplazado a la periferia, con sus indeseables acompañantes, el paro, el subempleo, el hacinamiento vertical, la fealdad y el común denominador de la trivialidad y el aburrimiento.

Se trata de las antiguas ciudades del cinturón obrero de Madrid, aquellas que en 1976 hicieron tambalear a la dictadura franquista, ahora convertidas en barriadas dormitorio de la conurbación madrileña; especie de no lugares sin memoria, sin vida social, culturalmente

anómicos, sin identidad. El capitalismo ha querido que estas orgullosas ciudadelas proletarias aparecidas entre los años sesenta y setenta para almacenar de la peor manera a los españoles que abandonaban el campo en busca de trabajo, se hayan transformado a partir de los ochenta en el vertedero de las fracciones obreras más desfavorecidas por culpa de a la desindustrialización y de los pactos sociales y de "flexibilización" firmados por los sindicatos, que redujeron el empleo y destruyeron su vida social. En efecto, la derrota de los trabajadores permitió la "transición". Su fracaso político trajo nuevas cadenas a la explotación. Su dispersión y atomización fue conseguida mediante el confinamiento de los individuos en la vida privada, el deterioro de los lazos sociales que unían a sus habitantes y la erradicación calculada de la solidaridad de clase. La televisión, el coche y los centros comerciales hicieron el resto. Las ciudades suburbiales se volvieron tristes y se estancaron, pero con la especulación urbanística posterior reinando sobre el territorio, recuperaron población a base de los obreros pobres que la ciudad expulsaba o que no permitía instalarse. El nuevo dinamismo constructor y las autopistas de circunvalación las acabaron de convertir en grises aglomeraciones dormitorio, donde los individuos sepultan sus deseos por la tarde y cambian sus sueños por pesadillas. La economía terciaria es para muchos una economía de subsistencia; no sólo crea empleos basura, sino que los crea lejos del lugar donde viven. No regresan a sus habitáculos hasta el final de la jornada, cansados y deprimidos. El resultado es la degradación del medio vecinal, de la vida familiar, de las relaciones personales… el imperio del hastío, del miedo y del consumo. Aquellos menos favorecidos o más irascibles descargan su rabia contra los que tienen más a mano, los próximos, en lugar de hacerlo contra sus verdaderos enemigos. Eso es particularmente cierto entre los jóvenes, los más discriminados socialmente y menos dispuestos a ser pisoteados como día a día lo son sus progenitores. Y eso ha sido el meollo de los incidentes.

Ser pobre en la sociedad del despilfarro es un crimen. Con mayor razón si se es joven pobre o inmigrante pobre. Las barriadas para dormir son zonas de composición heterogénea, multiétnicas, con gente de diversas culturas y distintas nacionalidades, ignorados hasta hace poco por el Estado y por los medios. La convivencia en ellas no es peor que en otros lugares y la tasa de criminalidad es semejante a la media nacional. Sin embargo, los medios, a base de sensacionalismo, llegan a crear ex nihilo un sentimiento de inseguridad que no se corresponde con la realidad. Intentan desviar la atención del verdadero problema, a saber, la explotación económica y su retahila de consecuencias sociales, fabricando una imagen negativa del suburbio. Se utiliza a los inmigrantes y a los jóvenes en general como chivo expiatorio, endosándoles la imagen de delincuentes, violentos o drogadictos, atizando la xenofobia y el racismo en las clases medias y entre las masas despolitizadas. En la sociedad del espectáculo los oprimidos no tienen derecho a su propia imagen, y los medios les fabrican una que encaja con los valores segregadores de la dominación. Por eso las encuestas públicas sitúan a la inmigración como la primera preocupación de "los españoles", por encima de problemas verdaderos como el precio de las viviendas o la precariedad, signo revelador de la manipulación mediática.

¿Qué opina el pueblo de Alcorcón? Hemos escuchado al alcalde y a la presidenta de la Comunidad de Madrid, pero ellos son el poder. También hemos leído en la prensa un manifiesto firmado por una multitud de entidades "desde los valores cívicos y democráticos", los valores políticos de la dominación, valores que despojados del sentimentalismo ideológico de la clase media y traducidos al lenguaje real significan miseria moral, frustración, condicionamiento, dolor, marginación, explotación. Se trata de los sindicatos, institutos, escuelas, asociaciones de vecinos, padres de alumnos y organizaciones empresariales, es decir, las fuerzas vivas menores de Alcorcón que, armados "con la prudencia, moderación y firmeza democràtica" proclaman los "ilusionantes proyectos de futuro" en los que se halla embarcada lo que llaman ciudad. Ellos defienden su modo de vida mezquino y conformista con todo el coraje del que son capaces los filisteos, es decir, reclamando la presencia de la policía cuyo comportamiento califican de "prudente y ejemplar." En cuanto a los afectados, no vamos a oírles por la sencilla razón de que para los medios solo existen sus falsos representantes. Alcorcón no es un lugar diferente del resto del cinturón madrileño. Como el resto de sus municipios no es más que un sucedáneo de ciudad con las señales identitarias borradas, un depósito de mano de obra barata donde la integración social es imposible porque no hay sociedad. Un espacio sin sujeto, un almacen de almas muertas, un lugar frío, amorfo y triste que ninguna política de inserción, ninguna animación cultural, ninguna oferta de empleo, ni ningún bloque de vivienda protegida añadido podrá cambiar.

El verdadero problema de los oprimidos no es la pobreza, sino la sumisión. El pecado, el verdadero delito social, es la convivencia con lo insufrible y la tolerancia de lo inaceptable. Quizá el inmigrante y los jóvenes resalten demasiado esa contradicción y por eso haya quien quiera que paguen por ello. Nadie está de entrada contra los inmigrantes ni contra los jóvenes con tal de que no se hagan notar. En definitiva, para la fracción veterana del poder se trata de eso, de que se vuelvan invisibles. Para la otra, a la que sirven los medios, se trata de lo contrario. Alcorcón existe como amenaza, por lo que todo lo que allí ocurre es problemático. Para la primera, los incidentes de Alcorcón dificilmente podrán existir porque Alcorcón no existe. En un lugar que no existe nunca pasa nada. Y ese es un aspecto del verdadero problema de Alcorcón, que no pasa nada. Para la segunda, "no se puede descartar la posibilidad de un conflicto interracial". Y ese es el aspecto complementario: que lo que pueda pasar no dependerá de sus habitantes, sino de los intereses de la clase dirigente.

Miguel Amorós

Klinamen

https://madrid.lahaine.org/alcorcon_como_pretexto

Marzo 2007

La barbarie a toda marcha

En los países donde reina la globalización las poblaciones se hallan sometidas a un modo de vida enajenado, entregado al consumo y a las prisas, marcado por la manipulación de los deseos y el confinamiento privado, por el espectáculo embrutecedor y el conformismo social. En ese lamentable estado los individuos aceptan todas las innovaciones tecnológicas que los imperativos de la economía presentan como necesarias, sin pararse a pensar las consecuencias que van a tener sobre su existencia y creyendo a pies juntillas en los beneficios que los embaucadores públicos aseguran que traen consigo. Los objetos tecnológicos, como la miseria y la opresión, tienen su color político.

En su examen no hemos de fijarnos en la apariencia neutral de sus resultados técnicos (la velocidad, por ejemplo), sino en las alteraciones sociales, ambientales y políticas que provocan: ¿en qué medida modifican el trabajo o nuestra vida cotidiana? ¿Cómo inciden en el territorio, en la ciudad, en los barrios? ¿cómo cambian nuestra percepción de la realidad y cómo influyen en nuestras ideas o en nuestro carácter? ¿Qué efectos tienen sobre la salud física y mental? ¿quién decide su introducción? ¿Incrementan la dependencia de los individuos de los humores del mercado mundial? ¿hacen imposibles los mecanismos de control del poder? En resumen, ¿qué ganamos o perdemos con los artefactos tecnológicos, y mejor aún, quiénes ganan y quiénes pierden? Cualquiera que sea capaz de plantearse tales preguntas sin prejuicios, obtendrá las respuestas adecuadas.

El TAV es uno de los hitos de un sistema técnico entretejido con la economía y la política modernas, y como tal simboliza una forma de poder totalitario. En efecto, es un artilugio que no se ve en absoluto condicionado por su entorno, en cambio, su entorno resulta absolutamente condicionado por él. El TAV se inscribe en la tradición autoritaria de la historia, es decir, forma parte de una de esas tecnologías que favorecen la jerarquía y la centralizacion, y que cuando consiguen imponerse, imponen un modo de vida más dependiente, sometido y esclavo que el precedente. “El Tren de Alta Velocidad es el futuro”, dicen los dirigentes de todo pelo y nivel sin que nadie les contradiga, pero también lo han dicho de las centrales nucleares, de los campos de golf, de los transgénicos, de las nanotecnologías, de las autopistas o de los megaeropuertos, sin que realmente ese futuro haya significado algo positivo para la población que ha sufrido su advenimiento. En todo caso podemos sacar en claro que es el futuro de la clase dirigente, que la permanencia de la dominación depende de todo ello. En buena lógica, los planes del ministerio de Fomento prevén multiplicar la red del AVE por diez y el presidente en curso promete que “España será de aquí a tres años el primer país del mundo en trenes de Alta Velocidad” (14-II-2007).

Si queremos averiguar el sentido del TAV las noticias fragmentarias de los medios de comunicación bastarán para ilustrarnos. Al pararnos un momento en las grandes metrópolis, los puntos de anclaje de las redes financieras mundiales, y, por lo tanto, los lugares

privilegiados de la acumulación de capital, observaremos que el TAV cumple la función otrora encomendada al avión: el tráfico de ejecutivos en la media distancia. “Adiós a los puentes aéreos” dicen los medios.

El puente de Madrid-Sevilla prácticamente no existe, como tampoco los vuelos en Air Nostrum Tarragona-Madrid, e Iberia prevé que en un año perderá la mitad del pasaje del puente Madrid-Barcelona. El TAV cumple una segunda función más propia de las autopistas: la de conectar las zonas residenciales donde viven los ejecutivos con las metrópolis. En efecto, lo utilizan para ir al trabajo cientos de cuadros que han abandonado la ciudad y se han asentado en los aledaños de las estaciones del AVE a una hora o menos de distancia. Pero no compite con las autopistas, sino que las complementa, derivándolas exclusivamente al transporte privado de masas no gratuito.

No olvidemos que la apuesta por el TAV estuvo precedida por la apuesta por el automóvil. En 1990 se aprobó en Barcelona el Pan Estratégico Metropolitano, fruto de la unión de intereses de los dueños de la política y la economía, y quedó fijado el actual modelo urbano. Si en los años setenta el coche podía ser el indicador de un cierto nivel de consumo, a partir de los ochenta no era más que un medio para acceder al lugar de trabajo. La gran preocupación de los dirigentes fue entonces la regulación del tráfico privado y a menudo tuvieron que recurrir a celebraciones espectaculares de índole cultural o deportiva para resolverla. La solución de los problemas de la circulación fue el objetivo principal de los fastos olímpicos del 92, para la cual se desempolvaron viejos proyectos desarrollistas como el cinturón de Ronda, las “patas”, los “nudos” y los túneles de Vallvidriera.

Tan gran esfuerzo inversor sólo sirvió para disparar la venta de automóviles, alcanzando cotas impensables de movilidad por habitante. En 2006 el parque español de vehículos rebasó los 29 millones. La conurbación barcelonesa registra hoy más de siete millones de desplazamientos diarios y la llegada del AVE no parece que vaya a remediarlo. El TAV es ante todo un instrumento de la globalización capitalista para deslocalizar a los ejecutivos, no para mejorar las comunicaciones entre los explotados; en ese sentido, no sólo es el futuro, sino que, desgraciadamente, es el presente. Es una herramienta de trabajo de los cuadros dirigentes y “un paso significativo en la economía” terciarizada de las grandes ciudades, que se ofrecen al mercado y expulsan la industria y la población trabajadora a su periferia. Dicha expulsión fue en su día una decisión consciente, materializada en el abandono de la vivienda protegida (desde 1980 en Barcelona no se han construido más de cinco mil pisos de “protección oficial”) y en la prioridad dada a la construcción de infraestructuras (por ejemplo, nuevos tramos de autopistas, el túnel de Horta, la ampliación del aeropuerto o el cuarto cinturón). Todas las ciudades ponen su patrimonio, su historia y su situación al servicio de la promoción mercantil. A pesar de que la pobreza afecta a uno de cada cinco habitantes, Barcelona es ahora “una ciudad de compras” y las personas susceptibles de enturbiar esa imagen idílica de mercado como los mendigos, las prostitutas, los inmigrantes indocumentados o los jóvenes del botellón son, gracias a una inaudita “ordenanza cívica”, tratados como delincuentes. La prensa exclama que Barcelona “es la cuarta mejor urbe

europea para los negocios", por delante de Madrid, que es la séptima, y la primera en calidad de vida para los asalariados de las multinacionales, a pesar de que duplique los niveles de contaminación que marca la Unión Europea o de que el 30 % de los bloques de oficinas tengan el Síndrome del Edificio Enfermo. O de que cada día medio millón de conductores superen una media de seis kms de atascos para llegar a a su lugar de trabajo, no demasiado bien pagado por cierto, puesto que ahora Barcelona sufre diariamente dos millones y medio de "accesos", el 62 % de ellos en vehículo privado. O también de que – según el "Atlas de Mortalidad" de la Diputación – la conurbación tenga el mayor riesgo de muerte en toda Cataluña, especialmente por infarto, derrame o cáncer.

El AVE no supone demasiado negocio en las ciudades donde se detiene, como Lleida, Ciudad Real, Toledo o Puertollano. Apenas atrae empresas o congresos, no afecta pues al turismo, ni al comercio, ni tampoco crea puestos de trabajo. Lo que verdaderamente estimula es la especulación inmobiliaria. En efecto, el entorno a las estaciones se revaloriza exponencialmente. Las bolsas de capital acumulado en el negocio inmobiliario y la transformación de las pequeñas capitales provincianas en ciudades dormitorio disparan la construcción. La estación de El Prat de Llobregat inducirá la construcción de 7.000 viviendas.

También alrededor de la estación de Valladolid ha nacido un barrio. Valdeluz, un páramo cercano a Guadalajara, se va a convertir de la noche a la mañana en un poblado de 34.000 almas en pena con sus campo de golf y sus centros comerciales, las nuevas insignias de la especulación. Otro tanto ocurre en los municipios de Perafort, La Secuita y otros cercanos, donde se ubica la estación del Campo de Tarrragona, que amontonarán a 20.000 cabezas. Allí se compran terrenos sin reparar en gastos, se otorgan licencias de obra por un tubo y se construyen pisos frenéticamente a fin de tener dispuesto un suburbio repugnante y gris en pocos años.

El AVE todavía existe como sucedáneo, puesto que su velocidad dista mucho de los 320 kms/hora previstos, pero las consecuencias no son menores. Un TAV consume en una hora tanta electricidad como una ciudad de 25.000 habitantes, lo que implica un reguero de subestaciones paralelas a la vía y obliga a la construcción de nuevas centrales térmicas. El Plan de la Energía de Cataluña calcula construir diez en los próximos nueve años. La demanda energética también actualiza el discurso nuclearista, abandonado después del accidente de Chernobyl, pero no obstante, el peligro del desabastecimiento y de los apagones se pretende conjurar no con un entramado de centrales cualesquiera, sino con las líneas de Muy Alta Tensión a través de las cuales llegarán los excedentes franceses. El negocio de la energía no está en la producción sino en el transporte y así las MAT contribuirán lo suyo a la destrucción del territorio, a su securización y a la mala salud de sus habitantes. Pero el AVE no sólo despilfarra energía sino que malgasta ingentes cantidades de dinero.

Cuesta mucho más que cualquier otro tren de velocidad alta; además todas sus obras doblan y a veces cuadruplican lo presupuestado -la estación de Perafort ha costado 27'5 millones de euros en lugar de los 7'8 previstos; los túneles de Montblanc y La Riba salieron por más de

100 millones y no por los 50 calculados – y sus exigencias financieras descapitalizan las redes ferroviarias de cercanías, saturadas por la expansión metropolitana, acarreando todo un séquito de incomodidades, retrasos y accidentes. Los esfuerzos por solucionar el problema en Madrid han exagerado el efecto en las demás conurbaciones. Éstas presentan graves problemas de tráfico y deficiencias clamorosas en el transporte público, hasta el punto de que en algún caso como Tarragona el traslado a la misma estación del AVE podría durar casi tanto como la mitad del trayecto. El ahorro de tiempo de los usuarios pudientes del TAV acumulará montañas de tiempo perdido de los sufridos habitantes de las coronas metropolitanas, que, por otra parte apenas en la vida utilizarán sus servicios y sí en cambio los de cercanías. En Barcelona viajan en esos trenes 122 millones de personas al año, mientras que solamente 3'7 millones suben al AVE. Sin embargo, las inversiones anuales en cercanías no alcanzan los cien millones de euros y las del AVE superan los tres mil millones. En los últimos diez o doce años el AVE ha absorbido el 97 % de las partidas ferroviarias, por el 3 % de los trenes de cercanías.

¿Cuál es el tren de los ricos? ¿Cuál es el tren de los pobres? La demagogia sobrepasa todos los límites: Magdalena Álvarez, ministra de Fomento promete que en 2007 las poblaciones de 18 ciudades hastiadas por las obras inacabables "se beneficiarán de las prestaciones de la alta velocidad", lo que traducido al cristiano quiere decir que en 2007 puede que el AVE se detenga en ellas lo usen o no sus habitantes, y que con toda seguridad los demás trenes, que son los realmente necesarios, serán menos frecuentes, más viejos y con prestaciones cada vez peores. El discurso de la dominación convierte en solución la causa de los males. Para Jordi Hereu, actual alcalde de Barcelona, la red de cercanías "es un vestido que se ha quedado pequeño y hay que hacerlo más grande porque de vez en cuando se puede descoser" (2-III-2007). ¿Y cuál es la milagrosa máquina de coser? Sin ninguna duda el AVE, cuyo túnel por debajo del templo de la Sagrada Familia, "ese equipamiento religioso", descongestionará dicha red y doblará la capacidad del servicio.

El alcalde llega incluso a llamar "sostenible" no a la reducción sensible de la movilidad, sino a una movilidad extrema asentada en el transporte público, y de rebote en el AVE, aunque al mismo tiempo no se prive de admitir su imposibilidad ya que el compromiso institucional para tamaña sostenibilidad "no tiene fecha".

El AVE es un emblema de la clase dominante, como el Fórum, la torre de Pere IV o el supositorio Agbar. Redefine y celebra una identidad, o más bien una marca basada en el turismo y en los beneficios financieros, indiferente a la trama, al espacio público y al bienestar de sus habitantes. En ese sentido es la pesadilla y no "el somni de mil.lers de ciutadans", como reza el cartel colocado a la puerta de la indigna asociación de vecinos La Sagrera. Y proporciona una urbe desconyuntada, naufragada, fea, intolerante con la pobreza, reflejo de los nuevos intereses que la gobiernan.

Aunque la batalla social esté tanto en las comunicaciones próximas como en el derecho a la vivienda, tal como se ha visto, contra toda lógica el discurso del TAV ha prendido en mucha gente que languidece en los pueblos o en las ciudades pequeñas; para ella el AVE es la

"última oportunidad" de demostrar que "existen", es decir, para transformar sus campos en vulgares urbanizaciones y para convertir su patrimonio cultural, natural o paisajístico en la triste mercancía de operadores turísticos. De modo similar, los vecinos de las conurbaciones, rodados en la sumisión, presos de un ardiente deseo de obedecer y ser dominados, piensan que la "única manera" de conseguir zonas verdes y equipamientos será la sodomización por el AVE. Si tales argumentos cuelan es porque las antiguas clases peligrosas se han convertido en un amasijo manipulable de automovilistas neuróticos y teleadictos asustados.

En esas circunstancias la Alta Velocidad es el milagro, la esencia del discurso político posmoderno, pues el AVE podrá ser un negocio, pero también marca las fronteras políticas; así, para al anterior alcalde Juan Clos, manifestarse contra el AVE "es de derechas" y por lo tanto, cabe deducir que las inmobiliarias y las constructoras son "de izquierdas". La oposición a los túneles es equiparada por un arquitecto del poder a un retorno a las cavernas: Oriol Bohigas ha sentenciado con total seriedad que "oponerse a la construcción de un túnel por razones de seguridad constituye un residuo casi medieval" (7-II-2007), y, como queriéndoles dar la razón, la Plataforma "AVE pel litoral" ha apelado a la autoridad papal. Detrás del AVE y debajo de la Sagrada Familia está la batalla electoral por Barcelona, que produce una cómica inversión de roles: los partidos "verdes" ERC e IC-V son furiosos partidarios de la Alta Velocidad, máxima plasmación de la sostenibilidad ecosocialista; el vecindario del centro reclama una solución que fue diseñada por el alcalde Clos, el que les acusó de ser "de derechas", pero que ahora defiende el PP en nombre de "la seguridad de los vecinos y viviendas"; la Iglesia, por boca del obispo Carreras, "en este caso es un vecino más"; finalmente, CiU, que en cuando gobernaba aprobó el actual "túnel de l'Hereu", propone una moratoria y afirma con un pathos altermundialista que raya en lo esperpéntico que "un altre TGV és possible".

El poder necesita símbolos donde plasmar sus proezas y ensalzar su futuro, que ante la crisis energética no duda en calificar de ecológicos y sostenibles. Pero llamar al TAV "medio de transporte sostenible" sería como llamar límpia a la energía nuclear, cosa que por otra parte se empieza a hacer: significados expertos aseguran que contamina poco y es barata, que contribuye a disminuir las emisiones de CO_2 pues no consume gas y que en cuanto a sus peligrosos residuos, éstos suponen solamente "la centésima parte del total de residuos tóxicos que se generan en España" (13-III-2007). Sin embargo, el AVE arrasa y mutila el territorio como ningún otro artefacto. Entre túneles, taludes y viaductos llega a Barcelona después del fiasco del 2004 justo a tiempo para provocar grietas en el casco antiguo de El Prat, averiar las maltratadas vías de cercanías, romper la barriada de Sants con un cajón de cemento y sumergirse por las calles de Mallorca y Provenza poniendo en peligro todos sus edificios. Es la crónica de un estropicio anunciado que puede acarrear una derrota electoral en las próximas municipales a los actuales gestores de Barcelona. El punto débil del trazado reside en que los seis kms de túneles que unirán las barriadas de Sants y La Sagrera pasarán cerca de los fundamentos de centenares de casas y además afectarán a monumentos históricos, refugios de la guerra y yacimientos arqueológicos.

Los túneles no garantizan que las vibraciones del paso del AVE no se transmitan a las casas próximas – como también sucederá con los soterramientos de Hospitalet, Montmeló o Girona – ni que los riesgos de derrumbe o daños en los edificios sean nulos, máxime cuando el subsuelo de la zona es arenoso y de un alto nivel freático. Bastaría un informe tranquilizador de los expertos de turno si no fuera por los escandalosos hundimientos de la barriada de El Carmelo, provocados precisamente por un túnel. El tercer implicado, el ministerio de Fomento, ha llegado a sugerir la revisión del convenio de 2002 que decidió su construcción y optar por la opción de la anterior Generalitat convergente, la de una estación en Sant Cugat, pero para la administración actual la suerte está echada. A fin de evitar que la alarma suscitada por las grietas de El Prat anime más las maniobras de desgaste de los partidos que no gobiernan, el alcalde ha empujado a 21 asociaciones vecinales a declararse por el TAV, por el túnel de las calles Mallorca y Provenza, por la estación de La Sagrera y por las modificaciones del Plan General Metropolitano que fijan las nuevas directrices de reurbanización.

Por lo general, las asociaciones de vecinos, dirigidas por incapaces o corruptos y en absoluto representativas, nadan a favor de la corriente; son los instrumentos más dóciles de la política municipal que las financia y un aliado del urbanismo clasista, autoritario y depredador que se ha apoderado de Barcelona. Al igual que las asociaciones de comerciantes, intentan convencer a todos de que lo que es bueno para los dueños de la economía y de la política es bueno para los demás, de que oprimidos y explotadores tienen los mismos intereses y de que “no hay vuelta atrás” y mejor sacar algún provecho que permanecer en “la cultura de la protesta”. Después de reunirse con el Consorcio Alta Velocidad Barcelona Eva Fernández, presidenta de la FAVB, se pronunció inequívocamente contra los vecinos que reclamaban la alternativa del litoral: “con todas las inversiones hechas no es el momento de plantearse cambios de ruta, sino que no haya en ella problemas de seguridad” (15-I-2007). Para la burocracia vecinal – y para la Confederació de Comerç de Catalunya – “hay soluciones técnicas para todo” y con el compromiso de ADIF, el ente gestor desdoblado de RENFE, de revisar los quinientos edificios afectados, no había lugar a quejas. Oleguer Méndez, de la AVV de La Sagrera, mentía (25-I-2007) al supeditar a los proyectos urbanistas del ayuntamiento las nuevas paradas de las líneas del metro 4 y 9 o las inversiones en la zona, debidas en realidad a la transformación de las barriadas industriales marginadas en dormitorios de asalariados motorizados.

La estación de la Sagrera y las 34 plantas del adefesio urbicida de Frank Gehry modificarán sin duda los barrios del norte divididos por la Avenida Merdiana, pero no como desearían sus habitantes – en el supuesto de que puedan reconocer sus deseos, lo cual no es seguro – sino acentuando más todavía su carácter de dormitorio y espacio de entrada y salida rápida de Barcelona, tal como indica la gran rotonda planificada en lo que ahora es el puente sobre el tren de la calle Sant Adrià, por donde pasarán 73.000 coches diarios. Nuevas vías rápidas enlazarán la estación con el nudo de la Trinidad, la “pata norte” y el Ensanche, como por ejemplo la calle Garcilaso, esa “gran arteria cívica” según Hereu que tendrá cinco carriles. En

la Barcelona de las infraestructuras el civismo se mide por carriles y a la obligación de desplazarse se la llama “derecho a la movilidad”. Inevitablemente la zona resultará más fragmentada y la circulación acarreará más ruido y mayor contaminación. La vivienda ha multiplicado su precio, beneficiando a los propietarios pero perjudicando enormemente a quienes no tenían demasiados recursos, esa mayoría que tendrá que largarse y dejar sitio a las elites.

A no ser que subarriende una habitación por 300 euros (en Cataluña se concentra el 56% de las viviendas realquiladas). Para los trabajadores modernos el piso es como el coche, un instrumento de trabajo que corre de su cuenta. Enric Reyna, un ejecutivo del sector inmobiliario, lo ha dicho claro: “la gente debe saber que no se podrá vivir en la capital” y al paso que vamos, tampoco en la primera corona metropolitana, donde el suelo escasea tanto como en Barcelona (25-II-2007). La primera consecuencias directa es la construcción de 9.000 pisos, aparte de los hoteles, oficinas y locales comerciales que “coserán” a su manera el barrio, con las secuelas de especulación inmobiliaria, envejecimiento de la población, apartheid clasista, videovigilancia, control policial, etc. La “desafectación de suelo ferroviario” recientemente aprobada financiará toda la operación, pero el parque que surja del recubrimiento de las vías servirá como excusa para mermar las inversiones en los barrios ya aprobadas, recalificando terrenos como los de Fabra i Coats, los cuarteles de Sant Andreu o la fábrica de Colorantes para cederlos a los promotores privados. Los pisos subvencionados, unos 2.000, tampoco estarán al alcance de cualquiera. La vida social llegará a extinguirse, como el pequeño comercio y los baretos, absorbida totalmente por el complejo lúdico consumista de la estación o por las grandes superficies ya existentes (el Corte Inglés, Hipercor, Glòries, La Maquinista, Heron City, etc.).

En cuanto al trabajo, los promotores políticos anuncian la creación de 10.000 puestos de trabajo en la estación y 15.000 nuevos empleos en su entorno, que sin duda compensarán la reducción de plantilla contemplado en el expediente de regulación presentado por ADIF, que afectará a 2.500 trabajadores. Pero el trabajo no es un problema para quienes lo buscan en Barcelona, cuya tasa de paro se acerca al 6% – la del 5% es la que equivale al pleno empleo – sino la mala calidad del mismo. La mayoría de los nuevos empleos, en la construcción, la hostelería o los servicios, serán empleos basura, por debajo de los 750 euros, algunos con alto riesgo de accidentes (como los de las obras del 22@), desempeñados por inmigrantes subcontratados. No servirán para fijar la juventud en los barrios pero aumentarán la explotación de la mano de obra extranjera, cuya miseria es uno de los principales cimientos sobre los que se está edificando la nueva Barcelona.

No hay oposición al AVE que ni de lejos merezca ese nombre. Nadie en Cataluña rechaza seriamente el TAV y a nadie parece preocuparle los altos riesgos del capitalismo a toda máquina. El sindicato agrario Unió de Pagesos reclama únicamente la reposición de caminos, vías de servicio y pasos inferiores. Los pueblos víctimas y las plataformas de afectados piden trazados alternativos o soterramientos, de acuerdo con el principio de “el TAV sí, pero en otra parte”. Nadie ha intentado nunca paralizar las obras porque nadie desea luchar

realmente contra el TAV; los que quieren movilizar a la población catalana en pos de ese objetivo se pueden contar con los dedos de la mano. Los opositores mediáticos más veteranos – y los más pringados – como la Copaltav y L'Esbornac agotaron su imaginación en ridículos sucedáneos de protesta para al final recurrir al Defensor del Pueblo y suplicarle que solicitara a Fomento un estudio de viabilidad económica y social.

Al ignorar el ministerio tal solicitud ambas plataformas ciudadanas decidieron cruzar el Rubicón de la estupidez y cabalgando a lomos de su furia cívica apelaron osadamente a la Comisión Europea. Tampoco es manca en activismo de pega la plataforma "AVE pel Litoral", que después de afirmar por activa y por pasiva que está a favor del progreso, de la alta velocidad y del mismísimo AVE, se apunta a las maniobras electorales. Al apartar la lucha de las calles, de los barrios, de los lugares de trabajo o de los centros ocupados, es decir, del terreno social, no le queda más que trasladarla al espacio irreal del espectáculo y de la política, dándole a la cacerola, recogiendo firmas de famosos o recurriendo a la derecha católica.

La movilización crítica coloca a los contestatarios en una situación que les vuelve inteligentes y al contrario, el espectáculo mediático condena al más espantoso ridículo. Quienes solamente confían en métodos jurídicos, mediáticos o electorales, quienes mantienen el punto de vista del propietario y no intentan formular un punto de vista general crítico que reúna a la mayoría de la población, es decir, quienes no se sitúan claramente en contra del sistema social que usa el TAV y no tratan a los dirigentes como enemigos, tendrán TAV; si pasa por debajo de sus casas tanto peor, pues si sacrificaron su mezquino interés personal en aras del progreso tecnológico financiero y votaron a sus candidatos, se sacrificaron y votaron por el TAV. La Alta Velocidad como toda la nueva tecnología es totalitaria, lo que quiere decir que perjudica tanto a sus adversarios como a sus partidarios y amigos.

A través del crecimiento económico, de la modernización tecnológica y del desarrollo financiero la sociedad se desplaza con regularidad suiza por una red de infraestructuras que conducen al desastre. El viaje a un mundo uniforme, simplificado e irracional parece irreversible, o al menos esa es la voluntad de todos los dirigentes. Expulsados en las afueras de urbes tóxicas, enfermas, ruidosas, caras y congestionadas, contemplamos cómo los campos se convierten en extrarradios, las costas en cemento, los ríos en cadenas de embalses, los desperdicios en montañas, las personas en prótesis de máquinas y los cambios climáticos en hambrunas y catástrofes. El mundo se rige por los mercados bursátiles y estos son los resultados. El TAV es una de tantas locomotoras desbocadas de un orden basado exclusivamente en el fundamentalismo de las finanzas y del absolutismo tecnológico. Por esa razón deberíamos conceder a su implantación la atención que prestamos a la injusticia, la desigualdad o la opresión. Éstas no sólo resultan de instituciones despóticas y de prácticas abusivas sino del hormigón y el acero, y deben tanto a los movimientos del capital y a las maniobras de la política como a las tuercas, los cables, las fibras y los chips.

Miquel Amorós, marzo de 2007.

Marzo 2007

Leninismo, ideología fascista

"¡Liberar a la Humanidad del yugo bienhechor del Estado! Es extraordinario hasta qué punto los instintos criminales anidan en el hombre. Lo digo claramente: criminales. La libertad y el crimen van tan íntimamente liados, si usted prefiere, como el movimiento de un avión y su velocidad. Si la velocidad del avión es nula, permanece inmóvil, y si la libertad del hombre es nula, no comete crímenes. Está claro. El único medio de librar al hombre del crimen es librarlo de la libertad."

Evgeni Zamiatin, *Nosotros*, 1920.

La existencia de sectas inmovilistas más o menos virtuales que se reclaman de Lenin es hoy un asunto más relacionado con las neurosis que acechan a los individuos inmersos en las condiciones modernas del capitalismo que con la lucha por las ideas que sostienen los rebeldes contra los ideólogos de la clase dominante. El tiempo no perdona y el fracaso final del leninismo ocurrido entre 1976 y 1980 ha llevado a los creyentes que sobrevivieron a una supervivencia esquizoide. Como ya estudió Gabel, el precio a pagar por su fe es una conciencia escindida, una especie de doble personalidad. Por un lado la realidad desmiente el dogma hasta en el menor detalle, y por el otro, la interpretación militante ha de retorcerla, encorsetarla y manipularla hasta el delirio para amoldarla al dogma y fabricar un relato maniqueo sin contradicciones. Como si de una Biblia se tratase, en dicho relato están todas las respuestas. El cuento leninista suprime la angustia que en el creyente engendran las contradicciones de la práctica, lo que constituye una poderosa arma para escapar a la realidad. El resultado sería patético para el resto de los seres vivos si los debates abundaran en el seno de un proletariado combativo como el de los años setenta, pero dado el estado actual de la conciencia de clase, o lo que es lo mismo, dada la inversión espectacular de la realidad, donde "lo verdadero es sólo un momento de lo falso", la presencia de sectarios leninistas en las escasas discusiones de base no contribuye sino a la confusión reinante.

El papel objetivo de las sectas consiste en falsificar la historia, ocultar la realidad, desviar la atención de los verdaderos problemas, sabotear la reflexión sobre las causas del triunfo capitalista, bloquear la formulación de tácticas de lucha adecuadas, impedir en fin el rearme teórico de los oprimidos. Los leninistas fosilizados de hoy ya no son (porque no pueden) la vanguardia de la contrarrevolución de hace treinta años o de hace sesenta, pero su función sigue siendo la misma: trabajar para la dominación como agentes provocadores.

Dada la descomposición actual de la ideología quizás conviniese hablar de leninismos, pero lejos de perdernos en los matices que separan las distintas sectas intentaremos agrupar las características afines, que son las que mejor las definen, a saber, la negación rotunda de que

en 1936 hubiera una revolución obrera, la afirmación igual de rotunda de la existencia de una clase obrera en constante avance y la creencia en el advenimiento del partido dirigente, guía de los trabajadores en la marcha hacia la revolución. Lo primero les viene, bien de los análisis derrotistas y capituladores de la revista belga "Bilan", bien de los dictados triunfalistas del Komintern y del PCE. Si en un caso era cuestión de una guerra imperialista, en el otro, se trataba de una guerra de la independencia; en ambos, el proletariado debía dejarse machacar.

En el universo leninista Lenin es la Virgen María; la clase obrera de la que hablan es como la cristiandad. Un chiíta del leninismo, es decir, un bordiguista, se lamentaba en la web: "¿Si nos quitan la clase obrera, qué nos queda?" En efecto, para los leninistas la clase obrera tiene una función ritual, terapéutica si se quiere, psicológica. Es un ente ideal, una abstracción, en nombre de la cual ha de tomarse el poder. No es que no exista, es que nunca ha existido. Inventada por Lenin a partir del modelo ruso de 1917, una clase obrera minoritaria en un país feudal de población eminentemente campesina asequible a una dirección exterior compuesta por intelectuales organizados como partido, no es precisamente algo que veamos todos los días. Pertenece a un pasado caduco. Es un ideal utópico, antihistórico. Sin bromas, la secta trotsquista posadista creyó haberla encontrado entre los extraterrestres de una galaxia lejana desde donde enviaban a La Tierra platillos volantes con mensajes socialistas. Los mensajes de los ovnis debieron cundir porque el proletariado leninista aparece en toda sopa planetaria; según la prensa leninista su epifanía puede suceder en cualquier acontecimiento, por ejemplo, en la guerra civil de Irak, en las movilizaciones de estudiantes franceses, o en la constitución de una "izquierda" sindical, aunque lo más frecuente sea en los conflictos laborales.

Como no hay historia para el leninismo después de la toma del Palacio de Invierno, desde la Revolución Rusa parece que no hayan habido ni derrotas ni victorias significativas, a lo sumo algún traspiés dentro de una línea evolutiva invariable que conduce a una clase obrera impoluta, esperando a los curas de la iglesia, sus líderes, miembros por derecho del "partido". Porque el verdadero sujeto histórico para los leninistas no es la clase sino el partido. El partido es el criterio absoluto de la verdad, que no existe por sí misma sino dentro de él, en las sagradas escrituras correctamente interpretadas. Dentro de el partido, la salvación; fuera, la condenación eterna. Ese vanguardismo alucinado es el rasgo más antiproletario del leninismo puesto que la idea de partido único mesiánico es ajena a Marx; proviene de la burguesía masona y carbonaria. Marx llamaba partido al conjunto de fuerzas que luchaban por la autoorganización de la clase obrera, no a una organización autoritaria, luminada, exclusiva y jerarquizada.

Es revelador que los leninistas vean hoy los intereses económicos particulares como intereses de clase, cuando ya no lo son, y que, en los setenta, cuando lo eran, los trataban como asuntos sindicales, "tradeunionistas". La diferencia radica en que entonces el proletariado luchaba a su modo, con sus propias armas, las asambleas. Eso es lo que transformaba la reivindicación parcial en exigencia de clase. Pero los leninistas desprecian

las formas realmente proletarias de organización y de lucha: las asambleas, los comités elegidos y revocables, el mandato imperativo, la autodefensa, las coordinadoras, los consejos… Y las desprecian porque en tanto que formas de poder obrero ignoran los partidos y disuelven al Estado, incluido al Estado "proletario". Por eso han ocultado tanto como los medios de comunicación la existencia del Movimiento Asambleario durante los setenta, porque son enemigos de una clase obrera real que no se parece en nada a la suya y odian por razones evidentes sus formas organizativas específicas. Al contrario de Marx, para los leninistas el ser no determina la conciencia, por lo que hay que inculcarla mediante el apostolado de los líderes. Los obreros no pueden alcanzar, según Lenin, más que una conciencia sindicalera y deben plegarse al papel de simples ejecutantes; los sindicatos que los encuadran y controlan son por lo tanto la correa de transmisión del partido. Eso no es óbice para que los leninistas alaben las asambleas y los consejos si ello les permite ejercer alguna influencia y reclutar adeptos. Durante los setenta llegaron a apoyarlas pero tan pronto como se sintieron fuertes las traicionaron, tal como, salvando las diferencias, hizo Lenin con los Soviets.

La revista *Living Marxism*, animada por Paul Mattick, lanzaba la consigna de que "la lucha contra el fascismo comienza por la lucha contra el bolchevismo". Durante la década de los cincuenta el capitalismo de los ejecutivos evolucionaba hacia los modos totalitarios del capitalismo de Estado soviético. Hoy, cuando la clase burocrática comunista se ha convertido al capitalismo y el mundo es arrastrado hacia la dominación fascista por la vía tecnológica, la ideología leninista es residual, polvorienta y museográfica. No estudia al capitalismo porque éste no es su enemigo, y por supuesto no quiere luchar contra él. Simplemente hace como el ajo, se repite. La labor principal de sus sectas consiste en competir unas con otras señalando "un punto particular que las distingue del movimiento de la clase" (Marx).

La batalla teórica contra los leninistas es pues un combate menor, algo así como dar puntapiés a los muertos vivientes, pero en tanto que armazón primario de nuevas ideologías de la contrarrevolución como el hardt-negrismo no conviene descuidarla, y con este objetivo recordamos algunas banalidades de base acerca del leninismo que cualquiera podrá encontrar en las obras de Rosa Luxemburgo, Karl Korsch, los consejistas (Pannekoek, Gorter, Rülhe) o los anarquistas (Rocker, Volin, Archinoff). El leninismo a través de Negri y sus acólitos, como antes a través del estalinismo, su forma extremada, efectúa un retorno completo al pensamiento y a los modos de la burguesía, concretamente en la fase globalizadora totalitaria, manifiesto en su defensa del parlamentarismo, de los compromisos políticos, de la telefonía móvil y del espectáculo movimentista. El negrismo sostiene ideológicamente las fracciones débiles, perdedoras, de la dominación, la burocracia político administrativa, el aparato sindicalista y las clases medias, interesadas en un capitalismo intervenido por el Estado. Pero el leninismo no es diferente. Siempre defendió intereses contrarios al proletariado.

En la Rusia de 1905 no existía una burguesía capaz de lanzarse a la lucha contra el zarismo y la iglesia como futura clase dominante. Esa misión correspondió a los intelectuales rusos,

que buscaron el esclarecimiento de sus impulsos nacionalistas en el marxismo y hallaron sus mejores aliados en el campo obrero. El marxismo ruso tomó un aspecto completamente diferente del ortodoxo, puesto que en Rusia el trabajo histórico a cumplir era el de una burguesía demasiado débil: la abolición del absolutismo y la construcción de un capitalismo nacional. La teoría de Marx, adaptada por Kautsky y Bernstein, identificaba la revolución con el desarrollo de las fuerzas productivas y del Estado democrático correspondiente, lo que favorecía una praxis reformista que aunque podía funcionar en Alemania, no podía en Rusia.

Si bien Lenin aceptaba íntegramente el revisionismo socialdemócrata de Marx, sabía que la tarea de los socialdemócratas bolcheviques de derrocar al zarismo no podía llevarse a cabo sin una revolución, para la que se necesitaban mejores fuerzas que las de los liberales rusos. Una revolución burguesa sin burgueses, y aún en su contra. La revuelta obrera de 1905 dejó al régimen absoluto malherido y la revolución de febrero de 1917 acabó con él. Aunque fue una insurrección obrera y campesina no tenía programa revolucionario ni consignas particulares, por lo que los representantes de la burguesía ocuparon su lugar. La burguesía no supo estar a la altura, mientras el proletariado se instruía políticamente y tomaba conciencia de sus objetivos; en poco tiempo la revolución perdía su carácter burgués y adoptaba un aire decididamente proletario. Durante julio-agosto Lenin aún defendía un régimen burgués con presencia obrera pero viendo el avance de los Soviets o consejos obreros cambió de orientación y lanzó la consigna del poder a los soviets, e incluso llegó a teorizar sobre la extinción del Estado. Pero la idea de poder horizontal era ajena a Lenin, que había organizado un partido sobre el modelo militar burgués, vertical, centralizado, decidiendo siempre desde arriba, con la dirección y la base fuertemente separadas. Si estaba a favor de los soviets era para intrumentalizarlos y tomar el poder. Su principal función no fue el desarrollo de los soviets, que no tenían cabida en su sistema; fue la conversión del partido bolchevique en aparato burocrático estatal, la introducción del autoritarismo burgués en el ejercicio y la representación del poder. A los soviets, los protagonistas de la revolución de octubre, en poco tiempo les fue escamoteado su poder por un Estado "proletario" que no supieron destruir. Los bolcheviques combatieron en nombre de "la dictadura del proletariado" el control obrero y la implantación de la revolución en los talleres y las fábricas, y, en general, la manifestación soberana de la voluntad obrera en organismos de democracia directa. En 1920 habían acabado con la revolución proletaria y los soviets ya no eran más que organismos castrados, decorativos. Los últimos bastiones de la revolución, los marinos de Kronstadt y el ejército makhnovista fueron aniquilados más tarde.

Al tiempo que destruían los soviets, los emisarios bolcheviques desembarcaban en Alemania, donde el consejismo había despertado en las masas obreras y los consejos estaban a punto de convertirse en órganos efectivos de poder proletario, para asestar una puñalada por la espalda a la revolución. Por todas partes desacreditaron la consigna de Consejos Obreros y propugnaron la vuelta a los sindicatos corruptos y al partido socialdemócrata. La revolución consejista alemana cayó bajo el peso de la calumnia, la intriga y el aislamiento provocado por los bolcheviques. Sobre sus cenizas pudo

reconstituirse, con la bendición de Lenin, la vieja socialdemocracia y el Estado alemán de posguerra. Lenin no dejó de combatir a los defensores del sistema de consejos cubriéndoles de improperios en el folleto preferido de todos sus seguidores, “El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo.” Ahí se quitó la máscara. Abrumando con falsedades a los comunistas de izquierda y a los Consejos, Lenin defendía su seudosocialismo panruso, que llevado a la práctica por Stalin se revelaría un nuevo tipo de fascismo. Ni de lejos concebía que la liberación de los oprimidos sólo pudiera efectuarse mediante la destrucción del poder, del terror, del miedo, de la amenaza, de la constricción.

Todo aquél que desee entronizar un orden burgués encontrará las mejores condiciones de hacerlo en la separación absoluta entre masas y dirigentes, vanguardia y clase, partido y sindicatos. Lenin quería una revolución burguesa en Rusia y había formado un partido perfectamente adaptado a la tarea, pero la revolución rusa adquirió carácter obrero y estropeó sus planes. Lenin tuvo que vencer con los soviets para después vencer contra ellos. El comunismo más la electrificación cedió el paso a la NEP y a los planes quinquenales de Stalin, dando lugar a una nueva forma de capitalismo donde una nueva clase, la burocracia, desempeñaba el papel de la burguesía. Era el capitalismo de Estado. En Europa, las masas obreras fueron frenadas, desanimadas y empujadas a la derrota hasta desmoralizarse y perder la confianza consigo mismas, camino que condujo a la sumisión y al nazismo. Hitler llegó fácilmente al poder porque los dirigentes socialdemócratas y estalinistas habían corrompido tanto al proletariado alemán que éste no reparó en entregarse sin queja. “Fascismo pardo, fascismo rojo” fue el título de un memorable folleto donde Otto Rülhe mostraba que el fascismo estalinista de ayer era simplemente el leninismo de anteayer. En él nos hemos inspirado para titular nuestro artículo.

Los paralelismos con la situación española de 1970-78 son obvios. Por un lado, el partido comunista oficial, estalinista, defendía una alianza con los sectores de la clase dominante que forzara una conversión democrática del régimen franquista. Su fuerza provenía principalmente de la manipulación de movimiento obrero, al que pretendía encuadrar dentro del aparato sindical fascista. Todos los procedimientos leninistas para impedir la autoorganización obrera fueron utilizados fielmente por el PCE. Los partidos izquierdistas, nacidos principalmente de la explosión del FLP, de escisiones del PCE y del Frente Obrero de ETA, no actuaron de otro modo. Todos atacaban al PCE por no ser suficientemente leninista y no perseguir, como Lenin, una revolución burguesa en nombre de la clase obrera. Le disputaban la dirección de Comisiones Obreras, trabajo inútil porque en 1970 Comisiones ya no era ningún movimiento social, sino la organización de los estalinistas y simpatizantes en las fábricas. Para conquistar posiciones hicieron concesiones a las genuinas formas obreras de lucha, las asambleas, pero nunca las fomentaron. Tras los sucesos de Vitoria del 3 de marzo de 1976 las diferencias con el PCE se desvanecieron y le siguieron en su política de compromisos. Se presentaron a elecciones, cosechando el más rotundo de los fracasos. Desaparecieron dejando un rastro de pequeñas sectas, pero su suicidio político fue también el del PCE, que a partir de 1980 se transformó en un partido testimonial, de ideología

variable, sostenido sólo por algunos fragmentos proletarizados de la mediana y pequeña burguesía.

Unas cuantas verdades podemos aprender de la crítica clásica del leninismo en la que nos hemos basado. Que los fundamentos de la acción que incline la balanza social del lado contrario al capitalismo no se encontrarán con los métodos de organización del tipo sindicatos o partidos, ni en los parlamentos, ni en las instituciones estatales, ni en los centros comprometidos con cualquier aspecto de la dominación. Que las masas oprimidas se hallan aisladas y dispersas, sin amigos. Que los activistas han de poner por encima de todo la capacidad de asociación, el fortalecimiento de la voluntad de acción y el desarrollo de la conciencia crítica, incluso por encima de los intereses inmediatos. Que las masas han de escoger entre tener miedo o darlo.

Miquel Amorós, 27 de marzo de 2007.

Mayo 2007

A mis amigos rusos y polacos

Nunca me he reconocido en este país, ni siquiera en ninguna de sus partes; es como si viviera exiliado en él lo menos desde hace treinta años. Es el precio que pago – y no me quejo – por ir contra la corriente y ser fiel, como diría Bakunin, “a la gran causa de la humanidad”.

Los años me han debilitado el cuerpo pero han afectado menos mi raciocinio y eso que, a juzgar por lo que veo y lo que leo, parece que hayan pasado en balde. El mundo no ha dejado de moverse a costa de perder toda conciencia de sí mismo, e irremisiblemente perdido, saca fuerzas de su propia desorientación para continuar por el sendero de la catástrofe. Sí, vivimos en una época deleznable. Es como si el olor que desprenden los cadáveres que la pueblan tuviese efectos narcóticos e invitase constantemente la gente a echarse un rato en algun rincón de esas tumbas para vivos que son las casas modernas. Los tiempos no son propicios para que todos encuentren su campo de acción natural; yo mismo no sé a ciencia cierta cuál es mi campo, ni a quién dirigirme. Mis escasísimos amigos se saben de memoria la letra de mis canciones, así que ¡que les voy a cantar! Y los demás ¿dónde están? Seguramente conectados a Internet, donde la censura se ejercita en forma de “pluralidad” y el comportamiento policial va cubierto con el anonimato. Con ello no quiero decir que la letra impresa sea mejor, pues los fanzines, boletines y revistas funcionan como páginas web. No tengo raíces en ningún sitio, ni conservo simpatías por ningún lugar en especial de los que haya estado. Nunca podré compartir mis disquisiciones cono no sea con

gente de países desconocidos, casi virtuales en el buen sentido de la palabra, como son para mí Rusia o Polonia. Por eso me dirijo a mis inadvertidos amigos rusos y polacos.

Aunque a nadie le importe demasiado, el mundo – Rusia y Polonia incluidas – se encuentra sumergido en una gran contrarrevolución. Un aire tóxico se extiende por la geografía del planeta. El hielo funde en los polos pero por una de esas paradojas de la historia el clima social es permanentemente invernal. El mundo sometido a las leyes del capital se autorregula totalitariamente, sin adversarios reales. No se vislumbran fuerzas vitales renovadoras que derrumben el edificio social aberrante de los últimos decenios. Es más, en los ambientes supuestamente contestatarios se respira a viejo aunque haya quien mude los oropeles de forma acelerada. Las viejas verdades convertidas en tópicos caducos se vuelven asideros mentales de la gente que huye de la historia. Hoy toca Mayo del 37 como ayer tocaba el 19 de Julio y siempre, el irremediable 1º de Mayo. Las efemérides y los dogmas tratan de congelar el pasado para intentar revivirlo a todas horas, lo que a su manera contribuye a consolidar y reforzar la nueva etapa tecnofinanciera de la dominación. Su esencia represiva permanece oculta bajo el disfraz de la gloria ¿Cómo? En ausencia de una auténtica opinión pública solamente puede formarse un partido: el partido del orden. Y por lo tanto, impera un sólo punto de vista, el de la clase dominante. Ese dominio sin réplica le ha permitido ensalzar las condiciones existentes como las mejores posibles, glosando las pasadas revoluciones como divertimentos inocuos. Sin la existencia de un pensamiento rebelde, crítico y coherente que sepa comunicarse, un estado de opinión radical es imposible y por lo tanto, el partido de la revolución no tiene ninguna posiblilidad de formarse.

El desarrollo capitalista a escala mundial ha cruzado un nuevo umbral con la superación del control estatal, la tecnificación de la sociedad, la urbanización general y la mercantilización completa de las esferas pública y privada, inhibiendo cualquier crisis revolucionaria. La enorme contradicción entre el sistema dominante y la realización de los deseos humanos ha quedado disimulada en un mar de artefactos, dentro de un territorio domesticado y engullido por una atmósfera consumista; a los partidarios de la revolución corresponde desvelar dicha contradicción y hacerla insoportable para la mayoría. El bando revolucionario – en Polonia y en el resto – han de buscar y concentrar las fuerzas sociales interesadas en resolver la contradicción mediante la abolición sistema tecnocapitalista. Para ello tendrá que desarrollar una crítica radical de la sociedad moderna y comunicarla a los proletarios, es decir, a “los que no tienen poder sobre el empleo de su propia vida”, mediante luchas ejemplares que la pongan de manifiesto. La tarea no es fácil pues exige un conocimiento del territorio de la opresión que permita detectar sus puntos débiles, a fin de saber dirigir los ataques con posibilidades de éxito. Los lastres ideológicos deberán abandonarse so pena de derrota y fracaso.

Uno de los obstáculos mayores para la crítica radical lo constituye el concepto de “clase obrera”. Casi unánimemente se emplea como categoría inmóvil dentro de una estructura económica y social estática, donde suceden problemas laborales considerados abusivamente como lucha de clases. Tal idea rechaza la dimensión histórica de la clase y niega un hecho

fundamental, a saber, que la clase se constituye en las luchas y no al contrario. No podemos hablar de clase hasta que un sector de la población entra en conflicto con otro y toma conciencia del antagonismo entre los dos, tratando en consecuencia de modificar sus relaciones. La existencia de la lucha es crucial para la clase, porque sin ella la conciencia desaparece, los intereses de clase se olvidan y la propia clase se esfuma. Definir la clase solamente en función de su situación económica significa retrotraerse al pensamiento burgués, caro a los sociólogos de izquierda, a los sindicalistas y a los leninistas, que piensan en la clase obrera como un automóvil con el asiento del conductor vacío. Las luchas crean a la clase y su falta la destruye. Así que hoy, desde el punto de vista de la economía, hay más asalariados que nunca pero sin embargo éstos no forman una clase. No constituyen una comunidad real de intereses. La clase obrera no existe más que en el universo de burócratas fantasmales que en vano esperan un día poder dirigirla.

La sociedad moderna sigue estando fundada en el trabajo, pero su desarrollo tecnológico financiero ha enmascarado el antagonismo entre trabajo y capital al diluir los conflictos de clase, primero mediante el auxilio de los sindicatos; después, gracias al paro, la automatización y la deslocalización de las industrias. El paso de una economía productiva a una economía terciaria es simultáneo al proceso de atomización social y privatización extrema, siendo su principal resultado la disolución de la clase obrera en el seno de una sociedad de masas. El lugar de trabajo y el trabajo mismo pierden el papel estratégico que tenía en la economía productiva. Los conflictos laborales no son susceptibles de paralizar el funcionamiento del sistema; ni siquiera son capaces de expresar la escisión entre la sociedad real y la oficial, por lo que no pueden devenir conflictos políticos y sociales como antes, en tiempos del estalinismo y del franquismo. Entonces una simple protesta, aun integrada en el marco sindical o vecinal, era capaz de cuestionar a todo el sistema. La conservación de la conciencia de clase, al menos en formas vagas, es una virtud de las dictaduras. Como mínimo, los límites de la opresión están claros. La conciencia de clase era la responsable de que cualquier trabajador se sintiese afectado por el menor problema social e hiciera suyos los intereses de los obreros del taller más alejado. Hoy las cosas no ocurren así, por más que la demagogia obrerista se empeñe en lo contrario. La lucha de individuos por cubrir las necesidades vitales no origina valores específicos ni menos una cultura aparte, intrínseca al modo de vida de los oprimidos. Esos valores ya no existen como valores de clase opuestos a los valores dominantes. Se muestran como valores personales, por lo que reflejan solamente el antagonismo entre el individuo y su entorno, y, por consiguiente, no son causa más que de conflictos particulares, sin trascendencia. La dificultad de la vida cotidiana por devenir un escenario de luchas sociales explica el inaudito despliegue de la mercancía y el retorno de propuestas superadas como las artísticas. En pleno aislamiento el arte puede ser útil para “desengancharse”, pero sólo para eso.

El capitalismo moderno ha conseguido que una segunda naturaleza completamente artificial, mecánica, electrónica, económica, etc., envuelva a los individuos y destruya las relaciones que mantenían en tanto que miembros de una clase, configurando una sociedad

masificada y atomizada donde cada cual no se afirma sino como un yo privado, una individualidad segregada. Los puentes entre un individuo y su prójimo han sido derribados; en todos los momentos importantes aquél permanece abandonado y solitario, impotente ante una realidad fría e inmodificable, que se cierra en torno suyo como un telón de acero. Ni siquiera la protesta individual hecha pública puede considerarse política al menor nivel, porque la política misma es en las actuales circunstancias una actividad privada más, desempeñada por profesionales. El capital ha colonizado tan profundamente la vida cotidiana que ha privado a los individuos hasta de su propia privacidad. Ya van tres o cuatro generaciones de personas a las que el márketing cultural y mercantil suministra gratuitamente el contenido de sus vidas, los hitos sensacionales que las marcan, la esencia de sus emociones, las diversiones, los viajes, las protestas convenientes, las aventuras permisibles y los estados de excitación que las acompañan. El día que el abastecimiento se interrumpa, no será comprendido como un día de libertad, puesto que nadie ha aprendido a vivir por sí mismo, a hacer de su vida algo interesante y satisfactorio, sino como un día de aburrimiento sujeto a arbitrarias explosiones de ira. Lo venimos comprobando no sólo en las revueltas periódicas de la periferia urbana, donde la exclusión social deja sin suministro espectacular y sin perspectivas consumistas a una población cada vez más numerosa, sino en las tentativas fallidas de erradicación de conductas antieconómicas juveniles en los espacios públicos neutralizados. Un control de billetes en el metro o la dispersión de un “botellón” pueden originar batallas campales tan violentas como las que antaño provocaron las disoluciones de asambleas o los desalojos a fábricas ocupadas.

A medida que el sistema de la dominación se tecnifica se vuelve más complejo y, por lo tanto, más vulnerable, pero sólo dicho sistema parece darse cuenta de eso, o mejor dicho, muy pocos son los que quieren que se desmorone ¿Qué fuerza sería capaz de encargarse de la organización social en caso de derrumbe? ¿los lectores de LaHaine? ¿el “partido” de los leninistas? Para que el capitalismo desapareciera sería necesario que millones de personas anónimas dejasen de consagrar sus vidas al trabajo, al consumo y al espectáculo. Con semejante deserción, estaríamos hablando del advenimiento de una clase. En efecto, se precisa reconstruir la clase que conduzca al precipicio la sociedad capitalista. A tal fin las luchas que alcanzan las partes más profundas del sistema, que ensanchan sus grietas y debilitan sus posiciones, son las mejores, el fermento necesario para la aparición de efectivos reales, fuera del sistema y en su contra. Las luchas capaces de formular intereses generales y replantear la cuestión social hoy por hoy son la defensa del territorio contra la violencia urbanista, el combate por la vivienda y la resistencia antidesarrollista. Pero eso no significa que inmediatamente lo hagan. Primero porque han de generalizarse, lo que está aún lejos de suceder; y segundo, porque han de permitir la reflexión y el debate para pasar a una fase más radical y decisiva. Sus principales enemigos no son aquellos que tiene enfrente, sino los que le acompañan y parasitan. Igual que las pasadas luchas obreras encontraron por el camino a sus peores enemigos, los sindicatos y los partidos, dichas luchas son obstaculizadas por los ecologistas y los movimientos o plataformas ciudadanistas, que tratan

por todos los medios de apropiárselas para conducirlas al terreno oficial de la política y de la jurisprudencia, donde serán neutralizadas y anuladas.

Las luchas contra la dictadura del cemento y la tecnología apuntan al centro del sistema. Por su propia naturaleza son antieconómicas puesto que rechazan la lógica tecnocapitalista, pero para separarse de las malas compañías necesitan reconocer la parte no vencida de la lucha de clases pasada, sus aportaciones críticas más vigentes y sus métodos organizativos más válidos: los comités, los consejos y las asambleas. La abolición de toda representación separada y el desarrollo de la gestión colectiva horizontal, hostil a todo poder exterior, caracterizan lo que algunos llaman “autonomía” y que yo, ateniéndome a sus manifestaciones históricas, prefiero llamar anarquismo revolucionario. Tales luchas, si eliminan los escollos ecologistas y ciudadanistas que las contaminan pueden crear el terreno propicio para la unificación de reivindicaciones particulares y universales y desde allí impulsar formas de vida no consumistas y asentar una nueva conciencia de clase. Ardua tarea para cualquiera, y en particular, para mis amigos rusos y polacos, a los que me dirijo sin saber una sola palabra de su idioma. Y para los que piensen como yo y como ellos, pues como dijo Bakunin, “para tener fuerza contra el enemigo común hay que marchar juntos, y para poder hacerlo hay que ponerse de acuerdo.”

Miguel Amorós, Mayo de 2007.

Mayo 2007

La horda del ladrillo

La proliferación acelerada, desordenada y descontrolada de edificios e infraestructuras que invaden y destruyen territorios tiene todas las características de un cáncer. La palabra cáncer significa en griego “cangrejo” y traduce bien la excrecencia abigarrada y ramificada de las urbanizaciones que se agarran al suelo con la obstinación con que los cangrejos se adhieren a todo lo que atrapan. El cáncer urbanizador es la primera causa de muerte del territorio en los países desarrollados. Consecuencia de él, toda forma de vida coherente con el medio desaparece, todo rasgo de sociabilidad se esfuma, todo lugar se banaliza y se degrada, toda singularidad se aniquila, toda belleza paisajística se suprime, todo el patrimonio cultural se destruye o museifica. Lo único que no muere en un territorio afectado por el mal urbano es el propio cáncer, que actuando de forma autónoma e independiente del entorno escapa con facilidad a los obstáculos legales, pues tanto la ley reguladora como la ordenación y el planeamiento reconocen a los tumores urbanísticos como elementos legítimos suyos. Las ciudades morirán, y también sus paisajes, incluso sus habitantes (sustituidos por dóciles consumidores), pero el cáncer urbanístico es inmortal. Su capacidad de invadir y contaminar tanto los tejidos urbanos como los parajes naturales, y de ahí producir metástasis, es decir,

extensiones urbanizadas malignas de similares características, pero situadas a distancia del tumor primario de donde proceden.

La desintegración totalitaria del territorio urbano y rural traduce la desintegración social sobre la que se apoya y que a la vez produce. En el territorio está la clave. Y dentro del territorio, en el litoral. En el caso mediterráneo el equilibrio entre las actividades productivas y el binomio construcción-turismo se rompió durante los años sesenta, cuando los habitantes del interior del país, a imitación de la burguesía autóctona y de los primeros turistas, empezaron a alquilar o comprar apartamentos para permanecer en ellos un mes al lado del mar. El fenómeno se generalizó gracias a la aparición de los automóviles utilitarios que permitieron rápidos desplazamientos masivos a la costa. La demanda de vivienda residencial no dejará de crecer a lo largo de los cuarenta años siguientes, hasta desparramar las ciudades sobre su entorno rural y formarse una conurbación costera de miles de kilómetros. No se trata sin embargo de un simple deseo de contacto con la naturaleza sino de una renuncia explícita a la ciudad, al proyecto común de convivencia, ideal negativo de las clases medias urbanas amargadas por los males de la industrialización. Dicho ideal, rural y naturalista, se extenderá a toda la población a medida que su progresiva realización destruya la preciada “naturaleza” y el campo, adquiriendo la tipología de las enfermedades mentales y conformando a la vez la psicología del comprador. En poco tiempo estaremos ante un territorio completamente trivializado y socialmente desértico, donde para realizar las tareas más elementales es necesaria la intervención de un sinnúmero de vehículos privados. Centenares de miles de turistas escaparán de la ciudad el mismo día para concentrarse a montones en los mismos lugares y no encontrar más que la misma vulgaridad y el mismo hacinamiento del que huían.

La construcción y el turismo son actividades incompatibles con las demás: primero, la economía atrae al ladrillo; después, la economía depende absolutamente de él. Poco a poco, desaparecen las industrias, y con ellas, la pesca, la agricultura y el comercio de exportación. Al final, dominan las actividades terciarias ligadas al turismo, a la industria del ocio y a las segundas residencias: logística (almacenamiento, distribución, transporte), grandes superficies, hostelería, espacios lúdicos y sobre todo construcción. La economía que gira alrededor de la actividad inmobiliaria es una economía especuladora y mafiosa, donde todo el mundo tiene su precio, donde los hechos consumados en forma de edificios no se derriban y donde la justicia estatal interviene con extrema lentitud. Una segunda oleada constructora arranca a finales de los 80 al calor de eventos espectaculares como Las Olimpiadas y de las considerables alzas de precios; el desarrollismo anárquico del franquismo y posfranquismo será sustituido, gracias a las transferencias en materia urbanística a las regiones autonómicas y a los municipios, por un desarrollismo seudoplanificado de mucho más fuste en el que juegan un papel preponderante los intereses políticos. Un rasgo peculiar suyo es el clientelismo, responsable de la atmósfera de corrupción y complicidad que se respira en los municipios costeros y en muchos del interior: por un lado se benefician los pequeños comerciantes y propietarios de tierras y da trabajo a

las pequeñas constructoras y a los talleres; por el otro, los políticos locales cobran comisiones, los bancos recogen intereses crediticios y los traficantes blanquean sus ganancias. Todos se lucran o consiguen trabajo gracias a la especulación y al cemento (la construcción proporciona directamente mil ofertas de empleo mensuales), por lo que cualquier amago de lucha contra ellos choca con intereses creados muy extendidos, llegando a resultar impopular. Por eso el fraude, el cohecho, la malversación de fondos, la prevaricación, el tráfico de influencias o la falsificación documental encuentran mayor comprensión en las zonas donde el discurso político es pura apología del ladrillo.

En 1992 cuando se agota momentáneamente la demanda; la financiación y la propiedad surgen serias barreras contra la neoplasia urbanizadora. En 1989 las Cajas de Ahorro fueron autorizadas a operar fuera de su ámbito regional; las Cajas sustituyeron a los bancos como agentes financieros y completaron la trama inmobiliaria, llegando a crear sus propias promotoras. Por otro lado, sucesivas leyes “del Suelo” se encargaron de limitar el derecho de propiedad, vinculando ésta a los planes de ordenación y declarando urbanizable la totalidad del territorio, pero no en nombre del interés público, y esa es la cuestión, sino en nombre del beneficio privado. En efecto, las nuevas leyes autonómicas ceden la iniciativa urbanizadora a los promotores inmobiliarios, que, a menudo con dinero público, ejercen de “agentes urbanizadores”. Dos sucesos simultáneos, la contracción del mercado de alquileres y el abaratamiento del precio del dinero por la bajada de los tipos de interés, cambiarían las costumbres relativas al hábitat y lanzarían los ibéricos a la compra frenética de pisos y adosados, y como consecuencia, al endeudamiento crónico. La demanda todavía se incrementaría como efecto de la crisis bursátil y de la realización de infraestructuras (la parcela se encarece en función de su accesibilidad) convirtiendo a la construcción en la actividad generadora de mayores beneficios y motor absoluto de la economía (a partir del 2000 solamente en la costa se están construyendo 170.000 viviendas anuales). Un rápido proceso de concentración de empresas (aunque todavía estén censadas más de cuarenta mil empresas en el sector) y la expansión del crédito, consolidan el nuevo modelo desarrollista basado en la explotación salvaje del espacio asociada con la política municipal y regional. La ideología subyacente a tal proceder es que la urbanización brutal e impune es una fuente de prosperidad y trabajo, y, dadas las circunstancias, la única forma posible de “progreso”.

Cuando la industria se deslocaliza, el territorio se descubre como un inmenso mercado de suelo. La ordenación territorial y la planificación urbana que siempre habían sido un medio de acumulación de capital, se convierten en el único medio, o casi. La globalización acentúa todos los efectos especulativos de la marea de ladrillos, haciendo entrar en juego la demanda europea y la oferta internacional de crédito hipotecario. En algunos pueblos cercanos a la costa y particularmente en las islas, los compradores extranjeros han conseguido desplazar a la población autóctona. Los precios se triplican estimulando la compra de casas como inversión, dadas las fuertes plusvalías obtenidas en poco tiempo, y se produce la paradoja de que por una parte existe en España una vivienda por cada dos habitantes (o sea, veinte millones) y de que por otra, debido a los precios inabordables, la

mitad de la población está empeñada y más de un cuarto no tiene acceso a un habitáculo digno. Son los “sin crédito”, jóvenes, inmigrantes, jubilados, y, en general, gente sin recursos. España posee el parque de viviendas más numeroso de Europa, pero la vivienda es el mayor problema para la inmensa mayoría de sus habitantes. Mientras muchos viven en condiciones lamentables, hay cinco millones de viviendas vacías y se construyen cientos de miles al año (más de 800.000 en 2005). La llamada burbuja inmobiliaria es en realidad un atraco descomunal que ha transferido un tercio de la riqueza de los españoles a los bancos, promotores, constructores, especuladores y políticos.

La promoción, el negocio inmobiliario y su financiación han creado una nueva clase dirigente parasitaria y una nueva manera de hacer política identificada con la urbanización generalizada (hay 44.000 nuevas fortunas achacables al negocio inmobiliario). Privatización de los cargos públicos y del ejercicio político, directamente traducible en dinero. Es algo más que corrupción. Es la corrupción como rasgo esencial de la política; si se investigaran las variaciones patrimoniales de los concejales y alcaldes, con harta facilidad se descubrirían miles de casos, que de todas formas son vox populi. Pero la destrucción del territorio y la suburbialización de las ciudades son hechos perfectamente legales que deben poco a los corruptos. La corrupción es sólo un agravante; obedece fundamentalmente a que muchos cargos electos son a su vez promotores o están relacionados con el negocio, a que los partidos financian una parte de su organización con favores pagados, a que circula mucho dinero “sin lavar” y a que la firma de un edil puede suponer millones de euros para las constructoras. Sin embargo, la mayoría de operaciones no son “pelotazos”, sino suculentos negocios amparados por la ley. La especulación puede ser una práctica moralmente reprobable pero la legislación la estimula y protege. Se apoya en la plusvalía generada por el simple hecho legal de la recalificación (el precio del terreno se multiplica por treinta), en los permisos discrecionales de mayor edificabilidad y en la autonomía de los municipios para aprobar planes generales o parciales (los PGOU, los PAI) y para establecer directamente convenios urbanísticos con empresas. Los gobiernos autonómicos, a quienes compete el control del proceso urbanizador aprobado por los ayuntamientos, son partidarios de la intemperie urbanizadora porque es el “futuro”. Este futuro conlleva la motorización general; las autopistas, variantes, rondas y accesos son elementos determinantes de la ordenación territorial y, por lo tanto, de la especulación.

A partir de 2004, saturada la costa, las promotoras atacan los últimos rincones vírgenes, el prelitoral y las aldeas del interior dentro del radio de acción de las capitales, pero no de la manera habitual, sino con mucha más perspectiva y mucho más dinero. Las inversiones son ingentes, por lo que los planes son más ambiciosos: las macrourbanizaciones serán el nuevo instrumento del apocalipsis territorial (se autodenominan “resorts”, y si tienen puerto, “marinas”). Pueblos de 150 habitantes aceptan planes parciales elaborados por las mismas empresas que los convertirán en aglomeraciones de 30.000. Ello va a suponer un aumento exponencial de la población sobre la franja costera y la multiplicación de islotes suburbiales en el territorio indiferentes a los graves problemas que se están creando de transporte,

residuos, energía, agua, servicios, dotaciones, seguridad, etc., puesto que se van a solucionar con carreteras, líneas de alta tensión, policía privada, seguros, centros comerciales, desaladoras, incineradoras, cárceles, etc., para cuya financiación serán necesarios nuevos planes y mayor destrucción. Imprescindibles para los nuevos ordenamientos son los campos de golf por la sencilla razón de que aceleran el ritmo de venta y la revalorización de las viviendas. También consumen enormes cantidades de agua. En la actualidad hay más de trescientos puertos deportivos y casi cuatrocientos campos de golf, sin contar con los cientos proyectados. El turista de golf, así como el turista náutico, gasta más que el turista habitual de sol y playa. Cuando los compradores principales son los ejecutivos europeos y los pensionistas adinerados (en la actualidad acaparan la mitad de las compras), el golf y el puerto deportivo "modernizan la oferta" y marcan la diferencia, o, como se dice ahora, "son el referente". Son también la señal de que el negocio turístico e inmobiliario ha tocado techo y empieza a bajar, víctima del desenfreno de los últimos años. Es el momento en que el dinero público ha de remendar los desaguisados para que la gallina siga poniendo huevos, mientras que las empresas inmobiliarias invierten en el negocio de la energía y se expanden a otros países con suelo barato, a fin de que, solos o aliados a promotoras locales, la destrucción del territorio no decaiga.

Nunca la sociedad ha sido más capitalista que ahora, cuando el mercado del suelo absorbe todo el territorio y lo declara urbanizable. El paso de una ocupación intensiva del mismo a una ocupación extensiva es inherente a esa declaración. La mundialización, al terciarizar la economía en Occidente y facilitar las comunicaciones, la provoca. La desaparición de las ciudades propiamente dichas en un mar sin límites de asfalto y de hormigón que se adhiere al territorio con la maligna tenacidad del cáncer es una consecuencia difícilmente reversible. No hay un modelo de conurbación o una forma de ordenamiento territorial "sostenible" dentro del mercado porque el capitalismo no opera en circuito cerrado. La ocupación de viviendas vacías, la demolición de horrores edificados, la recuperación de las plusvalías acumuladas, la restricción de la movilidad, la ruralización de todo el terreno urbanizable, y, en fin, la socialización autogestionaria del suelo, podrían ser instrumentos para combatirle. Se trata de reapropiarse del territorio para volverlo habitable, para hacer florecer la libertad y la armonía en él, lo que exige un inmenso esfuerzo destructor: la sociedad será libre sólo con los ladrillos justos.

Miquel Amorós.

Extraido de la publicación *Libre Pensamiento*, número 54, primavera 2007.

Junio 2007

El aire de la ciudad

El fin de la libertad en la generalización de lo urbano

Si como dijo Hegel el aire de la ciudad nos hace libres, en la misma medida el aire de la conurbación nos hace esclavos. Si el ágora, el foro o la plaza pública hicieron posible la libertad y la igualdad, su desaparición las aniquila. La conurbación que sustituye a la ciudad -y que algunos llaman posciudad-tiene características bien diferentes. La conurbación es exactamente lo contrario de la ciudad, lo opuesto de un lugar a la medida del habitante: es una no-ciudad, un espacio hecho a la medida del automóvil. Un amontonamiento aleatorio de edificios desparramándose por el territorio sin más orden que el que imponen los cinturones y ejes viarios. Lo que define la ciudad es el espacio público, el terreno común donde se dan las condiciones de una vida pública, allí donde los habitantes, a los que llamamos con propiedad ciudadanos, pueden expresarse; allí donde pueden formular y defender un proyecto colectivo. Gracias a esa dimensión política, la polis, es decir, la ciudad, fue el lugar privilegiado de la historia, de la historia como despliegue de la libertad. En cambio, en la conurbación no existe espacio público; se sigue llamando así a una zona neutral donde son imposibles las relaciones urbanas, el diálogo político o la gestión ciudadana; un espacio-espectáculo que no llama a prácticas comunitarias sino a circos que consagran la pasividad. Lo que define a la conurbación es el espacio circulatorio, el asfalto, que abarca prácticamente todo el espacio no construido. Un espacio donde se puede ir de un lado a otro sin tocarse, pero donde los encuentros son imposibles; un lugar muerto en el que se deshacen la libertad y la historia. Desde que la ciudad no es ciudad, los ciudadanos no son ciudadanos. Los que ahora se llaman así son sólo votantes, sin un sentido particular de pertenencia, puesto que la conurbación no pertenece a los que la habitan. El urbanismo ha sido el instrumento de esa desposesión.

El urbanismo surge cuando los destinos de la ciudad caen en poder de la burguesía. El urbanismo no es más que la proyección de la ideología burguesa en el espacio ciudadano, o lo que es lo mismo, la herramienta mediante la cual se convierte la ciudad en un centro de acumulación de capital. Sus primeros pasos son quirúrgicos: a costa de los huertos conventuales desamortizados, de las murallas y de las venerables callejuelas, se ensanchan plazas y se abren vías rectas de penetración que establecen el primer peldaño en el predominio de la circulación sobre el lugar: circulación de tropas, de mercancías, de carruajes…, de capital en suma. La mercancía coloniza las relaciones sociales e introduce un nuevo concepto del tiempo: el tiempo es oro. Las masas ciudadanas se ponen en movimiento espoleadas por la prisa que les impone la economía. La ciudad crece porque ha de absorber los excedentes depauperados de población campesina que fluyen a ella en busca de trabajo y porque la nueva clase dominante necesita un espacio propio. La burguesía mediante reformas interiores, fabrica nuevos centros donde concentrar la

actividad comercial y financiera. El centro se segrega de la periferia, adonde se instalan las actividades industriales, se trasladan los mataderos, los cementerios, los manicomios y las cárceles. Para vivir la burguesía construye nuevos barrios, los ensanches, separados de los viejos barrios de artesanos y obreros. El espacio público al aburguesarse, desaparece; la burguesía es una clase que sobrevalora su intimidad. En los exclusivos ensanches los edificios son altos, con amplias viviendas, las calles espaciosas, con comercios y establecimientos de lujo. La idea burguesa de edificio público no es el palacio, ni la modesta "casa del pueblo". El inmueble grandioso representa la ideología burguesa de progreso. Así se construirán gracias al uso del hierro los nuevos consistorios, preferentemente en un estilo ecléctico, las centrales de Correos y Teléfonos, los mercados municipales, las estaciones del ferrocarril y todas las sedes de bancos y grandes empresas. La función de la mole de ladrillo, hierro y cemento no es otra que la de plasmar en el espacio la nueva jerarquía social que rige en la ciudad, preocupada exclusivamente por el movimiento de mercancías y dinero. Con su imponente presencia el inmueble ha de inhibir cualquier práctica cotidiana típica de una sociedad igualitaria, paralizar la dinámica social a su alrededor; en resumen, ha de mantener el orden.

El diseño en cuadrícula u ortogonal no da significación alguna a valores colectivos, más bien revela una parcelación del terreno que obedece a razones económicas: la creación del mercado inmobiliario. Al mismo tiempo que la burguesía hace negocio con los terrenos, consagra la privacidad como valor supremo, pues al contrario de lo que sucede en los barrios obreros, en los ensanches se prima lo interior sobre lo externo y, como consecuencia, se desvaloriza la vida social. La preponderancia de la circulación sobre el lugar es también la de la vida privada, urbanísticamente representada por la isla de casas, la manzana. La ciudad burguesa es una ciudad rota, en la que cada fragmento cobra autonomía: el centro político, el centro comercial y financiero, el ensanche residencial burgués, las barriadas obreras, los suburbios fabriles, la plaza de toros… Los espacios antaño comunes pierden su capacidad de relación y de comunicación, las calles separan las casas, las escaleras separan los pisos y los vecinos, encerrándose en ellos, se separan del mundo. El movimiento repetido al infinito acaba con la experiencia del espacio. Separa el espacio del tiempo y de la memoria; los monumentos son homenajes al olvido. Al someterse a la circulación la ciudad pierde su ritmo. La calle ya no se habita; es solamente un lugar de paso para ir de compras o al trabajo.

En el estado español, a finales de los años cincuenta del siglo pasado, las grandes ciudades dieron un salto cualitativo en la urbanización. Los Planes de Desarrollo y la entrada de capital foráneo fueron para la época el equivalente de lo que fueron derribo de las murallas y la llegada del ferrocarril para el periodo anterior. La actividad industrial pasó a ser preponderante y a concentrarse alrededor de las ciudades, forzando un vaciado de población rural. En quince años la población de muchas ciudades llegó a duplicarse. La oleada migratoria apenas pudo ser albergada en bloques de pisos, polígonos y grupos de viviendas, de arquitectura pésima, vertical y barata, ubicados según el precio del suelo con el

objetivo de contener el mayor número posible de habitantes por metro cuadrado. La manzana como unidad edificatoria fue definitivamente abandonada y el bloque abierto pasó a ser la unidad celular del tejido urbano. Espacialmente significaba un grado myaror de privatización y de anonimato. Aunque por primera vez, o casi, el crecimiento estuvo planificado, los Planes Generales de Ordenación no sirvieron más que para rellenar con total permisividad los terrenos situados entre la ciudad histórica y una ronda viaria diseñada ex profeso, plasmando un esquema de crecimiento concéntrico -como una mancha de aceite— que nunca será modificado. El deterioro de los barrios populares provocó la huida de las clases medias a la periferia, lo que a su vez obligó a largos desplazamientos y generalizó el uso del automóvil. La ciudad se sale de sus límites merced al vehículo de motor. Al expandirse se multiplican las distancias y pierde la forma, exigiendo cada vez más medios de transporte. El tráfico rodado aparece tímidamente y toma posesión de las calles. En pocos años será el amo absoluto de la ciudad industrial. Durante los años sesenta las ciudades no solamente se extendieron sino que se suburbializaron. La motorización de la población, el almacenaje masivo de gente en los extrarradios, la degradación de los centros históricos y la destrucción de los huertos urbanos fueron fenómenos simultáneos. A los problemas económicos se añadieron los relativos a la miseria cotidiana, o, dicho con palabras prestadas de la sociología, a la “mala calidad de vida”.

Pero mientras que cualquier manifestación pública era reprimida, el coche propio, la televisión y una mínima capacidad de consumo ensanchaban los límites de lo privado. El fútbol sucedió a los toros como primer espectáculo de masas. La zonificación como principio exclusivo, la privatización equipada y la dictadura de la circulación caracterizaron el urbanismo desarrollista, dando como resultado una aglomeración de individuos con escasos vínculos entre sí, indiferentes al lugar, automovilistas esclavos de las leyes dictadas por las “infraestructuras”, bien fuesen circunvalaciones o autovías radiales.

El desarrollismo no fue sin embargo un rasgo específico de la dictadura franquista. Formulado por primera vez por el presidente norteamericano Truman en 1949, fue la doctrina oficial de todas las clases dirigentes y de todos los que hablaban en nombre de las clases oprimidas. Por eso el cambio de régimen alumbró una clase política separada pero no supuso un cambio de orientación en el fascismo urbanizador y mucho menos un retorno de la vida pública. Tras un corto espejismo se produjo una profesionalización acelerada de la política y el sindicalismo a la par que una desactivación del movimiento vecinal, procesos que sustituyeron a los mecanismos represivos anteriores de forma mucho más eficaz. España siguió siendo “una, grande y urbanizable”. Los nuevos PGOU eran trajes aparentemente distintos pero hechos a con los mismos patrones. Unos pocos zurcidos, más verticalidad, mayor zonificación, mucha más motorización y de nuevo un desarrollismo sin otra justificación que la continuidad del proceso especulativo, puesto que la población dejó de crecer durante casi dos décadas. Bajo la consigna “la tierra para el que la recalifica”, los especuladores colmaron de edificios los huecos de las ciudades hasta un segundo, tercero o cuarto cinturón, consumiendo el suelo de uso industrial periclitado y lo que quedaba de

suelo agrícola, para soldarse luego con las ciudades y pueblos circundantes y constituir una gran área metropolitana. El fenómeno ha sido llamado “periurbanización”. Las antiguas barriadas céntricas se despoblaron y fueron parcialmente reocupadas por población marginal, acentuándose el deterioro de los lugares. Los viejos ensanches también empezaron a perder gente; buena parte del relevo generacional buscó casa en la primera o segunda corona metropolitana, ya por deseo de mejor entorno, ya por precios más asequibles. Gracias a la derrota del movimiento obrero pudieron pacificarse los escasos lugares liberados a la vida pública y lograron disolverse las ansias emancipadoras en un océano de consumismo y evasiones lúdicas. El subdesarrollo intelectual del habitante resultaba tan acentuado por el urbanismo que era muy fácil de adoctrinar para el consumo y las hipotecas. El desarrollismo exacerbó todas las taras del urbanismo burgués: la fragmentación de la ciudad, la destrucción del territorio, la masificación, la inmadurez mental, el predominio de la movilidad sobre los lugares, la urbanización sin límites… Los materiales prefabricados prepararon a los consumidores para una la uniformidad absoluta a traves de unos cualtos milllones de pisos, apartamentos y casas idénticos. Una arquitectura anónima entraña un modo de vida impersonal, insensible a la belleza tanto como a la fealdad, regido por una idea de confort privado que descansa en el ascensor, las cristaleras, el aire acondicionado, los cuartos de baño y sobre todo en la bunkerización, a base de alarmas, códigos de acceso y puertas blindadas. El desarrollismo urbano, tanto en la Dictadura como en la Democracia posdictatorial, transformó la ciudad en mero soporte de la circulación autónoma y de ahí vino lo demás. Al resultado final ya no se le podía llamar ciudad, puesto que se trataba de una extensión urbanizada sin fronteras, sin forma y sin carácter; un nódulo, o un “hub”, o un punto de articulación del retículo de la economía mundializada, semejante a cualquier otro. Patrick Geddes tempranamente llamó a eso “conurbación”; otros le llamaron “sistema urbano”. No era un fruto de la globalización; era la conditio sine qua non de su funcionamiento. La globalización descansa sobre una red de territorios hiperurbanizados por donde se mueven en tiempo real la información y los capitales; sobre un racimo pues de conurbaciones.

La conurbación de la era globalizadora tiene tres rasgos que la acompañan: ausencia de límites (“generalización de lo urbano”), diversidad de centros (“multipolaridad”) y desagregación social extrema (atomización). Son los trazos requeridos por una economía terciaria que, al separar geográficamente el proceso productivo de los lugares de consumo, eleva la circulación al rango de actividad preponderante. Y con la circulación todos los aspectos relacionados: el almacenamiento, la manipulación, la distribución y transporte. Para adaptarse a una economía de servicios, la conurbación debe por una parte sobrepasar un determinado tamaño crítico que la haga rentable como mercado; por la otra, disolver su centro en una red eficaz de polos especializados. La población necesaria viene de lejos, expulsada de sus países por la liquidación de las formas de sociedad anteriores a la globalización. Finalmente, la conurbación ha de conectarse con las demás de todas las maneras y a toda velocidad. La permanencia dentro de la red de flujos capitalistas exige grandes infraestructuras, suministro regular de gasolina, una mayor oferta de servicios a las

empresas y un márketing espectacular a base de eventos mundiales de tipo deportivo o cultural. La conurbación es un territorio-empresa en perpetua exposición y promoción, cuya entrada ha de ser cómoda y la salida, fácil. La actividad a la que sus habitantes dedican el mayor tiempo es circular, ir desde su suburbio-dormitorio al trabajo o al centro comercial. El espacio urbano es ahora un espacio sin conflictos, sin sucesos, donde nunca pasa nada; un espacio sin pasado, y, por lo tanto, sin historia. Las torres de veinte o treinta pisos son el paradigma de la soledad y de la paz urbana. Un lugar inhóspito, donde nadie entabla relaciones gratificantes, ni establece sólidas ataduras, ni piensa en quedarse para siempre. Un lugar peligroso donde el azar reparte la mala suerte, puesto que pesar de que los individuos han sacrificado su libertad, su independencia e incluso su salud a la protección que les brinda la economía y al Estado, la sensación de inseguridad es considerable. Un lugar apto para personal gregario y gente infeliz y depredadora.

La memoria histórica ha sido borrada gracias a la destrucción o a la museificación de los lugares donde alguna vez hubo vida y hubieron tensiones. Su significación ha sido extirpada de cuajo o desnaturalizada por el relato entre aséptico y feliz de los paneles para visitantes. Los recorridos por ellos se ordenan al ritmo del museo, confundiéndose con los itinerarios turísticos. La conurbación ha perdido toda seña de identidad, cualquier significado cultural o histórico, cualquier especificidad: puede ser cualquier parte, un lugar provisional y estéril, un no-lugar. Los dirigentes intentan ofrecerle una identidad nueva a través de la arquitectura monumental de “marca”. Dicha arquitectura es independiente del lugar donde se ubica; igual podía estar en cualquier otro lado y por eso resulta ideal para la conurbación: refleja fidedignamente la disolución de la ciudad, el desarraigo reinante sobre el cadáver de los valores comunitarios. El arquitecto “artista” es indiferente al ambiente, enemigo de la trama, hostil al equilibrio con el entorno. El exabrupto tecnológico, la salida de tono, en fin, la grosería edificada, es justamente lo que busca, su “firma”. El alarde constructivo no ha de arraigar para nada, solamente aterrizar. Tiene por eso un regusto extraño, como venido de una realidad “marciana”. No puede establecer una relación mínima con los habitantes, pues estos, en cierto modo, también son “marcianos”. Los monumentos de la era de la globalización desrealizan los lugares, los acercan a la virtualidad. En tanto que imágenes, son señas de una realidad aparte, donde todos han de comportarse como espectadores. Son como los macroacontecimientos: enormes operaciones de publicidad que de paso hacen tabla rasa con la historia. Su presencia en ese caos neutralizado materializa la concepción del mundo que tienen los responsables del totalitarismo urbano, y afirma con contundencia el modelo criminal de sociedad que estos ha elegido en nombre de todos.

Si la política de infraestructuras tiene un punto débil, ese no es el suministro de agua potable, la producción ingente de residuos o la generalización de conductas anormales; hace mucho tiempo que la conurbación dejó atrás las condiciones humanas de vida. El talón de Aquiles es el petróleo. El avance de los suburbios depende de la proliferación de automóviles y de la disponibilidad ilimitada de carburante. Así pues, el final del ultradesarrollismo urbanizador – del capitalismo – no vendrá de la mano de un cambio climático o de una

epidemia mortífera sin igual, sino de una sencilla crisis energética. Los combustibles fósiles hicieron posibles las industrias, los transportes, y, por lo tanto, las conurbaciones. Están tan íntimamente ligados a la economía global que cuando empiecen a escasear ésta no sobrevivirá. El crecimiento en un contexto de recesión de la producción petrolífera conduce al colapso social. Hoy por hoy ninguna energía, ni siquiera la nuclear, puede tomar el relevo. Todo el sistema económico dejará de ser rentable. Las conurbaciones, sin automóviles, no serán viables. Millones de segundas residencias quedarán vacías o serán ocupadas por fugitivos de las metrópolis. Y eso es lo que sucederá dentro de unas décadas, pocas. De nuevo volverán condiciones objetivas que empujen a los individuos proletarizados a mirar el mundo fríamente y actuar en consecuencia. No se trata pues de sentarse y esperar a que pase por la puerta el cadáver del capitalismo. Conviene ir sabiendo por donde hay que tirar. La lucha por liberar el espacio urbano será la nueva lucha de clases. Un programa radical ha de oponerse al desarrollismo y reclamar un retorno a la ciudad, es decir, al ágora, a la asamblea. Ha de proponerse fijar límites al espacio urbano, devolverle la forma, reducir el tamaño, frenar la movilidad. Reunir los fragmentos, reconstruir los lugares, restablecer relaciones solidarias y lazos fraternales, recrear la vida pública. Desmotorizarse, vivir sin prisas. Olvidarse del mercado, relocalizar la producción, mantener un equilibrio con el campo, demoler las tres cuartas partes de lo construido, deshormigonar el territorio. La economía ha de volver a ser un simple asunto doméstico. Salir del anonimato. El individuo ha de desarrollarse hasta encontrar su punto en la colectividad y echar raíces. La ciudad ha de generar una atmósfera que al respirarla haga libres a sus habitantes.

Miquel Amorós

Conferencia dada en el Ateneo Libertario de El Cabanyal, Valencia, 16 junio de 2007.

Agosto 2007

Anarquía profesional y desarme teórico

sobre insurreccionalismo

"Las comunidades del placer
emergerán de nuestra lucha aquí y ahora."
Alfredo Bonnano, *El placer armado*.

Desde hace diez años más o menos, en este país existe una corriente anarquista que ha revuelto el anquilosado medio libertario y ha significado un cambio de perspectiva en cuanto al planteamiento de la acción revolucionaria. Limitando su crítica a cuestiones tácticas e ignorando todo lo demás, su aportación no ha sido cuantiosa. Las condiciones reales del momento, empezando por la ausencia de luchas importantes, la inexistencia de un

movimiento obrero y un medio anarquista en decadencia, no eran las más favorables para que las propuestas insurreccionalistas de acción pudiesen romper el espectáculo pacifista de los seudomovimientos sociales que últimamente han pululado. Los sabotajes "insus" han sido contemplados por las masas inconscientes como algo ajeno y exterior, con lo que la represión ha tenido el camino fácil.

Pero pecaríamos de severos si no reconociéramos en el impulso que los ha provocado una auténtica voluntad de combate y una inteligencia mejor encaminada hacia la crítica radical de las condiciones existentes que la de otras corrientes libertarias modernas, del tipo primitivista, verde, comunalista, municipalista, etc. Eso ya es motivo suficiente para fijarse en la corriente insurreccionalista y repasar críticamente sus postulados principales.

Para empezar, el anarquismo insurreccionalista aparece muy ligado a la figura de Bonanno, su principal exponente, aun cuando Bonanno no detente ningún cargo en él, ni encabece jefaturas informales, ni represente en el movimiento más que a su persona. Cierto que sus opiniones y actos también suscitan críticas adversas y desacuerdos entre los grupos, o que hayan habido otros "teóricos" importantes como por ejemplo Constantino Cavallieri, pero su papel en la génesis de las tácticas que caracterizan el insurreccionalismo y su influencia en la mayoría son innegables. Bonanno es un veterano anarquista de dilatada experiencia y un enemigo público de la dominación a quien el Estado ha correspondido con varios procesos y encarcelamientos. Ha publicado numerosos escritos que permiten aproximarse a su pensamiento sin problemas, que por otra parte no es nada complicado ni original; por formación y carácter siempre ha tomado la menor reflexión filosófica por lo que él llama "metafísica", lo que no nos debe extrañar puesto que el verdadero Bonanno ha sido antes agitador y hombre de acción que pensador analítico y esclarecido. Nuestra intención sera la de detectar la aparición de las ideas insurreccionalistas y seguir su desarrollo acercándonos a su experiencia y trayectoria personales con la debida precaución metodológica, insistiendo en que el bonannismo no es todo insurreccionalismo.

Alfredo Maria Bonanno nació en Catania (Sicilia) en 1937, en el seno de una familia acomodada. Nada sabemos de sus primeros treinta años; sus primeros escritos que conocemos datan de 1970 y versan sobre el ateismo y la "autonomía de los núcleos productivos de base". Un escrito de 1971 habla de "contrapoder", lo que denota influencias "operaistas" que bien podían venir de Negri o de la organización maoespontaneista "Potere Operaio". El "operaismo" era una corriente crítica marxista que en los sesenta había desempeñado más o menos el mismo papel que "Socialisme ou barbarie" en Francia, llevando la renovación teórica hasta en las mismas filas libertarias. También realizó traducciones de clásicos como Rudolf Rocker o el dudoso Gastón Leval. Cuando las aguas del anarquismo italiano empezaron a agitarse como consecuencia del mayo de 1968 y de las huelgas del otoño "caliente" de 1969, nuestro personaje ya estaba bastante rodado en la ideología para posicionarse con claridad "a la izquierda" en un debate generacional. Los jóvenes libertarios no querían limitar la acción a la propaganda y el proselitismo, y deseaban participar efectivamente en las luchas reales, para contribuir "al crecimiento de la conciencia

revolucionaria en las masas". La organización de las viejas glorias y sus seguidores estaba más pendiente de sus reuniones y congresos que de las propias luchas y no aspiraba sino a "sumar el mayor número de personas bajo una sigla o bandera", no tan preocupada "en atacar el Poder como en tratar de molestarlo lo menos posible a fin de seguir disponiendo de pequeñísimos espacios donde luchar o donde ilusionar con su lucha." Era pues "un movimiento que se coloca como depositario de un patrimonio de ideas, análisis y experiencias bien precisas, pero que no tiene relación directa con las luchas" (Bonanno, "Movimiento ficticio y movimiento real"). La maraña de acuerdos y procedimientos orgánicos permitían a una pequeña burocracia de responsables paralizar cualquier iniciativa discrepante con la línea oficial, por lo que la cuestión orgánica fue el principal casus belli entre los viejos militantes inmovilistas y la nueva generación activa. La Federación Anarquista Italiana estaba organizada en base a un "pacto asociativo" redactado por el mismísimo Malatesta. En tanto que organismo "de síntesis", en ella tenían cabida los anarquistas de todas las tendencias, aunque no todas las tácticas, pues éstas eran convenientemente reconducidas en los congresos, donde "pequeños centros de poder" controlaban, juzgaban, condenaban o absolvían a las minorías. Los jóvenes defendían una estructura flexible de "grupos de afinidad", sin programa, reglamentos, o comités, ni más nexo de unión que la autonomía individual y la responsabilidad personal. Críticos con los sindicatos, promovían pequeñas organizaciones de base independientes de cualquier estructura política o sindical como por ejemplo el Movimiento Autónomo de los Ferroviarios de Turín, medio óptimo de intervención de los anarquistas en las luchas. Bonanno afirmaba:

"Nosotros somos partidarios de la organización, pero la organización puede ser un problema en sí misma, aislada de la lucha; un obstáculo para acceder al combate de clase."

Sin embargo la cuestión que más separaba a los viejos libertarios de los jóvenes era la de la violencia revolucionaria. En un momento en que la burguesía italiana experimentaba con el terror, el problema de la respuesta violenta, del que la lucha armada o los atentados no eran sino aspectos imposibles de ignorar. Los militantes patentados no sólo evitaban comprometerse en tales debates sino que intentaban aislar mediante calumnias y maniobras a quien insinuara su necesidad. Se había llegado a un punto en que lo que unía a los jóvenes libertarios con la FAI era mucho menos que lo que les distanciaba, así que las escisiones no se hicieron esperar. Desde 1969 se sucedieron las rupturas; hubo impacientes que se afiliaron a Lotta Continua o a Potere Operaio, mientras que otros fundaron los Grupos Anarquistas Federados y publicaron "A Rivista Anarchica", que durante años fue la tribuna de los anarquistas "alternativos". Una interesante aportación que hicieron fue la crítica de la "tecnoburocracia" y del nuevo capitalismo "gerencial", trasunto de "La Revolución de los managers", de John Burnham, de la que Bonanno tomará nota y divulgará en escritos posteriores. Una tercera corriente quedó constituida por quienes se inspiraban en la Plataforma de Archinoff y Makhno, como la ORA francesa, propugnando una organización aún más rígida y sobre todo más vanguardista, guardiana de los principios de un anarquismo tutelado.

Sin embargo, dejando aparte las escisiones, el principal problema de la FAI a partir de 1968 parece haber sido las ideas situacionistas, verdadero disolvente de las consignas estereotipadas militantes y de los tópicos anarcosindicalistas y antimarxistas que cimentaban un ideario estancado y paralizante, incapaz de realizar una crítica unitaria y radical de la nueva sociedad de clases con la que orientarse en las luchas contra el Poder renovado. La Internacional Situacionista, que contaba con una sección italiana, había terminado por encarnar la figura del "mal histórico" ante los propietarios de la FAI, ideólogos de un determinado "anarquismo" perfectamente compatible con una sociedad de clases modernizada. La tensión entre los propietarios y un sector contestatario en constante ebullición que les acusaba de burocratismo e ideología y que proponía una crítica de la vida cotidiana, hablaba de consejos obreros o defendía métodos violentos, provocó un reflejo defensivo entre los primeros de tipo paranoico. Los burócratas faistas se sentían infiltrados por misteriosos agentes situacionistas y reaccionaron convocando un congreso, el décimo, que se celebró en Carrara el 10 de abril de 1971, dedicado íntegramente a combatir el fantasma de la I.S. El congreso tomó la decisión de excluir a los "anarcosituacionistas" para evitar que el ejemplo cundiese en los grupos y federaciones locales. La insignificante FAI, obsesionada por lo que no eran más que los efectos antiburocráticos del primer estadio de la autonomía proletaria, permanecía ciega ante el verdadero peligro, el de la instrumentalización del movimiento libertario por los servicios secretos del Estado italiano. En efecto, las bombas fascistas de Milán del 29 de abril y las de Piazza Fontana del 12 de diciembre de 1969 fueron atribuidas por la policía a los anarquistas. Uno de ellos, Giuseppe Pinelli, fue arrojado por la ventana de una comisaría y otro, Pietro Valpreda, fue escogido como cabeza de turco de los atentados. El asunto trascendía los medios libertarios y puso en tensión a toda la sociedad. Para exacerbar más los ánimos en mayo de 1972 el anarquista Franco Serantini fue apaleado hasta la muerte por la policía en una manifestación y el comisario Calabresi, responsable de la muerte de Pinelli, fue ejecutado por un comando al cabo de unos días. La FAI, alarmada por los acontecimientos, no dudó en distanciarse de las respuestas violentas a la represión llegando a condenar los atentados y las bombas contra la policía y la magistratura. Bonanno, que había condenado el bombazo en la Cuestoría de Milán un año antes, tuvo una actitud opuesta hecha constar en las páginas de "Sinistra libertaria", publicación de la que era responsable, firmando un artículo titulado "Yo maté al comisario Calabresi", sentido del humor y valentía que le valió en octubre de 1972 una condena de dos años y dos meses por "apología del delito".

Cabe pensar que leyó bastante en el trullo porque en 1974 publicó algunos folletos sobre el Estado, la abstención y la revolución. A estas alturas ya creía haber arrojado a la balanza de las justas teóricas el peso decisivo de su pensamiento, editando de su bolsillo una espesa antología titulada "Autogestión y anarquismo". Al años siguiente dio a imprimir el libro "Autogestión y anarquismo" confeccionado a la manera de cortar y pegar (editado también en España), mientras seguía con sus artículos para la revista teórica bimestral "Anarchismo", fundada por él mismo en Catania. Justifica el rechazo al método dialéctico por ir de la mano de formas "autoritarias" de pensamiento que corresponden a formas autoritarias de acción

(“Crisis económica y posibilidad revolucionaria”). Marx no resulta útil para Bonanno ni siquiera como crítico de la economía pues su pensamiento es filosófico, hegeliano, y por lo tanto “huele a metafísica”. Alérgico a la terminología filosófica, se atreve a calificar la obra marxista de “un programa que tiene sus raíces en el misticismo protestante de la Edad Media” (“Después de Marx, autonomía”) lo que podía considerarse una opinión si no fuera porque el protestantismo ni tiene que ver con la mística, ni sucedió en la Edad Media. Bonanno tendrá siempre el problema le quienes han de hablar de todo, sepan o no sepan, y con alguna frecuencia aparecerán deslices ridículos en su extensa obra. Podía con facilidad haber reparado en el papel desempeñado por la filosofía clásica alemana en la formación del pensamiento revolucionario teniendo tan a mano a Bakunin, un exponente inmejorable de la influencia de Hegel. Su crítica del sindicalismo repite algo sabido desde Mayo del 68:

“el capitalismo al viejo estilo ha dejado lugar a una nueva versión gerencial. Es perfectamente consciente de que su mejor amigo y aliado es el sindicato” (“Una crítica de los métodos sindicalistas”, 1975)

Por lo demás no difiere de la que decían los marxistas consejistas (llega a citar a Pannekoek), sólo que la hace extensible a los sindicatos libertarios. Sin embargo no se entretiene en los consejos obreros, las asambleas, los comités y demás formas de coordinación horizontal pues a Bonanno no le interesa la clase obrera “en sí”, sino la manera como el anarquismo se articula en su autoorganización. Los anarquistas no han de inyectar sus ideas a las masas desde fuera, mediante la propaganda:

“el proyecto revolucionario anarquista parte del contexto esfecífico de la realidad de las luchas. No es un producto de la minoría, no es elaborado por ésta y exportado al movimiento de los trabajadores que lo adquiere en bloque o a plazos (…) esnecesario partir del nivel real de las luchas, del nivel concreto y material del combate de clase construyendo pequeños organismos de base, autónomos, capaces de colocarse en el punto de coincidencia entre la visión total de liberación y la visión estratégica parcial que la colaboración revolucionaria hace indispensable.” (“Movimiento ficticio y movimiento real”)

En 1975 Bonanno consideraba (y tenía razón) que la sociedad italiana atravesaba una fase prerrevolucionaria, por lo que lo fundamental era la organización autónoma de los trabajadores, para la que se necesitaban “núcleos autónomos de base”, o “núcleos obreros autónomos”, que no eran otra cosa que “pequeñas organizaciones autónomas de base dedicadas a la lucha radical contra las actuales estructuras de producción” (“Una crítica de los métodos sindicalistas”). Esos núcleos constituían el punto de encuentro entre los anarquistas y el proletariado. Desconfiaba de estructuras más amplias como las asambleas obreras porque coartaban la autonomía de los grupos y podían ser fácilmente manipuladas por burócratas y demagogos. No se definió demasiado sobre los pasos siguientes hasta que un salto cualitativo en la conflictividad social puso sobre el tapete la cuestión de las armas.

A mediados de los años setenta el Estado italiano se había debilitado en grado máximo y había revelado su flaqueza recurriendo a los montajes terroristas que señalaban enemigos

ficticios, con la complicidad de los medios de comunicación y los estalinistas. Las tentativas de reestructuración industrial agravaban la revuelta social que pasaba de las fábricas a la calle. En palabras de Bonanno, “el movimiento revolucionario, incluyendo el anarquista, estaba en una fase de desarrollo y todo parecía posible, incluso la generalización del conflicto armado.” La existencia de un partido militarizado como las Brigadas Rojas, provocaba en los medios antiautoritarios el temor a que éste tomara la dirección de las luchas. El debate sobre alternativas armadas libertarias dio lugar en 1977 al nacimiento de Azione Rivoluzionaria, “una estructura combatiente lo más abierta posible a la base”. La crítica de las armas, “la única fuerza que puede hacer creible cualquier proyecto” según A.R., alcanzaba niveles de enfrentamiento, no ya en la FAI (que, más interesada en el sindicalismo que en la revolución, obviamente condenaba la lucha armada), sino entre los mismos revolucionarios. Para unos se trataba de una violencia separada que no favorecía el enfrentamiento de clase sino el espectáculo del enfrentamiento, contribuyendo a criminalizar el “movimiento de la autonomía” y a provocar su represión. Para A.R. el movimiento no hubiera sido tomado en serio y seriamente temido si no fuera por la guerrilla armada. Era lógico que la represión sucediese a la ofensiva revolucionaria hubiese o no guerrilla, pero gracias a que ésta hizo de pararrayos echándose encima al aparato represivo, el movimiento todavía conservaba sus sedes, sus periódicos y sus radios. La respuesta de Bonanno fue primero el texto “Movimiento y proyecto revolucionario”, seguido por el libro “El goce armado”, muy impactante en su momento debido más que a la rotura de tabúes militantes, al hecho de estar prohibido al poco de publicarse (en la concentración de Bolonia fueron repartidos o vendidos cerca de tres mil). Hubo una edición española que llevó por título “El placer armado”. El libro no contiene ningún análisis del momentó, ni discute seriamente de armas: no es un libro de estrategia sino de principios. La novedad no reside en su contenido, recuperado de la obra del grupo “Comontismo” (1972-1974) y de los escritos del ex situacionista Raoul Vaneigem “Terrorismo y revolución” (1972) y “De la huelga salvaje a la autogestión generalizada” (1974), de mucho éxito en Italia, sino en que reune y trata con una superficialidad apta para todos los públicos de todos los temas que podían preocupar a rebeldes a quienes no gustase demasiado leer y para quienes la revolución no fuese algo muy diferente de una especie de barra libre generalizada. A pesar de unas palabras desdeñosas que dedica a Mayo del 68 su lenguaje es prositu: la revolución es una fiesta, no trabajar jamás, la autogestión es la autogestión de la explotación, la lucha es placer, el juego es un arma, destrucción de la mercancía, etc. La palabra espectáculo se repite docenas de veces, mientras que las referencias al Estado, más propias de los anarquistas, son mínimas. En algunas páginas Bonanno pretendía en lenguaje vaneigemiano “oponer la estética del no trabajo a la ética del trabajo”. Aunque no hacía mucho que luchaba por la “organización autónoma de la producción”, ahora:

“El único camino que los explotados pueden tomar para escapar del proyecto globalizador del capital es el que pasa por el rechazo del trabajo, de la producción y de la economía política […] la revolución no puede reducirse a una simple modificación de la organización

del trabajo… la revolución será siempre y solamente negación del trabajo, la afirmación del placer."

A pesar de haberle dedicado un libro a la idea según la cual los expropiados se reapropian de la totalidad de proceso productivo, es decir, a la autogestión, ahora la condenaba como una mistificación:

"Realizada victoriosamente la lucha, la autogestión de la producción se vuelve superflua, porque después de la revolución la organización de la producción se vuelve superflua y contrrevolucionaria."

Si alguien buscaba un esbozo de estrategia o simplemente ideas prácticas para encarar los problemas inmediatos de la revolución que en 1977 se jugaba a doble o nada, no los iba a encontrar en el libro, todo él una mistificación de más, incluso en lo concerniente a la lucha armada. Aparte de felicitarse por la violencia contra la policía, los patronos o los periodistas del poder y de decir eso de "date prisa en armarte", advertía contra la sacralización de la metralleta, pues la lucha armada no representaba "toda la dimensión revolucionaria". De todas formas era incuestionable, pues cualquier crítica al respecto hubiera favorecido a "los torturadores":

"Cuando decimos que el tiempo no ha llegado para atacar con armas al Estado estamos abriendo las puertas del manicomio para aquellos camaradas que realizan tales acciones."

Y nada más, un llamamiento a pasarlo bien y a dejar tranquilos a los grupos armados mientras el proletariado italiano se encontraba ante la disyuntiva de abolir el trabajo o seguir trabajando. Bonanno, desde las páginas de "Anarchismo", constataba la generalización del comportamiento ilegal y el sesgo prerrevolucionario del momento, pero la organización guerrillera A.R. ironizaba sobre el carácter puramente literario del posicionamiento de la "crítica crítica de Catania", que

"por fin quiere aclarar lo que deberían ser las tareas revolucionarias de los anarquistas. Dadas las premisas sería de esperar una respuesta de este tipo: los anarquistas habrán de empezar a rebelarse. Nada de eso: los anarquistas habrán de empujar a los explotados a rebelarse. Si lo interpretamos con maldad eso querrá decir: la vieja cantinela, los leninistas, los estalinistas, los obreristas se rebelan ¿por qué los anarquistas se limitán a empujar a los demás a hacerlo? ¿Quién les empujará a la vez? ¿No estarán de nuevo fuera de la historía? Una interpretación benévola: empujar a los explotados a rebelarse de la única manera posible, es decir, rebelándose ellos, no con ríos de tinta… " (A.R. , "El Movimiento de 1977 y la guerrilla")

La huelga general no tuvo lugar, quedando los grupos armados y los elementos irrealistas como Bonanno cada vez más aislados. Aunque el reflujo del movimiento de 1977 dejó la lucha armada como única salida para muchos rebeldes, no hubieron los diez, cien, mil núcleos armados que anunció A. R. en su declaración fundacional. Los sindicatosimpusieron el orden en las fábricas y la policía, en la calle. El Estado se reforzó y los comportamientos ilegales fueron duramente reprimidos. Se produjeron oleadas de detenciones; la lucha

armada se disolvió como un azucarillo en el agua. En 1979 la mayoría de miembros de Azione Rivoluzionaria cayeron presos y desde las celdas dieron punto final a la guerrilla, pasando algunos a la organización leninista Prima Linea, cosa que despertaba dudas sobre la firmeza ideológica de aquella organización, tan rotundamente afirmada en sus octavillas y comunicados. A finales de 1977 Bonanno fue arrestado por "El Gozo armado" y condenado el 30 de noviembre de 1979 a un año y medio de cárcel por haberlo escrito. Lejos de acobardarse o de arrepentirse, se solidarizó con los activistas prisioneros, incluso con los de B.R. o los P38, arremetiendo públicamente contra Amedeo Bertolo y Paolo Finzi que desde "A Rivista Anarchica" se habían despachado a gusto contra su recensión de un libro sobre Emile Henry. Era la primera vez que le atacaban públicamente desde una tribuna anarquista y le restregaban su exhibicionismo en las reuniones. Bonanno aprovechó la ocasión para tratar la cuestión de la violencia de clase sin entretenerse en moralismos sospechosos:

"Terrorista no es el que se enfrenta al poder con violencia para destruirlo, sino el que emplea medios violentos y crueles para asegurar la continuidad de la explotación. Por eso, ya que solo una pequeña minoría se interesa en dicha continuidad (patronos, fascistas, políticos de cualquier tipo y color, sindicalistas, etc.), es lógico deducir que los 'verdaderos' terroristas son estos últimos, en cuanto que emplean medios violentos para perpetuar la explotación. Y la violencia de esta gente se realiza en la fuerza de las leyes, en las prisiones, en la obligación de trabajar, en el mecanismo automático de la explotación. La rebelión del explotado nunca es terrorismo." ("Del terrorismo de algunos imbéciles y de otras cosas", 1979)

Al asimilar los condicionantes a las formas extremas de opresión, identifica ésta sin más con terrorismo:

"Anotemos que terrorista debe de ser el que aterroriza a otro, el que trata de obtener cualquier cosa imponiendo su punto de vista con acciones que siembran el terror. Así, resulta claro que el poder aterroriza a los explotados de cien maneras. Estos tienen miedo de no trabajar, de la miseria, de las leyes, de los carabiniere, de la opinión pública; sufren un terrorismo sicológico compacto que le reduce a una situación de sumisión casi total en la lucha contra el poder. Esto es terrorismo." (*íbidem*)

Sin embargo Bonanno no llegaba a aprobar la lucha armada, todavía discutible a nivel estratégico, y menos aún la necesidad de un "partido armado." Lo que rechazaba era la contraposición que consideraba maniquea entre lucha armada y lucha de masas, porque conducía a la desautorización y criminalización de los que practican la primera. Planteaba la cuestión para no resolverla. Así pues, la lucha armada era una opción respetable con la que se podía o no estar de acuerdo, pero a la que ningún guardián de la anarquía podía arrojar del templo. Ni toda era buena, ni toda era mala, aunque, siempre, éticamente justificable. El tema acabaría siendo su especialidad, pero no se contentaba con eso. Para entonces su pensamiento adquiría un nivel de confusión y una falta de estilo preocupantes. Bonanno había enfermado de grafomanía y con la mayor desenvoltura atacaba cualquier asunto, con un tono sentencioso que pretendía producir sensación de profundidad y con alusiones

abundantes para aparentar saber más de lo que decía, trucos habituales para dejar boquiabierto a un lector poco exigente. Los hechos eran tenidos en poco y apenas recurría a ellos para fundamentar sus perentorios asertos. Si mencionaba el "movimiento real" era como simple lugar común de su retórica alambicada. De una cosa iba a otra entre una exabruptos, tópicos, afirmaciones gratuitas y, de cuando en cuando, alguna verdad medio ahogada entre tanta frase, ensartándolo todo sin el menor encadenamiento lógico. El final era el principio: la acción insurreccional. Podemos recoger ejemplos de su insensatez a docenas; pero bastaría echar un vistazo a "El agua sucia y el niño", donde aspiraba a liquidar entre otras cosas su situacionismo mal digerido, el "movimiento", la dialéctica y el marxismo. El hecho de que Bonanno despreciara la actividad teórica si no desembocaba en la acción inmediata y contundente, no le ahorraba la conversión en, por decirlo con sus propias palabras, uno de esos "aficcionados a la pluma, que producen análisis como la Fiat automóviles."

En mayo de 1980 la policía realizó una razzia contra los anarquistas vinculados a la revista "Anarchismo". Bonnano y sus compañeros fueron acusados de pertenecer a Azione Rivoluzionaria, pero el montaje resultó fallido en la misma fase de instrucción. El final del movimiento revolucionario se produjo en medio de un sinfín de délatores y arrepentidos. El mismo Toni Negri encabezó a los "disociados", aquellos que se comprometían a no combatir jamás al Estado a cambio de beneficios penitenciarios, y se apuntó al coro de los que pedían amnistía. Bonanno arremetió justamente contra todos en el librito de 1984 titulado "Y nosotros estaremos siempre dispuestos a empadronarnos nuevamente en el cielo", lo que le valió otro proceso. De la fácil derrota de los revolucionarios sacó conclusiones que iban en sentido opuesto al de las organizaciones anarquistas supervivientes, pues apuntaban hacia la acción violenta contra las personas y objetos que encarnaban la represión, la justicia burguesa, la tecnoburocracia, el sindicalismo y el capitalismo, todo lo cual debía "traducirse en actos precisos, en actos de ataque, no sólo verbal, sino en los hechos" ("La Revolución ilógica", 1984). Los verdaderos anarquistas debían estar en revuelta permanente y pasar al ataque: "Reafirmamos con insistencia nuestra convicción de que el uso de la violencia organizada contra los explotadores, incluso cuando reviste el aspecto de acción minoritaria y circunscrita, es un instrumento indispensable de la lucha anarquista contra la explotación"("Y nosotros, etc."). Después de años mareando la perdiz, por fin se había decidido a dar el paso. Las discusiones de la cárcel y el espectáculo vergonzoso de los arrepentidos y disociados habían contribuido lo suyo. Bonanno, a quien agradecemos que se olvidara de Spinoza y del "obrero difuso", dice verdades evidentes que por suerte no quedan disimuladas tras su verborrea pretenciosa: "La amnistía, no nos la darán. La tendremos que pagar." El precio será el espíritu revolucionario, las ideas, la dignidad, el valor, "Si aceptamos hoy el acuerdo, mañana como mucho nos veremos luchando dentro del gueto en el que nos habrá aparcado el poder… colaborando nos rendimos en bloque al enemigo." Para los estalinistas extremistas:

“La reducción de la guerra de clases a un simple enfrentamiento militar lleva en sí la conclusión lógica de que si sobre dicho terreno se sufre una derrota, la guerra de clases deja de existir como tal. Se llega al absurdo, no sólo teórico, sino práctico, de que hoy en Italia, después de la derrota de las organizaciones combatientes, no se trata ya de una guerra de clases en actos, y que interesa a todos (y en primer lugar al Estado) negociar una rendición para evitar que se desarrolle un proceso conflictual absolutamente ficticio y completamente perjudicial para cada uno.” (*Ibidem*)

Efectivamente, la traición de Negri y loscolaboradores residía en su leninismo peculiar que lo traducía todo en términos de poder separado; como representantes autoproclamados de la clase obrera, ellos eran los interlocutores privilegiados del Estado y su salvación era cuando pintaban bastos la cuestión central. En tanto que partido derrotado no iban a luchar para conseguir su liberación, sino negociar su liberación para reemprender la lucha por otros medios. Con el futuro hipotecado por los pactos con el Estado ¿Qué lucha iba a ser esa? Acertadamente Bonanno señalaba que una cosa era abandonar las armas por haber cambiado de opinión y otra, hacerlo porque el poder dominante te lo exigía: “no te piden una crítica, te piden una abjuración.” Ante el Estado nadie era inocente:

“todos somos responsables de nuestro sueño de escalar el cielo. No podemos ahora transformarnos en enanos después de haber soñado, codo a codo, cada uno sintiendo cómo batía el corazón de los demás, de atacar y abatir a los dioses. Es ese sueño lo que atemorizó al poder […] Nadie puede ser neutral, somos culpables de la gestión y elaboración de aquella atmósfera que nos entusiasmó y arrastró. Incluso los más críticos pueden pretextar una inocencia original. A los ojos del Estado, precisamente estea atmósfera es la culpable. Y eso hemos de reivindicarlo.” (*Ibidem*)

Pero estos flashes de lucidez no bastaban para iluminar el nuevo panorama de los ochenta, con una clase obrera sometida y miles de presos en las cárceles. En vano buscaremos en su obra un balance del proceso que condujo a ese desastre. Bonanno solamente nos ofrecía una reafirmación: “En esta época de liquidación y de saldos reafirmamos que nuestra lucha es una lucha por la liberación total, aquí y ahora.” Empleando un maniqueismo inverso, oponía lucha de masas a revuelta insurreccional, al no considerar ésta como un momento del desarrollo de aquella, sino como un instrumento:

“para nosotros las luchas intermedias no son un fin sino un medio que utilizamos (incluso con frecuencia) para llegar a un fin diferente: empujar a la rebelión […] lo importante es que las luchas intermediarias tienen que hallar una conclusión violenta, un punto de ruptura, una línea de fuerza más alla de la cual la recuperación no sea posible.”

Para llegar ahí hacía falta una conciencia de la necesidad do generalizar la violencia y esa era la función del “movimiento específico”:

“hemos de crear la posibilidad de un momento específico que sea capaz de fijar encuentros comunes con el movimiento real, en los lugares y según los sentimientos en los que el batido de este último sea perceptible al batido del primero.” (*Ibidem*)

En la medida que tenía sentido tal logorrea, sonaba mal: las masas eran incapaces de alcanzar metas revolucionarias sin el concurso de una élite, llámese llegarían al nivel insurreccional necesario. El anarquismo bonannista iba concretándose en una vulgar ideología aventurera y vanguardista, bastante cercana en sus fundamentos teóricos al extremismo militarista del "partido armado." En los años siguientes Bonanno elaborará los conceptos esenciales de la ideología insurreccionalista a partir de la separación entre lucha de masas y lucha insurreccional, separación a la que sólo una minoría selecta, "específica", ayudaría a superar. Su obra empezaba a ser conocida fuera de Italia y él mismo era una figura maldita del anarquismo internacional. Su gran hallazgo teórico -que cualquier tipo de acción, por minoritaria que fuese, era posible y deseable en cualquier momento -le marcaría indefectiblemente el camino.

En un principio fue la acción. La separación entre teoría y práctica reducía la una a simple acompañamiento y la otra a mera técnica. Para Bonanno el "no esperar" como hacían las organizaciones anarquistas "específicas" y "pasar a la acción" requería un tipo de organización diferente, no permanente, definido como "informal", y creyó encontrarlo en los grupos de afinidad. Dichos grupos habrían de elaborar un "proyecto" producto de sus análisis y discusiones, que orientaría y estimularía la acción. Usando el lenguaje técnico del marketing empresarial, en uno de los artículos de "Anarchismo" describía el proyecto como "el lugar de la conversión de la teoría en la práctica", especificando las cuatro condiciones sine qua non para su elaboración que debía reunir el revolucionario, a saber, coraje, constancia,creatividad y "materialidad" (algo así como sentído práctico). El encuentro de Milán en octubre de 1985 bajo el lema "Anarquismo y proyecto insurreccional" permitió a Bonanno exponer a grandes trazos su visión de las transformaciones ocurridas en el capitalismo. Sorprende la ligereza con que usaba trivialidades puestas en boga por la sociología americana (por ejemplo calificar a la sociedad de "post industrial") y el tono profesoral que se gastaba. En su intervención podemos leer esta enormidad: "la capacidad del capital desde el punto de vista productivo hoy no se basa en los recursos del capital financiero, esto es, sobre las inversiones, sobre el dinero, sino que está basada esencialmente, casi en su totalidad, sobre el capital intelectual." Aunque parezca mentira, Bonanno repetía al profesor Negri. "El capital ya no necesita recurrir a obreros para realizar la producción" así que

"la centralidad de la clase obrera ha sido trasladada a otra parte. De primeras, tímidamente, en el sentido de una difusión de la fábrica en el territorio [de nuevo Negri]. Después más decisivamente, en el sentido de una progresiva sustitución de los procesos productivos terciarios al clásico secundario."

Uno se pregunta si sabía lo que decía, pues los procesos terciarios no tienen que ver con la producción, pero la prosa bonannista ha sobre todo al teorizar. Según él la clase obrera quedaba progresivamente al margen de la producción perdiendo protagonismo y, además, la revolución podía tanto ocurrir como no pues en la sociedad post industrial desaparecía la relación de causa a efecto entre las luchas y sus consecuencias. Pero sin decir por qué, "justo

por eso la revolución se vuelve posible". Bonanno se había percatado de las revueltas de las barriadas marginadas en las ciudades inglesas y pontificaba gratuitamente acerca de la tarea de los anarquistas: "transformar las situaciones irracionales de sublevación en la realidad insurreccional y revolucionaria." El tema quedó aparcado sine die, pero ya hemos dicho que la teoría no era su fuerte y al tener que rellenar un par de publicaciones regularmente, procedía sin escrúpulos con los materiales que pirateaba.

Por ejemplo, en 1987 copió la compaginación y la presentación tipográfica de la revista *Encyclopédie des Nuisances* (EdN) para presentar la nueva serie de "Anarchismo", anécdota inocente si no fuera por el fusilamiento de tres artículos de la EdN en sendos números del portavoz de Bonanno. Cortes no indicados, interpolaciones abusivas, retoques arbitrarios y numerosos errores sin intención aparente que forzaron a la EdN a emitir un comunicado que concluía:

"Aquellos que exhibiendo una crítica que no es la suya, comienzan por disimular su origen todo lo que pueden, así como ocultar las luchas de donde proviene y las relaciones que estas implican, demuestran con ello ser incapaces de usarla y de descubrir los secretos de su época o de comprender las diversas operaciones especiales de la democracia espectacular. Donde la ficción domina en grande, las pequeñas falsificaciones pueden no tener importancia. Sin embargo aprovechamos la ocasión para declarar nuestra modesta convicción de que éstas explican el triunfo de aquella, y de que el hundimiento de una pasa por el fin de las otras."

Bagatelas que no preocupaban a Bonanno. Su problema era por un lado el "ataque" y por el otro, los intentos de la policía por implicarle en diversos atentados.

Era el primer agitador desde Blanqui que proclamaba la posibilidad de una ofensiva contra el Poder en pleno retroceso de la clase obrera. Evidentemente se trataba de un intento de escapar a los condicionantes históricos mediante la acción contundente de minorías. El protagonismo recaía según Bonanno en los grupos informales, los únicos capaces de actuar en serio. Las masas no estaban para juergas revolucionarias. Condenaba las manifestaciones de masas por pacíficas e inútiles y en su lugar, junto a manifestaciones "organizadas al modo insurreccional" propugnaba "la necesidad de pequeñas acciones destructivas, de ataque directo contra las estructuras del capital." La responsabilidad de estos ataques por los grupos debía de asumirse plenamente y no remitirse a las condiciones favorables o desfavorables, ni al nivel de conciencia general. La decisión de atacar directamente al Capital y al estado no competía más que a los revolucionarios, depositarios de la esencia insurreccional del conflicto:

"O atacamos o retrocedemos. O aceptamos hasta el fin la lógica de clase del enfirentamiento como contraposición irreductible y sin solución o vamos para atrás, hacia los pactos, los detalles, los embrollos lingüísticos y morales."

Si querían vivir su vida, liberar los instintos, negar los ideales burgueses, satisfacer sus necesidades auténticas o cualquier otra zarandaja del vocabulario liberado de los rebeldes

insatisfechos, las palabras no bastaban. Cada anarquista tenía que superar las barreras políticas y morales que le impedían actuar. Bonanno calificaba esos esfuerzos de “el gran trabajo de liberal al hombre nuevo de la ética” (“La fractura moral”, en “Provocazione”, publicación dirigida por él, marzo 1988.) Desdeñaba los métodos asamblearios porque retrasaban o paraban las acciones más decididas, así como las iniciativas que buscaban agrupar el máximo de adherentes, “la manía de la cantidad”. Por esa razón no prestaba atención a los movimientos reivindicativos de base como los COBAS, constituidos en noviembre de 1987. El modelo bonannista eran las “ligas autogestionadas” que formaron a principios de los ochenta los habitantes de Comiso (Sicilia) para oponerse a la construcción de una base americana de misiles. Se trataba de “núcleos” informales asesorados por los anarquistas con un solo objetivo, la destrucción de la base militar, sin programa, autónomos (independientes de partidos, sindicatos o de cualquier otra entidad), en “conflicto permanente” con la dominación y “al ataque”, sin prestarse al diálogo, a la transacción o al pacto. Seguramente para distinguirlos de las luchas no inmediatamente destructivas, denominaba a este tipo de conflictos “luchas intermedias”, a diferencia de otros con objetivos más amplios y motivados por el “trabajo insurreccional” como la “lucha contra la tecnología”, que se saldó con más de cien torres de alta tensión dinamitadas entre 1986 y 1988. La traducción de una octavilla alemana que precisaba detalles de cómo echar abajo una de esas torres le valió a Bonanno una nueva estancia en
prisión. En la campaña de los postes, donde participaban rebeldes de varios países, la manía de la cantidad volvía por la puerta de atrás: los sindicalistas contaban carnets y los activistas, atentados. En todos prevalecía el espíritu cuantitativo. Pues la eficacia de un ataque no depende del número de explosiones, ni del grado de destrucción causado. No hay luchas “intermedias” y luchas reales, hay luchas prácticas y luchas inútiles, luchas que despiertan la conciencia de la opresión y luchas que la duermen. La policía no pudo implicar a Bonanno en ningún hecho violento pero lo involucró arteramente en el asalto a una joyería. Fue arrestado el 2 de febrero de 1989 y puesto en libertad sin cargos dos años más tarde. Una vez libre aprovechó el tiempo para viajar a España y dar el toque definitivo al insurreccionalismo, ideología que influyó en los medios anarquistas de diversos países, aquellos donde el anarquismo se encontraba estancado, adormecido y controlado por camarillas.

En 1992 Bonanno y otros compañeros se proponen dar un salto cualitativo en el “ataque” atrapando una “ocasión organizativa”. A tal fin constituyen el grupo promotor de una Internacional Antiautoritaria Insurreccionalista. La palabra “insurreccionalista” surge por primera vez. En enero de 1993 viaja a Grecia e imparte a los universitarios de Atenas y Tesalónica dos conferencias en las que explica “por qué somos anarquistas insurreccionalistas”. He aquí la ideología insurreccionalista resumida en seis puntos:

“Porque mantenemos que es posible contribuir al desarrollo de las revueltas que van naciendo espontáneamente por todas partes haciéndolas volverse insurrecciones de masas y por lo tanto reales y verdaderas revoluciones.

Porque queremos destruir el orden capitalista de la realidad mundial que gracias a la reestructuración lnformática se ha convertido en tecnológicamente útil, solamente a los gestores del dominio de clase.

Porque estamos por el ataque inmediato y destructivo contra estructuras concretas, individuos y organízaciones del capital y del Estado.

Porque criticamos constructivamente a todos aquellos que se retardan en posiciones de compromiso con el poder el poder o que sostienen como imposible la lucha revolucionaria.

Porque mucho mejor que esperar, estamos decididos a pasar a la acción incluso cuando los tiempos no están maduros.

Porque queremos acabar con ese estado de cosas ya, y no cuando las condiciones externas hagan posible su transformación."

La concepción organizacional, cuyos elementos han ido formulándose durante los últimos veinticinco años, completaría la ideología. Bonanno se ha limitado a insertarla dentro de un calificativo -etiqueta con la que muchos no estarán conformes. "La organización revolucionaria anarquista insurreccionalista" consiste en grupos de afinidad formados en ocasión de luchas con el "objetivo de realizar acciones precisas contra el enemigo" y "crear las mejores condiciones para una salida insurreccional de masas". El carácter insureccional lo confiere la "conflictualidad permanente", es decir, el saberse en guerra contra la opresión del capitalismo y del Estado. Dichos grupos se apoyarán en "núcleos de base", vieja idea bonannista, cuya función "es la de sustituir en el ámbito de las luchas intermedias, a las viejas organizaciones sindicales de resistencia" en un terreno compuesto "por lo que queda de las fábricas, por los barrios, las escuelas, los guetos sociales y por todas aquellas situaciones en las que se materializa la exclusión de clase." Para Bonanno era la faceta destructiva y no el grado de conciencia provocado en las masas la que establecía la idoncidad de la acción. Ni que decir tiene que la forma preferida es el sabotaje, "el arma clásica de todos los excluidos" ("Otra vuelca de tuerca del capitalismo"), válida para cualquier ocasión y bueno para cualquier edad. El sabotaje es como el querer, que no tiene horario ni fecha en el calendario.

Los análisis de la realidad social siguen siendo la asignatura pendiente de Bonanno. Constata la inexistencia de una "mentalidad de fábrica" y la "descualificación" del individuo, así como la "pulverización" de la clase obrera, por lo que encuentra infundado referirse a "ridiculas dicotomías como la de burguesía y proletariado", para acto seguido pasar a dicotomías similares extraídas de la sociología vulgar: "la realidad social específica… presenta siempre una constante: la división de clase entre dominantes y dominados, entre incluidos y excluidos." Las dicotomías no se paran ahí por cuanto alude a "la confrontación entre países ricos y países pobres" que adopta o tiende a adoptar la forma de luchas de liberación nacional o de guerras de religión. Dicha confrontación, ocasionada por la incapacidad del capitalismo en "resolver los problemas económicos de los países pobres", le conducen al hallazgo de aspectos positivos en el nacionalismo y en integrismo islámico, cuyos asomos

por el Mediterráneo le llevan a concluir que éste será el “teatro de los próximos enfrenamientos sociales”. La lectura de periódicos le ha convencido de ser un experto en geopolítica, pues afirma sin molestarse en demostrarlo que en los países mediterráneos “se desarrollarán en los años venideros conflictos capaces de agudizar las tensiones en marcha”; no nos aclara si serán conflictos de clase o de Estados, probablemente ambos, pero en lodu caso habrán de afrontarse con la práctica más adecuada, la insurreccional (“Propuesta para un debate”, 1993). En realidad, Bonanno se refiere al conflicto palestino, en el que tiene puestas grandes esperanzas. Como siempre, la lucha armada, al coger altura para adquirir una visión global, se queda en las nubes del tercermundismo.

Decimos nosotros que la revolución en las sociedades basadas en el antagonismo de clases la hacen las masas oprimidas, no las minorías formales o informales. La organización será el producto de las luchas sociales, no el fruto artificial del voluntarismo activista o de la propaganda. Si los tiempos no están maduros es porque no hay movimientos de masas conscientes. A falta de algo mejor se hace lo que se puede, pero la ausencia de luchas masivas jamás podrá compensarse con el activismo de unos grupos. Una defensa estratégica ha de consistir en organizar el teatro de guerra social con el objetivo de combatir al enemigo de clase. Eso significa liberar espacios para el desarrollo de la conciencia en las masas, o sea, para la emergencia de las luchas autónomas. En un contexto contrario el activismo no sólo sustituye tales luchas sino que se erige en espectáculo radical de las mismas, por lo que más que ayudar al resurgimiento de la protesta revolucionaria, prepara el terreno para su desnaturalización. La increíble confusión de las tesis insurreccionalistas no era de recibo, pero la inconsistencia y superficialidad de los análisis no importaba a Bonanno, poseído por un deseo de acción que sabía trasmitir a los anarquistas decepcionados por la inactividad de las organizaciones tradicionales. Estos se convertieron en seguidores de sus ideas desafiando toda lógica, puesto que no era precisamente la lógica su atractivo más característico. El insurreccionalismo calaba en determinados medios juveniles no por su lucidez o por su superioridad teórica. Tampoco por la eficacia de sus acciones, a menudo sazonadas con el vinagre de la prisión y de la tragedia personal. Mucho menos por haberse realizado la profecía del Mediterráneo. Las razones de su éxito relativo eran de índole sicológica: a quienes querían acción, les daba acción. La acción tenía algo de descarga emocional. Bonanno se había dado cuenta de que “el anarquismo era una tensión, no una realización” (“La tensión anarquista”, conferencia de Cuneo, enero de 1995) e insistía en ese hecho. Bonanno describía la toma de conciencia anarquista como una “insurrección de carácter personal, aquella iluminación que dentro de nosotros produce las consecuencias de una idea fuerte”, una especie de revelación que determinaba un modo de vida y no simplemente una manera de ver las cosas. Producía una liberación íntima, la elevación a un estado de anarcogracia que ayudaba a soltarse de las ligaduras del entorno particular:

“el insurreccionalismo es un hecho personal; cada uno debe llevar a cabo una insurrección consigo mismo, modificar las propias ideas, transformar la realidad que lo rodea, empezando

por la familia, por la escuela, que son estructuras que nos mantienen prisioneros…" (entrevista a Bonanno en Radio Onda Rossa, el 20 de noviembre de 1997)

Los anarquistas, si querían serlo de verdad, tenían que cuestionarse diariamente en función de lo que hacían y lo que pensaban, puesto que el hacer y el pensar no podían andar separados. O la "metafísica"» o el anarquismo, es decir, la acción. La acción adquiría entonces una dimensión existencial. Un anarquista sin acción era como un jardín sin flores, o como un militar sin uniforme. ¿Cómo pararse si se estaba en "conflictividad permanente"? La acción devenía un criterio moral: se era buen o mal anarquista según se actuara o no se actuara. El bonannismo, peculiar versión del "do it yourself" americano en materia revolucionaria, ofrecía todos los encantos de la militancia sectaria sin ninguna de sus servidumbres orgánicas. La ausencia de verdaderos movimientos sociales no era un hándicap sino una condición del insurreccionalismo: el carácter ilegal de la agitación aconsejaba por cuestiones evidentes de seguridad mantener una cierta distancia con el prosaico trabajo de masas. Un extremado individualismo llamado "autonomía", al que si al caso unos pasajes de Stirner contribuían a reforzar, protegía al anarquista profesional contra las críticas. El insurrecto podía creerse en la pomada cualquiera que fuera la pertinencia o la insensatez de sus actos, pues indiferente a las masas, no rendía cuentas ante nadie. Él era el único juez de sí mismo. Por una ironía de la historia, el viejo Bonanno había sobrevivido a sus contradicciones y carencias gracias al acné.

La Internacional insurreccionalista se reunió en Atenas en otoño de 1996, poco antes o poco después de que Bonanno fuera encarcelado por pertenencia a banda armada. La represión también había pasado a la acción con detenciones y montajes mediático judiciales desde 1994. "Anarchismo" había dejado de salir, pero en "Cane nero", editado en Florencia, confluyeron durante un momento las distintas facciones informales de la Internacional. Los insurreccionalistas habían sobreestimado las posibilidades revolucionarias de los países mediterráneos y subestimado la capacidad represora de un Estado sobreequipado. La estrategia más elemental hubiera planteado antes que nada la pregunta: ¿podía sobrevivir la práctica insurreccional a la represión que desencadenaría de inmediato? Por supuesto que no. El proceso Marini fue la respuesta del Estado italiano al aguijonazo insurreccionalista. Hubo respuestas similares en Grecia y en España (Bonnano no hizo de Fanelli: el insurreccionalismo debutó aquí en 1996 con el fiasco del atraco de Córdoba). Bonanno salió de la cárcel en octubre de 1997. Las divergencias entre los distintos grupos acentuadas por la represión estallaron como era de prever. La Internacional se reunió una segunda vez el 2000 en algún lugar de Italia y dio por terminada su existencia. Cuatro años más tarde acababa el Proceso Marini con duras sentencias para la mayoría de los encartados. No obstante de una forma u otra los insurreccionalistas siguen en la brecha y no han olvidado a sus presos. "Ofreced flores a los rebeldes que fracasaron", dijo Vanzetti. Nuestras críticas no nos impiden reconocer su coraje y nuestro desacuerdo no supone un obstáculo para que exijamos su liberación.

Miguel Amorós.

Escrito a petición de unos compañeros.
Terminado entre marzo y agosto de 2007.
Desde abajo y desde fuera. Proyectiles, Brulot, Otoño de 2007.

Octubre 2007

Crisis ecológica y crisis social

Cuando hace unos cuantos años denunciábamos que la crisis ecológica que recorría el planeta, en ausencia de una crisis social paralela, sería conjurada con la entronización de un capitalismo "verde". Olvidamos insistir en el hecho fundamental de que esa "transición" de la economía hacia una ecología de mercado se efectúa gracias a un nuevo salto cualitativo en la tecnificación y artificialización del mundo. El advenimiento de la tecnología digital como principal fuerza productiva tiene consecuencias graves. Los territorios quedan absorbidos en una tecnosfera donde las poblaciones, el campo, las comunicaciones, los espacios naturales y la vida no son más que piezas de engranaje. Ahora, mediante la hiperconectividad, todo el capitalismo, verde o de otro color, deviene totalitario, o como dicen los dirigentes, "inteligente." (12 Junio 2019)

CRISIS ECOLÓGICA Y CRISIS SOCIAL

La subida de los precios del petróleo y el "calentamiento global" del planeta provocado por el vertido a la atmósfera de basura gaseosa que acentúa el efecto invernadero, en plena expansión de la demanda energética, son signos reveladores de una crisis ecológica que indudablemente cuestiona la producción, el consumo y el modo de vida capitalistas. La crisis no va a dejar de agudizarse por la proximidad de un "cénit" en la producción petrolera, y porque la sociedad tecnológica es incapaz de corregir sus excesos, ni siquiera contando con la colaboración de ecologistas. La desnaturalización del entorno es tan inherente al capitalismo como su imparable necesidad de crecer, así que la extinción de cualquier forma de vida en el planeta por oleadas de calor es una posibilidad cada vez más real. Urge una reducción drástica de las emisiones de CO_2, pero la dependencia de los combustibles fósiles es tan grande y el sistema tan complejo que su estabilidad se vería seriamente afectada con ligeros descensos en el suministro, sin que otras fuentes de energía pudiesen hacer nada ni siquiera a largo plazo. Apenas cubren una pequeña parte de la demanda y además necesitan energía de origen fósil en distintos momentos de su producción. Es innegable que cualquier aporte energético alternativo, o cualquier ahorro, por grande que sea, será absorbido por el desarrollo económico y la subsiguiente demanda, acercando aún más la crisis. La artificialización del medio, el despilfarro de agua, energía y materias primas, la degradación del territorio y de las ciudades, el incremento exponencial de la movilidad, la contaminación galopante, la acumulación de residuos, las guerras por el petróleo, la carrera de armamentos

y la concentración de poder, son fenómenos que no dejarán de producirse, porque derivan de la opresión económica de las masas asalariadas y de su colorario, la explotación insensata de la naturaleza, base del sistema capitalista. La crisis ecológica no es ninguna novedad, pues hace tiempo que el sistema avanza a través de catástrofes hasta cierto punto controladas en una especie de proceso de destrucción-reconstrucción; el problema puede plantearse por el lado objetivo cuando la crisis quede fuera de control, y por el subjetivo, cuando el malestar de la población induzca al cuestionamiento del capitalismo, es decir, cuando la crisis ecológica se transforme en crisis social. La solución de los dirigentes que administran la catástrofe consiste en habituar la población a ella, de tal forma que esta la considere natural y pase desapercibida. A través de la gestión del desastre, el poder se vuelve ecologista y los ecologistas se integran en el poder. Sobre la escena, un espectáculo de acuerdos internacionales y disposiciones locales favorables al desarrollismo; sobre el mercado, una nueva generación de mercancías "verdes." En efecto, las cumbres de Río de Janeiro y Kyoto han anunciado el advenimiento del ecocapitalismo. Se han encargado de corroborarlo el mercado mundial de la contaminación, los biocarburantes y los automóviles con filtro de partículas y bajo nivel de emisiones, los planes de gestión ambiental de las grandes empresas y el furor bursátil por las compañías relacionadas con las energías renovables. El capitalismo "verde" es una cuestión de márketing y pronto los campos de golf, las nuevas urbanizaciones residenciales o el Tren de Alta Velocidad serán presentados como paradigmas de la ecología, tal como ahora pasa con los coches de última generación y con las centrales nucleares. Pero además, las empresas han olido dinero a cuenta del cambio climático. Como dice Eduardo Montes, vicepresidente de Siemens y jefe del Club de Excelencia en Sostenibilidad: "el medioambiente va a ser un negocio de futuro".

El nuevo capitalismo no aporta más novedad que la asesoría ecologista, encargada de fijar el máximo de degradación aceptable en la población más afectada y el precio que la degradación cotiza en el mercado, traducible en medidas ambientalistas y ecotasas. La colusión entre el poder y los "verdes" queda plasmada en el concepto absurdo de "desarrollo sostenible", puesto que desarrollo y sostenibilidad son antitéticos. Los ecologistas no se proponen substituir las técnicas burocráticas dominantes de gestión social y económica por formas descentralizadas y creativas de autogobierno. Lo que proponen los ecologistas –y, en general, lo que proponen las plataformas cívicas y los políticos de la "izquierda"— es que dicha gestión sea predominantemente "pública", o sea, que permanezca en manos de los partidos. No quieren el fin del desarrollismo, sino la regulación institucional del desarrollismo. Inclinar un poco más la balanza hacia la estatización y un poco menos hacia la privatización. Conviene tenerlo presente cuando nos preguntemos si la crisis debilitará los mecanismos de la dominación, alterando las pautas laborales, consumistas y políticas que favorecen la desigualdad, la represión del deseo o el secuestro de la libertad, o si se abrirá una brecha por donde se cuelen experiencias autónomas basadas en la cooperación y el intercambio equilibrado con la naturaleza. Una economía "verde", es decir, una economía sin petróleo tutelada por las instituciones y apoyada en un gran pacto entre los "agentes sociales", no hará más que introducir nuevos hábitos

consumistas para nuevas mercancías, manteniendo la estandarización y la masificación. Como quien determina la política institucional y el comportamiento de dichos agentes es el mercado mundial, el cambio será sólo cuestión de detalles: la recogida selectiva de basuras, el uso de bombillas halógenas o de leds, las placas solares, los carriles bici, los coches eléctricos, las calles arboladas o la promoción de la arquitectura "climática". No hay posibilidad de que la crisis obligue a los dirigentes a modificar en lo esencial el modelo económico-social sobre el que reposa su poder y las formas artificiales de vida que le son propias. Si se recurre a fuentes de energía renovable como la solar, la eólica o la biomasa, y a otras no renovables como el gas natural o la energía nuclear, es para que la globalización, la jerarquía y la dictadura interesada de la ciencia y de la técnica, no resulten afectadas. Las energías renovables siguen la lógica de las otras -gigantismo, monopolios, patentes, fusiones, absorciones.— puesto que obedecen a poderosos intereses privados, dominantes incluso en la empresa pública. Las centrales eólicas no están para descentralizar la producción energética y de paso suprimir las MAT, sino para salvar la industria turística, la climatización eléctrica y el tren de alta velocidad; igual que el biodiesel o las pilas de hidrógeno están para mantener el actual modelo de movilidad basado en las autopistas y el coche privado; lo mismo que las plantas de reciclaje o las desaladoras hacen con los campos de golf, las segundas residencias y la agricultura intensiva. La lógica del mercado sale tan reforzada que, por ejemplo, la aparición de los agrocombustibles no sólo contribuye al aumento de precio de los cereales –y por consiguiente, del pan, de la carne industrial, de la leche…—sino que tiene un efecto en las sociedades empobrecidas semejante al que tuvieron otros cultivos industriales como el algodón, la caña de azúcar o el café. La expansión de los cultivos "energéticos" –palma aceitera, maíz, colza, soja— a la vez que es responsable de la destrucción de miles de hectáreas de selva tropical, lo es también del regreso del trabajo esclavo como forma habitual de explotación. Así, las exorbitantes necesidades energéticas de las metrópolis capitalistas, y por ende, su "sostenibilidad", quedan cubiertas con la deforestación de los países de capitalismo insuficiente y la esclavitud de sus poblaciones. Igualmente, la creación de "reservas de la biosfera" en países de capitalismo atrasado trae como consecuencia la deportación violenta de sus habitantes, indeseables para el turismo ecológico.

Merced a la destrucción de las estructuras de clase del proletariado, al deterioro de sus vínculos colectivos, la crisis ecológica transcurre sin crisis social. El miedo ha sustituido a la sociabilidad, el consumo privado a la solidaridad común y las masas a las clases; hete aquí "el enigma de la docilidad" revelado. La diversificación de las fuentes energéticas sucede no por casualidad en un contexto de concentración del poder, aumento de las fuerzas productivas, mundialización mercantil y atomización social, por lo que su contribución a la autonomía local, al cultivo biológico y a la vida en comunidad, es completamente nula. La producción "biológica" y las políticas ambientalistas practicadas por los mismos causantes de la crisis legitiman y refuerzan su poder, no descentralizan los mecanismos de decisión. En el mejor de los casos son actuaciones limitadas y marginales, de corto alcance, pero políticamente correctas y, por tanto, útiles como propaganda. Las nuevas normativas y ordenanzas son la

coartada del actual desarrollismo. El ruido montado alrededor del comercio justo, los microcréditos, los presupuestos participativos, los equipos de generación distribuida, el código técnico de edificación o la ecoeficiencia, no sirve más que para disimular el escándalo de las condiciones inhumanas de existencia, abrumadoramente generalizadas, y el peligro que corre la vida en la Tierra en manos del capitalismo. Ni las nuevas tecnologías, ni las medidas "alternativas" antes citadas, ni mucho menos las energías renovables, van a emplearse en contra del autoritarismo, la corrupción, la hipermovilidad, la urbanización ilimitada, el desarraigo, el éxodo rural o el despilfarro, sino para preparar un porvenir con petróleo caro y escaso, manteniendo las expectativas de crecimiento y las estructuras de poder intactas.

Solamente en los lugares donde la economía del beneficio no penetra, o ha desertado, subsiste una sociedad informal ajena al mercado, una sociedad del bricolaje y del trueque, de la solidaridad y del reparto equitativo, donde prima lo comunitario sobre lo mercantil. Tal fenómeno es raro en las sociedades turbocapitalistas, porque la política profesional, el sindicalismo "de concertación", la asistencia social, la escolarización obligatoria o la cárcel, o sea, las herramientas del control social, impiden su aparición. Algún mercadillo neorrural, alguna cooperativa, algún huerto urbano, algún comedor vegano y poco más. Sin embargo las inmensas barriadas de chabolas de las grandes ciudades de América Latina, Asia y por encima de todo, África, funcionan según reglas precapitalistas que tienen su origen en la nostalgia de la tradición perdida y la moderna exclusión del mercado. La sociedad informal es producto de la necesidad de subsistencia y no se opone por definición a la economía capitalista; conecta con ella de diferentes maneras –siendo la inmigración la más vistosa- dando lugar a episodios de una lucha de clases ya olvidada en las sociedades plenamente sometidas a los imperativos tecnoeconómicos. En cierta forma se mantiene, con la inapreciable ayuda de las ONG's y de los expertos tercermundistas, como reserva permanente de fuerza de trabajo y mercado potencial que espera el momento propicio de su incorporación al mercado. No es de desdeñar su ejemplo, pero el espacio informal al margen de la economía solamente tendrá un valor positivo en tanto que espacio arrebatado al mercado, es decir, en tanto que espacio liberado por un movimiento que disuelva las relaciones mercantiles. Si tal movimiento no existe, las experiencias aisladas de autoorganización y ecosuficiencia tienen solo un valor demostrativo y crítico. La ausencia o debilidad de las luchas antidesarrollistas y en defensa del territorio sitúa las perspectivas de liberación social en el terreno de la utopía, por lo que dichas experiencias desempeñan un trabajo pedagógico, contribuyendo a la necesaria preparación intelectual y moral –lo que los dirigentes llaman "cultura del no"- que ha de acompañar a la disolución revolucionaria del poder y a su reaparición horizontal en los barrios y los pueblos en forma de asociaciones, colectividades y asambleas comunitarias. Pero no olvidemos de que se trata sólo de formas de supervivencia dentro del capitalismo, y por lo tanto condicionadas por él, por lo que su papel es necesariamente limitado. No son focos de ninguna sociedad liberada futura; estos han de ser la obra de un movimiento social histórico que derribe por la fuerza las columnas que sostienen el reino de la mercancía y ese movimiento está por nacer.

La sociedad actual se sobrepondrá a la destrucción presente de las condiciones materiales de vida, o lo que es lo mismo, la sociedad actual entrará en una relación equilibrada con la naturaleza y sus miembros estableceran relaciones libres y comunitarias entre sí, sólo si se detiene la marcha de la economía y la tecnología separadas, si se produce un punto de inflexión en la tendencia dominante, si se invierte el proceso y los destinos dejan de depender de expertos, ejecutivos y dirigentes políticos. Para eso hace falta un movimiento social real – una verdadera generalización de la conciencia ecológica – capaz de crear contrainstituciones que se opongan a la economía capitalista y a las formas políticas y tecnológicas que le corresponden, especialmente al Estado. Un movimiento que aplique el principio de precaución al capitalismo en su conjunto, es decir, que lo identifique y caracterice como el problema mundial absoluto, de consecuencias catastróficas irreparables en un lapso de tiempo de inmediato a corto, y que lo ponga fuera de la ley. Salir de la crisis significa salir del capitalismo, incluso del capitalismo “verde”. Pero nadie escapa al capitalismo por las buenas. La transformación de las conurbaciones en comunidades territoriales, es decir, la relocalización productiva, el retorno a la agricultura tradicional, los talleres autogestionados, la desurbanización y la democracia directa, no será el producto de ninguna placa fotovoltaica ni de ningún diseño verde, ni llegará de la mano de las viejas instituciones, de iniciativas ciudadanistas o mediante fórmulas financieras y empresariales, sino la obra de una revolución social que subvierta las relaciones sociales existentes y descolonice la vida cotidiana. Paradójicamente, dicha revolución ha de preocuparse en preservar todo lo que el capitalismo no pudo destruir –solidaridad, experiencia de lucha, cultura popular, viejos saberes…, pero también la flora y la fauna, el aire puro y el agua limpia-, por lo que habrá de tener por vez primera un carácter eminentemente conservador y constructivo. Pero en ningún caso eso ha de significar mezclarse con la gestión del mundo existente. No se trata de autogestionar el desastre sino de acabar con él. Ni técnica, ni económica, ni políticamente es posible evitar la alternativa entre la extinción biológica o la revolución tal como apuntamos. No hay solución desde dentro, a la izquierda o a la derecha; sólo desde abajo y desde fuera.

Miquel Amorós.

Charla en La Quimera, barrio de Gracia (Barcelona), 7 de octubre de 2007. Repetida en La Mistelera (Denia), el 28 de diciembre.

Noviembre 2007

El tren de los dirigentes

Impacto social y urbano

Cada época ha tenido su ritmo, su tren. Cada cambio ha afectado al modo de vida de la población y no descubriremos nada al afirmar que el ferrocarril y el automóvil transformaron radicalmente la configuración del espacio y tiempo sociales, modificando ampliamente la visión del mundo y la percepción de las cosas. La tecnología no ha hecho sino llevar esos cambios a sus últimas consecuencias; la movilidad ha dejado de ser una de las particularidades de la vida moderna para convertirse en su rasgo principal; en la sociedad motorizada la indiferencia por el territorio y el presente perpetuo caracterizan la existencia humana o mejor dicho, la inhumanidad de la existencia. La velocidad es el componente señero de la opresión, por lo que las infraestructuras son el medio de la deshumanización. Klaus Schwab, presidente del Foro Económico Mundial, dijo que estábamos pasando "*de un mundo donde el grande se come al chico a un mundo donde los rápidos se comen a los lentos*". Excelente definición de la línea de separación de clases. La nueva burguesía dista de ser la "clase ociosa" de antaño. Sus miembros son "los rápidos", las minorías que van en TAV. Los asalariados cuya jornada laboral se ralentiza por culpa del transporte son los "lentos", todos los que no recurrirán en su vida a la alta velocidad sino en contadas ocasiones. Para los primeros el TAV es un privilegio; para los segundos, una penalización disfrazada de derecho.

Las grandes infraestructuras cambian el concepto de región metropolitana, un fenómeno aún circunscrito a la suburbialización de la ciudad tradicional. Evidentemente la absorción del entrono no se para con un monstruo urbano en constante expansión radial. Los expertos sitúan para quince o veinte años la fusión de varias connurvaciones en megalópolis de cientos de kilómetros, tipo Shangai, conectadas por trenes de alta velocidad y autopistas. La Península quedará convertida en un gran espacio metropolitano. En el centro, un engendro humano de siete millones de habitantes, y el resto, o casi, en la costa. La movilidad de los dirigentes resultará determinada por trayectos que ocurrirán en un radio de 600 o 700 kilómetros. El TAV se impone entonces como una alternativa más cómoda al avión y como el vehículo ideal par la expansión de las conurbaciones. Gracias al TAV las nuevas ciudades-dormitorio de Madrid y Barcelona no estarán en su periferia sino en las provincias adyacentes. En efecto, Puertollano, Toledo o Ciudad Real son ya alternativas baratas y tranquilas de Madrid, ideales par dirigentes y cuadros de la nueva economía. Pronto lo serán Segovia, Cuenca y la futura Valdeluz, complejo de 30.000 habitantes a construir cerca de Guadalajara en torno a un parque temático. Con mayor retraso, alrededor de las estación del AVE de Tarragona, a veinte kilómetros de la ciudad, se construyen urbanizaciones para acoger a vecinos de Barcelona y lo mismo sucederá en Girona y Figueres cuando el tren llegue allí, completándose la absorción de Cataluña por su capital, o la conversión de

Cataluña en una horrible aglomeración urbana. Podemos imaginar desarrollos semejantes para los ejes Valladolid- Palencia-Burgos y Córdoba-Sevilla-Málaga, la metrópolis vasca o el litoral mediterráneo, conurbaciones satélites, creciendo hasta conectar con un centro aberrante aspirando la totalidad de la población del país y dejando el suelo como decorado paisajístico salpicado de centrales nucleares, parques eólicos y vertederos. *En el marco incomparable de un desarrollismo totalitario las ciudades intermedias pierden toda su autonomía y sus señas de identidad, convirtiéndose en eslabones amorfos del sistema, plataformas logísticas de la conurbación central*. El eslógan "Cataluña será logística o no será" es puro terrorismo. Se han entregado a los inversores que las convertirán en clusters, es decir, en dormitorios, nudos de distribución y Disney-landias todo junto, encareciendo sus viviendas, expulsando a los habitantes de los barrios históricos, asesinando el abastecimiento, la cultura y la diversión tradicionales, destruyendo la sociabilidad de su gente y, por fín, criminalizando y excluyendo a sectores marginados por la nueva economía. La marginación puede llevar muy lejos a juzgar por las críticas de ESADE, la escuela catalana de dirigentes, relativas a los que no entienden inglés y por eso "frenan la llegada de las empresas." Las primeras coronas metropolitanas no crecerán demasiado debido a la saturación, pero en cambio, el territorio exterior fagocitado multiplicará su población. A causa del modelo dominante basado en los servicios, la construcción y la industria turística, se plantean dos inapelables exigencias: movilidad extrema y fertilidad prolífica. La urbanización total exige una expansión sin precedentes del transporte de personas y mercancías, y un aporte de la población que dada la caída vertical de la natalidad sólo podrá venir de fuera. (El 10% de los habitantes del Estado son inmigrantes y alcanzarán el 25% los próximos años). Pero como la iniciativa corresponde a los grandes intereses privados, las prioridades se han fijado según el beneficio instantáneo y, de este modo, la especulación inmobiliaria, la producción de automóviles y las autopistas han pasado por encima de cualquier planificación instrumental, dando por resultado un caos urbano que se asemeja al tercermundista en todos sus aspectos negativos y difiere en todos los positivos. Barcelona, con los dirigentes más ineptos de Europa, es el paradigma más acabado de ese caos.

Parafraseando a Shelley hemos de decir que el infierno es una ciudad muy parecida a Barcelona, aunque podríamos decir lo mismo de las demás. Ofrecen las condiciones más infames de habitabilidad de la Península; son urbes feas, contaminadas, insalubres y ruidosas. Han heredado multitud de hábitos administrativos y represivos del franquismo y por eso son clasitas, intolerantes y vulgares; están obsesionadas por la seguridad y abiertas sólo al dinero; son incómoda, caras y deprimentes. Para comprobar la decadencia de Barcelona y su conversión en un centro de negocios de tercera categoría, así como la cretinización paralela de la clase dirigente local y de su base social, bastaría con contemplar su arquitectura. Su actual tecno vanguardismo es tan adocenado y regresivo como la monumentalidad fascistoide de la época de la dictadura. Nosotros nos ceñiremos al papel jugado por el TAV en todo eso.

Podemos afirmar que, desde que se creó el GIF para construir la línea Madrid-Barcelona el TAV ha sido elemento más importante de unificación de la clase dominante, la plasmación de su interés general y el estandarte de su poder. El tren dominante es por supuesto el tren de la clase dominante, "el tren de los ricos". El TAV, obra inútil, perjudicial y ruinosa, tenía por una lado la propiedad de poner de acuerdo a todo el partido del orden y, por el otro, la de dotar a la dominación de un proyecto de transformación social perfectamente coherente con la conversión del territorio y de las propias ciudades en capital inmobiliario. La construcción del TAV, llamado AVE para resaltar la especificidad española, prometía hacer tabla rasa con el país. No era pues algo relacionado directamente con la economía diaria, sino que por encima de todo era una operación política nacional que requería la dirección del Estado central, máxima institución del interés general de clase, y la agradecida sumisión de todas las instancias autonómicas y locales. Sin embargo, la decisión más aplaudida en la historia de España había de concretarse en estrategias regionales apropiadas que en la práctica fueron someramente simplificadas hasta quedar reducidas a una sola regla: *prioridad absoluta del AVE*. Prioridad sobre la seguridad de los trabajadores como demostrarían decenas de accidentes mortales. Prioridad sobre el transporte público, completamente desca-pitalizado. Prioridad sobre los intereses locales del tipo que fueran: patrimoniales, laborales, vecinales, comerciales… Los retrasos provocados por la construcción preferente de la línea Madrid-Sevilla y el horizonte fallido del 2.004 no hicieron sino echar leña al fuego de la impaciencia y convertir la llegada del AVE a Barcelona en algo parecido al descenso de Moisés del Sinaí con las tablas de la ley. Sin embargo lo primero que las obras del AVE demos-trarían a sus numerosas víctimas es que la eternidad existe: desde el inicio del tramo Madrid-Zaragoza en 1.995 hasta 2.012, fecha en que se prevé que acabe de construirse la estación de La Sagrera, han de pasar 17 años, seis más de los que precisó el Canal de Suez, prototipo de obra faraónica. Y enseñaría también que saltarse etapas en un proceso tan destructivo arruina la necesaria habituación al desastre y crea en los afectados una conciencia de la catástrofe que provoca grietas en la unanimidad alienante pro TAV e incluso empuja a cuestionar las cadenas tecnológicas de la sumisión que tanto trabajo han costado de forjar.

En lo que concierne al TAV en Barcelona, la política ha adquirido un aire de privacidad tan evidente que no podía sino fracasar en publico. Ahora el espectáculo de la llegada del AVE revelándose como agresión directa a los ciudadanos- o como dicen algunos, "contra Cataluña"- ha perdido tanto el rédito político como los espectadores- electores. La conversión de la red ferroviaria de cercanías en un metro regional – "el tren de los trabajadores" – era la necesidad más urgente par la conurbación, en continuo crecimiento y transformación. La terciarización económica elimina trabajos en el cinturón industrial para concentrarlos en Barcelona, al tiempo que ésta expulsa población al extrarradio, exacerbando una movilidad que el vehículo privado no puede satisfacer. En pocos años el número de pasajeros de tren se había triplicado sin que el servicio se modificara (viejos vagones, vías únicas, catenarias de más de treinta años…) porque los intereses económicos inmediatos primaban sobre los intereses a medio plazo, ciegos ante las previsibles

consecuencias sociales del sacrificio del ferrocarril. El TAV siguió absorbiendo toda la inversión sentando las bases de lo que vendría a disimularse como la "crisis de las infraestructuras". Las obras que desde 1.995 anunciaban la venida del TAV ocasionaron un sinfín de molestias a su paso por Zaragoza, Lleida, Montblanc, La Riba, San Sadurní, Villafranca, El Papiol, Castellbisbal… Desde 2005 empeoraron las condiciones de vida de miles de vecinos de El Prat, Bellvitge-Gornal (Hospitalet) y Sants (Barcelona): calles cortadas, invasión de camiones, ambiente cargado de polvo, escombros, barro, ruido incesante prolongado durante la noche, (de hasta 70 decibelios) vibraciones, grietas en edificios, etc. Un verdadero maltrato físico y psíquico. El pequeño comercio se resintió severamente y el servicio de trenes sufrió numerosas interrupciones y retrasos debido a las averías que provocaban las obras. A mediados del 2006 hasta las mismas empresas constructoras negaban la posibilidad de que el TAV llegara a la estación de Sants el 21 de diciembre de 2007 tal como estaba políticamente previsto. En junio la ministra de Fomento enfrió los ánimos de la oligarquía catalana al anunciar que la llegada de la alta velocidad a la frontera francesa se posponía hasta el 2.012, y en octubre los congeló con la llegada del AVE a Tarragona a bastante menor velocidad que la esperada. Trató de compensar el efecto con la intensificación de las obras, lo que condujo al incremento del desorden ferroviario, traducido directamente en un aumento significativo de la jornada de trabajo de los usuarios. En noviembre la ministra destituyó al director de la Red de Cercanías, un cabeza de turco, y elaboró un Plan de actuaciones urgentes cuya eficacia real pronto fue revelada con la aparición de fisuras en decenas de edificios de El Prat (ya había pasado antes en Martorell). La crisis "ferroviaria" no hizo sino acentuarse en la primavera del año en curso con los movimientos de tierras, socavones y hundimientos de las vías, y su secuela de interrupciones y demoras. Ante las perspectivas de una derrota electoral del equipo socialista, responsable oficial del estropicio, la unidad política a favor del TAV se evaporó como por ensalmo. Bien que todos habían contribuido a la crisis, cada partido marcaba distancias respecto al trazado del AVE y a su ejecución. Algunas sociedades patronales protestaban por las pérdidas que les causaban los retrasos de los trabajadores y empleados. *Se contabilizaron 13 obreros muertos desde el inicio de las obras, por culpa del ritmo de trabajo, la presión y las insuficientes medidas de seguridad*. El tráfico en automóvil había crecido en función de las deficiencias de los trenes, llegando a colapsar los accesos a Barcelona por el Sur. Los perjudicados se organizaron al margen de las asociaciones de vecinos, vergonzosamente al servicio del poder político financiero, acercándose a la "cultura del no" tan temida por los burócratas del Ayuntamiento y de la Generalitat. En octubre, las filtraciones del agua de lluvia en los túneles en construcción aumentaron el número y el tamaño de los socavones hasta obligar a clausurar indefinidamente tres líneas de cercanías, dejando en casa a 160.000 usuarios. Todas las de largo recorrido quedaban afectadas. El caos estaba servido. *En mayor o menor medida la población metropolitana se había vuelto rehén del AVE*. Hubo quién se ocupó de calcular la factura del desastre: 3,8 millones de euros diarios. Se echaban las culpas a la empresa OHL. El futuro del túnel de la calle Mallorca quedaba en entredicho. Surgían diversas plataformas de damnificados. *La crisis se convirtió entonces en problema de Estado*.

La crispación y la indignación de los habitantes rozaba el punto crítico y eran de temer ocupaciones de obras, manifestaciones y amotinamientos. Los medios se preguntaban por qué no se había producido todavía un estallido de ira popular pero *el ritmo acelerado impuesto por la supervivencia se halla en la clave de la desmovilización. Los usuarios están demasiado somnolientos por la mañana y demasiado cansados por la tarde para participar en una protesta masiva*. El Gobierno celebró el día 27 una reunión en La Moncloa par tratar "la crisis del AVE", a la que asistieron directivos de grandes constructoras, y al día siguiente Zapatero se presentó por sorpresa en Barcelona ante una troupe de "palmeros" y asumió la culpa en nombre del Gobierno. La prioridad abandonaba el AVE por la protección del "granero" de votos socialistas (la abstención catalana es la más alta del Estado). Se suspendía el trabajo nocturno y se prometía la gratuidad del billete. Mientras, de las vallas publicitarias del AVE desaparecía discretamente la fecha fallida del 21 de diciembre.

El impacto del TAV en las grandes ciudades es el del urbanismo tecnocrático especulativo que no ve en el espacio ciudadano más que su valor mercantil y procura reciclarlo en santuario de la velocidad- en España hay 501 coches por mil habitantes-, con sus torres de apartamentos, letreros luminosos y garitos de comida rápida orbitando alrededor de una estación. Se opera la metamorfosis de los barrios en dormitorios para asalariados hiperactivos y motorizados de considerable poder adquisitivo, acentuando su carácter de NO LUGAR mediante la ampliación de calles y el trazado de vías rápidas. (En La Sagrera, barriada de Barcelona donde han sido arrasadas las "casas baratas" del Bon Pastor, se construirán 2000 pisos en la zona de la estación y un barrio nuevo de 10.000 viviendas). El TAV encarece la vivienda estimulando el chabolismo de alto standing y la edificación de oficinas, aparcamientos y hoteles, para lo cual se desvían terrenos de equipamientos y zonas verdes. *El urbanismo dominante consiste en eliminar los obstáculos a la circulación mientras su arquitectura evoca bloque a bloque la perspectiva vertical de al globalización y sus ideales imperiales*.

Los barrios pasan a ser prolongaciones de una macro estación, dependientes económicamente de ella. Mientras se liquidan las bolsas de actividad autónoma relacionadas con los talleres y pequeños negocios, los grandes centros comerciales y lúdicos acaban con la sociabilidad ligada al comercio minorista, la cultura local y los espacios públicos. La desestructuración del barrio conlleva la de la vida en el barrio, la pérdida de su idiosincrasia y su memoria. El hombre es de donde vive. El envilecimiento del espacio incide en las actitudes y maneras de los habitantes, porque un lugar de y para la circulación no es un lugar para relacionarse y forjar una existencia colectiva plena y gratificante. Un sitio aséptico y vigilado para comprar y dormir no es un sitio para plantar raíces. La movilidad hace de cada individuo un pasajero. Se sabe que la vida apresurada es superficial, que el desplazamiento se come más tiempo de forma que la mayoría de adultos apenas tienen contacto con nadie y se resignan con facilidad. La trivialización del tiempo reducido a una superposición de instantes, y la desorganización del espacio, mera red receptáculo de cuerpos y mercancías en movimiento, crean las condiciones idóneas para el deterioro de la vida. El espacio-tiempo

degradado es el lugar de la patología. La conurbación turbocapitalista ofrece un billete de ida al agotamiento, la frustración y la infelicidad.

El TAV ocupa un lugar central en la sociedad capitalista, es uno de los elementos esenciales del nuevo orden mundializador. Nada es casual ni gratuito en el interés político, financiero y empresarial por la alta velocidad. Es un instrumento del poder. Por eso la batalla contra el TAV es algo más que la batalla por otro tipo de infraestructuras. Es la batalla contra el matrimonio de la prisa y el beneficio, contra la degradación del espacio, contra la adaptación del ser humano a la aceleración sin límite; en definitiva, contra el sometimiento de los individuos a la globalización. La lentitud es el comportamiento virtuoso. La vida necesita mucho tiempo para desenvolverse gozosamente. Un lugar adquiere los trazos diferenciales que caracterizan su personalidad gracias a la actividad laboriosa y creativa de una población anclada y estable. La humanidad no será feliz si no se aparta del carril rápido y se toma todo su tiempo.

Miguel Amorós

AHT GELDITU! Elkarlanaren konferentzia, Hernanin (Gipuzkoan) 2007ko azaroaren 17an.

Conferencia sobre el TAV, Hernani (Guipúzcoa), 17 de noviembre de 2007.

Diciembre 2007

Cuando el capitalismo se vuelve ecologista

Desde que el capitalismo se aposentó en el planeta no ha hecho otra cosa que destruir el medio natural para forjar uno propio donde crecer obligando a los individuos a adaptarse. La ciencia y la técnicas adquirieron un impulso decisivo y un amplio desarrollo merced a las resistencias a tal adaptación, al punto que el capitalismo no solamente ha sabido superar todos los obstáculos, sino que los ha ido convirtiendo sistemáticamente en una oportunidad de expansión. El crecimiento, tan inherente a su naturaleza, no se detendrá mientras la humanidad explotable exista, y ese es precisamente el nuevo desafío que el capitalismo tiene ante sí. El sistema productivo es a medida que crece más y más destructivo. La colonización mercantil del territorio y de la vida, del espacio y del tiempo, no puede detenerse sin cuestionar sus fundamentos, ni progresar sin poner en peligro la misma especie. En consecuencia, la crisis ecológica conduce a la crisis social. El capitalismo ha de seguir creciendo para que eso no ocurra, pero sin que la degradación que acompaña al crecimiento penetre en la conciencia de los afectados. Para ello ha de improvisar medidas económicas, tecnológicas y políticas que a la vez que disimulen sus desaguisados, permitan convivir con ellos y sacarles partido. La producción y el consumo están, como dirían los expertos, ante “un cambio de paradigma”. Los hábitos de consumo, junto con las actividades

empresariales y políticas, han de ejercerse de otra manera, obviamente no para salvar la naturaleza, ni siquiera para preservar la especie, sino para salvar al propio capitalismo. Por eso a los políticos el corazón se les hace verde. Por eso el capitalismo se vuelve ecologista.

El despertar de la conciencia ecológica fue temprano. Ya en 1955 Murray Bookchin había advertido sobre el peligro para la salud de los aditivos alimentarios, y en 1962 él mismo y la doctora Rachel Carson denunciaron el efecto nocivo de los pesticidas. La abundancia prometida por el capitalismo se revelaba una abundancia envenenada.

“La crisis está siendo avivada por aumentos masivos de la contaminación del aire y del agua; por una acumulación creciente de desperdicios no degradables, de plomo residual, de restos de pesticidas y aditivos tóxicos en la comida; por la expansión de las ciudades en vastos cinturones urbanos; por el incremento del stress debido a la congestión, al ruido y a la vida masificada; y por las injustificables cicatrices de la tierra como resultado de explotaciones mineras y madereras y por la especulación sobre el patrimonio. Como resultado la tierra ha sido expoliada en pocas décadas a una escala sin precedentes en la ocupación humana del planeta. Socialmente, la explotación y manipulación burguesas han llevado la vida cotidiana al nivel más extremo de vacuidad y aburrimiento. En tanto que sociedad, ha sido convertida en una fábrica y un mercado, cuya razón fundamental de su existencia es la producción en su propio beneficio y el consumo en su propio beneficio.” (*Anarquismo y sociedad de consumo*, 1967).

La desruralización, la industria alimentaria, la quimicalización de la vida y la lepra urbanística impusieron un modelo de vida consumista y embrutecedor, egoista y neurótico, inmerso en un ambiente artificial y atomizante. Como conclusión de una época de revueltas -el gueto negro americano, el movimiento pacifista británico, los provos holandeses, la juventud alemana, mayo del 68, etc.- Guy Debord apuntaba:

“La polución y el proletariado son hoy los dos lados concretos de la crítica de la economía política. El desarrollo universal de la mercancía se ha enteramente verificado en tanto que realización de la economía política, es decir, en tanto que ‘renuncia a la vida’. En el momento en que todo entró en la esfera de los bienes económicos, incluso el agua de los manantiales y el aire de las ciudades, todo devino mal económico. La simple sensación inmediata de los efectos nocivos y de los peligros, a cada trimestre más opresivos, que primero y principalmente agreden a la gran mayoría, es decir, a los pobres, constituye un inmenso factor de revuelta, una exigencia vital de los explotados, tan materialista como lo fue la lucha de los obreros del siglo XIX por la comida. Ya los remedios para el conjunto de enfermedades que crea la producción en este estadio de la producción mercantil son demasiado caros para ella. Las relaciones de producción y las fuerzas productivas han alcanzado al fin un punto de incompatibilidad radical, pues el sistema social existente ligó su suerte a la consecución literalmente insoportable de todas las condiciones de vida.” (*Tesis sobre la Internacional Situacionista y su tiempo*, 1972).

Aunque el planteamiento de la lucha de clases era puesto en términos históricos exactos, la capacidad del capitalismo por sobrevivir a sus catástrofes era infravalorada tanto como sobrevalorada la capacidad de la conciencia histórica para convertirse en fuerza subvesiva. Así, mientras los trabajos de Mumford, Charbonneau, Russell, Ellul o Bookchin pasaron casi desapercibidos, y la conciencia ecológica quedaba atrapada en el misticismo o el posibilismo, lejos de un proletariado indiferente, el capitalismo superó sus contradicciones cuantitativamente, con un salto hacia adelante, desarrollando una industria nuclear, incrementando la producción de automóviles, creando una nueva generación más peligrosa de pesticidas, innundando el mercado de productos químicos letales y lanzando a la atmósfera miles de toneladas de contaminantes gaseosos. Cuando en la década siguiente tales soluciones condujeron a catástrofes como las de Chernobil, Seveso, Bophal, la del Síndrome Tóxico producido por organofosforados y atribuido al aceite de colza, el agujero en la capa de ozono o el aumento del efecto invernadero, por no hablar de la destrucción de gran parte del territorio debida a la urbanización y el turismo, apenas hubo oposición y el movimiento ecologista que surgía de ella se convertía en el cómplice del capitalismo y el renovador de su política. Los dirigentes de la economía y del Estado, al contemplar las consecuencias catastróficas de su gestión, lejos de amilanarse se erigieron en campeones de la lucha contra el desastre, con la ayuda de expertos y ecologistas, proclamaron un estado de urgencia ecológico, es decir, una economía de guerra que movilizaba todos los recursos, naturales y artificiales, para ponerlos al servicio del desarrollismo global, incorporando el coste ambiental, o sea, el precio de la reconstrucción paisajística y los gastos necesarios para fijar un nivel de degradación soportable. La Encyclopédie des Nuisances fundó su causa en la denuncia de esa operación de maquillaje como coartada ecológica de la dominación:

“El ecologismo es el principal agente de la censura de la crítica social latente en la lucha contra los fenómenos nocivos, es decir, esa ilusión según la cual se podrían condenar los resultados del trabajo alienado sin atacar el propio trabajo y a la sociedad fundada en su explotación. Ahora que todos los hombres de Estado se vuelven ecologistas, los ecologistas no dudan en declararse partidarios del Estado… Los ecologistas son en el terreno de la lucha contra los fenómenos nocivos, lo que son en el terreno de las luchas obreras los sindicalistas: meros intermediarios interesados en la conservación de las contradicciones cuya regulación ellos mismos aseguran… meros defensores de lo cuantitativo cuando el cálculo económico se extiende a nuevos dominios (el aire, el agua, los embriones humanos, la sociabilidad sintética, etc.); en definitiva, son los nuevos comisionistas de la sumisión a la economía, el precio de la cual ha de integrar ahora el costo de “un entorno de cualidad”. Ya podemos vislumbrar una redistribución del territorio entre zonas sacrificadas y zonas protegidas, coadministrada por expertos “verdes”, una división espacial que regulará el acceso jerarquizado a la mercancía-naturaleza.” (*Mensaje dirigido a aquellos que no quieren administrar la nocividad sino suprimirla*, 1990).

La optimización mundial de recursos se materializó en cosas como la agricultura transgénica, el mal de las vacas locas o la gripe aviar; de hecho el estado de urgencia ecológico

denunciado por la EdN convirtió el planeta en un inmenso laboratorio de experimentación tecnocientífica, y a toda su población en cobayas. La catástrofe perdió su carácter nacional y con la globalización se salió del ámbito estatal. La crisis ecológica no podía circunscribirse a determinadas zonas superindustrializadas y requería medidas globales. Así nacieron las cumbres mediambientales que entre 1988 y 1997 fijaron las pautas del desarrollo capitalista para los años venideros: Toronto, Río de Janeiro, Copenhague y Kyoto. En ellas se lanzaron fórmulas creativas para salvar el desarrollo y combatir el cambio climático sin modificar el sistema dominante: agendas 21, desarrollo sostenible, desarrollo social, desarrollo local… Puras contradicciones terminológicas, puesto que el desarrollo nunca es local, social o sostenible, ya que el capitalismo nunca funciona en interés de la localidad, de los oprimidos o de la naturaleza. Pero lo que tienen claro los dirigentes de la economía mundial es que ningún eufemismo desarrollista, aun sosteniéndose en tecnologías modernas, puede funcionar sin las medidas políticas y sociales capaces de reeducar a la población en los nuevos hábitos consumistas que las hagan rentables, pues es la adopción masiva de dichas tecnologías lo que abarata su aplicación y estimula las iniciativas empresariales en esa dirección. La lucha contra el cambio climático puede verse favorecida objetivamente por el encarecimiento imparable del petróleo y demás combustibles fósiles, pero corresponde a los “poderes públicos”, es decir, a los políticos, al menos en una primera fase, promover el negocio medioambiental obligando a la población a consumir productos y servicios catalogados como “respetuosos con el medio ambiente”, o imponiendo una “nueva fiscalidad” que reconcilie la “cultura empresarial” con la naturaleza y que penalice las viejas costumbres contaminantes y el despilfarro energético, normales hasta ayer, pero hoy punibles por el bien de la economía. Y de esta manera, el Estado, los partidos, las instancias internacionales, y en menor medida los “foros sociales”, las ONGs y los “observatorios” de sostenibilidad, ejercen el papel de mecanismos reguladores, auxiliares del mercado mundial, que habían perdido en los inicios de la globalización. De golpe, el control de la producción de cemento, fertilizantes o fibras sintéticas, el reciclaje de residuos, la construcción de nuevas centrales nucleares, de desaladoras o de campos de golf, la inversión en energías renovables o el cultivo de agrocombustibles, se convierten en decisiones políticas. Y al mismo tiempo, todos los dirigentes económicos y políticos se descubren ecologistas. El aislamiento térmico, la iluminación de bajo consumo, las nuevas directrices para la edificación o la fabricación de motores para vehículos, y, en general, la reestructuración de todo tipo de actividades, exigen una potente financiación a la que no acompaña una rentabilidad suficiente y que, por lo tanto, el mercado no puede asumir. Toca al Estado y a la burocracia política arrimar el hombro.

Las preocupaciones ecológicas de los dirigentes obedecen a la mercantilización total del planeta provocada por la necesidad constante de crecimiento del capital. Las destrucciones provocadas por el desarrollo de la producción son de tal magnitud que exigen una gestión controlada no sólo de los medios de producción y de las fuerzas productivas, sino del territorio, de su cultura y su historia, de la flora y la fauna, del agua y del aire, de la luz y del calor, ahora convertidos en “recursos”, es decir, materias primas de actividades terciarias y

fuerzas productivas de nuevo tipo. La revitalización institucional que el cambio productivo y la "seguridad energética" demandan ha puesto de nuevo en circulación al partido del Estado, o sea, a la burocracia politico administrativa, y no hablamos sólo del conglomerado de socialdemócratas, neoestalinistas, verdes y ciudadanistas. Un reformismo aparente se erige como doctrina de moda que hasta los conservadores y derechistas aceptan, pues todo el mundo comprende que hay que contener a los refractarios, alejar el horizonte de la catástrofe y ganar tiempo para la economía. Frente a un capitalismo contrario a trabar el desarrollo mediante el control de emisiones, un capitalismo sospechosamente altruista presenta el rostro humano de la destrucción hablando de sostenibilidad y de educación ciudadana, de consumo responsable y de eficiencia energética, de paneles en las azoteas y de ecotasas, sin que se detenga un ápice el trazado de autopistas, las líneas del TAV o la depredación urbanizadora. Desarrollismo tradicional contra desarrollismo ambientalista. Evidentemente, los costos de la dominación se han disparado con la polución, el calentamiento global y el cénit de la producción de petroleo, situación que el mercado no puede resolver como en ocasiones anteriores. Tampoco el despegue del sector económico medioambiental es suficiente. La pervivencia del capitalismo necesita una movilización general a escala local, nacional e internacional, de todos los dirigentes en pro de la explotación laboral y social reconvertida, en pro del modo de vida sometido a los imperativos del consumo renovado; el Estado, en tanto que mecanismo de coerción, resulta de nuevo rentable. Esa es la carta del ecocapitalismo y de sus servidores de izquierdas o de derechas. No es descartable que el proceso de reconversión pueda encontrar serias resistencias en la población que lo sufre, por lo que han de desarrollarse formas de control social adecuadas, empezando por las escuelas, los medios de comunicación, la asistencia social, etc., hasta llegar a la policía y el ejército. El capitalismo y la burocracia no tienen ideales que realizar sino un orden que defender, a escala local y mundial. Para ellos los problemas en política exterior y los conflictos sociales son directamente problemas de seguridad, que en último extremo se resuelven manu militari. El ecofascismo será la forma política más probable del nuevo reino ecológico de la mercancía.

En ausencia de luchas serias, o lo que es lo mismo, en ausencia de la conciencia histórica, aparecen al lado de seudorreformistas que nos venden su "pragmatismo" y sus "pequeñas conquistas" en favor de la política institucional y del modelo capitalista, verdaderos utopistas que nos hablan de "convivialidad", pues para ellos el remedio a tanto mal no ha de venir de una lucha de liberación sino de la aplicación pacífica de una fórmula milagrosa, en este caso la del "decrecimiento." Las medidas a realizar no van a resultar de un conflicto nacido del antagonismo de un sector de la población con el conjunto de la sociedad industrial y consumista, sino de una serie de iniciativas particulares convivenciales, de buen rollo, a ser posible incentivadas institucionalmente y defendidas por partidos, "redes" o ONGs, que tengan la virtud de convencer de las ventajas de salirse de la economía. Los partidarios del "decrecimiento" desconfían de las vías revolucionarias: sobre todo, que no pase nada. Y nada puede pasar puesto que el capitalismo tolera un cierto grado de autoexclusión en la sociedad que coloniza, pues de hecho buena parte de la población

mundial está excluida del mercado y vive al margen de las leyes económicas. Incluso puede sacar beneficios de la autoexclusión a través de programas de ayuda, turismo alternativo y subvenciones. Es lo que los expertos llaman economía del "tercer sector". Sin embargo, no se trata de modificar gradualmente los márgenes de la sociedad capitalista, sino de fundar una sociedad nueva. Transformar el mundo, no refugiarse en islotes. Y para ello el conflicto ha de surgir con fuerza y desplegarse, de modo que parta la sociedad en dos bandos irreconciliables. Un bando querrá abolir las relaciones de producción y consumo, acabar con la explotación del trabajo y liberar la vida cotidiana, salvar el territorio y volver al equilibrio con la naturaleza. El otro, querrá a toda costa defender el statu quo industrial y desarrollista. Ningún programa convivial podrá solucionar los problemas acarreados por el capitalismo, porque al apostar por la pacificación impide que la crisis ecológica devenga crisis social, cuando hay que hacer precisamente de lo contrario, o sea, tensar al límite la cuerda de la opresión que mantiene unidos los diversos sectores sociales para provocar una fractura social irreparable. Cuando las víctimas del capitalismo decidan adaptar la vida a condiciones humanas controladas por todos y pongan en pie sus contrainstituciones, entonces será el momento de los programas transfomadores y de las verdaderas experiencias autónomas que restituirán los equilibrios sociales y naturales y reconstruirán las comunidades sobre bases libres. Una sociedad libertaria solamente podrá realizarse mediante una revolución libertaria.

Miquel Amorós.

Charlas en La Mistelera (Dènia) y en Casa els Flares (Alcoy)
el 28 y 29 de diciembre de 2007.

2008

Enero 2008

Leer a Simone Weil

"En todas las páginas leídas
En todas las páginas blancas
Piedra sangre papel o ceniza
Escribo tu nombre"
Paul Eluard, "Libertad", en *Poesía y Verdad*, 1942.

Encontrarse con un escrito de Simone Weil equivale siempre a un descubrimiento. De inmediato nos damos cuenta de tener delante una figura independiente, sincera,

heterodoxa, comprometida con la verdad por encima de todo, que nos excita la curiosidad por el personaje y su trayectoria intelectual.

La sensación de autenticidad y fuerza se acentúa no solamente con la lectura de otros textos suyos sino a medida que nos informamos sobre su corta e intensa vida, su compromiso con los oprimidos, su intransigencia moral, su repugnancia ante el desprecio de la vida humana, el olvido de sí misma, etc. Las "Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social", publicadas en 1934, es sin duda la obra que más impresiona, por la novedad y profundidad de sus análisis, por la distancia con cualquier ideología redentora, por su realismo a contracorriente… Se trata de un auténtico manifiesto, donde no sobra ni falta una palabra, y donde se va derecho a la raíz del problema, la eliminación del hombre como medida de las cosas, es decir, el problema de la opresión. Su actualidad es tan evidente que parece acabado de escribir.

En oposición a Marx y a todas las corrientes que creen en "el progreso", Simone apunta contra el desarrollo de las fuerzas productivas y la organización fabril. La organización de la producción, la técnica moderna y la civilización opresora están íntimamente relacionadas. Si la revolución social no repara en la deshumanización de los trabajadores debido a su sometimiento al régimen que imponen las máquinas, la causa de la libertad estará pérdida. La opresión continuará en un sistema de propiedad colectiva, engendrando una nueva clase de dirigentes, una tecno burocracia dueña del Estado y orientada hacia el totalitarismo. La revolución no triunfará si el individuo queda aplastado por ella. Antes que Adorno y Horkheimer, Simone se percata de que desde el dominio de la naturaleza nacen los mecanismos de la opresión social, de que los individuos siguen estando sometidos a sus imperativos "bajo la nueva forma que les ha dado el progreso técnico." En otros artículos señalará, como los dos autores anteriores, la similitud entre los totalitarismos hitleriano y estalinista, y sus raíces en la civilización occidental "democrática." La concepción de la libertad en las "Reflexiones" no tiene nada de retórico. La libertad no tiene nada que ver con la arbitrariedad, es más, el carácter colectivo de las decisiones anularía cualquier acción arbitraria; la coordinación no llegaría a separarse y a ser una profesión ejercida por especialistas. La libertad exige pues la desaparición de los políticos y de las instituciones separadas.

También exige la descentralización. Las dimensiones de una sociedad libre no podrían ser grandes, pues el individuo se apartaría de la vida colectiva y en consecuencia, desaparecería la voluntad general. La industria tendría que dispersarse en pequeños talleres con la tecnología precisa para que el trabajo dignificase. En ese dominio, el desarrollo cultural y espiritual del trabajador debería ligarse indisolublemente a la satisfacción de las necesidades materiales.

No nos hallamos ante un pensamiento sistemático, sino en constante movimiento. No siempre estaremos de acuerdo con él, y, desde luego, no lo seguiremos por los derroteros místicos del final. Pero, si amamos la libertad y detestamos a los opresores, no podremos

evitar que las verdades que va desgranando por el camino nos marquen profundamente y arraiguen en nosotros.

Miguel Amorós, enero 2008.
Prólogo a “Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social”,
publicada por ediciones El Salmón.

Febrero 2008

Crecimiento y decrecimiento

Hablar de crecimiento y decrecimiento es lo mismo que hablar de capitalismo y anticapitalismo, pues el capitalismo es la única formación económica que no se basa únicamente en la obtención de beneficios, sino en la obtención creciente de los mismos. Los frutos de la explotación capitalista no se emplean principalmente en dispendios sino que se convierten en capital y se reinvierten. De este modo el capital crece, se acumula sin cesar. El crecimiento es la condición necesaria del capitalismo; sin crecimiento el sistema se desmoronaría. Es el indicador del funcionamiento normal de la sociedad; es por tanto un objetivo de clase. Desde que la burguesía es consciente de los fundamentos de su poder, la expansión es su bandera; no obstante, hasta 1949 el crecimiento no se define como política general de Estado, en el famoso discurso de Truman. El capitalismo ya se había vuelto más técnico, más dependiente de la tecnología, más americano. La ideología basada en el crecimiento económico como panacea, el desarrollismo, se convertirá en el eje de todas las políticas nacionales, tanto de derechas como de izquierdas, tanto parlamentaristas como dictatoriales. La primacía del crecimiento económico sobre el objetivo político caracterizó durante los años cincuenta y sesenta los discursos de los representantes de la dominación. La libertad fue asimilada a la posibilidad de un mayor consumo, del acceso a un mayor número de mercancías, gracias al crecimiento. Y quedó garantizada por los pactos sociales de posguerra entre las administraciones, los partidos y los sindicatos, al permitir el pleno empleo y la mejora del poder adquisitivo de los trabajadores asociada a la productividad.

La vacuidad de una vida entregada al consumo y manipulada por la industria cultural fue puesta de manifiesto por la revuelta juvenil de los sesenta, que afectó las capitales de los países llamados «desarrollados»: los jóvenes insatisfechos no querían una vida donde el no morir de hambre se cambiaba por la certeza de morir de hastío. Los disturbios del gueto negro americano añadieron nuevo combustible al fuego de la rebeldía. Los excluidos de la abundancia demostraban su rechazo mediante el saqueo y la destrucción de mercancías. Esa revuelta nihilista encontró su teoría en Mayo del 68. Pero eso no fue todo. El propio sistema empezó a ser cuestionado desde dentro por especialistas disidentes, concretamente desde el campo de la teoría económica y desde el ambientalismo. Rachel Carson fue la primera en

advertir de la amenaza que para la vida en la Tierra significaba la producción industrial. Los economistas N. Georgescu-Roegen, H. Daly o E. J. Misham (el primero en escribir de *Los costes del desarrollo* en 1969), daban un enfoque «físico» y holístico a su disciplina, considerando el mundo como un sistema cerrado, una «nave espacial Tierra» donde todo está relacionado con todo y todo tiene un coste. Según un artículo histórico de Kenneth Boulding escrito en 1966, en la economía del cowboy la medida del éxito la proporcionan la producción y el consumo, mientras que en la economía del «astronauta» el éxito corresponde a la conservación del medio. Sin embargo, el crecimiento inherente a la primera se alimenta con su degradación, bien visible a partir del punto en que la destrucción domina sobre lo demás (cuando la capacidad del planeta en soportar desperdicios queda superada). Contaminación, aditivos químicos, lluvia ácida, residuos, explosión demográfica, urbanismo depredador, motorización, turismo, etc., problemas que revelaban el desequilibrio biológico del planeta, fueron planteados y debatidos muy tempranamente. Por entonces, Barry Commoner, en *El círculo se cierra*, y Edward Goldsmith, desde la revista *The Ecologist*, criticaron el desarrollo tecnológico unilateral, la dilapidación irreparable del «capital natural» y el impacto negativo creciente de la industria moderna sobre los ecosistemas, la salud y las relaciones sociales. Científicos como James Lovelock y Lynn Margulis formularon la «hipótesis Gaia» sobre el planeta como sistema autorregulado, y revelaron por primera vez el aumento del efecto invernadero debido a los vertidos gaseosos a la atmósfera de la industria y la circulación motorizada. Otro experto, Donella Meadows, del MIT, a instancias del Club de Roma redactó un informe titulado *Los límites del crecimiento* para la Conferencia de Estocolmo (1972), que planteaba la contradicción irresoluble entre un desarrollo infinito y unos recursos naturales finitos. La expansión económica desorganizaba la sociedad y obligaba a multiplicar las jerarquías y los controles. Se efectuaba en detrimento de la ecosfera y de mantenerse iba a terminar agotando los recursos. Cualquier política económica había de contar con el medio ambiente si de verdad quería saber los costes reales. Además, el aumento exponencial de la población acabaría provocando una crisis alimentaria (como decía Malthus) y en un siglo se llegaría al colapso social y a la desaparición de la vida. La solución residiría en un «crecimiento cero». Recordando la recomendación de Stuart Mill, una economía estacionaria restablecería el equilibrio entre la sociedad industrial y la naturaleza. Finalmente, Goldsmith y un grupo de colaboradores publicaron en 1972 un *Manifiesto para la supervivencia* que retomaba y sistematizaba las críticas anteriores. Su mensaje: economía y ecología debían reconciliarse, para dar lugar a formas sociales estables, autárquicas, descentralizadas.

Las críticas que resaltaban el papel menospreciado de la naturaleza en la historia social fueron ignoradas por casi todos los contestatarios con la salvedad honrosa del anarquista Murray Bookchin, porque primeramente cuestionaban el dogma del desarrollo de las fuerzas productivas, la base sagrada del socialismo. Y en segundo lugar, porque lejos de pretender un cambio revolucionario tratando de agrupar a una mayoría tras un programa antidesarrollista radical, no aspiraban sino a convencer a los gobernantes, empresarios y políticos del mundo de la necesidad de hacer frente a los hechos denunciados, con medidas

que no iban más allá de los impuestos, las multas y las subvenciones. Los científicos y demás expertos eran víctimas de su posición de clase subalterna y auxiliar del capitalismo, que no cuestionaban en absoluto, por lo que cerraban los ojos ante las consecuencias para la acción de sus objeciones al crecimiento y negaban su anticapitalismo esencial. Limitándose a ejercer su función de consejeros, cometían el error de confiar en los dirigentes, o sea, en los responsables del deterioro planetario que ellos mismos ha denunciado. El movimiento ecologista arrastrará siempre ese pecado de origen y en los ochenta los proyectos «verdes» confluirán con las innovaciones capitalistas. La huida neoliberal hacia delante en el crecimiento y la degradación – encarecimiento del petróleo, Bhopal, Chernóbil, las dioxinas, el agujero de la capa de ozono, la polución, etc. – confirmó la pertinencia de las críticas y el fracaso del desarrollismo sin trabas convirtió al ecologismo la mayoría dirigente. El concepto de «desarrollo sostenible» del informe Bruntland (1987), presentado por la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, y sobre todo, por la Conferencia de Río (1992), marcaría la fusión de la ideología ecologista con el capitalismo, aceptada en primer lugar por los partidarios de la regulación estatal de crecimiento, la vieja «izquierda». En realidad se trataba de preservar el desarrollo, no la sostenibilidad. De administrar la nocividad, no suprimirla. Para ello se buscaba la armonización del medio ambiente con la economía de mercado. La capa de ozono y el modo de vida consumista podían ser compatibles merced a una nueva contabilidad que incluyera el coste ambiental. El mercado beneficiaría la producción «limpia» y castigaría la contaminante. El reciclaje sería premiado y la basura, penalizada. No obstante, la Conferencia de Kyoto sobre el cambio climático (1997) puso de manifiesto las dificultades insalvables que presentaba el proceso de reconversión ecologista de la producción y el consumo. A pesar de la aparición de un negocio ambiental cada vez más importante y del ahorro que significaba el desguace de los servicios sociales del Estado, el mercado no podía hacerse cargo de dicha transformación por ser onerosa para las industrias. Medidas elementales como los topes a la emisión de gases ponían en peligro el crecimiento puro y duro, pilar central del sistema capitalista actual. La solución encontrada, la globalización de los intercambios, y su consecuencia primera, la deslocalización de las industrias y el incremento exponencial del transporte, caminaba en la dirección contraria. Exigía que la agricultura intensiva siguiese alimentando al mundo, esta vez con ayuda de la ingeniería genética, que la industria química determinara el metabolismo humano, que los niños asiáticos trabajasen en fábricas y que el TAV acuchillase Europa. Otro tanto se diría de la energía nuclear o de los transgénicos. Si el crecimiento destructivo necesitaba la cobertura ecológica, la destrucción había de presentarse como el acto ecológico por excelencia.

En diciembre de 1912, seis años antes de ser asesinada por la soldadesca de un gobierno socialdemócrata, Rosa Luxemburg publicaba un controvertido libro, *La acumulación del capital*, donde afirmaba la reproducción ampliada de capital, o sea, el «crecimiento», no podía asegurarse sin que entrasen en la órbita mercantil los sectores atrasados de los países modernos y la población del resto del mundo que se desenvolvía en economías precapitalistas o de capitalismo incipiente. Para el mundo capitalista era vital la existencia de

un mundo exterior, fuente de consumidores, materias primas y mano de obra barata. Las dificultades que el proceso podía tener se solucionaban a la fuerza:

«En los países de ultramar, su primer gesto, el acto histórico con que nace el capital y que desde entonces no deja de acompañar ni un solo momento a la acumulación, es el sojuzgamiento y la aniquilación de la comunidad tradicional. Con la ruina de aquellas condiciones primitivas, de economía natural, campesina y patriarcal, el capitalismo europeo abre la puerta al intercambio de la producción de mercancías, convierte a sus habitantes en clientes obligados de las mercancías capitalistas y acelera, al mismo tiempo, en proporciones gigantescas, el proceso de acumulación, desfalcando de un modo directo y descarado tesoros naturales y las riquezas atesoradas por pueblos sometidos a su yugo.»

Quizás por contradecir a Marx el libro fue olvidado, pero su punto de vista fue repetido en los setenta por determinados críticos, que tenían en común el haber sido altos funcionarios – Ivan Illich, de la Iglesia; Francois Partant, de las finanzas francesas; Fritz Schumacher, de la industria inglesa – implicados en programas de desarrollo del «Tercer Mundo», y el hecho de postular, a diferencia de los ecologistas, el abandono del capitalismo. En efecto, libros como *La convivencialidad* (Illich), *El final del desarrollo* (Partant), *Lo pequeño es hermoso* (Schumacher) o *El manual completo de la autosuficiencia* (John Seymour), denunciaban la ausencia de relación entre prosperidad económica y bienestar social, rechazaban el productivismo, las nuevas tecnologías, los sistemas burocráticos y autoritarios, el consumo de masas, los monocultivos, los pesticidas y fertilizantes químicos, el urbanismo desbocado, etc., y propugnaban la economía vernácula basada en lazos comunitarios, la descentralización, la tecnología tradicional, la diversidad de cultivos y los abonos naturales, el autoabastecimiento, la reducción del tamaño de las ciudades… Eso comportaba en teoría la ruptura con al menos dos aspectos esenciales del marxismo (y del sindicalismo revolucionario): la sociedad plenamente industrializada como alternativa emancipadora, o sea, el despliegue ilimitado de las fuerzas productivas socializadas como condición elemental de una sociedad libre, y el papel de la clase obrera fabril en la liberación de las servidumbres capitalistas, es decir, la función del proletariado industrial -con su ética del trabajo y su docilidad sindical- como agente histórico y sujeto revolucionario. Puesto que la libertad dependía de la estabilidad de los ecosistemas dentro de los cuales se insertaba, no podía nacer ésta de un desarrollismo socializado universal sino de un retorno a la colectividad autosuficiente y a la producción local; surgiría no de la toma de los medios de producción capitalistas, sino de su desmantelamiento. No debían asegurarse un mayor consumo y por lo tanto una producción mayor, sino su subsistencia material. Sus necesidades habían de definirse en función de los recursos, no en función del poder adquisitivo. Para eso no tenían que organizar de otra manera la misma sociedad, sino transformarla de abajo arriba, abolir todas las dependencias, destruir la maquinaria que obligaba a la jeraquía, a la especialización y al salario. En la sociedad convivencial ninguna actividad impondría a quien no participara en ella un trabajo, un consumo o un aprendizaje. La sociedad organizada de modo autónomo y horizontal debería dominar las condiciones de su propia reproducción sin

alterarse. Los intercambios no podían comprometer su existencia. Una sociedad así había de ser una sociedad donde el tejido social sustituyera al Estado, controlando su tecnología y prescindiendo del mercado. Siguiendo el hilo del discurso, a fin de alcanzar una sociedad de ese tipo -añadimos nosotros- los obreros habrían de luchar no para colocarse mejor o simplemente mantenerse en el mercado del trabajo, sino para salirse de la economía. Tenían que destruir las fábricas y las máquinas, no autogestionarlas. Y, puesto que en el capitalismo contemporáneo el consumo prevalece sobre la producción, el terreno del conflicto residiría menos en los lugares de trabajo que de la vida cotidiana. Este combate requeriría la voluntad de vivir de otra manera, por lo que no podía ser asumido por asalariados satisfechos y consumistas. Los destinados a hacerlo serían los trabajadores precarios, los inmigrantes, los parados, los automarginados – los excluidos en general – actuando no en el marco de la producción capitalista, sino al margen, es decir, con un pie fuera del sistema, y por consiguiente, más proclives a colocarse, mediante la autoorganización y el autoconsumo, en una perspectiva de debilitamiento de la economía y del Estado. En los países «desarrollados» el grado de exclusión es mínimo, aunque crece, pero en los países que los dirigentes llaman «subdesarrollados» los excluidos son legión.

La destrucción del medio obrero en los ochenta es responsable de que esta crítica permaneciese anclada en los medios que le dieron origen y de que quince años más tarde fuera recuperada por los ideólogos del decrecimiento. En el campo de la radicalidad, apenas podemos citar reflexiones en ese sentido: Bookchin, Freddy Perlman, Theodore Kaczinski, *L'Encyclopédie des Nuisances*, *Fifth Estate*… Lo menos que puede decirse de aquellos medios es que no eran los más apropiados para expurgar dicha crítica de contradicciones y difundirla. De acuerdo con ella, la reproducción ampliada de capital y de la fuerza de trabajo estaba asegurada por el crecimiento, pero no así la reproducción del medio que proveía de recursos, ni tampoco de la sociedad en su conjunto. Entonces, cabía preguntarse si los conflictos que forzosamente han de derivar del deterioro ambiental, las catástrofes y la descomposición social, favorecerían una transformación del sistema o, en otras palabras, si permitirían la emergencia de una alternativa creíble. La ideología del decrecimiento pretende ser esa alternativa.

El nombre es una simple etiqueta tomada de Georgescu-Roegen. En principio consiste en un conjunto aparentemente coherente de ideas como las que podemos encontrar en Illich, Partant, Mumford o en *The Ecologist*, elaborado por expertos desde instancias de cooperación para el desarrollo, universidades, ONG y «Foros sociales», el mismo medio que alumbró la ideología ciudadanista de la «alterglobalización». No obstante, existen diferencias importantes entre ambas: la del decrecimiento es antidesarrollista y condena claramente el ecocapitalismo y el papel de las nuevas tecnologías. Desaprueba tanto el desarrollo sostenible como el crecimiento cero. Defiende pues una salida del mercado, no un mercado mundial controlado; es más, desconfía del Estado como sistema de poder centralizado y jerárquico injustificable ante una sociedad sin mercado, prefiriendo en su lugar el ideal gandhiano de una federación de aldeas autosuficientes. En teoría estáriamos

ante una concepción libertaria semejante a la del naturismo, o a la más próxima del comunalismo, en la práctica no hay otra cosa que ciudadanismo. El apoyo de ATTAC, Ecologistas en Acción o *Le Monde diplomatique* vendrían a corroborarlo si necesidad hubiere. Los objetivos podrán variar, pero lo de menos son los objetivos, pues el «decrecimiento convivencial» aspira a reducir pacíficamente la producción y el consumo de masas «mediante el control democrático de la economía por la política». Arnau, «desde un rincón de Collserola», precisa que se trataría de formar «gobiernos de transición, de ética inquebrantable y monitorizados desde abajo». ¿Cómo conseguirlo? Mediante la acción «convivencial», que nos conducirá, a través de la inanidad de actos simbólicos y festivos «para concienciar la sociedad», a la política oficial, a las asociaciones de consumidores, a las candidaturas municipales y al sindicalismo. Y es que la transición a la economía autónoma ha de discurrir sin problemas, porque los desencuentros con el poder ponen en peligro «la democracia». Los partidarios del decrecimiento, en tanto que lumpenburguesía ilustrada, tienen pánico al «desorden» y prefieren de lejos el orden establecido a las algaradas populares. Las ideas habrán cambiado, pero los métodos son ciudadanistas. Hay que «ejercer la ciudadanía» y avanzar en «la democracia», nos dice el ideólogo Serge Latouche. El partido del decrecimiento a fin de conjurar la crisis social pretende sustituir el aparato económico del capitalismo conservando su aparato político. Como al fin y al cabo la proclamada salida del mercado no es rupturista sino suavemente transaccional, quiere separarse de la economía sin separarse de la política, acepta todas las mistificaciones que ha rechazado en teoría. No olvidemos que escapar al crecimiento no significa para Latouche renunciar a los mercados, la moneda o el salario, puesto que no busca amotinar a los oprimidos sino convencer a los dirigentes. Su discurso es el del tecnócrata experto, no el del agitador. Mostrando el cambio climático, el estallido de las burbujas financieras, el aumento del paro, el endeudamiento de los países empobrecidos, las sequías y demás catástrofes, pretende animar a la clase dirigente a que se olvide del crecimiento. Se supone que los dirigentes, ante la imposibilidad de controlar las crisis y bajo la amenaza de conflictos imprevisibles, preferirán la paz social y la «deconstrucción» mercantil. Eso explica que dicho partido no contemple un cambio social revolucionario a realizar por las víctimas del crecimiento, y que en la práctica proponga un conjunto de reformas, impuestos, desgravaciones, moratorias, leyes, etc., o sea, un «programa reformista de transición» a aplicar desde las instituciones políticas actuales. Ni que decir tiene que es lo mismo que proponen las plataformas cívicas, los ecologistas, los antiglobalizadores de pega e incluso la «izquierda» integrada. Excusamos decir que el fomento de una economía marginal sin autonomía real ni posibilidad de convertirse en una verdadera alternativa es sólo una coartada. Agricultura campesina, reducción del consumo y de la movilidad, prioridad de las relaciones, alimentación sana, redes locales de trueque, no competir, no acumular, etc., son ideas antidesarrollistas que pierden todo el sentido cuando no se quiere la fractura social que sus intentos de realización efectiva han de provocar cuando su generalización altere seriamente las condiciones de producción e intercambio poniendo en peligro la existencia del mercado, de las instituciones y de las clases sociales privilegiadas. Presionada por la

necesidad de apaciguamiento, cualquier medida alternativa sigue la dirección del capitalismo. Así las economías marginales de cierta envergadura no son más que zonas de reserva de mano de obra industrial autosostenidas; las energías renovables desembocan en grandes parques eólicos o solares según el modelo industrial; el reciclaje y la reutilización nos llevan al gran negocio de la exportación de basura digital; la crisis del petróleo inaugura la época de las grandes plantaciones de agrocombustibles. El interés del decrecimiento convivencial por las ONG, los sindicatos, los parlamentos o las Naciones Unidas como instancias reguladoras y «monitorizadoras» ilustra a contrario su desinterés por las asambleas comunales y, en general, por la reconstrucción de una esfera pública autónoma. No quiere liquidar a los dirigentes, por lo que ha de conservar primorosamente la maquinaria política que los hace necesarios, aunque para ello tenga que impedir en su backyard cualquier experiencia real de democracia asociativa, pues estas cosas está bien que ocurran en Mali, Bolivia o la selva Lacandona, pero no en las metrópolis occidentales.

La producción cooperativa y el intercambio sin beneficios no podrán nacer del consenso con el poder sino de la imposición por parte de los oprimidos de unas condiciones sociales que proscriban la producción industrial y el comercio lucrativo. La lucha contra la opresión -que como diría Anders, ocurre entre víctimas y culpables- es la única que puede sentar las bases de una «democracia ecológica local» y una autonomía social, en los alrededores de Kinshasa y en todas partes.

La ideología del decrecimiento es la última mutación del ciudadanismo tras el miserable fracaso del movimiento contracumbres; una ilusión renovable, como dirían *Los Amigos de Ludd*. Como trivialización de la protesta y supresión del conflicto, es un arma auxiliar de la dominación. En los días que corren, el capital ha salido vencedor, como ya saliera de la lucha de clases de los sesenta y setenta. Sin nada ni nadie que le detenga prosigue su carrera de destrucción creciendo sin parar, esta vez gracias a las aportaciones ecologistas y ciudadanistas. Una sociedad libre no puede concebirse sin su abolición que para el partido del decrecimiento acarrearía el caos social y el terrorismo, algo que de sobra está presente y que configura paulatinamente un régimen ecofascista. Dada la magnitud de la catástrofe ecológica, luchar por una vida libre no es diferente a luchar por salvar la vida. Pero la lucha por la supervivencia -por las redes de intercambio regionales, por el transporte público o por las tecnologías limpias- no significa nada separada del combate anticapitalista; es más su fuerza radica en la intensidad de dicho combate. Se trata de un movimiento de secesión pero también de subversión, cuyo empuje depende más de la profundidad de la crisis social que de la crisis ecológica. Dicho de otra manera, de la conversión de la crisis ecológica en crisis social, y por lo tanto, de su transformación en lucha de clases de nuevo tipo. Si ésta alcanza un nivel suficiente, las fuerzas de los oprimidos podrán desplazar al capitalismo y abolirlo. Entonces la humanidad podrá reconciliarse con la naturaleza y reparar los daños a la libertad, a la dignidad y al deseo provocados por los intentos de dominarla.

Miguel Amorós.
Jornadas Libertarias organizadas por la CNT de Vitoria, 16 febrero 2008.
Extraido de la publicación *Resquicios*, Año IV, Número 6, abril de 2009.

Primavera 2008

La nueva era del TAV

De la sociedad de enclaves a la sociedad de flujos

Con el Tren de Alta Velocidad entramos en una nueva época que por supuesto se nos promete toda clase de felicidad y sobre todo de felicidad a toda leche. La solución mágica de todos los problemas sociales de las ciudades y del territorio. Es lo esencial, lo que constituye el factor clave de lo que llaman los técnicos y los sociólogos el paso de una sociedad de enclaves a una sociedad de flujos. De un capitalismo basado en la industria, en enclaves, a un capitalismo basado sobre todo en la circulación de mercancías, dirigentes, y todo tipo de cosas de mentiras y de turistas. Eso es la sociedad de flujos. Eso implica sobre todo un cambio en el estilo de desplazamiento de los dirigentes, es decir, de toda la gente que toma las decisiones, la clase dominante, y ese patrón de desplazamientos que en un principio era el avión ahora, en la media distancia, está destinado a ser el patrón de desplazamiento de los dirigentes, de los que dirigen la nueva economía. TAV. Lo principal de las ciudades hoy en día desde esta óptica es que generan beneficios. Esta economía implica algo muy diferente: *la existencia de la ciudad no como una entidad administrativa y política al lado de las actividades económicas, sino como una empresa*. Funcionan como una empresa. No porque las transformaciones humanas las hagan al 50 y 60% con entidades privadas, sino porque ellas mismas actúan como entidades privadas. Por un lado, están los habitantes de las ciudades y por otro está la administración de las ciudades que se ejerce ahora no políticamente, sino como empresa. Esto implica que TODO lo que hay dentro de la ciudad es explotable, es fuente de beneficios: sus calles, las caras de sus habitantes, sus comercios, sus monumentos, sus museos. Todo eso se mercantiliza, se pone como objeto de mercado, y ese conjunto es lo que se ofrece. De hecho, es la principal actividad económica dentro de la ciudad de flujos, un punto en la red mundial, implica eso, que la ciudad sea mercantilizada totalmente y se ofrece a la circulación ya no sólo de dirigentes, sino a la circulación de masas, que son las que vendrán aquí a dejarse el dinero. Entonces, el número de pernoctaciones, o sea, la pasta que se deja la gente que pasa, viene a ser el elemento decisivo que condiciona todas las transformaciones urbanas y que determina la organización social en la ciudad. Igualmente en el territorio, la ciudad fagocita el territorio alrededor al convertirse en área metropolitana que se estructura con otras áreas metropolitanas para crear una región metropolitana. Esto sería otro segundo factor de transformación.

Transformación del territorio y lenguaje de los dirigentes

El primer factor, la circulación de los dirigentes de la economía mundial, el segundo factor, la transformación de las ciudades en empresas, tercer factor siendo el tren de alta velocidad

un elemento clave, la conversión de las regiones, del territorio, por lo tanto de las naciones, de las culturas territoriales en una región metropolitana. Todo eso tiene transformaciones que se notan sobre todo en el lenguaje dirigente. El éxito, la presencia de esa economía, combate también en el terreno del idioma. Y entonces, la oposición al TAV ha de ser consciente de que ha de elaborar una manera de decir las cosas exactamente contraria a como lo hacen los dirigentes. De entrada, ya en el hecho de que las siglas AVE que van asociadas a otras, las MAT, las líneas de Muy Alta Tensión que van asociadas a la energía que proporciona al AVE, los fenómenos culturales de masas que también van asociados a ellas y a ese tipo de economía, como la EXPO, por ejemplo. Y cuando hablamos de Barcelona, que hoy en día los dirigentes no dicen nunca Barcelona, dicen BCN , utilizan ya las tres letras, esto es, ya veremos lo que implica llamarse BCN eso no es neutro, eso implica una transformación total de la ciudad. Eso implica de entrada, ese tipo de uso de las siglas que se van introduciendo por todas partes, implica un dominio absoluto de la tecnología a servicio de ese tipo de economías sobre la vida de las personas, sobre la experiencia vital de las personas. Y eso dicen los dirigentes que es el futuro, pero es mentira, es el presente, es lo que hay ahora. Entonces, otra típica frase, hay que estar en vanguardia: no es que haya que estar, es que no tenemos más remedio que estar, es que nos obligan a estar. Eso es estar en vanguardia. Habrá que ver en qué tipo de vanguardia. *Estamos en la vanguardia de la artificialización de las vidas, en la vanguardia de la deshumanización, de la tecnificación de nuestra existencia*.

Esto es el interés económico privado de las grandes multinacionales sobre todo, y de las nuevas economías ciudadanas que evolucionan hacia las estructuras empresariales. Ese *interés privado* se llama "*interés general*", ellos lo bautizan como interés general. *Si estamos contra el TAV no estamos contra el interés general sino contra los intereses privados que dominan la ciudad*. Ellos hablan de situar en primera línea de la especulación y de movimientos de capitales. Eso significa colocar la ciudad en ese plan, es estar en el mapa, estar en Europa. Eso no significa pertenecer a un continente, ya estamos en el mapa, ya estamos en Europa. *Estar en el mapa en el lenguaje dirigente, significa una cosa clara, significa estar en el punto central del tráfico financiero especulativo mundial*. Otro aspecto del lenguaje dirigente, *la disociación entre las palabras y su significado*. Finalmente antes de nada, la abundancia de tecnicismos. Otro rasgo dirigente del lenguaje que nos imponen es la unificación de sentidos. Es decir, una cosa significa la contraria. En relación a esa unificación de sentidos yo recorté *una frase del concejal de urbanismo de Málaga que decía que todo lo que significa degradación de la cultura auténtica, de la cultura popular la desaparición de estructuras de sociabilidad de base, él lo veía como un esfuerzo conjunto para alcanzar nuevas cotas de cultura*. A ver qué significa eso, alcanzar nuevas cotas de cultura. Según el concejal de urbanismo de Málaga dice que gracias al TAV lo mejor de cada casa queda más cerca, y es verdad, *gracias al TAV las grandes ciudades empresas se acercan más van pasando congresistas, visitantes de museos, políticos y empresarios hombres de negocios y dirigentes en general*. Eso es lo que queda más cerca. No acerca las ciudades, acerca eso. En ese sentido, la identidad ciudadana es la identidad de la marca cultural BCN (Donostia igual

acabará llamándose DNT). *En la propaganda oficial, "uniendo destinos" es que vamos encadenando nuestros destinos a los destinos de la economía desbocada de la globalización. Entonces vemos que es un prodigio de ahorro energético en la propaganda oficial*. En la práctica es lo contrario, es un despilfarro. Seguramente gasta más ahorro energético que 10.000 naves espaciales. "Es un tren solidario, es un tren de valores, es el emblema de una moralidad y es el tren más compatible con las exigencias medioambientales". Es un tren despilfarrador, destructor del territorio, contaminador, consumidor absoluto de energía. *Si la ecología no va hacia el TAV, el TAV va hacia la ecología. Simplemente con decir lo contrario de lo que es, ya está bien*. Esto forma parte de las técnicas más punteras de propaganda con el TAV. El lenguaje como ya sabemos es de quién lo manipula. Ellos pueden presumir de hablar el lenguaje correcto porque es el suyo. En este sentido, habría que inventarse otro. *Lo que explica su lenguaje es la naturaleza artificial en la que se van convirtiendo nuestras vidas y la falsedad que rigen todas las relaciones sociales*. Está claro que no hay relaciones sociales directas y por lo tanto no hay formación de opinión pública. Se puede decir lo que se quiera. Las maniobras semánticas son de recibo en esta gente pero a veces no funcionan tanto. En Barcelona falló el lado mediático y fue una catástrofe.

Tren normal, avión, TAV y obras

En Barcelona se dice el tren de los ricos. En Barcelona el tren normal lo utilizan 200.000 personas al día. El AVE lo utilizarán como mucho unas 5.000. Ahora están con la cuota de mercado que les quitan a los aviones, 5 o 10.000 como mucho. Bueno, sólo hay que comparar las cifras. Lo que hizo las obras de construcción del AVE fue estrangular unas infraestructuras normales saturadas de trenes de forma que bloquearon prácticamente los accesos a Barcelona. Eso (que lo pagaría RENFE) costó más de 20.000.000 de euros porque hubo que financiar, localizar autobuses de toda España para sustituir las líneas del tren. Durante dos o tres meses Barcelona no podía viajar por tren, estaba aislada, tenías que ir a Tarragona a coger un tren, apenas funcionaban las líneas hacia Francia y las líneas de cercanías del Norte. Todas las demás estaban colapsadas. *Los túneles del AVE provocaron derrumbes y los derrumbes provocaron hundimientos de ríos*. *Para arreglar todo eso se dieron inyecciones de hormigón a punta pala*. Y esto añadido a la cantidad de obras. O sea, cuando un barrio recibe obras del AVE piensa que eso va a durar 2, 3, 4 años. Eso significa *calles cortadas, polvo, un tráfico enorme de camiones con escombro, barro cuando llueve, un ruido enorme porque se trabaja también por la noche, significa contaminación debido al consumo de los motores, de las taladradoras*… Eso significa *tres años de mala vida, la construcción de las estaciones no es simplemente un edificio, son cajones de hormigón donde tienen que ir trenes de cercanías que son desviados de la ruta donde estaban antes, tienen estaciones adosadas, centros comerciales, conglomerados, hoteles y bloques de edificios, bloques de pisos que sirven para financiar una parte*. Una estación es una operación de 4 o 5 años. El túnel que atraviesa toda Barcelona tiene que pasar cerca de La Sagrada Familia, la iglesia se opone y esto les crea problemas públicos. Y por otro lado *tiene una estación que se lleva 400 hectáreas, La Selguera, todo San Sebastián o más y eso significará 15 años de obras*

o más, contando que ahora, con la crisis inmobiliaria que hay se quedará bastante boqueado y sobre todo lo que concierne a los pisos y se alargará bastante. Eso es lo que estamos viendo en el caos Barcelona.

Protestas puntuales y manipuladas

Todo eso se transformó en montones de acciones de resistencia puntuales que no tenían sentido porque partían de los usuarios. Estos, cuando se hartaban, cortaban las vías del tren porque ya habían perdido un día. O interrumpían una autopista. Eso sí, en casos muy extremos. En Internet también había mucha polémica. Todo eso fue usado en una manifestación. Esta manifestación fue totalmente manipulada. Es la vía regional a la globalización. Los partidos soberanistas se apoderaron de esta protesta, la eliminaron, ellos no se oponían al TAV ni muchos menos, ellos se oponían a que eso lo gestionaran los socialistas. Ellos hablaban del derecho a decidir. *El derecho a decidir de la oligarquía que le instalará el TAV*. Eso explica que hubiese mucha abstención electoral, que la protesta no se materializara en actos contra el TAV, muy pocos, y que encima beneficiase al partido del gobierno. *Si uno protesta contra el TAV tiene que protestar contra todo* (ya hablaremos de esto). Un tecnócrata que construyó el metro de Ámsterdam, obra que también causó innumerables perjuicios a la población, dijo que *la mayor parte del dinero que se gasta, no se gasta en la obra sino en mecanismos de comunicación*. Hay que hacer maniobras publicitarias, promesas, regalos (durante los dos meses que estuvieron las líneas sin funcionar los autobuses fueron gratuitos). Después también fueron gratuitos los trenes hasta hace un mes. Eso es una forma de comprar a la población, de calmarla. Es decir, los perjuicios económicos que han causado, de alguna forma reintegrarlos. Corromper a las asociaciones de vecinos, aunque hay algunas que ya les gusta corromperse. A las que eran más cañeras les dieron dinero para rehabilitaciones, les taparon la boca. Les regalaron algún equipamiento, les pusieron jardines… Por lo menos, las promesas. Eso es el marketing.

Estas operaciones explican el éxito del partido del gobierno, mucho marketing, mucho dinero, y más que habrá porque ahora han creado la oficina de atención al usuario y al afectado. También han creado comisiones de expertos internacionales que periódica y regularmente harán informes a favor del TAV del estilo de que es un tren ecológico, que creará muchos puestos de trabajo, etc. Bien, la historia del TAV es la historia de la ciudad burguesa. Ciudades que rompen sus murallas y se extienden gracias al ferrocarril. En el ferrocarril venían los campesinos a trabajar. Hoy en día es todo lo contrario. El TAV no trae la mano de obra nueva. Esta viene en pateras, en vuelos baratos, y *lo que se puede vender es la fuerza de trabajo dirigente*, es decir, los ejecutivos de todo pelo, los altos, los medianos, los bajos, los hombres de negocio, los ayudantes de todo el tinglau que mueve esta economía, los mercenarios de esa economía, los políticos asociados a esa economía. Es el medio de locomoción de la elite. La gente utiliza el tren 80 veces más que el TAV. Lo que ensalzan del TAV es la puntualidad más que el precio (el avión está más barato). Se habla sobre todo en las noticias de la cuota de mercado que recuerda a los aviones. La gente normal no viaja todos los días en aviones. Se calcula que ahora está a un 25% de cuota de mercado. Insisten

sobre todo en la cercanía del centro, en la supresión de tiempos de espera que con los aviones es superior.

Las estaciones del TAV

En ese sentido es el tren cuyo tiempo es oro. Son los dirigentes de la economía, los hombres de negocio. Sirve también para destruir los territorios, deslocalizar las ciudades, ofreciéndoles entornos paisajesticos más atrayentes, y esta base amplia de ejecutivos y altos administrativos llamados "commuters" es decir, la gente que vive en una capital de provincia y va a trabajar a otra, es decir, *el TAV, hace que las capitales de provincia se conviertan en ciudades dormitorio de la metrópolis central*. Esto es verdad, pero la economía no va tan rápido, ni hay tantos miles de dirigentes como para ocasionar Transformaciones a corto plazo. A largo sí. Esto significa que si tú te deslocalizas en Ciudad Real, Tarragona, Guadalajara, eso no funciona ya que las estaciones están en medio de ninguna parte. La estación de Tarragona está en un espacio donde no hay nada, pero donde todo está comprado. Porque allí se supone que habrá una ciudad de 40.000 habitantes. Ahora se supone que con la crisis inmobiliaria… Entonces la gente tarda más en llegar de Tarragona a la estación del TAV que de Barcelona a la estación. Son trenes lanzadera. Van asociados a los trenes. Hacen el papel de TAV regionales. Por la misma línea entre dos trenes colocan un tercero que sólo va a las capitales regionales. Con la estación de Alcarria ha pasado lo mismo. En Lérida igual. Se contemplaba construir un barrio al lado de la estación. Lo construirán, pero en 15 años. En Ciudad Real, que es el sitio donde más se han deslocalizado ejecutivos, se calcula que la población ha aumentado en 2.000 personas. Urbanísticamente no ha significado demasiado. Significará que las ciudades metropolitanas crezcan mucho más y que tengan un poder económico mucho más fuerte, es decir, que necesiten muchos más ejecutivos para luego mandarlos a dormir a las capitales de alrededor y que acabe de destruir lo que ya han destruido las ciudades centrales.

Bueno, entonces ya tenemos que en este sentido el tren va bastante lento, pero en fin, todo se llegará porque parece que la dirección es la correcta. Es el tren de los dirigentes y es el tren de los commuters, es decir de los dirigentes de medio pelo que se van a vivir a las capitales de provincia cercanas. Pero sobre todo el tren de los turistas.

El tren de los turistas

Desde los juegos olímpicos del 92 (está claro que desde antes), ya los dirigentes franquistas hablan de convertir las ciudades en ciudades de congresos, ciudades de ferias, ciudades de economías terciarias…) Está claro sobre todo en Barcelona. Pero en fin, en general, Barcelona que era una ciudad industrial tenía los planes claros desde los años 60. Y de hecho, *los que llevaron a cabo los planes de terciarización, o sea de conversión de la economía de las ciudades en economía de servicios, fueron socialistas que habían trabajado dentro de los equipos tecnócratas franquistas*. El alcalde Maragall era uno de ellos, Narcís Serra era un catedrático. Los que han cortado el bacalao durante bastante tiempo en Barcelona eran antiguos técnicos franquistas. Y de hecho, lo que se hizo, fue coger los planes

franquistas que ya estaban elaborados en el Plan General y aplicarlos. En este sentido, *los sueños más delirantes de los franquistas tuvieron su realidad en la conversión de las ciudades en empresas. Barcelona, por ejemplo en BCN*. *Eso significaba que los centros históricos iban a convertirse en centros comerciales*. De hecho, un centro histórico no puede soportar 25.000.000 de visitantes al año. Eso tiene tal impacto… Si hay que transformar la principal fuente de ingresos de una ciudad en el turismo de masas implica la transformación de toda la ciudad en una empresa abocada a eso. Implica que *el derecho del consumidor, el derecho del turista es superior al derecho de los habitantes*. Veremos cambios jurídicos en este sentido. Esos cambios jurídicos tienen consecuencias rápidas en las ordenanzas municipales (PACTO CIVICO). *Las ordenanzas municipales modernas son copiadas de las franquistas. Son peores, porque las franquistas todavía toleraban la pobreza, la indigencia y la prostitución en los barrios. Ahora no se puede*. Todo aquél que moleste a los turistas, es decir, todo aquél demasiado pobre, demasiado viejo, pesado inmigrante, prostituta, vagabundo, todo eso molesta. La mendicidad está prohibida, beber en la calle está prohibido, evidentemente está prohibido orinar en las calles, pero en fin eso es algo que suelen hacer los habitantes de BCN. Está prohibido todo eso. Esta normativa de prohibiciones… Están prohibidos los botellones, están prohibidas las celebraciones deportivas, solía pasar en las celebraciones deportivas, sobre todo cuando ganaba el Barça, que pegaban fuego al Mc Donalds. Y siempre se aprovechaba para saquear las tiendas de al lado. Con ese pretexto se han instalado cámaras en todos los cruces de las ciudades. A veces con la excusa de dirigir el tráfico. Hay miles de cámaras en BCN. Hay cámaras en las estaciones, en los centros comerciales, en las puertas de los bancos, en los cruces con mucho tráfico, en las calles principales…

Esta transformación en una ciudad policial, este exceso de control social dirigido sobre la población para favorecer el desenvolvimiento de una economía centrada en el consumo. Eso dicen, que la única libertad que tú tienes es la libertad de consumir. La libertad del habitante de Barcelona. Hay otros métodos más objetivos; subir los precios de los alquileres y subir los precios de las viviendas. Los precios llegan a ser tan astronómicos que prácticamente resulta imposible vivir.

Economía de servicios y creación de empleo

Siempre se dice que la economía de servicios crea puestos de trabajo pero esto es falso, porque destruye. Los puestos de trabajo eran industriales. Al cerrar las industrias se pierden miles de puestos de trabajo. Eran puestos de trabajo de calidad, observados por los convenios. Esos puestos de trabajo son sustituidos por otros, por los precarios, por los mal pagados, por un trabajo basura, por un trabajo a tiempo parcial, por todas las modalidades de trabajo, el trabajo negro…Puede que surjan más puestos de trabajo pero el resultado es peor. Tenemos todo un sector de población súper explotada y con la perspectiva de que el trabajo que se va a ofrecer, mínimamente para los técnicos será bien pagado pero para el 70% el trabajo que se crea es trabajo basura. (600 euros, 500 euros, salario mínimo o menos). La gente local se niega a trabajar en esos oficios y por eso hay que importar mano

de obra extranjera. De hecho en Barcelona los están echando a las coronas metropolitanas porque también molesta ver tanto extranjero. Los currantes, claro, los otros no. En Barcelona había un 18% de extranjeros y en las coronas metropolitanas 25%. Esa economía acaba de destruir la idiosincrasia de las ciudades porque aporta, como ya ha destruido la economía en países tercermundistas (de Sudamérica, de Africa y demás) ha anulado la economía, y no les queda más remedio que emigrar y vienen a ocupar los puestos de trabajo basura que la gente de aquí se niega a llenar. *No es falta de trabajo lo que hay, es exceso de trabajo mierda*. Ese trabajo mierda sólo puede ser llenado por mano de obra extranjera que ya está al borde del suicidio en su país y no tiene nada que perder. Eso es lo que significan las economías terciarias. A medida que avanza una economía terciaria, a medida que los dirigentes dicen, no es que se trate de abrir un paseo marítimo, lo que se trata es de atraer a los turistas, es decir, en dar una prioridad absoluta a una economía basada en el turismo. Y eso, en Barcelona se llama "recuperación de la fachada marítima". Una política hiper-turística. Me imagino que a San Sebastián llegará lo mismo, salvando las diferencias.

¡Venid turistas venid!

En Barcelona al aeropuerto llegan a miles todos los días, y entonces, se van todos al centro, a Las Ramblas, puedes ver unos 20.000 o 30.000 turistas, unos 50.000 en verano, más por toda la zona del puerto. Esto implica que los restaurantes desaparezcan, que los restaurantes de comida rápida se extiendan, las tiendas de suvenirs de mal gusto se multipliquen… Hay cientos de sombreros mexicanos, hay a montones. Y como los turistas son una atracción para los carteristas, pues hay brigadas de carteristas por todas partes. Y policía mucha. Todo está de cara a proteger al turista que es el que se deja la pasta y es el principal negocio. Hay turismo de todo tipo. En Barcelona se ha desarrollado mucho el turismo homosexual. Hay hoteles especiales, caros para la otra clase que ha optado por otra tendencia sexual. Entonces vienen a casarse. En España se pueden casar, España es el único país de Europa donde se pueden casar. Tienen un tinglau montau entre la municipalidad, los hoteles gays y todos los circuitos. Hay circuitos con autobuses gays, lugares abiertos a propósito de alterne, ahora hay el doble precisamente para atender a toda esa demanda. El turismo gay se deja mucha pasta, entonces, *de paso se construye una imagen de tolerancia y libertad. Siempre les gusta a los dirigentes tener esta imagen, sobre todo cuando son intolerantes*.

¡Ni hablar de protestar!

Sólo hay que ver, por ejemplo, cualquier tipo de protesta real. Las ordenanzas ciudadanas prohíben ir a las manifestaciones en general. En Barcelona están prohibidas. Tienes que pedir tantos permisos que no te los conceden. Una manifestación contra el TAV sería impensable. Pero cualquier manifestación real allí es impensable. Cualquier manifestación que plantee conflictos es impensable. Siempre tiene que ser a través de los mecanismos de partido, y ahí controlan todo. Entonces, si tú exiges información sobre el TAV, si tú exiges debate público sobre el TAV, si tú haces peticiones, recogidas de firmas, si exiges que te informen o presentas recursos, esos recursos son suprimidos automáticamente. Sale en

prensa y todo. Como el TAV es una obra de interés general, no hay lugar al recurso. Aunque sea un recurso la mar de motivado. Cuando pasa el TAV al lado de una casa y aparecen grietas, habrá problemas que afectarán a los cimientos etc. En ese sentido tampoco se atenderán a los recursos.

Lo que se ve claramente en el TAV se ve en todas partes, en otro tipo de protestas, protestas contra los trasvases, protestas contra la construcción de desaladoras, protestas contra las líneas de muy alta tensión (en Cataluña la única protesta importante que hay). Ahora es casualidad, *las Líneas de Muy Alta Tensión van siguiendo la misma estela que los taludes del TAV. O sea, que el TAV va normalmente acompañado por Líneas de Alta Tensión y por gaseoductos*. Grandes infraestructuras. Estamos en el fenómeno de la economía de servicios que se desarrolla con el TAV, de la conversión de ciudades en empresas, y lo que significa desde el punto de vista social la destrucción de cualquier sociabilidad, de cualquier resto de cultura, de todo lo que sea actividad agrícola en un radio de 50km., de todo lo que representa cultura auténtica. Todo eso o bien se anula o bien se subvenciona y absorbe y entonces deja de ser cultura. Bueno, ya hemos dicho que *cultura sólo interesa la que se puede consumir*.

La cultura del turismo

De hecho, BCN funciona mejor con los autobuses para turistas que llegan siempre a la hora, que con los autobuses normales que son más caros y siempre se retrasan. Esta ciudad está bastante congestionada. Entonces el turismo ahora no hay que concebirlo como un simple fenómeno de ocio sino como la aparición de una industria que tiene unos resultados bastante claros y que los tendrá cada vez más. Ves aquí también que el mercado éste de aquí (Donostia) es un centro comercial. Eso es significativo. En todas las ciudades ves que donde había fábricas emblemáticas ahora hay museos importantes, centros comerciales y eso implica un público nuevo, gente nueva, *lo que interesa sobre todo en ciudades como Barcelona es que los turistas lleguen allá y en lugar de estar de paso como han estado siempre se queden una semana. Entonces lo que no existe lo inventan*.

Esto provoca tantos gasto que en Barcelona están pensando en inventar una Ecotasa para los turistas, es decir, (están pensando cómo lo van a hacer) en cuanto llegues al hotel, como turista, *la cantidad de mierda que generan es tan enorme*, que los gastos de atención al turista, los gastos municipales de limpieza cuando llegan a la ciudad, cuando ya te visitan *millones y millones de personas* llega a ser muy importante.

Todo esto acojona a los habitantes, los va echando del centro. Los turistas dicen que con lo que más alucinan no es con los monumentos, el museo Dalí y todo esto, *lo que más visitan en Barna es el nuevo museo del Barça que es el doble de todos los demás museos, van a ver la Copa de Europa que ganó el Barça y poco más. Es el museo más visitado de España, más que El Prado*. Con lo que más alucinan ellos es que puedan tomarse una cerveza (o 50 cervezas) a las 4 de la mañana. Con eso alucinan en Madrid y alucinan en Barna. Y lo dicen. En las oficinas de turismo se insiste en que pueden estar de cachondeo hasta las 4 o las 5 de

la mañana. Cuantos más restaurantes de comida rápida haya, mejor, cuantas más tiendas de mal gusto haya mejor, sobre todo prohibir las tiendas de buen gusto. Estandarizar.

Ese es el resultado final. El número de pernoctaciones determina la configuración social de las ciudades y la distribución de las actividades en los territorios. Yo pienso que la lucha contra el TAV, es una lucha contra la transformación de ciudades en empresa contra el turismo cultural, el turismo como industria. Contra los negocios del terciario, contra la especulación inmobiliaria, y en general contra la globalidad de esa economía. El hecho es que esta economía ha acabado determinando prácticamente el contenido de todas nuestras vidas. La lucha contra el TAV ha de surgir para oponerse al modelo económico, de ciudad y en último extremo de vida que nos están vendiendo.

No todos los extranjeros son iguales

Crea puestos de trabajo basura. Luego negro, cuidado de ancianos, trabajo que no quiere nadie. Traen capataces portugueses… Los ucranianos no entienden los carteles y no saben que ahí hay una línea de alta tensión. Es un tópico. No se crean puestos de trabajo nuevos. Se destruyen los que hay y en compensación se crean trabajos basura que son inestables. Sólo en situaciones de extrema pobreza recurrirías a ellos. La población no se beneficia en absoluto. La gente huye del centro, está obligada a huir del centro porque no tienen medios par activar. *Los magrebíes y senegaleses que llegan a trabajar en líneas del TAV alquilan habitaciones por 300 euros, 400 euros, en una casa de 4 habitaciones viven 20 personas porque alquilan también el cuarto de baño y la cocina*. *Alquilan incluso el pasillo (150 euros) y los balcones*. Esta extrema explotación (historias típicas del siglo XIX), hemos vuelto a ello. Miseria a punta pala. Esta economía es lo que está generando mucha miseria. Se mundializa la especulación (porque es una economía basada en el préstamo, yo te doy esto y al cabo de X años yo recogeré esto)… Es un consumo basado en los plazos, en las hipotecas. Es una economía que está un poco en el aire, una economía un poco ficticia. Esa economía fracasa en el momento en el que los que están pagando el plato lo pagan. Como es mundial, es lo que pasa en EEUU con las hipotecas basura, que eso ha provocado la crisis inmobiliaria que hay aquí. Aquí la gente compraba los pisos al precio que fuera simplemente porque el banco daba dinero. Cuando el banco ha cerrado ese grifo, ¿a quién le gustaría endeudarse? Eso es una economía de locos. No se puede, los bancos no tienen liquidez.

Se arruinarían. Al cerrarse el grifo, crisis inmobiliaria, crisis del consumo, especulación… La especulación se está trasladando a los metales, por ejemplo el cobre. Creo que ha multiplicado por diez su precio, están las fuentes de energía, se está instalando sobre todo aquí en las eólicas y el acaparamiento del petróleo (ha pasado de los 80 $ a los 140 $ que cuesta ahora). Se ha disparado. Todo esto repercutirá en el precio de los transportes, en los precios que están subiendo un 4,5% con respecto al año pasado. Esta economía es frágil y en cuanto falla una pieza en cualquier lado, sobre todo en los sitios más fuertes, si falla una pieza en Japón y en los EEUU esto repercute en todo el mundo. Repercute sobre todo en la gente más jodida. Es una economía que destruye.

Precisamente para conseguir que te relaciones, que ligues por ejemplo, en lugar de ir tú por la calle o a espacios donde la gente se relaciona, se destruye cualquier espacio público, por eso se convierten en espacios de consumo, y por eso para ligar lo que tienes que hacer es comprarte un Internet. Comprarte un trasto de esos y conectarte a Internet. Siempre mercantilizan cualquier relación. *Toda economía para funcionar tiene que crear una demanda y par crear una demanda tiene que empobrecer y crear falta de algo, falta de relaciones personales… Todo eso es un negocio gordo. Cuanto más desgraciados somos, cuantas más dificultades tengamos par relacionarnos con los otros mejor funcionará la economía*. Eso se convierte ya en una actividad económica.

El TAV y la lucha de clases

Las clases ya no es lo que era antes, el mundo del trabajo y el mundo del capital. Precisamente al tener todo el mundo su parcela de vida privada, y a la gente al trabajar para poder consumir, esa contradicción capital-trabajo ha quedado bastante disminuida. La gran contradicción, y en ese sentido todos somos proletarios, *es en la cantidad de VIDA PERSONAL que nos ha sido expropiada, que ha sido trasladada a la esfera del consumo*. Y en ese sentido pienso yo. *Cuando digo vida personal digo TODO porque nos determinan no sólo las distracciones sino las calles por las que tenemos que andar, los lugares que tenemos que habitar, los muebles que tenemos que comprar, los cachivaches tecnológicos que tenemos que instalar, el territorio que tenemos que visitar, cómo lo tenemos que mirar, qué es lo que hay que fotografiar, qué es lo que no hay que fotografiar… Nos determinan todo eso*.

En ese sentido el TAV juega un papel importante porque es un elemento central de esa mercantilización de los entornos de las ciudades y al fin, por rebote de las vidas personales. Y hablo de lucha de clases en ese sentido. De una defensa de las relaciones sociales directas, que la gente que no sólo ha sido explotada económicamente en su lugar de trabajo, sino que su propia vida es un elemento de explotación cada vez más evidente en esta economía. *La lucha de clases para mí es la defensa de una vida construida de acuerdo con nuestras necesidades reales y con nuestros deseos auténticos*.

Billetes

El billete del TAV cuesta más caro y el billete lanzadera cuesta 12 euros. Si a ti te dejan en el medio de la nada, en Tarragona, en el campo, y necesitas 20 minutos para esperar al autobús y luego 20 minutos para llegar a Barcelona, no sólo tardas la media hora que has llegado, sino que también depende del tráfico. Barcelona está muy congestionada, no ahorras nada, mejor coges el tren regional y llegas en una hora. Después cuando llegas allá puedes optar por coger un taxi. O sea, que te cuesta el taxi 3 veces más que el billete del AVE. Los billetes del AVE los puedes comprar por Internet y te cuestan una tercera parte, los tienes que comprar dos meses antes. Se descuenta el 15% o sea que se acaparan y se venden enseguida. El billete a Madrid es 115 euros y de hecho sale más barato comprar el billete a Zaragoza primero y luego a Madrid. De todas formas es más caro que el avión. Los ejecutivos tienen siempre pactos con las empresas, con las aerolíneas, tienen billetes

colectivos que les salen a unos 30 euros por viaje. Se esperaba que el AVE desplazase más a los aviones y no lo ha conseguido. También hay cantidad de aviones BCN Madrid, 80 al día. TAV solo hay 20. De los que viajan van bastante vacíos. Los TAV que van a Tarragona llevan 40 personas al día, y el TAV regional que funciona, el que llega a Lérida, hay unas 800 personas diarias en total. Eso sí que está subvencionado, precisamente para suprimir el TAV.

TAV y coches

El TAV no va a mejorar nada. El TAV no le hace la competencia a la carretera. Los lanzaderas sí que se lo harán pero, ¿cuántos ejecutivos hay que vayan de aquí a Bilbao? ¿1.000? Pues eso, habrá mil coches menos o 500 coches menos. Pero eso no es nada. Las carreteras seguirán igual de colapsadas porque el TAV a lo que hace competencia es al avión. El TAV regional, que éste tal vez sí que podría hacer la competencia, sobre todo a los coches de línea, al vehículo privado porque sí que hay algunos que renuncian a ir con su coche porque están colapsadas las autopistas y van en el TAV regional (lanzadera) pero tiene que parar bien cerca de la estación y bien cerca de donde vas, porque si no, lo que has ahorrado… pero son unos cuantos cientos de coches al día, los ejecutivos son pocos. Llegará el mogollón de turistas pero por avión. Cuando funcione el TAV de la parte francesa vendrán en TAV.

Lo que más ha hecho el TAV en Barcelona (y esto es lo que más les jode a los catalanes) es incrementar su relación con Madrid. Pero no soluciona ningún problema porque *no está hecho par solucionar ningún problema. Sólo está hecho para facilitar la vida de los hombres de negocios*. No está hecho par solucionar el tráfico de las ciudades que están saturadas. El único problema que habría es que la gente que vive fuera viviese dentro. Barna es una ciudad en la que viven 1.400.000 habitantes. (Con los pisos patera unos 2.000 más). Pero es una ciudad que tenía 1.800.000 personas. Que ha expulsado 400.000 personas al exterior. Quiere decir que ha expulsado a personas que vendrán a trabajar a la corona metropolitana en los servicios, con lo cual ha aumentado el tráfico. Es una ciudad carísima. Es como si va la gente a vivir fuera de Donosita y a trabajar en Donosita. Ahí está el efecto. Si tú obligas a la gente a vivir fuera y trabajar dentro, estás obligándoles a utilizar el automóvil. En cercanías es lo único que funciona.

El tinglau de las metrópolis

Por un lado te lo dicen claro: no se puede competir con el TAV a media distancia. En distancias de 700 km el TAV se impone sobre el avión. El avión no da para más, el cielo está saturado, las autopistas aéreas están saturadas, entonces hay que crear líneas (en ese sentido). También es una manera de destruir el territorio y construir. Es volver la destrucción del territorio muy rentable. *La solución pública a los problemas de movilidad privados de los dirigentes que es lo que es el TAV, un negocio muy rentable*. Mercancías, el tema de las mercancías, hablan de eso. A parte de las ya existentes hay una línea de mercancías hasta la frontera pero está solamente sobre el papel, no ponen en qué momento lo harán. *Los dirigentes de Euskadi, las empresas quieren convertir Euskadi en empresa y para ello tiene que estar conectada con otras regiones metropolitanas, con la región de Madrid. Toledo,*

toda esta región con Cataluña ciudad, BCN con el tinglau de París, con los tinglaus de Frankfurt, hay que conectarse con los tinglaus, con los centros de la economía mundial, donde se cuece el bacalao y esos son centros de poder. Hay que buscar el poder, las líneas de poder, sino te conviertes en una provincia, en un satélite de los centros de poder. Como precisamente la desestructuración de las regiones metropolitanas pasa por encima de las fronteras estatales, eso se disfraza (como en Cataluña) de soberanismo. El catalán, la cultura catalana les importa un huevo, van detrás de los negocios, de centralizar todos los negocios allí, de competir con Madrid pero no por cuestión de personalidad sino solamente competir porque cámaras de comercio, empresarios, la autoridad portuaria, el despacho de las Koplovich en Barcelona… *El despacho de las Koplovich tiene más poder que el Ayuntamiento. Construcciones y Contratas, El Corte Inglés, esos son los que guían la economía. Y los intereses de BCN empresa, y los intereses de Euskadi empresa*. Son esos, los intereses de las grandes multinacionales y de los grandes despachos, de los grandes intereses privados de la economía.

TAV y sostenibilidad

Hay que desenmascarar la sostenibilidad, lo que significa en boca del poder la sostenibilidad. En boca del poder significa eso, el TAV, el mogollón de turistas, los trabajos mierda etc. Claro, los trabajos mierda están hechos a base de destruir los trabajos industriales. Y claro, las industrias eran contaminantes y se acogen ahí para absorber un lenguaje ecologista. Pero eso es que, precisamente, cuando las fuerzas de la economía, las fuerzas productivas son ante todo destructivas y a nivel de territorio se ve que son claramente destructivas el lenguaje que usa el capitalismo es ecologista. *El capitalismo se ha vuelto ecologista*. Al principio era la contaminación, las enfermedades pulmonares que ocasiona la contaminación, el cáncer, etc. Ahora, después de la contaminación ha sido el cambio climático que ha revelado el carácter destructor de la economía mundial. *El capitalismo vende sostenibilidad desde el 92*, desde la Cumbre de Río de Janeiro donde se inventó el concepto. Eso lo han inventado en la Cumbre de Jefes de Estado. Inventaron la palabra sostenibilidad y sobre ese modelo se han formado las políticas de los partidos. Y después de esa sostenibilidad vino la Cumbre de Kyoto, remachó un clavo 5 años después y en general a partir del 97 el lenguaje es ecologista. A veces esconde maniobras electorales. Hay que denunciar el lenguaje ecologista éste y el carácter de este lenguaje.

El asfalto y la calidad de vida

Parece ser lo principal que tu calidad de vida dependa de que haya TAV y de que ese destruya todo el territorio y de que haya mucha autopista, que se asfalte todo. Y de que vengan mogollonadas, millones de turistas por aquí que caguen y meen y echen latas de cerveza a la calle. Parece ser que eso mejorará enormemente tu calidad de vida, será lo más sostenible que parió dios. Es ese tipo de lenguaje el que hay que desenmascarar y contra el que hay que luchar. En ese sentido señalaba que la lucha contra el TAV viene a ser también una lucha contra el lenguaje ese ecologista del poder. Es una manera de defenderse y contraatacar. Te

opones al TAV y entonces te opones a la sostenibilidad. Es un cinismo… en fin, es el cinismo de las leyes de la mercancía.

Grandes ciudades y miseria explosiva

La economía de servicios es una economía destructora de comunidades, destruye el campo, deslocaliza industrias, ¿por qué las industrias se acaban? Para eso tienes millones de chinos trabajando por una mierda en su país o millones de filipinos. ¿Por qué el campo desaparece? Porque es mucho más barato comprar a países como Brasil que producen km. y km. de campo, países como Estados Unidos que producen maíz, km. y km. cuadrados de maíz… Cuando se consigue, Australia o ciertos países industrializar el campo y ejercer una producción masiva con pequeños espacios, relativamente pequeños espacios, puedes alimentar a todo el planeta. Entonces todo lo que ha sido la cultura agraria no es rentable, tiene que desaparecer. Esto es lo que hace la economía mundial, sacar a la gente, excluirles del mercado. Aquí se ve poco… aquí habrá… el mundo de los precarios que aquí será un diez, un quince, un veinte por cien máximo. En países como por ejemplo los países africanos esto se entiende más. *En los países africanos, la economía para funcionar tiene que excluir al noventa o noventa y cinco por cien de la población*. Hay ciudades como Dakar, como Lové son ciudades que en la época colonial tenían cien mil habitantes y ahora tienen tres millones. Porque han empobrecido todo el país y está prácticamente todo el país en la ciudad viviendo en ghettos. Lo que es completamente al margen de la economía. El ejemplo más claro es Johannesburg. Johannesburg es una ciudad que tiene doce millones de habitantes donde funciona una pequeña franja de medio millón de habitantes que vive como dios y luego el resto son habitantes no sólo sudafricanos y zulúes de minorías étnicas sudafricanas sino gente empobrecida de Mozambique, de Bostwana, de todos los países, de Angola gente que ha hecho otros ghettos donde había otros más ghettos y ahora está saliendo a la luz porque se están declarando la guerra unos ghettos a otros. Eso está pasando. Hay alrededor de mil millones de personas que viven en suburbios tóxicos, en economías totalmente marginales en el mundo. Hay un proceso de urbanización tan desbocado que está apareciendo en ciudades como Lima, como La Paz, todos los días aparece un barrio de veinte mil personas nuevo, es decir son ciudades que están explotando, Buenos Aires, Monte-video, Santiago de Chile… *El problema de todos estos pobres es que les cuesta más trabajo, les cuesta más caro llegar a la centro a trabajar que lo que les van a pagar*. El billete de los medios de transporte público es caro, por lo tanto se quedan trapicheando en su zona y sobreviven a base de cualquier cosa, a base de trapicheos, de robos, de mafias, etc.

Esto es la economía real. Esto es el rostro real de la economía. Aquí estamos en un lugar privilegiado y ese tipo de cosas no las vemos. Pero en fin. Esto nos pasará. Esto ha pasado ya en Londres, si no os acordáis no hará mucho hubo un cifostio en los barrios satélite, en los barrios dormitorio de las ciudades francesas. Claro, las barriadas las que llaman cités en Francia son de diez mil personas, veinte mil personas, son barrios todavía. Y se armó una buena allá, es decir, la marginación es bastante visible. En Barcelona también hay algunos

barrios, San Cosme, pero son de cinco mil personas, son barrios pequeños. De hecho la gran política que tienen los dirigentes es sobre todo no formar ghettos. En Cataluña lo tienen muy claro. Sobre todo no formar ghettos. Y tienen una política de distribución de la pobreza en los barrios y en las ciudades, sobre todo en las ciudades de alrededor, en las coronas metropolitanas para disimularla. Sobre todo quieren evitar que todos los dominicanos vayan a vivir a un mismo barrio, todos los rumanos a otro… Entonces lo intentan evitar y lo consiguen. *Hay una política bastante consciente de impedir el ghetto, no de impedir la pobreza*. Ellos no van a construir ni más escuelas ni van a ayudar más, ni les van subir el sueldo, ni van a subvencionar la instalación de los inmigrantes. Ellos simplemente lo que quieren es disimular la pobreza. Es decir coger los pisos patera, y que haya muchos pero que no estén todos juntos. Esa es la política que en Barcelona se está haciendo muy consciente. Supongo que como en otras ciudades que tienen una presencia impartante de inmigrantes.

Eso es lo que está provocando realmente la economía en el mundo. Nosotros nos estamos enterando un poco de rebote porque estos fenómenos aquí llegarán pero tardarán en llegar todavía, no estamos en esa fase.

Cárceles de inmigrantes, protestas espontáneas…

Si quieres hacer una cosa pacífica contra la globalización, por la paz en el mundo, que no haya guerras, eso sí que puedes hacer. Pero en Barcelona en concreto hay muy pocos conflictos. Cuando hay conflictos se actúa muy a lo bestia. Ayer se ocupó un centro de detención temporal. Se ha inventado un tipo de cárceles que no es exactamente una cárcel, sino que le llaman centro de detención temporal y pueden estar sólo cuarenta días. A un inmigrante sin papeles lo colocan en una especie de cárcel que es un centro de éstos. Había uno y ahora han construido uno más grande. Este más grande que construyeron está considerado como ampliación de recinto policial. Entonces hubo una gente que lo ocupó. Todos han pasado por peticiones de cuatro años y cosas de estas, la policía dando hostias… Y se consideró como invasión, como si hubieses invadido una comisaría de policía, fue considerado un acto de resistencia y de ataque a las fuerzas de orden público. Y ahora por supuesto que lo habrán limpiado, pero al principio detuvieron a cincuenta, los encerraron y abrieron proceso por eso. Es decir allí van a lo bruto. Yo creo que en Barcelona lo mejor que hubo fue un botellón que se armaron hostias allí… Pero tiene que ser así tienen que ser explosiones espontáneas que se mete la policía por el medio y entonces generan una especie, sobre todo por las calles del centro, una especie de guerra de guerrillas porque son fáciles de cortar por los contenedores de basura. Vuelcas dos contenedores de basura o tres los que están allí juntos y cortas toda la calle. Entonces parece ser que no previeron eso y al prohibir el botellón se armó una batalla campal. La más gorda que ha habido. Lo demás ha sido cuando han desalojado eso sí, cuando desalojan centros ocupados hay dos tipos, los que se conforman y los que no. Los que se conforman se encadenan a la puerta y tal. Los que no se conforman, en lugar de esperar a que les desalojen lo que hacen es romper todos los semáforos, todo el mobiliario urbano…todo lo que pillan por allá, hacen un estropicio enorme y desaparecer, irse a otro lado porque saben que cuando llegue la policía los

sacarán, les darán dos ostias a los que estaban encadenados y los sacarán. Pero son cosas ligadas al pasado. Otros casos han pasado así. *Lo que sería interesante es que los centros ocupados estuviesen más relacionados con los vecinos si quieren movimiento sin necesidad de ser simplemente destructivos, pues mejor que viésemos cuanta más gente salga a la calle porque se conseguiría… si los vecinos se movilizan se puede conseguir que el centro no se cierre*.

Hay que impedir que las ciudades crezcan

La alternativa que tienen ellos es industrializar el campo o construir urbanizaciones donde antes había campo pues ahora hay ladrillo. Hay urbanizaciones, segundas residencias, el gran negocio de las segundas residencias, puertos deportivos, y si estás cerca de la montaña, alguna pista, turismo de este de excursiones… Sobre todo terciarización, introducir la economía terciaria en los países. Eso es lo que se está haciendo. Por eso las actividades primarias como era la agricultura desaparecen, se sustituyen por el ladrillo. *La lucha por recuperar el territorio es la lucha por impedir la expansión urbana, el urbanismo este desbocado, la lucha por reconstruir un equilibrio entre las ciudades y los campos*. Si contamos con los años sesenta, en una ciudad destructiva de territorio como es Barcelona el cincuenta por ciento de la vía eran huertos urbanos, se abastecían de los huertos urbanos, es decir de los pequeños campos de alrededor de la ciudad y eso hace cuarenta años todavía pasaba. En ese sentido, *lo que hay que hacer es impedir que las ciudades crezcan*. Hay que cambiarlo todo. Se cambia el TAV, pero se ha de cambiar todo, se ha de cambiar una ciudad que crece por todas las direcciones, porque precisamente la economía terciaria se basa en eso, en la explosión de las ciudades, hay que impedir la ciudad, hay que reconstruir, hay que demoler muchísimos edificios, hay que rehacer el campo, hay que reequilibrar el campo, hay que volver a darle vitalidad al campo como alimento de las ciudades y conservación del territorio. Eso se dice, es difícil de hacer pero hay que ir por ahí.

El estilo de lucha ha de defender esos modelos. No se va a conseguir… *Bueno, si la población se mobilizase lo primero que habría que hacer es detener todos los procesos que destruyen el territorio y después reconstruir las ciudades a escala humana y reconstruir el territorio*. Es una cosa que tiene su tela pero es lo que hay que hacer. O eso o la barbarie.

Mercantilización de la cultura

Las formas de cultura popular no existen. Están mercantilizadas o destruidas literalmente. En Cataluña están totalmente destruidas. No existe política.. Es una esfera diferente de la economía. Cuando hablas de políticos hablas de una especie de hombres de negocios que en principio no tiene que ver demasiado con la economía pero que está totalmente determinada por ella. ¿Qué hace el político? Pues dar permisos para edificaciones en altura. Ahora edifican en ocho pisos, pues igual edificar en quince porque ese político está asociado a las inmobiliarias y las constructoras son las que financian en gran parte la obra pública. Esa transformación… Lo que está claro es que el estado no tiene el dinero suficiente para transformar las ciudades. Entonces las ciudades se tienen que convertir en empresas,

negociar con otras empresas y los políticos tienen que convertirse en empresarios y actuar como tales, para hacer estas transformaciones y adaptar la ciudad a economías terciarias. Por eso las ciudades no sólo se convierten en empresas, los ayuntamientos, es decir el personal administrativo, sino que se convierte toda la ciudad. Es una manera de ganar dinero. El político, en el momento que se mete en política se convierte en empresario, y es el lenguaje de los empresarios el que domina en la política. El político hablará en plan político, en plan ecologista, pero ya hemos denunciado la manipulación de lenguaje que existe aquí. Pero en realidad ese lenguaje esconde el lenguaje, el marketing de la política, que es un marketing empresarial, se venden las cosas, un político además lo dice así un político lo que tiene que hacer es vender su política, vender su proyecto.

Okupas y atmósfera turística

Han cerrado bastantes centros ocupados. Tú lo ves enseguida por las campañas de criminalización que hacen. Aparecen unos okupas…Había la campaña de un propietario que decía que vivía en un hotel porque los okupas le habían ocupado la casa. Era el propietario de un edificio entero. Alrededor de este propietario que salió por la tele y eso, se creó una atmósfera anti-okupa, y eso sirvió para cerrar una docena de casas ocupadas. La Macabra no era un centro social combativo, era un centro social artístico, de estos que hacen de estatuas para los turistas, podían perfectamente funcionar. Hacían malabarismos, luego lo hacían por las calles y todo esto. Y eso estaba bastante integrado en la atmósfera turística. Y eso es parte del plan veintidós arroba que es que ese barrio se tiene que reconvertir en fábricas de alta tecnología. Y la fábrica que ocupaba La Macabra era un espacio, un solar que había que tumbar para construir allí, con ayuda de La Caixa seguramente o de alguna otra entidad financiera, una nave de alta tecnología.

Miguel Amorós.
Donostia, primavera de 2008 Actividad organizada por la Asamblea contra el TAV.

Marzo 2008

De la materia de las crisis sociales

Durante los noventa, y con la inapreciable ayuda de las nuevas tecnologías, la estética del consumidor terminaría colonizando la protesta: en pocos años, el compromiso efímero, las manifestaciones carnavalescas, el pacifismo guay o las demostraciones simbólicas, acamparon en lugares donde en otros tiempos imperaban la determinación constante y enérgica, las comunidad estable, la fraternidad sólida y la lucha violenta.

Entre los años que van de 1958, año en que el régimen franquista crea un marco legal para los asuntos laborales, la ley de convenios, hasta 1978, año de agotamiento del movimiento

obrero asambleario, el conjunto de la población asalariada española manifestó de forma creciente unos sentimientos de identidad y una comunidad de intereses que no han vuelto a darse desde entonces. El exterminio de los activistas, militantes y afines a la clase obrera emprendido desde los mismos comienzos de la Guerra civil revolucionaria en el 36 sirvió de arranque para estabilizar y reforzar la clase dirigente.

En veinte años, el conglomerado clerical, agrario y fascista amparado por la dictadura militar, transformó las bases de su poder favoreciendo un desarrollo industrial que arrastró la población campesina a los suburbios de las ciudades, y proporcionó la materia de las crisis sociales que llegarían con el tiempo. A partir de 1970, primer año de la autonomía proletaria, la existencia de una nueva clase obrera sería el factor más significativo de la vida política española. Lo demuestra la intensa agitación desarrollada a su alrededor, así como la cohesión alcanzada por la clase dirigente al sentirse amenazada por ella. En un ejercicio sin precedentes de amnesia histórica, los políticos de las diversas facciones burguesas "superaron" entonces los antagonismos de la época republicana.

La clase obrera de la que hablamos tiene fecha de aparición y, por desgracia, también de caducidad; es en resumen una formación histórica. Determinadas condiciones la alumbraron; forjaron una sociabilidad interna a base de costumbres, ideas y valores; determinaron modos de actuar y de organizarse específicos, o, dicho de otra manera, le dieron conciencia de clase. A lo largo de su existencia hubo de permanecer en movimiento; desarrollar esa conciencia, fijarse objetivos y nombrar a todos sus enemigos para combatirles mejor, a los que la pretendían arrinconar y a los que la querían dirigir. Cada paso que diese en esa dirección fortalecería su papel, mientras que el estancamiento o los retrocesos disminuirían su peso en los acontecimientos y pondrían en peligro su realidad como clase social histórica. Especialmente en cuanto atañe a sus medios propios de expresión y toma de decisiones: la desmembración del asambleismo acarreada por los Pactos de la Moncloa de 1977 hizo que una clase consciente y combativa en un quinquenio se convirtiera en una multitud dócil y conformista.

No queremos por ahora adentrarnos demasiado en las distintas etapas por las que una sociedad de clases diferenciadas se transformó en una sociedad de masas indiferenciadas, o bien cómo una sociedad determinada por las relaciones de producción pasó a otra determinada por las formas de consumo, y en fín, por qué un mundo donde cada cual pensaba en términos de colectividad o de clase, dio lugar a otro regido por el individualismo y la competitividad. Constataremos simplemente algunos hechos que ayudan a la comprensión del fenómeno y que nunca han estado suficientemente señalados. Nos referimos en concreto a la crisis general de valores –burgueses y proletarios-- que sacudió la sociedad española en la década de los setenta, rescoldo tardío de una crisis similar que recorrió diez años antes los países de capitalismo avanzado y que culminó en la revolución francesa de Mayo de 1968.

La nueva clase obrera surge cuando progresivamente se segrega de la sociedad franquista y crea su propio espacio social. Necesariamente ese espacio tuvo que buscarlo principalmente

en la esfera de la producción, en las fábricas y talleres, y muy en segundo lugar en las barriadas y los polígonos del suburbio. Las luchas vecinales no surgieron hasta los setenta y parecen haber sido un subproducto de la combatividad laboral. Su contenido estaba muy limitado a la reparación de los males más inmediatos de la urbanización especulativa, y jamás pasó de ahí. La consecuencia más indeseable de la autolimitación al lugar de trabajo tuvo lugar en el campo de las ideas y de los valores, y lastró gravemente la conciencia de clase: la promoción de la ética del trabajo, o dicho de otro modo, el obrerismo. Digo gravemente porque impidió al proletariado aprovecharse de la crisis moral de la burguesía en su beneficio; es más, al no encabezar la revolución de las costumbres permitió que los sectores ultraliberales burgueses lo hicieran, recuperando para la dominación las armas que habían servido para desmantelar los principios y valores tradicionales, útiles en la fase anterior, aquella en que era vital para la burguesía una disciplina de clase. De esta forma los cambios radicales habidos en la vida cotidiana no sirvieron para liberar de la alienación mercantil a los individuos, sino para liberarles de las ataduras de la formación política, del compromiso social y de las exigencias de la solidaridad, convirtiéndoles en consumidores.

En los años sesenta la moral de la clase obrera era la del jornalero, es decir, la consideración del trabajo como un simple medio de subsistencia, siendo la familia el valor supremo. La influencia de los curas obreros ayudó a desarrollar un sentimiento de dignidad en la vida laboral, pero acentuó los malos efectos de la moral católica, sobre todo en la jerarquización familiar y en materia sexual. Con la extensión del espíritu de clase gracias a las luchas, el resultado final fue una moralización superior del mundo del trabajo. El cuestionamiento de la autoridad paterna o el de la desigualdad de sexos, incluso la propia opción sexual, quedaron soslayados. La ética del trabajo, invención burguesa calvinista para disciplinar al proletariado, presupone que el trabajo es la condición normal de los seres humanos. Obrero es por así decirlo, su estadio natural. De acuerdo con esta concepción, el trabajo, además de condición absoluta de supervivencia es receptáculo de valores: dignifica, ubica, realiza. Así pues, desde el punto de vista de la mentalidad “currela” la sociedad sin clases sería una especie de fábrica universal; no podría imaginarse de otra manera que como una sociedad de trabajadores. En ésta nunca rechazaría el trabajo, ni tampoco los valores que le estaban asociados directa o indirectamente: el esfuerzo, el ahorro, el sacrificio, la vocación, la constancia, el matrimonio, la familia patriarcal… Hombres y mujeres serían iguales en tanto que seres proletarizados. Las diferencias generacionales quedarían anuladas en el proceso de producción. Bajo esa óptica no trabajar resultaba una anormalidad; estar sin trabajo era, más que un problema de subsistencia, un problema de identidad: un parado es un desclasado.

En los años setenta iba a presentarse la paradoja de una clase obrera aferrada a determinados valores burgueses y unos hijos de la burguesía aceptando como norma su trasgresión. Al plantearse la lucha excusivamente en las fábricas y en la calle, la cuestión social había quedado prisionera de la política inmediata: amnistía, libertades, derecho al trabajo o a la huelga, sindicatos, elecciones… Era fundamentalmente una cuestión de poder.

Paralelamente, la homosexualidad pugnaba por ser reconocida, las mujeres reclamaban la igualdad y los presos querían derrumbar los muros de las prisiones; los jóvenes mandaban al basurero la religión y la mili, impugnaban la autoridad (empezando por la paterna), la educación y la psiquiatría; abandonaban la familia, los estudios y el trabajo; experimentaban con el haschich o las drogas, vibraban con la música rock, exigían una sexualidad libre y una vida conforme al deseo… La subversión de la moral tradicional era mucho más peligrosa para el orden que las reivindicaciones democráticas, porque éstas al fin y al cabo no superaban el marco burgués sindical y parlamentario, y aquella ponía entre interrogantes todo tipo de jerarquía y, por consiguiente, toda clase de instituciones. Pero para que la cotidianidad rompa sus cadenas y alcance el movimiento de la historia hacen falta varias de esas jornadas revolucionarias cuya intensidad equivale a una evolución de años. Durante esos fenómenos totales la vida pública y vida privada se interpenetran, haciendo que converjan todos los problemas y se unifiquen. Los partidos, sindicatos, grupúsculos y policía se encargaron de que no las hubiera. La oposición antifranquista no buscaba siquiera una ruptura política con el régimen (se decía "ruptura pactada"), y por descontado, rechazaba de plano cualquier ruptura económica o "cultural". Existían razones evidentes de disciplina o de aburguesamiento, pero también había miedo a la verdadera libertad: dicha oposición deseaba sólo una libertad formal, política. Las cuestiones vitales quedaron en el aire sin que ninguna fuerza social quisiera hacerlas suyas. Archisabida es la cantidad de conflictos que causó su penetración en los medios libertarios, y la reacción airada de los anarcoobreristas viejos o jóvenes de la CNT contra la "invasión" de freaks, pasotas, fumetas, ecologistas y contraculturales. Si al proletariado le faltó tiempo para parar la ofensiva burguesa apoyada en la crisis económica, más le faltó para decidirse a subvertir el modo de vida burgués, al menos en lo que le concernía directamente, llevando las marginadas cuestiones culturales al centro de la cuestión social. En lo sucesivo, con la crisis económica en todo su apogeo, la decadencia del sector industrial trajo el derrumbe de las formas de solidaridad y de asociación ligadas a las fábricas. No solamente la moral obrerista con toda su autocomplacencia, sino los trazos propiamente obreros, desaparecieron de la vida cotidiana a medida que despuntaba la sociedad de servicios. La necesidad quedó alejada definitivamente del deseo. Ambos, en tanto que aspectos objetivo y subjetivo de la vida cotidiana, quedaron irreconocibles.

El consumismo triunfante no se basaba en otra cosa que en la manipulación mercantil de los deseos y las necesidades. Durante el proceso de "modernización" ocurrido entre 1982 y 1995 conocido como "transición económica" o como "felipismo", quedó abierta una brecha generacional entre quienes entraron al mercado laboral a finales de los 60 y quienes entraron a mediados de los 80, por donde se coló la nueva moral consumista. Una minoría conservadora de trabajadores fijos y sindicados, quedaría enfrentada a una masa de obreros eventuales malpagados, atomizada y desagregada, lo que tuvo inmediatas consecuencias a nivel social. Bajo la dictadura del consumo el trabajo quedaría completamente desvalorizado y reducido a mera fuente de ingresos, necesarios para la principal actividad del asalariado moderno, que es la de consumir. Una sospechosa abundancia de droga dura también

contribuyó lo suyo a dinamitar desde dentro el coraje de la última generación obrera rebelde. Al margen, un inestable movimiento juvenil heredaba las tareas históricas que la clase obrera no había sabido asumir, fragmentándolas como problemáticas específicas separadas que degeneraban fácilmente en modas. En ese contexto, las cuestiones éticas y culturales serían despolitizadas, compartimentadas y desnaturalizadas por especialistas patentados, hechas compatibles con las instituciones de la dominación y aptas para proporcionar reglas a una sociedad "abierta", individualista y espectacular. Los lugares de trabajo dejaron de ser importantes para la relación y las barriadas hicieron honor a su función de dormitorios. La sociabilidad del consumidor prefería otros espacios con aparcamiento: los centros comerciales, las zonas de ocio y los multicines. Durante los noventa, y con la inapreciable ayuda de las nuevas tecnologías, la estética del consumidor terminaría colonizando la protesta: en pocos años, el compromiso efímero, las manifestaciones carnavalescas, el pacifismo guay o las demostraciones simbólicas, acamparon en lugares donde en otros tiempos imperaban la determinación constante y enérgica, las comunidad estable, la fraternidad sólida y la lucha violenta. Exhibirse, dicho en lenguaje corriente es "estar en el mercado". La publicidad, manifestación necesaria de la mercancía, lo es igualmente de la protesta. Los activistas son simples animadores, pues la existencia del conflicto viene determinada por su imagen mediática, no por la realidad del enfrentamiento, y eso es así porque lo que caracteriza la sociedad de consumo es la disolución de cualquier forma de vida pública, la desaparición de todos los mecanismos reales de participación. Nadie participa en nada si no es en el espectáculo. Pero lo principal no ha sido la escenografía que acompaña cualquier actividad pública y la sustituye, sino el desplazamiento de la realidad misma por otra virtual situada en el ciberespacio, el verdadero cielo de la falsa conciencia. Gracias a dicho desplazamiento el repliegue hacia lo cotidiano y lo privado exigido por el consumo ha podido efectuarse bajo las apariencias de una nueva libertad, tanto más completa cuanto más equipada tecnológicamente.

La memoria de los años de la autonomía obrera puede sernos útil para aprender de su parte no vencida, a saber, la solidaridad y la democracia directa. Sin embargo, hemos de prevenirnos contra los intentos de recuperación del pasado en forma de ideología autonomista, pues la construcción de lazos comunitarios y la práctica asamblearia han de realizarse partiendo de las luchas sociales actuales, que suceden en otros escenarios y tienen otros protagonistas. Nada sacaremos mimetizando un proletariado industrial inexistente o pregonando un retorno a condiciones históricas que caducaron hace treinta años. La peor afrenta que podamos infligir a una época periclitada es convertir sus manifestaciones de rebeldía en moda contestataria. Nunca comprenderemos el pasado si no somos capaces de sabotear ab ovo todas las mistificaciones del presente.

Miquel Amorós, marzo 2008.
A propósito de las jornadas de Valencia de noviembre pasado por la memoria anticapitalista.

https://www.lahaine.org/est_espanol.php/de_la_materia_de_las_crisis_sociales

Abril 2008

Entrevista de Klinamen sobre el TAV

Klinamen: *¿Qué es el TAV?*

Miguel Amorós: Antes que nada conviene aclarar que en una sociedad como la nuestra, donde tecnócratas expertos dirigen todos los aspectos de la vida y donde la libertad no es sino otro nombre del despotismo, el lenguaje no es un medio de comunicación entre personas libres, sino la herramienta por la cual los dirigentes transmiten sus ideas y sus órdenes a las masas dominadas. Cada palabra, especialmente si es un neologismo, sostiene una realidad opresiva disimulada tras una apariencia técnica. Sabemos que la técnica no es neutral ni el neologismo tampoco. Así pues por TAV no podemos entender simplemente un artilugio que marcha a 300 km/h.

El TAV es el emblema tecnopolítico de la mundialización. En tanto que trasporte preferido de los dirigentes en la media distancia, es una condición necesaria de la economía globalizada; en tanto que figura política del marketing internacional ciudadano, es la pura Razón de Estado.

Klinamen: *¿Por qué ahora hay tanta prisa con el TAV?*

Miguel Amorós: El TAV ha de construirse cuanto antes porque los intereses del poder así lo requieren. No se trata tanto de ganancias inmediatas, como por ejemplo las de las constructoras de obra pública, los fabricantes de trenes o las empresas de seguridad; tampoco de intereses privados ligados a oligarquías locales; mejor es cuestión de intereses generales relativos a la clase que domina el mundo, y del mundo tal como resulta del dominio de esos intereses. Cuando la población se concentra en unas pocas regiones metropolitanas, la acumulación ampliada de capital depende mucho más de la circulación, incluida la circulación de ejecutivos financieros, empresariales y políticos. Éstos necesitan un medio de locomoción más eficaz que el avión entre dos sistemas suburbiales, es decir, entre dos megaciudades: ese es el TAV.

Klinamen: *¿Qué beneficios aporta?*

Miguel Amorós: La respuesta depende de si la pregunta se hace a los dirigentes o a los dirigidos. Para los primeros el beneficio es incuestionable, puesto que todo lo que contribuya a la movilidad colabora en la transformación del mundo conforme a su interés. La "intermodalidad", es decir, la coordinación de las distintas formas de transporte, sería un buen ejemplo del mundo de los ejecutivos, donde "los rápidos se comen a los lentos". Sin embargo, todo lo que resulta ventajoso para aquellos, forzosamente ha de resultar perjudicial para los demás, pues refuerza su sometimiento y su alienación.

Klinamen: *Pero ¿y la rapidez?*

Miguel Amorós: Si el criterio racional contara, la fórmula perfecta sería un tren de bajo impacto que combinara celeridad y precio. Tales trenes existen y además competirían con las autopistas. Sin embargo para la clase cuyo tiempo es oro, una ganancia de segundos significa un lucro importante, por lo que la velocidad goza de prioridad absoluta. La alta velocidad de los trenes es la alta velocidad de los negocios.

Klinamen: *Sin embargo, lo que es bueno para la economía ¿no es de alguna forma bueno para todos?*

Miguel Amorós: Más bien lo contrario. Si la riqueza se concentra, la pobreza se difunde. Indudablemente los bancos, los especuladores inmobiliarios, las refinerías, la industria turística, el comercio de coches y el sector logístico, van a amasar mucho dinero. Habrá migajas para unos cuantos. Pero en la medida en que se terciariza la economía con la inestimable ayuda de ese caballo de Troya en forma de tren, se imponen para la mayoría las condiciones de trabajo y de vida que le son propias: precariedad, salarios ínfimos, horas extras, hipotecas, vivienda indigna, transporte público infame… Eso es todo lo que saldrá ganando la mayoría.

Klinamen: *¿Qué consecuencias tiene el TAV para las ciudades?*

Miguel Amorós: Las ciudades "situadas en el mapa" por el TAV acumulan población y, por lo tanto, van extendiéndose como mancha de aceite hasta penetrar en las provincias adyacentes. Mientras el centro de la ciudad original se museifica y peatonaliza para devenir mitad parque temático, mitad centro comercial, la periferia pierde sus límites y se transforma en un entorno artificial, caro, invadido por vehículos, ruidoso, contaminado e insalubre tanto física como síquicamente.

Klinamen: *¿Qué papel juegan las estaciones?*

Miguel Amorós: Son los edificios por donde llegan las elites de la globalización; arquitectónicamente representan sus valores, sus delirios, su falta absoluta de sensibilidad y su mal gusto. Evolucionan hacia un híbrido entre el centro comercial y el complejo hotelero, pues la intención es que el transporte acabe siendo una actividad económica entre tantas, exactamente igual que sucede con los aeropuertos. La estación del TAV determina un reordenamiento total de la barriada donde se ubica que se convierte en un auxiliar monitorizado de la estación, a través de cuyas pautas toda la ciudad va a remodelarse. La estación en realidad es la ciudad futura en pequeño. Contiene una promesa de ciudad radicalmente distinta, carcelaria y consumista a partes iguales, que sólo espera inversiones para desplegarse.

Klinamen: *¿Qué significa el TAV para el conjunto del país?*

Miguel Amorós: El TAV contrae el espacio a la vez que la economía lo coloniza. Tiene pues un efecto centralizador. Las conurbaciones quedan conectadas entre sí como densos nódulos de una red gobernada por un enjambre electrodirigente. El territorio resulta

agredido de mil maneras, quedando fragmentado, desequilibrado y reducido a decorado paisajístico.

Klinamen: *Entonces ¿hay que ir contra el progreso?*

Miguel Amorós: Solo si el progreso significa despilfarro energético y dilapidación de recursos, desequilibrio territorial, cultivos transgénicos, líneas de muy alta tensión, motorización, centrales nucleares, neurosis y exclusión social. El TAV es esa clase de progreso.

Klinamen: *¿Cómo funciona la lucha anti TAV en Cataluña?*

Miguel Amorós: Desgraciadamente en Cataluña una lucha de esas características no existe. Lo que hay es una oposición farisea, mediatizada por partidos y alcaldes, que se opone a determinados trazados o que exige soterramientos, pero que no cuestiona la necesidad del TAV, ni mucho menos se interroga sobre la sociedad que lo reivindica. Las plataformas cívicas anti TAV hablan el mismo lenguaje que el poder que lo construye y concuerdan con sus fines. En sus métodos no buscan provocarlo, sino abrir vías de diálogo y colaboración institucional. Pero sucede que por propia naturaleza el TAV no puede permitirse demasiada flexibilidad y tiene poco que ofrecer aparte de dinero. Normalmente las inversiones culturales o deportivas suelen bastar para que los representantes de los intereses locales lesionados miren para otro lado. En último extremo las plataformas tratarán de consolarse con inútiles caceroladas, recogidas de firmas y pleitos administrativos.

Klinamen: *¿Cuál es la alternativa?*

Miguel Amorós: La lucha contra el TAV no tiene sentido sino dentro de la lucha contra el modelo político y económico de sociedad a la que va asociado. No ha de reivindicar sólo otro transporte, sino otra sociedad. Es una lucha contra todas las infraestructuras típicas de una economía desbocada, autopistas, superpuertos, túneles, macroaeropuertos, etc., y también una lucha contra el automóvil, la suburbialización, la alimentación industrial, la artificialización de la vida, la destrucción del territorio, la explotación del trabajo, etc. Es una lucha antidesarrollista y anticonsumista. La lucha de los afectados por el TAV es una lucha contra la clase dirigente, por lo que ha de saber reconocerse como lucha de clases. Ha de poner en marcha mecanismos organizativos autónomos capaces de elaborar puntos de vista críticos de manera colectiva, así como formas de lucha directa alejadas de la política y el sindicalismo. De ellas ha de nacer un sujeto histórico, una comunidad de oprimidos capaz de enfrentarse como clase a las fuerzas de la dominación y cambiar el mundo según sus deseos.

Klinamen: *Vale, pero ¿no es eso abarcar mucho y apretar poco?*

Miguel Amorós: Evidentemente una lucha de tal envergadura no es cosa de meses ni de guerras civiles para mañana. Es cuestión de saber fijarse objetivos a medio y corto plazo, por ejemplo, la detención de las obras. Su simple parálisis daría un respiro al territorio y sus pobladores, ralentizando la degradación. Sabotear la política de tierra quemada que emplean los dirigentes, obligándoles a retroceder mediante movilizaciones lo más

numerosas posible, como en Valsusa. Cuando es la causa de la libertad la que está en juego, primero hay que ir poco a poco; después, cuando pinten la ocasión, ya se procederá de golpe.

Klinamen: *Para acabar y a nivel más personal, ¿qué es para ti el TAV?*

Miguel Amorós: Es la prueba de la insolente rapidez con que unos pocos cuya autoridad cuestiono deciden cómo va a ser la vida de todos.

Entrevista para *AHT Gelditu!*, 23 de abril de 2008.

Mayo 2008

Los archipiélagos de la falsificación

El anarquismo espectáculo y Mayo del 68

"Si esto se mira con intención buena, en las Cortes de
Soria nuestros reyes con mantillas de grana distinguieron
a las putas, y así las permitieron."
Nicolás Fernández de Moratín, *Arte de las Putas*.

"*¡Abajo la anarquía espectacular y mercantilizada!*" Tal era el lema de unos carteles y hojas que protestaban por el negocio editorial montado a costa del anarquismo tras el interés hacia el tema despertado por la revuelta de mayo de 1968. Aunque con un aceptable arsenal de armas críticas y tácticas subversivas, transcurrido el momento revolucionario, la emancipación de los trabajadores seguía trabada por las organizaciones burocráticas que operaban en su nombre, bien a las órdenes de un Estado totalitario como la Unión Soviética, bien al servicio de la burguesía gestora en los países de capitalismo avanzado. La sociedad del espectáculo defendía su dominio mediante la falsificación general de todos los aspectos de la vida, precisamente aquello contra lo cual se habían alzado los insurrectos de mayo. En lo que concierne a las burocracias parasitarias, incluidas las libertarias, su labor consistía en la falsificación de las teorías y la historia de las crisis revolucionarias. Las aguas de mayo habían concedido al viejo anarquismo las apariencias de una segunda juventud e incluso habían propiciado la aparición de un anarquismo a la carta, que ofrecía todas las variantes posibles entre el narcisismo individualista, la estética contracultural y el izquierdismo específico. En tanto que conformismo de nuevo cuño, ese anarquismo inutilizado formaba parte del espectáculo, o dicho de otra manera, "estaba de moda". Y por consiguiente, tal anarquía no era otra cosa que ideología de consumo, ideas desvalorizadas al servicio de la mercantilización.

Lo que no mata, engorda. El capitalismo sobrevivió a las crisis de los sesenta y se dispuso a dar enormes saltos hacia delante que entrañaban una obra de recuperación ideológica considerable, futura causa de una ingente literatura y de la prosperidad de las casas editoras. El trabajo recuperador de los asalariados de la cultura tenía que apuntar menos al mantenimiento de falsas ilusiones revolucionarias, que a la denuncia del retorno del proletariado revolucionario en tanto que ilusión. Por tanto, no tenían que vender a la clase obrera en reflujo fantasías de poder y de liberación, sino sueños libidinales y hedonismo consumidor. De ahí que a la dispersión de la revuelta siguiera una liberación de costumbres encabezada por las clases victoriosas, que para el mercado realmente significó una renovación. Veinte años después todos los medios de comunicación proclamaban que lo que muchos consideraban todavía la única huelga general salvaje de la historia no fue sino una maniobra dura de la modernización capitalista, y que su gusto por el jolgorio comunitario, su deseo de expresarse libremente o su rechazo del trabajo y de las ideologías, eran algo así como un prólogo agitado y lúdico del neoliberalismo. La labor recuperadora había allanado el terreno a la mercancía de forma que ésta abarcase cómodamente la totalidad social, elaborando un lenguaje con palabras arrebatadas al enemigo. Alcanzado ese nivel cualquier eslógan revolucionario del pasado sonaba a mensaje trivial de lo existente; así por ejemplo, el “PROHIBIDO PROHIBIR” servía como lema publicitario de una vulgar exposición fotográfica, y la multinacional Acciona diría eso de “SEAMOS REALISTAS. PIDAMOS LO IMPOSIBLE” para dar a conocer el ecofascismo del mañana en su pabellón de la Expo de Zaragoza.

La naturaleza profunda de las crisis de los años sesenta y setenta, las del fordismo y la abundancia mercantil, determinó que la vuelta al orden no se quedara en una mera restauración garantizada por la fuerza pública, sino que conllevara cambios radicales en las formas y procedimientos de gestión social, donde los contingentes de desertores y arrepentidos jugarían su papel. El caso español fue similar, aunque debido al peso de la moral católica dominante bajo el franquismo la subversión de conductas se presentara más que en ninguna otra parte como moda libertaria, dando pie a un espectáculo específico sostenido justo el tiempo que emplearon la clase media urbana y los retoños de la burguesía posfranquista en renovar su moral, o como dijo José Ribas, personaje que dirigió la revista recuperadora por excelencia “Ajoblanco”, en lograr su “libertad”. La influencia del mayo francés nunca fue excesiva puesto que el filtro policial y la moral catoestalinista la mantuvieron a raya; además, el proceso de radicalización obrera se detuvo en 1976, con lo que la subjetividad se desarrolló aislada en la vida cotidiana, entre sexo, porros y música rock, separada del terreno de la autogestión, el asambleismo y los consejos obreros. La necesidad de distinguirse individualmente y, al mismo tiempo, de resguardarse mediante la identificación cutre con la clase que “marcaba tendencia”, condujo a los jóvenes burgueses desclasados hacía el medio libertario, en particular la CNT, pero dado que sus convicciones no eran muy sólidas, la fugacidad de los ideales se manifestó con mucha rapidez y la frivolidad de la moda “canalla” ganó la batalla al compromiso. Los caminos fáciles de la radicalidad del vivir acabaron en el lavabo, con las jeringuillas (pongamos que hablo de

cualquier parte), o desaparecieron en las ergástulas, con la lucha armada. A lo sumo hoy los dirigentes de medio pelo aluden al 68 para indignarse si ante la exigencia de que las decisiones se tomen en asamblea. Los asalariados ibéricos de la cultura, principalmente estalinoides, nunca se emplearon demasiado a fondo contra la revuelta de Mayo, pintándola como algarada estudiantil y repitiendo los tópicos de sus colegas franceses, siguiendo una línea trazada que llega hasta la televisión, la guitarra de Raimon y Le Monde Diplomatique. Hemos tenido que esperar cuarenta años para asistir a una ambiciosa tentativa de recuperación autóctona en forma de "conmemoración cultural" que se pretende "intervención política", llevada a cabo desde distintas universidades con la ayuda de varias momias prostituidas, pasando por el Museo Reina Sofía, el Ministerio de Cultura, la Fundación Tàpies, la revista Archipiélago y la editorial Acuarela.

El objetivo confesado no es en absoluto una defensa de Mayo en sus aspectos más verídicos, a saber, el anticapitalismo, la crítica de la burocracia y de la política, el rechazo frontal de las instituciones, la apuesta por la revolución social, etc., y no podía serlo siendo quienes son los autores de la operación y los lugares en donde ésta se efectúa. Más bien se trata de un show dirigido a un público concreto, el que aspira a labrarse una carrera en el mundo de la industria cultural y del espectáculo artístico, el que quiere hacerse un nombre en la modernización del sistema dominante. Estos cretinos modernos afirman que "sólo el presente puede abrir el pasado", pero eso suena más al big brother de "1984" que a Walter Benjamin, pues tal afirmación en boca de recuperador quiere decir sólo que la manipulación del presente facilita la del pasado. Y a su turno, el "pasado", por ejemplo, Mayo del 68, ha de ser alterado (o "reconstruido") para que no impida la contemplación del presente con ojos aprobadores. El pasado es algo así como un desván de trastos y ropa vieja donde encontrar material "para una intervención política presente" ¿cuál? A estas alturas habíamos de adivinar que nuestros payasos del pensamiento sumiso se refieren a los "movimientos sociales", las seudomovidas ciudadanistas que reclaman la vuelta al Estado "de bienestar", la renta básica y el retorno al escenario socialdemócrata por vías paralelas, donde realizar "una praxis del antagonismo que no se limite a la negación", es decir, una actividad colaboradora que neutralice cualquier conflicto presente. Efectivamente, el trabajo de los burócratas es distinto "cuando ya no se trata de dirigir, representar o adoctrinar", sino de amontonar y distraer. La pérdida actual de credibilidad institucional abre perspectivas a un tercer sector de la recuperación, aquél que ha de intervenir en luchas reales o ficticias cuando "el concepto de vanguardia" es cuestionado y las organizaciones políticas, sindicales y "sociales" están desacreditadas, cuando no quedan modelos aptos que ofrecer ni recetas infalibles, sin un horizonte revolucionario que oscurecer ni un sujeto proletario que manejar. Como han demostrado los alterglobalizadores, la banalización de la protesta no puede realizarse ya desde los partidos, las asociaciones o las ONGs; ha de ser "rigurosamente situacional" y andar fuera de las estructuras del poder, allí donde los montajes ocasionales puedan sin querer crear espacios en que ni sus reglas sirvan ni las subvenciones funcionen. La participación electoral y el compromiso con lo existente han de lograrse con métodos de

diversión, entretenimiento y “diálogo transversal”, es decir, multiconferencias, dramatizaciones y tecnofiestas.

La tercera vía de la recuperación que llamaremos de ahora en adelante “acuarelismo”, propone volver tan ininteligible el presente como el pasado, para así poder manipular ambos. Por una parte, ha de sabotear la experiencia en cuanto al presente, manteniéndola en el aire, sin objeto real; por la otra, ha de “reinventar” cualquier suceso revolucionario. ¿Cómo? Sacándolo de su contexto social y político y saqueando su bagaje radical para que, ya sin contenido verdadero, adorne tranquilamente las movilizaciones de pega y las farsas seudocontestatarias. Lo que interesa a los acuarelistas no es el lado negativo de las revoluciones, que al contrario detestan, sino sus posibilidades estéticas bien limpias de radicalismos sociales, que les fascinan. Y claro está, Mayo del 68 es una mina, pero no sólo accesible al acuarelismo: igualmente podíamos espetarle que la humanidad no será feliz hasta que el último de los estetas cuelgue de las tripas del último capitalista. O el detournement de Picabia: si leéis Archipiélago en voz alta os dolerá la boca (¡es verdad! yo mismo lo he comprobado). Efectivamente, Archiacuarela es a Mayo lo que Disneylandia a la fantasía, y visto lo conseguido hasta ahora, la recuperación acuarelista no se distinguiría de las precedentes, pues en último extremo no sería otra cosa que un intento de convertir en mercancía de importación los combates históricos del 68, para ofrecerla como capital cultural al poder, y al mismo tiempo venderla como espectáculo de la revolución light a un puñado de consumidores. La novedad residiría en la oportunidad estructural de tal tráfico, pues en la actualidad la cultura mercantilizada cobra una importancia considerable en la transformación urbana de las metrópolis y la evolución de su economía. No estaríamos simplemente ante un latrocinio sociocultural aspirando a escenificar imaginativamente la vieja política en el terreno de la globalización capitalista; se trataría de un asunto que apunta más lejos. La recuperación trabaja para la fusión de la cultura de masas y el Estado, pero desde la perspectiva del mercado mundial, no hay Estado ni cultura, sólo economía. Entonces, el acuarelismo, al acumular su brizna de capital inmaterial, aportaría su modesto grano de arena a la mundialización. En concreto, repetimos, su función consistiría en dar a un público universitario arribista el sueño de una existencia culta, puesta al día, de forma que se encuentre a gusto con la alienación y transmita esa sensación a la “multitud”, que es la que a fin de cuentas ha de consumir para que la moda dé dividendos. Que haga bien sus deberes y contribuya con su hipocresía superlativa a la prolongación de la prehistoria de la humanidad es lo de menos. La moral del asunto es ésta: la historia pertenece a quienes saben apropiársela, bien para continuarla buscando pelea, bien para rentabilizarla buscando compradores. Que sirva mejor a unos que a otros dependerá de quienes sepan en su ámbito respectivo ser más crueles.

Miguel Amorós.
Texto elaborado al azar en diversas charlas de presentación
del libro *Los situacionistas y la anarquía*, habidas entre mayo y junio de 2008
en la librería restaurante Anònims, de Granollers; en Radio Bronka;

en el Gaztetxe de Loiola, en Donosti; en el Centre d'estudis llibertaris Francesc Sàbat, de Terrassa; y en el C.S.O. La Retaguardia, de Gràcia (Barcelona).

Publicado como anexo al libro
Los situacionistas y la anarquía,
Rosario (Argentina), Lazo Negro, 2019.

Mayo 2008

Miserias sobre el carril

A propósito de la llamada nueva era ferroviaria

El TAV es, a decir de los dirigentes, la solución mágica para una reestructuración post industrial del territorio peninsular, para el paso "de una sociedad de enclaves a una sociedad de "lujos". La instauración de una economía basada más en los servicios que en la industria ha significado cambios en el patrón de desplazamientos de la clase dirigente que tienen consecuencias en el transporte: de ahí las autopistas, los puentes aéreos y finalmente el AVE. Mediante la alta velocidad, dos conurbaciones se acercan para aportarse lo peor de cada una: políticos, congresistas, empresarios y visitantes de museos. Lo de menos es el interés real de sus habitantes, sus necesidades o sus deseos; lo principal es que sus destinos queden unidos indisolublemente al capital internacional.

De ahí que el ente "administrador de infraestructuras ferroviarias" diga que "unimos destinos". Sin embargo, el TAV es algo más que un medio de circulación de los dirigentes y turistas más cómodo y eficiente que el avión o una manera de convertir la destrucción del territorio en una empresa rentable. La alta velocidad simboliza el talante dominador de la clase dominante en la modernidad tardía, su concepto de la libertad y del futuro, y a contrario, el oscuro destino que está reservado a las masas lentas. Con el TAV la clase en el poder no sólo nos vende una determinada reorganización del espacio y del tiempo conforme a las exigencias de la nueva economía, sino una ideología, una forma sumisa y quimérica de ver las cosas y, sobre todo, una manera sui generis de explicarlas. Así pues, el TAV es ni más ni menos que el adalid de una "nueva era ferroviaria" definida en el "Plan Estatal de Infraestructuras y Transportes". Palabras privilegiadas cuya combinación nos muestra que un nuevo lenguaje en ruptura con el antiguo está cociéndose, nunca mejor dicho, en boca de los ejecutivos financieros y los técnicos expertos. El triunfo de la globalización había de manifestarse también en el idioma, siendo el TAV una palabra estrella del nuevo diccionario. Navegando por el mar bravío de la "neolengua", como diría Orwell, nos proponemos revelar su esencia y darla a conocer a quienes la vienen sufriendo.

De entrada, no hay que contemplar la abundancia de siglas tipo OGM, AVE, MAT, BCN, PEIT, EXPO, ADIF, etc., que jalonan nuestra vida como simples tecnicismos, sino como la revelación del dominio absoluto de la tecnología en la configuración de l experiencia vital. Contradiciendo al presidente de la mercenaria asociación de vecinos de La Sagrera (BCN), eso no "es el futuro", es el presente. Cuando la única comunicación factible es la de los dirigentes, no "hemos de estar en la vanguardia"; queramos o no, nos obligan a estarlo. Además ¿en la vanguardia de qué? Ciertamente en la vanguardia de la artificialización y la deshumanización.

Por eso las jerarquías y sus peones hablan un lenguaje donde el significado originario y el actual andan cada uno por su lado. Por ejemplo, si llaman al beneficio económico privado que rige nuestros destinos, "interés general", no nos extrañará que la Audiencia Nacional desestime la suspensión cautelar de las obras del túnel del AVE junto al templo de la Sagrada Familia apelando a dicho interés. En la misma lógica, "estar en el mapa" o "acercarnos a Europa" son dos formas de decir que hemos de integrarnos en los movimientos financieros especulativos mundiales.

Así pues, la conversión de toda Cataluña en un dormitorio de BCN se vuelve una vertebración de "la nueva Cataluña ciudad" y la concesión de prioridad absoluta al turismo, "recuperar la fachada marítima". En una fase primeriza de elaboración, el lenguaje de la deshumanización no se caracteriza sólo por la abundancia de neologismos técnicos, o por el divorcio entre la palabra y su significado, sino por la unificación de contenidos opuestos. El efecto es tificante pues la contradicción queda superada en los términos, afirmándose la realidad justo en lo que la niega. Una dialéctica al revés. Por ejemplo, un descenso a los abismos de la degradación cultural podía definirse como "el resultado del esfuerzo conjunto por alcanzar nuevas cotas de cultura", según dice el concejal de urbanismo de Málaga, puesto que la cultura, como ya se encargaron de demostrar diversos macroeventos, no es una señal de identidad ciudadana, sino una imagen comercial explotada por las nuevas oligarquías que dirigen las ciudades. El incremento de la desigualdad se expresa como una "reducción de las disparidades sociales y económicas entre los ciudadanos."

La palma se la lleva Renfe, que en un folleto publicitario califica al AVE, un artefacto elitista y devastador, de "solidario" y "el más compatible con las exigencias medioambientales." El Ave, que sólo gasta por viaje la minucia de un consumo equivalente al de una localidad de 25.000 almas de Dios, es todo un prodigio de "ahorro energético." Si la ecología no quiere ir donde la Alta Velocidad, la Alta Velocidad irá donde la ecología. La inmoralidad vale por la nueva moral: el AVE es "un tren de valores." La energía de origen no fósil obtenida por procedimientos de enorme impacto social y ambiental, es calificada como "renovable." En el caso de las MAT que se van a construir en Girona para cubrir las necesidades energéticas del AVE, las abundantes pruebas de tumores causados por campos electromagnéticos intensos equivalen a una "razonable" ausencia de indicios "que demuestren la existencia de una relación entre los campos generados por las líneas y la salud." La insalubridad es la mar de saludable, y la insostenibilidad, de sostenible. Y así sucesivamente. Cuando el lenguaje es

para el que lo manipula, nunca se podrá reprochar a los responsables del desaguisado el no llamar a las cosas por su nombre, cualquiera que éste sea. La neolengua refleja exactamente la naturaleza artificial de la vida y la mentira sobre la que se asienta, y por consiguiente, la artificiosidad de las relaciones sociales globalizadas, donde la circulación acelerada, bien sea de mercancías o de falsedades, es lo esencial. La neolengua sirve para privar a los dirigidos de cualquier elemento objetivo de juicio, y a los dirigentes, para disimular su completa arbitrariedad. La tecnopolítica, basada exclusivamente en la capacidad de generar beneficios a costa del territorio, no permite la menor objetividad. Pero aunque la inexistencia de relaciones sociales directas ya garantiza la imposibilidad de una comunicación efectiva, y por lo tanto, de una opinión pública verdadera y de un verdadero debate público, ocurre que a veces las maniobras semánticas no bastan; ante una población que va a sufrir interminables molestias y perjuicios, hacen falta detalles materiales, o sea presupuesto.

Promesas de equipamientos, de rehabilitación de viviendas, de ayudas, etc., bien difundidas por los medios. Se necesita un tipo de engaño muy elaborado, o sea, un marketing. Un responsable de la ampliación del metro de Ámsterdam apunta que “hay que gastar más dinero en comunicación que en ingenieros”, puesto que la moto hay que venderla: “al final no están contentos, pero lo comprenden, que ya es mucho.” En BCN falló la batalla mediática y por eso hubo que echar mano de los billetes gratuitos, operación que costó 20 millones de euros sin que la “credibilidad” de las instituciones remontase.

Gracias a la corrupción o pasividad culpable de las asociaciones de vecinos y a la recuperación de la protesta por el seudo independentismo, el equipo socialista pudo salvar los muebles. La oposición nacionalista, responsable inicial de las obras, escogió el desastre de cercanías y la inquietud ante el túnel para reivindicar la gestión de todos los impuestos y el traspaso de la red de ferrocarriles. Los intereses reales de la población lesionados por el AVE fueron puenteados a favor de una mundialización regionalista presentada como “soberanismo”. Al final, el invocado “derecho a decidir” de los afectados, por supuesto, a decidir el tipo de oligarquía que administrará su inexistencia real, se quedó mayoritariamente en la abstención, dando un respiro al gobierno.

No obstante, la lección ha sido aprendida. Las siguientes obras, el túnel junto al templo, la estación de La Sagrera y la de Girona, requerirán tanto cuidadosas campañas de promoción como el desarme político nacionalista. Por un lado, el del ayuntamiento, van a crearse comisiones de “sabios” integradas “por expertos de distintos países” y “oficinas de atención al ciudadano”; por el otro, el de la Generalitat (GENCAT), van a exigirse al Estado transferencias fiscales y ferroviarias en concepto de “desarrollo de l’Estatut”.

Podría decirse que la historia de la ciudad burguesa es la historia del ferrocarril. Si en un principio la circulación de la fuerza de trabajo dirigida era preponderante, ahora lo es la circulación de la fuerza de trabajo dirigente. En la época ferroviaria clásica, el tren fue el vehículo privilegiado de los emigrantes de las zonas rurales en la marcha hacia las zonas industriales. El paso de una economía industrial a una de servicios incrementa la movilidad de los asalariados, conduciendo a la expansión de las áreas metropolitanas. En un momento

dado, el tren cede protagonismo al coche. Los centros de las conurbaciones se convierten en receptáculos de ejecutivos. Es la hora del TAV, el aspirante a medio de locomoción de las élites. Los emigrantes de países empobrecidos no llegan en el AVE; llegan como pueden, y, como siempre, se instalan donde les dejan, por ejemplo, en habitaciones realquiladas. El TAV tampoco es una salida al incremento continuo de la movilidad de la población, sino que es, por encima de todo, una solución pública a los problemas de movilidad privada de los dirigentes. Por eso sus administradores resaltan por encima del precio del billete, el menor tiempo de espera, la puntualidad y la cercanía al centro, exigencias típicas de los hombres de negocios. Y también por eso mismo señalan regularmente y con alarde publicitario la "cuota de mercado" sustraída a las aerolíneas.

La historia del tren también es la historia de la destrucción del territorio por la economía, un salto cualitativo en la expansión disolvente de la metrópolis prolongada por las autopistas. Frente a la conurbación que transita hacia un sistema regional urbano el asfalto no basta pues las autovías se saturan con frecuencia: el AVE regional o "lanzadera" se hace necesario, compitiendo con los autocares de línea y el vehículo privado. A la larga y a pesar de los fracasos (por ejemplo, la lentitud de las obras en torno a las estaciones, la crisis inmobiliaria o la escasa deslocalización actual de los ejecutivos), el TAV transformará las capitales provincianas en satélites de las metrópolis, ciudades dormitorio de profesionales y cuadros de nivel medio, cuya diáspora es heredera del movimiento de las clases medias en busca de "entornos más baratos, más prácticos y más relajados." Por eso pretende ser el tren de los "commuters", el escalón inferior de la clase dirigente. De ahí su efecto especulativo en el precio del suelo cercano a las estaciones y, como corolario, la parálisis del proceso urbanizador. La urbanización consumidora de territorio depende de la formación de esa base ampliada de la jerarquía social, pero ésta a su vez depende de los avances en la terciarización económica, que a su vez depende del aumento de la población, fenómeno en parada temporal obligatoria por causas diversas, ante las que los trenes lanzadera son impotentes, vayan o no vayan en la dirección correcta.

Finalmente, el TAV establece un hito en la historia del turismo, lo cual tiene su importancia, dado que al menos desde los Juegos Olímpicos del 92 las administraciones locales ibéricas otorgaron total preferencia al ocio y al consumo. El AVE aspira a ser también el tren de los turistas. Turistas de congresos, de negocios, de in de semana, gays, gastrónomos, enoturistas y sobre todo turistas culturófagos. Tras la desaparición de las fábricas, las metrópolis se orientaron hacia el turismo. Los edificios históricos, la arquitectura moderna, los museos, el pasado, es decir, la cultura petrificada, se convirtió en un "factor de internacionalización", un elemento estratégico de la economía local, una forma de capital, una mercancía. La imagen cultural se ha vuelto entonces una herramienta de comercialización ciudadana de primera magnitud, proporcionando la nueva seña de identidad buscada, entendida como marca o logotipo. Asociada al diseño, está desempeñando un papel decisivo en la remodelación urbanística de las nuevas metrópolis empresa, donde los espacios públicos y los barrios históricos son transformados en áreas

para el consumo, implicando obras incesantes, suciedad, barreras, acoso inmobiliario y un suplemento de polución. En BCN un gueto como era El Raval, con el 48 % de inmigrantes, es ahora su quinto eje comercial (con 25 millones de visitas al año). En ese nuevo contexto, el derecho de los habitantes ha quedado superado por el derecho de los visitantes: en una metrópolis empresa el consumir prevalece sobre el habitar. Eso tiene consecuencias sociales: los trabajos basura, la expulsión disimulada de la población sin recursos, el control policial generalizado y la eliminación de los mecanismos de protesta o participación. Especialmente en el tema del AVE, la información, las consultas y el debate han brillado por su ausencia. Asimismo las peticiones han sido siempre desatendidas y los recursos, automáticamente rechazados.

Todo transcurre como si no hubiera más remedio que aguantarse, puesto que "no se puede ir contra el tren que lleva los viajeros al futuro." Es más, la oposición está siendo criminalizada al relacionarla los medios con ETA, señal inequívoca de intenciones represoras. En un espacio exclusivo para consumidores la única libertad que subsiste es la libertad de consumo. Los habitantes no tienen el más mínimo poder de decisión, ni siquiera a nivel de apariencias, porque las megaciudades empresa no pertenecen a quienes viven en ellas sino a sus gestores público privados. En ellas, los habitantes no tienen garantizada mejor vida ni mejor futuro que los que se conceden a los consumidores.

El turismo no es un fenómeno trivial; él y la construcción son los motores de la nueva economía. Inicialmente producto del avión, ahora lo va a ser de la última oleada tecnológica, o sea, del TAV. La alta velocidad, vinculándose a una clase media internacional opulenta, viene para desarrollar el turismo cultural de masas, o sea, para favorecer la invasión de los nuevos bárbaros del ocio industrializado. El turismo no es una simple actividad económica, es el indicador de la transformación del territorio y sus ciudades en empresas que se ofrecen a sí mismas al consumo.

Los turistas son la masa de maniobra con que cuentan los dirigentes empresarios para esa transformación, aboliendo todo lo que queda al margen, bien sean las actividades agrícolas, los vestigios de la verdadera cultura o los restos de independencia de sus moradores. Con la mercantilización total del espacio urbano y del territorio, el número de pernoctaciones, es decir, el dinero que dejan los turistas, es quien de verdad determina toda la organización social ciudadana y la normativa territorial común. La ciudad y el territorio, como mercancías sin control, se oponen a sus habitantes. Entonces, si se opta por el turismo, se optará por el desmadre mercantilizador: por los exabruptos arquitectónicos de los dirigentes, por los seudo monumentos, por la destrucción de las costas, por la urbanización ilimitada, por la especulación… Y por el tren de los turistas, por el TAV, a quien siguen en paralelo las MAT, los gaseoductos y los trasvases.

En conclusión, se optará por el modelo empresarial destructor de ciudad y fagocitador de territorio. La lucha contra tal modelo es una lucha contra la motorización, la desruralización, el consumo, los negocios, la especulación inmobiliaria y el turismo. Es una lucha contra el virus económico que contamina cualquier actividad. Si hemos de reconstruir las ciudades de

acuerdo con dimensiones humanas, hemos de suprimir todo lo que acarrea deshumanización.

Si hemos de liberar el territorio para tener una existencia libre, hemos de recobrarlo y desmercantilizarlo. Si hemos de vivir una vida digna, gozosa, sin trabas ni cadenas, hemos de curarnos de la economía. Eso no solamente va contra el TAV o las infraestructuras afines, pero las victorias en ese campo serán muy útiles.

Miguel Amorós, charla en la Kresala elkartea, Donosti, 31 mayo de 2008.

Publicado en el libro
Perspectivas Antidesarrollistas,
Editorial Germinal, 2012.

Junio 2008

El día que mataron a José Pellicer

El 8 de junio de 1942 fusilaron a los hermanos José y Pedro Pellicer Gandía. Ese día, aciago para sus familiares, amigos y compañeros, fue sin embargo un día cualquiera en los primeros años del régimen franquista, marcados por la aniquilación física como arma política y el terrorismo de Estado como método de gobierno. Podemos hablar con total propiedad de genocidio, puesto que lo que ocurrió no fueron simples ejecuciones de opositores, sino la eliminación por porcedimientos sumarios acompañados por toda clase de malos tratos y humillaciones, de una parte significativa de la población, a la que se consideraba desafecta e implicada en la causa republicana. Si reparamos en que la represión se cebó sobre todo con la clase obrera, y especialmente con los proletarios que encabezaron los hechos revolucionarios, el genocidio franquista no fue tan atávico como cierta literatura de posguerra y los propagandistas de la transición nos quisieron hacer creer. Aquellas atrocidades y sufrimientos, realizados las más de las veces de forma mecánica y rutinaria, no fueron fruto de una irracionalidad extraña o de una locura dirigente, obedecieron a la misma racionalidad que la que hoy rige los destinos sociales, sólo que de forma mucho menos brutal. Era la racionalidad económica. Aquello fue una operación de salvamento de la burguesía, una contrarrevolución; un paso abrupto en la modernización capitalista que conllevaba necesariamente un precio en vidas humanas : la masacre del proletariado rural y urbano. El resultado no fue un Estado fascista, sino un Estado capitalista de excepción que empleaba herramientas fascistas. Y fue precisamente el desarrollo capitalista que, volviendo obsoletas dichas herramientas, acabó reconciliando al aparato franquista con la oposición superviviente, a quienes derrotaron al proletariado en el 37 con quienes lo diezmaron en el 39, a los que atentaron contra Pellicer en la Plaza Tetuán de Valencia con quienes lo mataron en el campo de tiro de Paterna.

Por razones obvias la reconciliación nacional, como la llamaba el PCE, o la reforma pactada, como la llamaban los franquistas liberales, se asentó sobre el olvido más absoluto no sólo del genocidio, sino de la represión que acompañó al régimen hasta el último día. Los cadáveres siguieron en su sitio, cualquiera que éste fuera, y las víctimas continuaron en el anonimato, con muy pocos que las reivindicaran. La historia quedaba escamoteada tras un pacto de silencio, como si las decenas de miles de muertos hubiesen sido un accidente casual, una contingencia para no recordar, una macabra lotería. La verdadera memoria de la guerra civil y del franquismo quedaba cubierta sine die : coincidía con la amnesia. Los cambios no iban a afectar a quienes yacían bajo tierra. La desmemoria y la mutilación del recuerdo colectivo sirvieron de base a la legitimación del nuevo régimen híbrido que dio en llamarse "democracia". Dicho régimen se contraponía al anterior en nombre de unos "valores democráticos" restaurados ya sabemos cómo. Sus ideólogos le lavaron la cara proyectando sus aspectos más oscuros al pasado, como si con el franquismo hubieran acabado las maneras "antidemocráticas". Una simple mirada a los autoritarismos administrativos, al circo parlamentario, a la desaparición del espacio público, a las infames condiciones de trabajo, al trato de los immigrantes, al comportamiento servil de los sindicatos, al desmantelamiento del menor mecanismo de participación o control político, al enorme desarrollo técnico del control social, al embrutecimiento consumista, al urbanismo totalitario, y en fin, al endurecimiento de las leyes y a las mismas cárceles, bastaría para demostrar la existencia de vínculos entre la dictadura de Franco y la "democracia" televisiva, e incluso para revelar la existencia de una barbarie específicamente "democratica", que no recurre a la liquidación física del contrario porque dispone de procedimientos más sútiles de ningunearlo.

El nuevo régimen alumbrado en 1977 devolvió la historia a los profesionales, para que seleccionaran aquello que convenía recordar y suavizaran las contradicciones que no se podían ocultar. La historia de éste régimen es la historia de sus olvidos, y éstos dan la medida de su complicidad con los verdugos. Todo ha culminado casi cuarenta años después con una ley del punto final, llamada "de la memoria histórica". Dicha ley cercena cualquier posibilidad legal de revisión de causas, permitiendo una rehabilitación retórica, sentimental, un *happy end* inofensivo con su descarga emocional pasajera. Justo lo que menos necesitan las víctimas, pues el horror del pasado no es algo que se deba aliviar con la distancia y las salvas. Lo que caracteriza a los muertos es que son y serán irremplazables, que tuvieron nombres y apellidos, ideas y pasiones, una vida, una historia… Algunos fueron anarquistas y revolucionarios como Pellicer. Todos constituyen una herida en el recuerdo que no puede y no debe cicatrizar porque su memoria tiene un lugar señalado en la reflexión y el compromiso contra la barbarie. Su martirio ha de tenerse siempre en cuenta con el fin de que jamás pueda ser integrado en la ideología del poder y sirva para legitimarlo. Los muertos no pueden formar parte del orden establecido. La memoria de las víctimas no es pasado, es presente. No es conmiseración y melancolía, es determinación y combate. Para no traicionar su recuerdo hemos de contemplar desde su perspectiva la evolución de las luchas históricas. Solamente la perspectiva de las víctimas impedirá que su calvario sea atribuido a un mal

momento, o peor aún, a una etapa en el camino hacia la dominación vigente, puesto que no es difícil hallar los rastros de aquél en los sufrimientos modernos y en la infelicidad de tanta vida saboteada por la violencia económica del capital y la opresión burocrática de las instituciones.

José Pellicer, reorganizador de la FAI valenciana y luchador del sindicato de la construcción de la CNT, liberador de presos, fundador de la Columna de Hierro, prisionero del SIM, comandante de la 83 Brigada Mixta, víctima de Franco, libertario : ¡mientras alienten aspiraciones justicieras en los oprimidos tu memoria tendrá un profundo sentido! ¡Salud!

El día en que mataron a José Pellicer , fue tal día como hoy.

Miguel Amorós, 8 junio de 2008.

Octubre 2008

Anarquismo teórico e ideología anarquista

"Si la reflexión, el sentimiento o cualquier otro aspecto que adopte la conciencia subjetiva, juzga como algo vano lo existente, va más lejos que él y trata de conocerlo así, entonces se reencuentra en el vacío, y, puesto que sólo en el presente hay realidad, la conciencia resulta únicamente vanidad."

Hegel, *Filosofía del Derecho*.

Las derrotas son propicias a los inventarios con sus inevitables conclusiones; el pájaro de Minerva emprende el vuelo a la medianoche, pero no es menos cierto que a causa de sus heridas no siempre se eleva lo suficiente para posarse avizor en las ramas más altas, y a menudo queda a ras de suelo, debatiéndose entre las malas hierbas. Las condiciones de los derrotados, la desmoralización profunda de la derrota, las esperanzas imposibles fomentadas por un instinto de supervivencia exasperado, contaminan la reflexion e impiden que tome la necesaria distancia con los hechos que juzga para concluir objetivamente y sugerir una nueva conducta histórica. Algo así pasó con el anarquismo español después de 1939. En el exilio y en la cárcel de los años cuarenta se debatía ante la misma encrucijada que medio siglo antes se había presentado a la socialdemocracia: reforma o revolución. Una parte – y no la menor – opinaba que el anarquismo había procedido desde siempre de forma negativa, y que había llegado el momento de preocuparse por creaciones positivas y a corto plazo, aunque fueran de poca monta, lo que de algún modo significaba un radical cambio de rumbo. La acción debía de orientarse no hacia el choque frontal contra la dominación sino hacia la colaboración política y económica con sus instituciones, tal como se había hecho durante la guerra civil revolucionaria y se continuaba haciendo en el exilio seis años después. La acción no tenía que arrebatar su espacio a la burguesía sino penetrar y desenvolverse en su territorio. Según la alternativa reformista, el anarquismo era aceptable como idea pero no

como método, bueno como “filosofía de vida”, no como praxis basada en la “aprehensión de lo presente y de lo real”: un ideal abstracto separado de la prosaica actividad cotidiana y acompañándola sólo en tanto que quimera decorativa. Como si los ideales fuesen “demasiado excelentes para gozar de realidad o también demasiado impotentes para proporcionársela” y debieran limitarse “a deber ser sólo y a no serlo efectivamente” (Hegel). Pero el problema para los revisionistas no era habérselas con “la idea”, sino habérselas con la realidad. Y si en el contexto difícil de la posguerra el anarquismo revolucionario tenía muy pocas posibilidades de ejercitarse cuando en el país sólo se pensaba en sobrevivir, tampoco el revisionismo tenía demasiado espacio, por lo que no se materializó más que en inútiles compromisos con las instituciones inoperantes del exilio o con el pretendiente al trono, en programas políticos que perseguían, bien la constitución burguesa de 1931, bien la monarquía parlamentaria, y en diversos proyectos de partido, aunque hubo quienes llevaron su lógica hasta el fin, colaborando con el régimen de Franco.

En el bando contrario, se afirmaba que la colaboración institucional había sido obra de circunstancias excepcionales y había resultado un completo fracaso, contribuyendo al desastre final. Tanto mejor hubiera valido el apoliticismo aun al precio de quedar aíslado, puesto que perdidos por perdidos, se hubiera caído con honor, en defensa de sus ideas, no en defensa del Estado. Se imponía una restauración de los “principios, tácticas y finalidades” del movimiento libertario para luchar por la vuelta a “las conquistas del 19 de julio”. La fracción “purista”, tan comprometida como la otra en la política republicana, evitaba entrar en detalles sobre las verdaderas motivaciones de ese giro de ciento ochenta grados en su conducta orgánica, ni precisar cómo volverían aquellas conquistas, o cómo se restaurarían aquellos principios. Ni una palabra sobre cómo funcionarían los sindicatos únicos en la clandestinidad de un régimen totalitario, ni sobre cómo se llevarían a cabo la acción directa, la lucha antiestatal y la insurrección revolucionaria contra el franquismo. Ni la neoortodoxia se sentía dispuesta a repasar críticamente su trayectoria política y militar durante la guerra civil, ni a descender a la atroz realidad de la dictadura. Para los “puros” la acción no parecía constituir un problema, puesto que no era cuestión de salvar la vida a nadie ni de conquistar realmente nada, sino de escudarse en los principios, arsenal bien repleto de donde extaer todas las justificaciones posibles. Si los principios quedaban anonadados por la realidad, tanto peor para la realidad. Por ese camino el anarquismo solamente se concretaba en retórica, inhibición e inmovilismo, y a lo sumo, en alguna aventura insensata. Si en el revisionismo la acción se volvía más y más repelente, en el purismo se evaporaba. En uno la idea se transformaba en paisaje de la política burguesa; en el otro, ascendía al cielo de las causas perdidas. Para unos, el anarquismo formaba parte de una especie de moral privada con que afrontar de una forma u otra la ramplonería de la cotidianidad política; para los otros, constituía una fe con la que consolarse de los males de la tierra, un credo a defender de sus judas con patriotismo de campanario. En ambos casos, una ideología.

El anarquismo dejaba entonces de ser la expresión intelectual del sector más avanzado del movimiento obrero en la península, un producto de la lucha de clases y una teoría de esa

lucha. Y no lo era porque su contenido no era ya la realidad –en aquel momento, la realidad de la derrota, del retroceso y de la aniquilación del movimiento obrero. Ya no necesitaba comprender la realidad en su amarga involución manifiesta, para encontrar la manera de actuar en ella y así transformarla conforme a sus fines aplicando sus métodos específicos. El anarquismo desaparecía como fuerza material para volverse etiqueta, catecismo, gueto. Un ente mitad iglesia, mitad partido. Dejaba de ser pues una idea fundida con una práctica que no la contradecía sino que la desarrollaba, una crítica social enraizada en las condiciones materiales de existencia del proletariado, para devenir algo trivial, accidental, contingente, y por consiguiente, propiamente irreal. Una utopía, un sueño, una ilusión, algo que no podía servir a los intereses generales de clase.

La diferencia primera entre el anarquismo teórico – entre la reflexión desde el anarquismo – y la ideología anarquista, reside en la separación entre idea y práctica, fines y medios, conciencia y acción. La ideología es a la vez el poder separado de las ideas y las ideas del poder separado. En el caso español, las ideas eran “los principios” o “las circunstancias” según se mirase, y el poder separado era la Organización y sus Plenos, la rutina burocrática con mayúsculas. La segunda, yace en la confusión de la parte con el todo, del momento con el proceso, de las cuestiones tácticas con las líneas estratégicas, como demostrarían por ejemplo las ideologías municipalista, primitivista o insurreccionalista. El concepto de ideología deriva del concepto de religión, materia cuya crítica los jóvenes hegelianos hicieron “la condición primera de cualquier crítica”. La religión, como la ideología en general, es la conciencia invertida del mundo. El mundo de la ideología es un mundo visto del revés, al que hay que volver cabeza arriba para comprenderlo. La realidad, la verdad de este mundo, hay que encontrarla en la vida material concreta, en la acción humana transformadora; en concreto, en el trabajo, no fuera de él. Marx, en su juventud, llamó ideología a todo lo que no fueran fuerzas productivas, a todo lo que transcurría al margen de la economía y no reconocía un origen económico. La ideología estaba formada por fantasías con las que los seres humanos, en una sociedad insuficientemente desarrollada, explicaban sus fuerzas esenciales, su potencialidad. Nacía de la insatisfacción de una praxis limitada, debida a que el progreso tecnoeconómico todavía no había alcanzado la totalidad de los aspectos de la vida. De acuerdo con el punto de vista marxista, la ideología tendería a desaparecer con un desarrollo pleno de las fuerzas productivas, es decir, con el desarrollo de la fuerza principal, el proletariado, cuyas condiciones objetivas de vida impondrían un realismo liquidador de las fantasmagorías que alejaban a los obreros de su vida auténtica. La disolución de los prejuicios ideológicos eran para el obrero una exigencia de su realidad inmediata. Prolongando este razonamiento, algunos discípulos de Marx (Plejanov, Rosa Luxemburg, Maurín) caracterizaron al anarquismo de ideología típica de un proletariado insuficientemente desarrollado. Resulta harto fácil ver la ingenuidad que recorre tal razonamiento, pues es mas verdad que la generalización de la condición proletaria lleva emparejado un desarrollo supremo de la ideología. El mundo de la mercancía y de la técnica autónoma es el mundo completamente al revés. La experiencia del movimiento obrero bastaría para demostrar la pervivencia de la ideología, la impostura de representaciones

falsas que los burócratas elevaban con facilidad por encima de la vida proletarizada. La crítica de la ideología pudo completarse gracias al psicoanálisis, que logró relacionarla con diversas formas de degradación de la personalidad como la neurosis caracterial, la esquizofrenia y la falsa conciencia en general, explicando fenómenos ideológicos como el racismo, el autoritarismo o el militantismo. En momentos y periodos determinados, cuando eran muestras vivas de un pensamiento emancipador, una reflexión por decirlo en palabras de Proudhon que salía de la acción y volvía a la acción, en resumen, cuando eran revolucionarios, el marxismo y el anarquismo proporcionaron al proletariado un conocimiento suficiente de la sociedad y lo mantuvieron fuera de la política burguesa, permitiéndole hacer historia. Por otra parte, las creaciones revolucionarias de los trabajadores, los comités de fábrica, los sindicatos únicos o los consejos obreros, fueron lugares de encuentro entre las ideas abstractas y la práctica concreta, el espacio donde dichas teorías devenían realmente obreras y los obreros, teóricos. En otros momentos y otros periodos, cuando tanto el socialismo como el anarquismo se convirtieron en ideologías para servir a fines espurios, los propios de una burocracia parásita o de un comportamiento evasivo y sumiso, fueron responsables del oscurecimiento de su conciencia de clase y de los falsos derroteros de su conducta. Y así pues, hoy en dia la crítica de la ideología, la religión secularizada, continúa siendo la condición primera de toda crítica.

En el apogeo del capitalismo fordista, preguntarse por la validez de las enseñanzas de Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Reclus o Malatesta tenía poco sentido. Ninguno pudo conocer hasta qué punto eran estrechas las relaciones que existían entre el desarrollo de las fuerzas productivas, la colonización de la vida cotidiana y la contrarrevolución. Los teóricos anarquistas habían de ser considerados simplemente como parte de la cohorte de precursores, fundadores y continuadores del pensamiento socialista revolucionario, igual que Marx, Engels, Rosa Luxemburg, Pannekoek, Reich, Benjamin o Fourier, por citar sólo a unos cuantos. Especialmente criticables en el viejo anarquismo serían la confianza excesiva en la espontaneidad insurreccional de las masas proletarias y campesinas, sus oscilaciones entre las tácticas ultralegalistas y la propaganda por el hecho o las expropiaciones, su incapacidad para las alianzas con otros sectores obreros, la permanente tentación política, la falta de estrategia clara, el confusionismo organizativo, etc. Cualquier tentativa de restablecer una doctrina anarquista –un sistema– con retazos de ideas descontextualizadas no sería más que una utopía reaccionaria. Sin embargo, determinados elementos del anarquismo conservan su eficacia subversiva y su negatividad, pudiendo aplicarse aun cuando las condiciones sociales hayan cambiado y las circunstancias sean otras. Tal la crítica del Estado y del parlamentarismo, de los partidos y de la ciencia, sin olvidar su amor a la libertad y sus aportaciones a la pedagogía, la medicina social y la sexología. Durante la Revolución española alcanzó sus mayores cotas de realización, pero la derrota transformó sus postulados teórico prácticos en ideología.

En los años sesenta ningún revolucionario sincero podía abstenerse de criticar la ideología anarquista y sus representantes. La reconstrucción de un pensamiento radical y una acción

revolucionaria pasaba por una ruptura con ese mundo. A eso he llamado crítica anarquista del anarquismo real, aunque hubiera sido mejor llamarlo irreal, es decir, ideológico, puesto que sólo lo racional es propiamente real. Critica de entrada eminentemente negativa y que abarcaba la Revolución del 36. En efecto, los años sesenta conocieron el auge de un irrespetuoso anarquismo que inmediatamente entró en conflicto tanto con la izquierda tradicional como con los guardianes del templo de la anarquía. Dicha crítica debía afrontar problemas nuevos que emanaban de las condiciones de vida en un capitalismo tardío y que en vano esclarecería limitándose a los textos clásicos: las luchas anticoloniales, el maoismo, la revuelta húngara, la autogestión, la integración del arte, la cultura de masas, las armas nucleares, la polución y destrucción de los entornos naturales, el urbanismo concentracionario, el papel de las tecnologías y la automatización, el del automóvil, la sociedad de consumo, la represión sexual, la emancipación de la mujer, la cuestión de la violencia, etc. La inmensidad de la tarea crítica debutaría con los intentos de reconciliar a Marx con Bakunin, o sea, de utilizar el análisis marxista desde posiciones antiautoritarias, formulación demasiado simplista, fácil de acabar en una ideología marxista libertaria estilo Guérin o Rubel. Hacían falta una puesta al día en la subversión y una nueva crítica de la política, y por lo tanto, muchas otras lecturas, – en el campo de la sociología, la filosofía, la antropología, la historiografía, el arte, etc. – pero, por encima de todo, hacía falta aprender a vivir intensamente. Se trataba de reafirmar la lucha de clases, primero, denunciando la función policial de los sindicatos y partidos ante las nuevas formas de acción (absentismo, huelgas salvajes, sabotajes, sustracción de material) y de organización (comités, asambleas, piquetes, coordinadoras, consejos). Segundo, ampliando su radio de acción al terreno de la vida cotidiana (luchas de barrio, rechazo del trabajo, de la familia, de la religión y del servicio militar, expropiación de fotocopiadoras, comida o libros, contracultura, rock, maría, subjetividad, aventuras, squatters, comunas). La labor teórica de la Internacional Situacionista fue la primera (y la única) crítica global moderna de la sociedad de clases, pronto confirmada por una serie de revueltas, a saber, la de los provos holandeses, el zengakuren, la revuelta de los negros americanos, el mayo francés, la revolución abortada de los obreros y soldados en Portugal y el movimiento italiano del 77. No podemos decir que fuese completa, pues no era el resultado de todos los esfuerzos teóricos precedentes y por lo tanto no contenía los principios de todos ellos, puesto que ignoraba algunos temas fundamentales como la crítica de la razón instrumental o la cuestión ecológica, por no hablar de su crítica superficial del anarquismo, pero fue la más desarrollada y concreta. En todas partes se manifestaba el mismo espíritu antiautoritario, la misma exigencia profunda de libertad, el mismo proyecto de reconstrucción apasionada de la vida social que la I.S. captó mejor que nadie. Y un poco en todas partes el capitalismo hubo de emplearse a fondo y renovarse rápidamente de pies a cabeza, a menudo utilizando los argumentos y las armas del contrario.

En los países donde subsistían restos de tradición obrera anarquista, el anarquismo que brotaba como respuesta espontánea y en gran parte emotiva a las nuevas servidumbres impuestas por el capitalismo, se dio de bruces con los muros de la ideología y la ira de sus

defensores. No era un conflicto generacional, era un reflejo de la nueva lucha de clases. En las condiciones dominantes modernas, el gueto ideológico y sus viejas costumbres habían pasado a formar parte del capitalismo en tanto que ruinas inofensivas: era algo que tenía que morir para que las nuevas generaciones revolucionarias viviesen. Lo que aproximaba el gueto anarquista a los valores dominantes era mayor que lo que le separaba de los nuevos rebeldes, por eso se distinguía tan poco del entorno político y encontraba en él tan fácil acomodo. Ha sido común señalar desvergonzadamente el papel jugado por los anarquistas "en defensa de las libertades" o en la consolidación de "la democracia". La ironía de la historia mostraba a unos viejos libertarios satisfechos de estrechar filas al lado de la burguesía. En España, donde la mencionada tradición fue mayor que en ninguna otra parte y donde la represión de la dictadura había mantenido congeladas las contradicciones de la ideología, la bronca entre antiguos y modernos –y entre ortodoxos y revisionistas– adquirió visos de batalla campal.

El "relanzamiento" de la CNT tuvo lugar en 1976 fuera de las fábricas, es decir, al margen del movimiento obrero. No fue por consiguiente una emanación de la renaciente lucha de clases, sino el producto de una serie de reuniones entre grupos heterogéneos ajenos a las asambleas de huelguistas y con un denominador común: contruir una central sindical que disputase a Comisiones Obreras un espacio en la representación separada de la clase. La presencia de organizaciones como Solidaridad y la admisión de cincopuntistas y otras basuras verticales indicaba claramente que el tipo de sindicalismo perseguido no iba a diferenciarse mucho de las demás opciones. Coherentemente con esos planteamientos, los relanzadores no se preocuparon de las disyuntivas cruciales del movimiento asambleario de los trabajadores; más bien plantaron el chiringuito, o sea, una estructura burocrática suficiente (los Comités regionales, el nacional, el secretariado permanente, el carnet confederal, los plenos) y buscaron la alianza con la UGT y la USO para repartirse el pastel que CCOO trataba de guardar para sí: el control del mercado laboral. Las demandas de "libertad sindical" y desmantelamiento de la CNS, y el debate sobre su legalización, marcaron la primera etapa de la CNT reconstruida. Ésta no sólo ignoró las posibilidades revolucionarias presentes que se iban evaporando a falta de avances en la clarificación y la acción, sino que contribuyó a darle la puntilla al movimiento de las asambleas adhiriéndose de jure o de facto al llamamiento de la COS a la huelga general del 12 de noviembre, que marcó el punto final de las movilizaciones autónomas y el comienzo de la contraofensiva sindicalera a toda regla. Sin embargo, el fracaso de la autoorganización de los trabajadores –la transformación fustrada de las asambleas en consejos obreros– atrajo hacia la CNT a muchos luchadores que no aceptaban el sindicalismo burocrático y claudicante que se les venía encima, con la vana esperanza de hallar en ella unas estructuras horizontales de apoyo y un espíritu antiautoritario con que seguir combatiendo. La imagen de lo que la CNT había sido podía sobre su pobre realidad. También se acogieron a ella muchos jóvenes desinteresados en los conflictos laborales, que deseaban una CNT no sindical, sino "integral", es decir, una organización "global" entregada a todas las cuestiones sociales y militando en todos los frentes abiertos contra el capitalismo. Finalmente, a lo largo de 1977, ingresaron toda una

serie de grupúsculos obreristas “pro autonomía” nacidos al calor de las asambleas o en paralelo a las mismas, demasiado confusos e incapaces para tener casa propia, y por lo tanto, inclinados a incubar sus huevos en la ajena. Veían en el sindicalismo aún virgen de la CNT al “germen” de la “autonomía obrera”, una ideología criptoleninista de origen italiano; tan cierto es que los enemigos de la autonomía proletaria se disfrazan de ésta para mejor combatirla. Entre unas cosas y otras, el crecimiento de la CNT a partir de enero del 77 fue imparable, la asistencia a sus mitines y jornadas, multitudinaria, las publicaciones de carácter libertario, numerosas, y el triunfalismo de sus burócratas, exultante. En año y medio la afiliación había subido de unos pocos miles a 129000. Llegarían a sobrepasar los 250000 en 1978. La preocupación del partido del orden (la patronal, los demás sindicatos y el Estado) era seria, puesto que en vísperas de los acuerdos de la Moncloa, el Pleno Nacional de septiembre había proclamado la asamblea como único organismo soberano y decisivo. Según la ponencia sobre la cuestión, el sindicato debía limitarse al apoyo y solidaridad con las huelgas, no a la mediación. La CNT no debía interponerse entre la patronal y los obreros, sino diluirse en las asambleas. No obstante, los dirigentes del orden establecido se tranquilizarían rápidamente, ya que la victoria de los asamblearios fue pírrica pues acarreó el contraataque de las facciones sindicalistas y de las ortodoxas – las adscritas a las formas de la ideología durante la República –, intensificándose una lucha por el poder que, empezando en el secretariado, abarcó todos los niveles, desde los diversos comités a las juntas de los sindicatos.

Los Pactos de la Moncloa priorizaban un tipo de sindicalismo de “concertación” que excluía cualquier acción directa y proscribía toda generalización de las luchas, dos de los pocos puntos en los que casi todos los cenetistas estaban de acuerdo. Consecuentes con ello, los denunciaron y boicotearon las elecciones sindicales, aunque muchos afiliados se presentaron como “independientes” y salieron elegidos. De todas formas, la abstención fue considerable, pero a UGT y CCOO les bastó poco más de un 10% de los sufragios para ser representativos ante la patronal y el gobierno. La CNT se jugaba el tipo si no superaba mediante movilizaciones su marginación de los comités de empresa y de las negociaciones de los convenios. Pero a esas alturas –enero de 1978- el movimiento obrero asambleario se batía a la defensiva y las fórmulas mixtas de comités de representantes de asamblea-sindicalistas, o comités sindicales refrendados por asambleas, substituían a las formas anteriores de democracia directa. La CNT no podía contar con el empuje de los trabajadores, ya terminado, con el añadido de que, a pesar de la creciente afiliación, como central no había encabezado todavía ninguna huelga importante, no se había estrenado. Por otra parte, su poder de convocatoria ya no era el de las Jornadas Libertarias; a la manifestación contra los Pactos de la Moncloa en Barcelona acudieron sólo diez mil personas, a pesar de multiplicar por cuatro esa cifra el número de afiliados en aquella ciudad. Y ese mismo día (el 15 de enero de 1978), ocurrió la provocación policial del Scala. A las disputas en torno al asambleismo y la organización integral se añadieron nuevas confrontaciones, esta vez acerca de las elecciones sindicales, de las acciones violentas de minorías y de la presencia de grupos armados que comprometían a la Organización. Las luchas por el poder entre las diferentes

tendencias y personajes arreciaron al punto de tener que trasladarse el secretariado permanente de Madrid a Barcelona (abril de 1978). Desde entonces será una constante que los secretarios aprovechen los cargos para formar su propia fracción y competir con las demás. Confirmando una constante dada en los periodos contrarrevolucionarios, los cargos más relevantes iban siendo ocupados por los personajes más impresentables. Mientras tanto, se desvanecían las huelgas asamblearias e iban menguando dentro de la organización los asambleistas y los "integrales", adquiriendo en cambio nuevos bríos los partidarios de un sindicalismo moderado y de la participación electoral, en su mayoría antiguos "autónomos", pasados al revisionismo antianarquista con armas y bagajes. Gracias al sistema de plenos en los que sólo participaban los cargos sin tener en cuenta las asambleas de militantes ni el número de afiliados representados, los ortodoxos, bautizados por sus enemigos como el "Exilio-FAI" o como "los históricos", dominaron la Organización. Todavía la revista Ajoblanco tiraba en junio 150 000 ejemplares, indicio de la existencia de una notoria sensibilidad libertaria, aunque fuera muy pasada por agua, pero la afiliación descendía en picado. La huelga de las gasolineras fue la primera y la última dirigida por la CNT, y con ella se hizo el harakiri. Ni acción directa, ni sindicalismo duro; intermediación gubernativa y triunfo patronal. Durante 1979 las desfederaciones, expulsiones y disoluciones de sindicatos se sucederían sin interrupción; las luchas de fracciones no conseguían ocultar que la apuesta giraba en torno a las elecciones y a la mediación burocrática declarada. Casos como el de la FIGA (el vanguardismo aventurero), el de Askatasuna (el nacionalpopulismo) o el de los "paralelos" (el oportunismo sindicalero), pusieron de relieve el grado de descomposición alcanzado, especialmente el de estos últimos. En un clima de reflujo no funciona más sindicalismo que el burocrático. Para los paralelos –y para electoralistas en general– se trataba de incorporarse a la dinámica sindical dominante y jugar el juego de UGT y CCOO so pena de marginarse y quedar fuera no sólo de los tratos con los empresarios y el gobierno, sino de las subvenciones y ayudas oficiales. Ese fue el quid de la cuestión que se dirimió en el autoproclamado quinto Congreso, celebrado en diciembre de 1979 por una escuálida CNT que no representaba a más de treinta mil afiliados. Triunfó la ideología arcaica y las minorías reformistas fueron encaminándose, las unas, hacia los sindicatos "mayoritarios", y, las otras, hacia la reconstrucción de una segunda CNT obrerista del mismo pelaje. Y con el tiempo, salvando los pequeños círculos fieles a la ideología clásica que conservaron la propiedad de las siglas y ampararon bajo ellas una actividad muy limitada, la masa de militantes bien se retiró hacia lo privado, bien acabó en el redil de un sindicalismo burocrático, impotente y entreguista que supuestamente había jurado combatir.

Si las aventuras de la ideología fueron trágicas en el pasado, en el periodo de la "Transición" adquirieron visos de auténtica farsa. En esta ocasión el anarquismo y el anarcosindicalismo no reaparecieron como pensamiento y práctica del movimiento revolucionario de la clase obrera anterior al franquismo, sino como una mistificación primaria, un chou a menudo cómico cuya función por supuesto no era traer a colación las enseñanzas de antiguos combates, sino colaborar, paseando por el wild side, en la modernización capitalista. El contraste entre la práctica de la clase obrera hasta 1977 y una teoría revolucionaria casi

ausente, o sea, una “expresión general y nada más del movimiento histórico real” apenas esbozada, favorecía el desarrollo de la ideología y de la burocracia. Ambas extraían su fuerza de la imagen de un pasado revolucionario con sus contradicciones tan bien disimuladas como las alienantes condiciones de existencia de las clases trabajadoras en el presente. En tanto que refuerzo de la mentira dominante fomentaron un sindicalismo parlanchín y una ridícula moda contestataria. Los restos del proletariado radical fueron vencidos por segunda vez allí donde creyeron poder rehacerse. La CNT cumplió ese poco glorioso segundo papel que le concedió la historia, pero no recibió la paga de los traidores. El ciclo de la burocracia obrera terminó con la derrota del proletariado asambleario y el copo de la representación espectacular por amarillistas profesionales. Los acuerdos marco y el Estatuto de los Trabajadores proscribieron la solidaridad y las asambleas, eliminando incluso la posibilidad de una acción semiautónoma disimulada tras los comités de empresa, forma de burocracia sindical primeriza e imperfecta. En lo sucesivo no cabría espacio más que para el sindicalismo neovertical de “cocos” y ugetistas. Las escasísimas transgresiones de las reglas que se sucedieron no modificaron el deplorable panorama de la resignación y la sumisión. Como consecuencia de tan tremenda debacle la ideología en todas sus variantes quedó de nuevo en entredicho; la memoria se puso en blanco y tanto la reflexión teórica como su praxis hubieron de atravesar un largo desierto –una especie de segundo exilio– para conectar de nuevo con la realidad y la historia.

Miguel Amorós

Charla en Compostela, jornadas alternativas a Feira do Libro, 25 de octubre de 2008.

Noviembre 2008

Sociedad enferma

Vivimos peligrosamente. El peligro forma parte del estilo de vida que nos ha sido impuesto, peligro en forma de accidente inesperado, enfermedad imprevista, envenenamiento larvado o muerte súbita, peligro ligado a las nuevas tecnologías y más concretamente, a las condiciones mórbidas de supervivencia en la fase tardía del capitalismo. A pesar de los supuestos adelantos de lo que llaman progreso, nunca antes la humanidad había vivido entre montañas de cemento y desperdicios, centrales nucleares, factorías químicas, productos transgénicos y contaminantes industriales. El resultado no es alentador: urbanización salvaje, destrucción del territorio, polución del aire, agua y suelo, alteraciones climáticas, agujero en la ozonosfera, ruido, soledad, confinamiento, sedentarismo, acondicionadores de aire, alimentación industrial…, todo lo cual determina unas condiciones extremas no sólo óptimas a la proliferación de enfermedades relacionadas con el deterioro del sistema inmunológico, sino para el surgimiento de nuevas y mortíferas epidemias ligadas a la expansión letal de virus antaño benignos, o simplemente al envenenamiento y la

iatrogenia. Para los dirigentes es el precio que la población ha de pagar por disfrutar del desarrollismo tecnoeconómico. De hecho, es la condición esencial del proceso de producción capitalista, que a su vez es un proceso de destrucción de vida. Las enfermedades se acumulan con el capital y su gestión es parte fundamental del sistema.

El número de desperfectos y la profundidad del desastre son la causa de que la situación sea en muchos aspectos irreversible. Las fuerzas productivas son fuerzas eminentemente destructivas y su incesante desarrollo no hace sino multiplicar sus efectos catastróficos. Hemos pasado el umbral. Esa sensación de caos y de no retorno está en la base del disgusto por la vida que resienten muchos humanos y que se traduce en adicciones, toxicomanías, ansiedad, depresiones, hipertensión y suicidios. La conciencia sometida a la atomización se halla tan contaminada por los valores capitalistas transmitidos sin réplica posible por los medios, que la miseria se apodera tanto de las mentes como de los cuerpos. La solución se ofrece en el marco del sistema que provoca la miseria, con arropamiento de sicofármacos. Así que cada nueva generación de ansiolíticos lo legitima y refuerza, mientras que la salud mental no hace sino agravarse. La desaparición de la conciencia social es el resultado más terrible de la sociedad enferma. Significa que los seres humanos carecen de mecanismos síquicos eficaces para proteger su individualidad de las agresiones repetidas por parte del entorno capitalista, cada vez más hostil, no teniendo más salida que el embrutecimiento o la enfermedad. El muy extendido consumismo compulsivo de medicamentos sería su forma primaria. Un proceso paralelo ocurre con los mecanismos de defensa físicos, igualmente precarios por la nocividad del ambiente y las dietas perniciosas, que al sumarse a los síquicos, dan como resultado las complicaciones cardiovasculares, causa de la tercera parte de los óbitos, las inmunodeficiencias, la diabetes, el asma, el envejecimiento de los pulmones, la mayoría de los cánceres y las enfermedades nuevas de difícil etiología bautizadas como “síndromes”. La contaminación causa diez veces más muertes que los accidentes de tráfico.

El cáncer es una metáfora del capital, que se aferra al tejido social y se acumula sin cesar hasta provocar la muerte de la sociedad paciente. Es la enfermedad característica de la sociedad industrializada; uno de cada tres humanos terminará sufriéndola, y, a pesar del capital invertido en su estudio, su progresión es imparable incuso entre los jóvenes. Cualquiera ligeramente informado podría señalar sus causas medioambientales, a saber, las radiaciones nucleares y electromágnéticas, las sustancias químicas presentes en nuestros alimentos o que contaminan nuestro entorno y los trastornos síquicos. Si bien la vida en torno a las centrales nucleares multiplica el riesgo de cáncer por más de diez, no olvidemos la relación de los tumores cerebrales o las leucemias y las antenas de radar, televisión o telefonía, o la relación del cáncer de piel con el agujero de la capa de ozono. No hay que ser un lince para saber que vivir cerca de zonas industriales entraña riesgos reales de anomalías genéticas y linfomas. A fuerza de algo tan corriente como circular por las urbes metropolitanas contaminadas (todas lo están) acarrea más cáncer de pulmón que el tabaquismo. Se desconocen los efectos sobre la salud de los miles de compuestos con que la

industria química y farmacológica nos obsequia cada año, pero sí sabemos que los numerosos pesticidas, plásticos, carburantes, fármacos, aditivos y conservantes alimentarios son cancerígenos. Y que los hallamos por todas partes: en los juguetes, comida, cerámica, envases, material eléctrico, aislantes, cosmética, textiles, ordenadores, CDs, etc. Algunos también son disruptores hormonales, alergénicos o inmunodepresores. Otros son sencillamente venenos, susceptibles de uso militar, responsables de síndromes como el del "aceite tóxico" (un pesticida organofosforado) o de la mortandad de abejas (un neurotóxico). Finalmente, ciertos caracteres maniaco depresivos, obsesivos, ultracompetitivos o reprimidos son propensos a desarrollar una enfermedad tumoral. Se trata de formas de degradación de la personalidad fomentadas por las condiciones síquicas imperantes que alientan el olvido de sí. Aparte esto último, la industria química y nuclear es la principal responsable de los estragos en los mecanismos de protección inmunológicos. Está íntimamente imbricada con la alimentación industrial, la concentración poblacional en conurbaciones, la producción de energía, la fabricación de medicamentos, el sistema de trabajo asalariado y el modo de vida consumista. No puede alterarse sin afectar a todo el edificio, todo el sistema dominante. Por ejemplo, las destrucciones territoriales por deforestación o urbanización, obligan al aumento de monocultivos, con su añadido de pesticidas y abonos sintéticos, al desarrollo de los transgénicos y al despilfarro energético, con su secuela de contaminación, desaparición de culturas tradicionales, vertido de gases con efecto invernadero, promiscuidad y enfermedades infecciosas. La economía reacciona siempre en el mismo sentido, agravando sus efectos nocivos. La expansión urbana genera aumentos en la movilidad y por consiguiente, un alza en la demanda de combustibles causa de una subida de precios del petróleo, la cual justifica la construcción de nuevas centrales nucleares. Las estabulaciones masivas, el calentamiento global y los alimentos aberrantes facilitan la extensión de enfermedades en los animales (peste porcina, lengua azul) y su paso a los humanos (la gripe aviar, la encefalopatía espongiforme bovina), lo que desencadena el pánico y a su vez estimula la industria farmaceutica, que vende sus nuevas recetas a los programas preventivos de los Estados y crea nuevos puestos de trabajo. La producción superlativa de basuras llena la geografía de puntos negros de alta toxicidad pero también genera una poderosa industria del reciclado, eliminación y gestión de deshechos, cuyas plantas de tratamiento, vertederos e incineradoras siguen contaminando (particularmente con dioxinas) y alimentando lluvias ácidas, aunque dentro de unos límites "de seguridad" admisibles por los intereses económicos en juego, a fijar en un Plan Nacional de Residuos; caso contrario la basura se exporta a países empobrecidos. Y así sucesivamente.

La sociedad está enferma de capitalismo y cualquier curación pasa por la erradicación de éste. Para combatir la enfermedad no basta con disimular los síntomas. Ese ha sido el fallo del ecologismo. La cuestión consiste en construir comunidades, o sea, grupos sociales sin relaciones mercantiles. Dichas comunidades han de ser autosuficientes, es decir, han de funcionar fuera del mercado, permitiendo en cierto grado la satisfacción directa de necesidades reales y resistiendo a la manipulación de los deseos. Pero no basta con eso, es sólo el punto de partida, el terreno donde han de apoyarse y curarse las nuevas clases

peligrosas nacidas de la quiebra de la sociedad capitalista, las que han de suprimir el mercado y el Estado. Salir afuera para luchar adentro. Esa podría ser la consigna.

Miguel Amorós.

Publicado originalmente en la revista *Renderen* el 16 de noviembre de 2008.

Volumen 1: 1984-2004

32 textos – 208 páginas – 655 000 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-1-es

Volumen 2: 2005-2008

36 textos – 220 páginas – 709 500 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-2-es

Volumen 3: 2009-mayo 2013

40 textos – 202 páginas – 633 400 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-3-es

Volumen 4: 2014-2017

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-4-es

Volumen 5: 2018-2022

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-5-es

Volumen 6: 2023-2025

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-6-es

Fin del volumen 2